

HISTORIA

TODO ES

OCTUBRE 1978 N° 137 - \$ 1.000,-

Hace 50 años: EL PLEBISCITO





granjero
S.A. Productora Avícola
(SAPRA) I.C.A.V.G.



HIRAM WALKER S.A.



Ciudadela
FABRICA DE MEDIAS E...



intercam



COMPAÑIA
GENERAL DE
COMBUSTIBLES S.A.

ENRIQUE
VIEL TEMPERLEY
S.A.C.F.I.



BANCO DE GALICIA
Y BUENOS AIRES

BANCO DE LONDRES Y AMERICA DEL SUR

Miembro del Grupo Lloyds Bank

ARTHUR MARTIN
ARGENTINA
SOCIEDAD ANÓNIMA INDUSTRIAL Y COMERCIAL



VARIG

café
LA MORENITA

Claridge
Hotel

CARPET BAZAAR
CENTER

CITROËN



Llame al
42-4588
y como nosotros
trabajaré mejor.

EVEREADY



ESSEX (ARGENTINA) S



GRANDIO Y LOPEZ



MUSICA
FUNCIONAL®

Sociedad Anónima Comercial
Avda. Callao 1046 - 2° Piso

Otros teléfonos: 42-4589/80, 44-0937, 41-9589 y 44-1707

UNION
CARBIDE

Bonafide



NOBLEX

ROSSI Y CARUSO



MARRET Y SAO...

MEMORIAL DE LA PATRIA

DIRECTOR
FELIX LUNA

TOMOS APARECIDOS

- 1804-1810: LAS BREVES MADURAS, por Miguel A. Scenna.
1810-1815: LA AURORA DE LA INDEPENDENCIA, 2 tomos, por Carlos S. A. Segreti
1815-1820: ENTRE LA MONARQUIA Y LA REPUBLICA, por José R. López Rosas
1820-1824: LA FELIZ EXPERIENCIA, por Luis A. Romero
1824-1830: DEL FRACASO UNITARIO AL TRIUNFO FEDERAL, por Hugo R. Galmarini
1830-1835: EL INTERREGNO DE LOS LOMONEGROS, por Victor Bouilly
1835-1840: LA SUMA DEL PODER, por Mario G. Saravi
1840-1850: LA SANTA FEDERACION, por Andrés M. Carretero
1850-1852: HACIA CASEROS, por Julio H. Rube
1852-1855: LA REPUBLICA DIVIDIDA, por María Sáenz Quesada
1855-1862: EL DERRUMBE DE LA CONFEDERACION, por Carlos Páez de la Torre (h)
1862-1868: EL GOBIERNO DEL PUERTO, Trinidad D. Chianelli
1868-1874: LA MAGRA COSECHA, por Juan C. Vedoya
1874-1880: LA CONQUISTA DEL PROGRESO, por Guillermo Gasó y María C. San Roman
1880-1886: ORDEN, PAZ, ENTREGA, por Andrés M. Carretero
1886-1890: APOGEO Y CRISIS DEL LIBERALISMO, por Gustavo Ferrari
1890-1896: SECUELAS DEL UNICATO, por Horacio J. Guido
1896-1904: EL TRANSITO DEL SIGLO XIX AL XX, por Julio Irazusta
1904-1910: EN CAMINO A LA DEMOCRACIA POLITICA, por Eduardo Cárdenas y Carlos M. Payá
1910-1916: ENTRE DOS CENTENARIOS, por Jimena Sáenz
1922-1930: LA ARGENTINA ILUSIONADA, por Luis C. Alén Lascano
1930-1938: LA DEMOCRACIA FICTA, por Horacio Sanguinetti
1938-1946: DEL FRAUDE A LA SOBERANIA POPULAR, por Roberto A. Ferrero
1946-1955: LA NUEVA ARGENTINA, 2 tomos, por Pedro S. Martínez.
1955-1962: LIBERTADORES Y DESARROLLISTAS, por Isidro J. Odena

DE PROXIMA APARICION

1916-1922: LA EXPERIENCIA RADICAL, por Héctor J. Iñigo Carrera

1804-1973

30
VOLUMENES

Ediciones LA BASTILLA

Distribuidor exclusivo **EDITORIAL ASTREA**
DE ALFREDO Y RICARDO DEPALMA S.R.L.
Lavalle 1208 Buenos Aires tel. 35-1880

Amigo lector:

Cuando esta edición esté en la calle, ya habrán aparecido los tomos que contienen los trabajos aprobados por el 3er. Congreso de Historia Argentina y Regional de la Academia Nacional de la Historia que sesionó a mediados de 1975 en las ciudades de Santa Fe y Paraná. A juzgar por lo que pudo escucharse en aquella oportunidad dentro del ritmo inevitablemente premioso de estas reuniones, los aportes que ahora ven la luz constituyen excelentes contribuciones al conocimiento de la presidencia de Avellaneda y al de la colonización del litoral, temas que fueron los objetivos de la reunión.

Pero lo más importante de esta publicación reside en la compensación espiritual que recibirán muchos investigadores —sobre todo del interior— al ver editadas sus monografías bajo el prestigioso sello de la entidad organizadora. Ningún historiador escribe para guardar el resultado de sus esfuerzos, sino para exponerlo al conocimiento general. No solamente porque la publicación forma parte de la esencia de toda creación intelectual, sino porque constituye la única manera de confrontarlas con la opinión de sus pares.

Sin embargo, la perspectiva de publicar trabajos históricos de nivel erudito se hace cada vez más difícil en nuestro país. Varios institutos universitarios o de nivel terciario han debido suspender las series que otrora editaban. Las editoriales comerciales no se atreven a lanzar libros que no cuenten con garantías de una rápida salida. Publicar por cuenta del autor es impensable. Entonces, el investigador que ha invertido tiempo y esfuerzos en su tarea, debe guardar melancólicamente los papeles que expresan su capacidad profesional.

Esta situación no es propia de la historiografía: campea con distintos matices en los más diversos sectores de la actividad cultural. En lo que se refiere a la historia, es notoria la disminución de publicaciones específicas en los últimos años. Este déficit será equilibrado, en alguna medida, por la edición de los trabajos del Congreso de Santa Fe—Paraná. ¡Bienvenidos esos volúmenes! No solamente por ser aportes a los temas que allí se analizaron, sino porque significarán un reconocimiento a los numerosos historiadores que llegaron al cónclave historiográfico llevando el primer fruto de su vocación. Ahora podrán verlos difundidos al gran público y esto estimulará su propósito científico. Les permitirá luchar con mejores ánimos contra algunas de las dificultades que acosan a quienes han escogido el noble oficio de la historia.

Félix Luna

HISTORIA

Hace 50 años:
EL PLEBISCITO



Hace cincuenta años, el 12 de octubre de 1928, Hipólito Yrigoyen asumía la presidencia de la Nación por segunda vez. Llegaba al poder a través de un proceso político cuya culminación electoral fue denominada "el plebiscito". Pero el caudillo contaba en ese momento con 76 años de edad...

HISTORIA

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir..."

(CERVANTES, Quijote, I, IX)

Prohibida la reproducción total o parcial del material contenido en esta revista, en castellano u otro idioma.

AÑO XI — Nº 137
Octubre de 1978

Editorial:

Todo es Historia S.R.L.

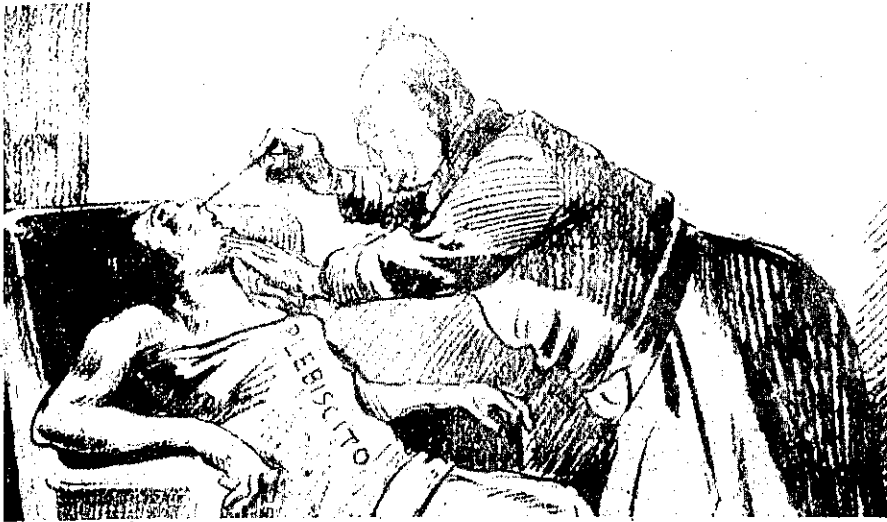
Director: Félix Luna.

Secretaría de Dirección:
Marisel Flores.

Redacción: Viamonte 1479,
11°C, Tel.: 40-7545.

Publicidad y Administración:
Cangallo 1558, 4° 17
Tel.: 46-4595/6965

Sumario



1928, EL PLEBISCITO (I): EL PROCESO NACIONAL

Todo el país se apasionó con la gran carrera política de 1928, cuya figura central —para apoyar o atacar— fue sin duda Yrigoyen. Luis C. Alen Lascano describe la Argentina de medio siglo atrás, con sus brillantes expresiones culturales, su deporte, su sólida economía y sus luchas cívicas. Era la ilusión de un país estable y próspero, que dos años después caducaría estrepitosamente.

Página 6

QUE CÓRDOBA SIGA LIBRE!

De punta frente al INVASOR!

Demuestre su decisión
irrevocable de no tolerar
la invasión a Córdoba



1928, EL PLEBISCITO (II): LA DECISIVA ELECCION DE CORDOBA

La provincia mediterránea era una pieza maestra dentro del juego político de 1928. El radicalismo se jugó entero para desplazar del gobierno provincial a los conservadores. Lo consiguió, y la conquista de Córdoba fue el adelanto inequívoco del arrollador "plebiscito" nacional, como lo relata Roberto A. Ferrero.

Página 30

y también

El desván de Clío

Curiosidades y rarezas en el desván de la Historia. Las dice León Benarós.

Página 28

Juan Marfa Gutiérrez: Retrato de un humanista

por Natalio Botana

Página 53

Historias para sonreír

Las cuenta Salvador Ferla

Página 54

El libro de historia del mes

Lo comenta Luis Alberto Romero

Página 94

ORIGENES DE LA GUERRA DEL PARAGUAY

Conclusión de la nota
cuya primera parte se ha
publicado en el número
anterior, por Miguel An-
gel Scenna.

Página 58



1928, EL PLEBISCITO (I)



EL PROCESO NACIONAL

por Luis C. Alen Lascano

El cincuentenario de la reelección presidencial de Hipólito Yrigoyen constituye irresistible tema para la evocación histórica y la reconstrucción de un momento inigualable en la vida del país, donde nunca estuvo en más alto nivel la fe popular en la democracia como sistema de vida y en los grandes destinos reservados a la Argentina.

Tiempos de verdadera "bonanza", a diferencia de la "belle époque" añorada por la vieja aristocracia, fueron los del 28, días cargados de perspectivas que envolvían por igual a todos los hombres y clases sociales. Junto a la instancia política dirimida a través de un limpio acto comicial —el último en que participaría una generación argentina antes de la década infame— se vivía un horizonte feliz y optimista al que confluían varios factores: el crédito ilimitado del país en el mundo y su extraordinaria solvencia financiera; los superávits presupuestarios muy recientes y un alto nivel de vida con estabilidad económica y real poder adquisitivo de nuestra moneda; el extraordinario florecimiento cultural incentivado por una dinámica actividad en todas las artes y la existencia de una brillante generación literaria; los nuevos inventos que llegaban al país y traían perfeccionadas formas de progreso y comunicación como la radiotelefonía comercial y el cine sonoro; un éxito insuperable de todas las expresiones artísticas populares simbolizadas en la proyección internacional de la música y la canción con sus intérpretes más destacados; los grandes triunfos deportivos que forjaron ídolos y equipos cuyos nombres evocan hasta hoy aquella "época de oro" en el orden metropolitano y provincial, suma de factores que nunca más volvieron a confluír con tanta prodigalidad en el desarrollo nacional y dieron en síntesis, caracteres inconfundibles e indelebles a 1928.

Podría decirse que el genio creativo de los argentinos llegó entonces a su culminación a lo largo y lo ancho del país en sus múltiples formas existenciales. Unido a ello, la fe y confianza en los desti-



nos de la tierra dio certidumbre en los felices días del 28, al común optimismo sobre que "Dios es criollo". Y presidiéndolo todo, en una última gran cosmovisión deslindadora de dos épocas el pasado del cual provenía y el futuro cuyos nuevos tiempos revolucionarios estaba anticipando, la figura de Hipólito Yrigoyen cubría como una sombra gigantesca ese momento excepcional del vivir argentino. Su nombre era bandera aglutinante o división demarcatoria, pero siempre una presencia activa, diaria, apasionante, metida en los corazones, los afectos y los odios cotidianos. Si su actuación cívica llena una época de la historia nacional, en 1928 él fue toda esa época y toda esa historia, de manera excluyente, total, porque ciertamente, según habrá de recordarlo algún nostálgico, fueron aquellos los tiempos de Yrigoyen...

Evocarlos medio siglo después, tal vez sirva como un reconstituyente para volver a las verdades simples y esenciales que devuelven fuerzas perdidas. Veámoslos sin pretensión enjuiciatoria, con el lente cálido que pedía el poeta, y los "ojos mejores para mirar la patria"... O sencillamente con el cariño que nos convoca ante el álbum de los recuerdos mientras una melodía golpea la memoria trayéndonos remembranzas "del tiempo aquél —de mi padre y de Gardel".

LA POLITICA COMO UNA PASION ARGENTINA

Entonces la política era una auténtica pasión argentina. Podrá hoy ser mirado todo aquello con aires de suficiencia, o establecer sutiles distinciones intelectuales entre la política "como ciencia del buen gobierno" y la politiquería comiteril, ésa que los socialistas motejaron despectivamente llamándola "política criolla". La realidad superó todas las diferenciaciones, y una idéntica pasión llegó a embargar a todos los hombres y mujeres del país, en largos meses de discusiones y pronósticos que no dejaron lugar para los indiferentes. Aquello del "no te metás" imputado como un vicio del carácter nacional por un ilustre visitante, fue desmentido en forma tajante, y todos se "metieron" en el meollo político que iba a ser decisivo para el futuro del país: desde el tango

"burrero" adaptado al candidato favorito, hasta los cenáculos literarios que bajaron de sus "torres de marfil" a sumergirse en las lides cívicas.

Vistos así, desde la distancia, los acontecimientos de hace medio siglo pueden dividirse en tres etapas perfectamente visibles. La primera fue netamente *electoral* y envolvió los entretelones del gobierno de Alvear y su desenlace comicial, en un período abierto el 29 de abril de 1927 con la proclamación de la fórmula presidencial antipersonalista Melo-Gallo, finalizado recién con las elecciones del 1° de abril de 1928. La segunda etapa de *definiciones programáticas* se prolongó desde el 1° de abril al 12 de octubre en que Yrigoyen ascendió a la presidencia de la república por segunda vez. Decantados los factores emocionales que pudieron influir en la anterior en éste lapso se deslindaron las diferencias doctrinarias del radicalismo yrigoyenista con respecto a sus adversarios, ahondándose el tratamiento de los temas económico-sociales más avanzados. La tercera etapa corresponde al *período gubernativo* iniciado el 12 de octubre, y por razones obvias se prolongó más allá de 1928, abarcando el posterior desenlace de su discutido gobierno, en términos que escapan a los lindes de este trabajo.

1928 es el símbolo que resume en una fecha esas tres etapas: 12 de octubre. Coronación de todas las luchas previas, día de una ilusión concretada para millares de argentinos. Envuelve a manera de síntesis el mejor momento para nuestro civismo y muestra en una potencia no reeditada, el alto nivel ideológico en que había madurado el yrigoyenismo como una expresión elocuente de ese instante de la vida nacional.

El antipersonalismo, venía organizándose desde junio de 1923 con la constitución de bloques parlamentarios nacionales en el Congreso, separados del radicalismo yrigoyenista. Al año siguiente había concretado la formación de la U.C.R. Antipersonalista (que en algunas provincias debido a fenómenos locales adoptara esporádicamente otras denominaciones) y quedó oficialmente formalizada la división partidaria al constituirse sus autoridades directivas bajo la presidencia del Dr. Martín M. Tori-





La política era una auténtica pasión argentina. En los cafés, en el trabajo, en todos lados se hablaba de política en 1928.

Hipólito Yrigoyen centraba, en favor o en contra, las opiniones de todo el país

no, mientras el Dr. Pablo Torello asumía igual responsabilidad en el Comité Nacional de la U.C.R. a secas, pero popularmente conocida como yrigoyenista.

En torno al antipersonalismo se nuclearon las disidencias suscitadas contra Yrigoyen en su gobierno o en la jefatura radical. Las figuras vinculadas con una tradición liberal sólo limitada a ciertas reformas políticas de superficie y opuestas a los cambios socioeconómicos de la primera presidencia; así como los afines por su formación mental, a mirar lo europeo y en general lo extranjero en mimetismo espiritual, confluyeron también por resentimiento con la neutralidad y el nacionalismo observados durante la guerra mundial. Los hacendados y financistas que constituían una clase fundada en una especie de dere-

cho divino para influir en los destinos y el gobierno del país, sumaron su aporte junto a todas las expresiones del privilegio nativo e internacional que guardaban profunda inquina a Yrigoyen y temían una resurrección de la **chusma radical**, tales bases agrandaron por contraste la figura de Yrigoyen: el antipersonalismo no constituía una homogeneidad doctrinaria ni una fórmula de superación cultural para el pueblo, sino una expresión concreta de anti-yrigoyenismo. Con esta suma no se podía construir ni un partido ni un gobierno estables, y así lo advirtió en las postrimerías de su vida el propio Juan B. Justo tratando de alejar al Partido Socialista de aquel **contubernio**, al decir que el anti-yrigoyenismo era "la pobre fórmula de los conservadores". No obstan-

te, tampoco el viejo maestro pudo evitar la aventura del socialismo independiente, separado en junio de 1927 para adherir al antipersonalismo.

Todo un movimiento construido contra un hombre, era en cierta medida, en torno a ese mismo hombre. La dicotomía provocada por sus adversarios creó en la conciencia nacional una opción contundente: se estaba en oposición o en adhesión a Yrigoyen. Y en esos extremos se balanceó la política argentina durante una larga campaña electoral que en realidad insufló casi todos los años de la presidencia Alvear. Fue un período de constantes gimnasias comiciales preparatorias del final que constitucionalmente llegaría en 1928. La energía de sus adversarios, la fuerza propagandística poderosa de esa campaña que hacía peligrar todas las conquistas sociales obtenidas desde 1912 por la ciudadanía con el arma contundente del voto secreto y obligatorio, hicieron necesaria la re-elección de Yrigoyen. Por un extraño reflujo quizás no imaginado por el propio Yrigoyen cuando dejó el mando en 1922, eran sus enemigos quienes imponían ahora su reaparición en candidato. Pues quieráse o no: la segunda candidatura de Yrigoyen y su triunfo posterior, fueron consecuencia de los errores de sus enemigos; se debieron al mismo antipersonalismo y su obcecación. El corolario lamentable de tanto odio acumulado fue más tarde, recurrir a las armas para derrotarlo e iniciar una nueva instancia en nuestra historia, signada por la participación de las fuerzas armadas en el poder político.

LA ETAPA ELECTORAL

No podía ocultarse que los pujos organizativos por constituir lo que en un principio se llamó un partido impersonal y transformar al radicalismo en una fuerza similar a los partidos políticos "europeos", fue bien mirado por los conservadores desde su inicio. Desalojados del poder por la irrupción de las mayorías populares a consecuencia de la Ley Sáenz Peña, esperaron con paciencia el desgaste del radicalismo gobernante, la aparición de los vicios lógicos de

su heterogénea composición humana y la reacción que provocaría el personalismo de Yrigoyen en su doble condición de jefe del estado y del partido. Algunos con mayor sagacidad e impaciencia se pasaron con armas y bagajes a las filas triunfantes. Pero en su gran mayoría la oportunidad llegó con el antipersonalismo. Y como éste recién nacía, ansioso de captar adhesiones, creyó en el valor cualitativo de una matemática simple: creyó sumar a los conservadores ignorando que en verdad se sumaba a los conservadores. Y por conservadores entendemos no solamente una militancia política sino una manera de concebir el país, de ver su historia y su destino.



Leopoldo Melo "con su calvicie de senador romano" fue el candidato del antipersonalismo, bien pronto apoyado por los conservadores

Las "fuerzas vivas" que el antipersonalismo blasonaba contar a su lado, en lugar de sumar provocaron una espectacular resta de voluntades. De ese modo lo que pudo ser un cisma partidario culminó en una verdadera decantación ideológica, y resultó una depuración para el radicalismo, que desde entonces sería yrigoyenista o no sería nada.

El presidente Alvear que debía la presidencia a Yrigoyen pues su afecto personal por Marcelo, resultó una de sus debilidades dejó hacer a sus ministros antipersonalistas con indecisión en algunos casos, y con su aprobación en otros. La gran usina política estuvo instalada en el Ministerio del

Interior a partir del 12 de diciembre de 1923 en que asumió el cargo el Dr. Vicente C. Gallo, ex diputado y senador nacional, de origen tucumano y antigua militancia radical.

La artillería del ministro Gallo estuvo encaminada desde el gabinete a destruir la situación institucional de la provincia de Buenos Aires, considerada la clave de los comicios de 1928 y sólido baluarte yrigoyenista. En acuerdo ministerial del 25 de marzo de 1925 se declaró procedente la intervención, aunque sujeta a voto del Congreso. Y en esa indecisión de Alvear se cifró durante tres años toda la gama de posibilidades e hipótesis, de sumas y restas parlamentarias, de solicitudes y memoriales a la Casa Rosada...

Junto al ministro del Interior, oficiaba de poder aglutinante el ministro de Agricultura Dr. Tomás Le Breton, en cuyo despacho reuníanse sus colegas cada vez que era necesario llevarle una carga al presidente sobre la situación bonaerense. Otra estrategia urdía el ministro de Guerra Gral. Agustín P. Justo, inspirador encubridor de logias militares que controlaban toda la situación interna del arma so título de un "profesionalismo" apolítico.

En ese cálculo creyó el antipersonalismo que quien pega primero pega dos veces, y con un año de anticipación decidió proclamar fórmula presidencial e iniciar la campaña electoral para los comicios de 1928. Tratábase de una exhibición de fuerza llamada a cubrir la geografía del país con giras propagandísticas, publicaciones, mítines y cuanto recurso promocional en vasta escala púsose de manifiesto con verdadero derroche de técnicas publicitarias y medios económicos.

La Convención antipersonalista reunióse el 25 de abril de 1927 bajo la presidencia del delegado cordobés José Ignacio Bas. Eran indudables los ajetreos y manejos en torno a quien encabezaría la fórmula presidencial pues no se ocultaban las ambiciones del ex ministro Gallo y del senador Leopoldo Melo por dicha postulación. Ambos acaudillaban sectores definidos que al fin solicitaron la mediación de Alvear; el mandatario, igual criticado que sus criticados antecesores, laudó en favor de su discípulo Melo, el cual fue con-

sagrado en la sesión efectuada el día 29 en el Teatro Coliseo. La fórmula de la victoria Melo-Gallo iba a ser la bandera del antipersonalismo, apoyada de inmediato por la Confederación de las Derechas organizada en Córdoba por el ex gobernador Julio A. Roca, más tarde por el Partido Socialista Independiente creado por Antonio Di Tomasso y Federico Pinedo, y a poco andar por quienes se titulaban en diversas publicaciones, representantes de "la banca, comercio y opinión independiente". Esta vasta organización política se articuló finalmente en el denominado Frente Unico que aglutinaba bajo el liderazgo del antipersonalismo a todas las fuerzas coaligadas con la fórmula Melo-Gallo.

En ese interregno seguía trabajando por la intervención a Buenos Aires, redoblada luego del triunfo de los candidatos yrigoyenistas Valentín Vergara-Victorino de Ortuzar que asumieron el 1º de mayo de 1926 y ya estaban señalados para su decapitación —antes de probarse si eran buenos o malos gobernantes—. La brega continuó sin éxito porque los antipersonalistas cada vez perdían más bancas en el Congreso y los socialistas, convertidos en árbitros de la situación, hacían creer a unos y otros hasta librarse del cáncer "libertino" interno. Hasta las vísperas comiciales, el 7 de marzo de 1928, Leopoldo Melo y el delegado conservador Rodolfo Moreno entrevistaban al presidente Alvear en una última súplica, y la Confederación de las Derechas decía: "Un golpe de timón podría decidir para siempre los destinos de la república".

No se advertía el estado de espíritu de la opinión pública ante la cual Leopoldo Melo, con su calvicie de senador romano y sus aires de eterno aspirante presidencial, resultaba contraproducente. Un ser frío y petulante que "cien años antes hubiera sido el arquetipo del procer unitario que pintara Sarmiento" según lo retrata Félix Luna. Su desempeño profesional dejó una serie de versiones acerca del mandato ejercido en los intereses sucesorios de los propietarios del famoso Pasaje Barolo de la Avenida de Mayo y otras causas vinculadas a bancos de capital extranjero. Su oratoria nunca cosechó popularidad: en el Senado votó siempre con los conservadores; al ser pro-

clamado candidato presidencial propuso en su discurso: "la propaganda electoral deberá tomar como modelo la de Estados Unidos"; y ante las primeras derrotas antipersonalistas previas al comicio de abril del 28, en tren de restar importancia a esos pronunciamientos populares de provincia se refirió peyorativamente "a la encrucijada alevosa del cuarto oscuro".

Entre los radicales se le imputaba haber promovido una de las primeras escisiones al fundar el grupo "azul" en 1909 para quebrar la Abstención contra los gobiernos fraudulentos del régimen. Y aún se recordaba aquel telegrama que hizo época, enviado por el Dr. José Néstor Lencinas siendo Gobernador de Mendoza en diciembre de 1918 cuando Melo criticaba los desbordes del viejo caudillo mendocino. Lencinas le espetó entonces un anatema categórico: "Radical de la mesa servida y de la gloria barata... usted no será presidente de la Nación Argentina... usted no conoce las angustias del pueblo porque no ha convivido con él y por lo tanto carece de derecho, de personería y de título cívico para encarnar en ningún momento los ideales y los sentimientos de la U.C.R.". Ahora se lo recordaban en todos los tonos, pese a que los hijos del Viejo Lencinas hicieran caso omiso al mandato paterno y por odio a Yrigoyen engrosaban el antipersonalismo...

ADHESIONES SIGNIFICATIVAS Y PRIMEROS PRONUNCIAMIENTOS COMICIALES

Insensiblemente, el país entero se volcó al terreno de las definiciones políticas a medida que acercábanse los comicios de 1928. En el seno del hogar, en los ambientes de trabajo, en las colectividades extranjeras, en la calle y los cafés urbanos, en boliches y almacenes campesinos se estaba con o contra Yrigoyen, a pesar que no era candidato ni había anunciado su decisión de serlo, ni hacía apariciones públicas, ni pronunciaba discursos o enunciados proselitistas. El silencio del peludo contrastaba con la verbosidad opositora que se cata-pultaba desde el oficialismo, y aprovechaba ceremonias e inauguraciones gubernativas para pontifi-car.

Un fenómeno pocas veces repetido en la historia nacional señala a nuestra consideración un hecho atípico con respecto a la *intelligentia* argentina, que no se había dado antes, que tampoco volvería a repetirse y que configura otra característica destacable de ese año 1928. Era el de la adhesión de los grupos intelectuales más representativos —sobre todo en la actividad literaria— en forma espontánea a favor de Yrigoyen. No hay otra circunstancia parecida en el desarrollo de nuestra cultura. Existió una "Generación del 37" con definido tono político. Tuvimos en 1880, 1945, 1955, por citar solo fechas clave, actitudes también públicas de los grupos intelectuales: pero generalmente se orientaron con signo inverso a las masas y esos enfrentamientos originaron dictomías tan insólitas y peligrosas como aquella de 'alpargatas sí, libros no".

Puede hablarse entonces con fundamento, no de una "generación del 28" en el terreno cultural, pues las definiciones provienen de una diversidad generacional amplia, sino de un **pronunciamiento del 28**, capaz de constituir una mayoría cualitativa y cuantitativa en el terreno de la cultura nacional. Asumieron entonces una actitud militante en favor de Yrigoyen sin ser radicales ni ser solicitados para ello, hombres como Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Roberto Arlt, Ulises Petit de Murat, Carlos Mastronardi, Macedonio Fernández, José de España, Sixto Pondal Ríos, Enrique Muñño. Santiago Ganduglia, Enrique González Tuñón, Horacio Rega Molina, y el mismo Borges, encabezaron un "Comité Nacional de Artistas y Literatos Pro-Candidatura de Hipólito Yrigoyen". En el seno de la famosa revista literaria *Martín Fierro* la repercusión de estos hechos trajo una notoria división interna capaz de arrastrar después, a la desaparición de este órgano y la disolución formal del núcleo orientador: Borges, Fernández. Marechal, Nicolás Olivari, Francisco Luis Bernardes, y Emilio Suárez que se había expresado en los núcleos de Boedo y Florida, exigieron su embanderamiento en favor de Yrigoyen. El poeta platense Francisco López Merino figura en el Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes, y el gran vate peruano Alberto Hidalgo resulta otro

de los fervorosos admiradores del caudillo.

Entre los consagrados figuraron asimismo, Arturo Capdevila muy vinculado en esa época al radicalismo, Ernesto Laclaud que pronunció una conferencia en Córdoba de significativa trascendencia por la adhesión de Enrique Larreta, y la presentación que hizo Manuel Gálvez controvertida por Julio Irazusta desde el periódico "La Nueva República" al calificarla de "apéndice a Nacha Regules", en alusión peyorativa al sentido social y humanitario de la novela que buscaba emparentar con el yrigoyenismo. Y junto a ellos habrían de ubicarse aquellos intelectuales de pública militancia radical yrigoyenista como el cuentista Víctor Juan Guillot editorialista de "La Epoca", los poetas Rafael de Diego y Ho-

mero Manzi, el historiador Dardo Corvalán Mendilharzu, los ensayistas Antonio Herrero, Silvio Bonardi, Mario Jurado, Amable Gutiérrez Diez, y Diego Luis Molinari cuya sólida formación histórico-universitaria estaba unida a su recio temperamento político. Habría que agregar otras expresiones culturales menores, reflejadas en las artes y la música popular; el tango de Enrique Maroni "Yrigoyen" difundido por Ignacio Corsini, las marchas de Carlos M. Portela "Lealtad", y de Diego Cordeo "La ola", y hasta la transformación del tango "Leguisamo solo" en una colorida adaptación a esa circunstancia proselitista, fueron todos fidedignos trasuntos de la sensibilidad imperante en el momento.

La primera prueba comicial al modo de una elección piloto, tuvo

lugar en Salta. El 4 de diciembre de 1927 se efectuó el comicio renovatorio de sus autoridades provinciales, constreñido al dominio de una vieja oligarquía Gobernaba hasta entonces el Dr. Joaquín Corbalán y Salta era un absoluto feudo conservador en el norte, pero pese a todas las presiones se ganó ajustadamente por 9.605 votos radicales contra 9.427 de la Unión Provincial, y tras una accidentada maniobra del Colegio Electoral triunfó finalmente el Dr. Julio Cornejo como gobernador de la provincia.

Al de Salta seguían los comicios provinciales de Tucumán, Santa Fe y Córdoba cuyos resultados serían determinantes de los presidenciales. "La campaña electoral adquiere formas bárbaras. Al grito de "¡Viva Yrigoyen!" o "¡Muera



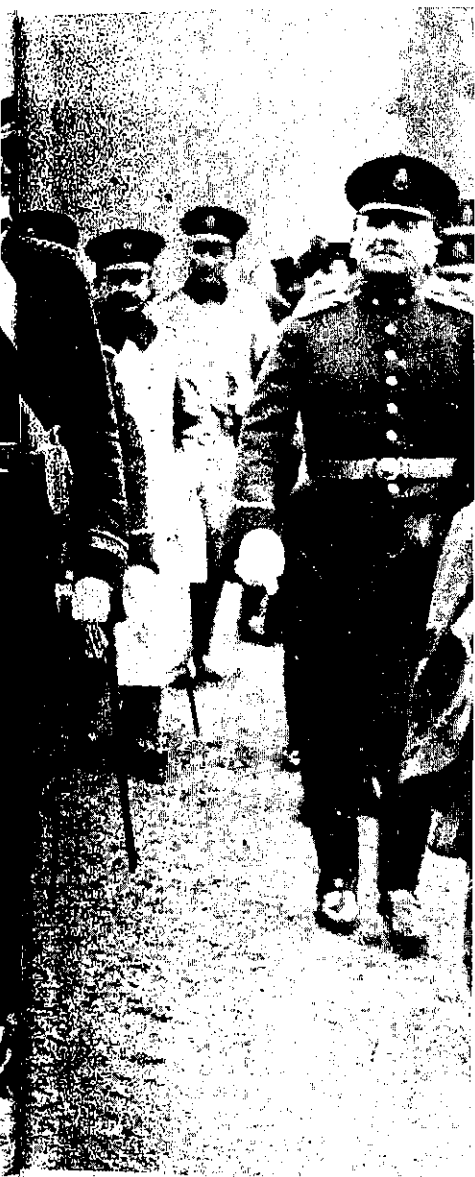
Yrigoyen!" se realiza esa campaña, se mueven las multitudes. "Pareciera que su don de fascinar a los hombres Yrigoyen lo ejerciese también a la distancia, a través de millares de leguas de pampa, de montaña y de bosque". Esa marea indetenible ya no podía atajarse. El 15 de enero de 1928 se votó en Tucumán y el candidato yrigoyenista Ing. José Shorteix obtuvo 38.686 votos, contra 19.950 del Ing. José Padilla del Partido Liberal, 4.207 de don Pedro G. Sal del Antipersonalismo, 3.201 del Dr. José Ignacio Araoz candidato del Partido Agrario, y 1.639 del socialista Mario Bravo. Otra campaña dura contra el oficialismo fue la de Santa Fe, epilogada en los comicios del 5 de febrero con el asesinato del Capitán Laurent en un luctuoso atentado policíaco, no

obstante lo cual la fórmula yrigoyenista Pedro Gómez Cello-Elias F. de la Puente venció con 83.000 sufragios sobre 73.000 de la antipersonalista Héctor F. López-Antonio Reynares Solari. Y finalmente, Córdoba resultó la piedra de toque concluyente el 11 de marzo, cuando faltaban días para desembocar en la finalización de este proceso. Ejercía el gobierno por segunda vez el Dr. Ramón J. Cárcano y no obstante su tradición radical, en la provincia gobernaban los conservadores desde hacía diez años. La reconquista del poder resultaba difícil por el prestigio social y cultural de sus opositores, pero el resultado no permitía dudas. La fórmula yrigoyenista Enrique Martínez-José Antonio Ceballos se impuso por 93.140 votos, y la demócrata conservadora Julio A.

Roca-Mariano Ceballos obtuvo 75.523. Nadie podría dudar ya que Hipólito Yrigoyen sería el futuro presidente de la república.

LA ELECCION PRESIDENCIAL DE 1928

Debemos recordar que salvo el de la provincia de Buenos Aires, todos los restantes gobiernos provinciales eran enemigos del yrigoyenismo. El nacional le hostilizaba en toda forma, consecuente con la creación del "antipersonalismo" propiciado por el gabinete con la tolerancia del presidente Alvear. Y aunque en la instancia definitiva el mandatario aseguró la libertad electoral en la medida de sus posibilidades, en ello intervino fundamentalmente la convicción de lo inútil que resultaba todos los es-



En la Convención Nacional de la UCR Antipersonalista.

El futuro candidato vicepresidente doctor Gallo con los doctores Aimó, Yanzón, Sáenz y Paz Posse

fuerzos ante una voluntad mayoritaria trasuntada en las más diversas manifestaciones de la vida del país.

El limpio acto comicial del 1º de abril de 1928 consagró ante la historia al presidente Alvear por su precendencia final. Pero ese acto estuvo precedido por un clima de presiones policiales en el interior, por brutales abusos patronales en los ingenios y obrajes del norte, los excesos físicos y las obscenidades verbales de los Lencina y Cantoni en Cuyo, la calumnia periodística difundida desde los "grandes" diarios también adversos a Yrigoyen en su totalidad, las amenazas, encarcelamientos y asesinatos de cerca de 200 simpatizantes radicales en diversos lugares durante la campaña electoral. Desesperados recursos del antipersonalismo decidieron, en contraste, una acti-

El presidente Alvear dejaba hacer a sus ministros

tud sin comparación en nuestro anales cívicos por parte de Yrigoyen. Ante su pedido y para evitar la proliferación de incidentes que pudieran desembocar en nuevos actos de violencia, el Comité Nacional de la U.C.R. presidido por el doctor Pablo Torello resolvió el 15 de marzo —15 días antes de las elecciones presidenciales— suspender toda actividad proselitista. "No se harán actos —comenta Félix Luna— ni se pegarán afiches, ni se realizará proclamación pública para evitar que continúen los disturbios. Durante las dos semanas anteriores a la elección, el Frente Unido es dueño de la calle, en la Capital Federal. Pero Yrigoyen es dueño de los corazones. . ."

Gabriel Del Mazo, al aclarar el concepto inspirador de esta inusitada decisión, afirma: "Esta nueva y particular forma de Abstención propiciada por Yrigoyen fue compartida por todas las direcciones del radicalismo. Pidió no se hiciera un solo manifiesto ni la más mínima declaración pública, y se recomendará solamente en el orden personal, la atenta expectativa para las decisiones de la Convención Radical a reunirse el día 22. Cuando ella decidiera la fórmula, se imprimirían las boletas electorales que la inmensa mayoría de los ciudadanos después emplearían".

Así se hizo. Respondía ello al peculiar estilo político del propio Yrigoyen, a su falta de exhibicionismo y su oposición a los discursos y promesas banales. Esta decisión fue llevada a extremos desconocidos y el primero en practicarla fue el mismo Yrigoyen. A consecuencia de ello quedaron sin editarse libros y trabajos de esclarecimiento ideológico preparados por intelectuales y simpatizantes en favor de Yrigoyen, y éste ordenó igualmente, se guardara sin publicar un importante documento enunciativo de la obra gubernativa en 1916-22 y la doctrina del radicalismo, con valiosas referencias personales. Una copia de este escrito de Yrigoyen quedó en poder de su íntimo colaborador el Ing. Manuel J. Claps, a quien le encargó su transcripción y ordenación a comienzos de febrero de 1928. Otro ejemplar estuvo muchos años en poder de don Federico Di Tulio que nos facilitó en amistosa confianza; la noticia de su existencia la dimos en nuestro libro "Pueyrredón, el mensaje de un destino"



(Ed. Raigal, Bs.As. 1951) donde transcribimos un fragmento inédito acerca de la neutralidad argentina.

Finalmente, el 22 de marzo reunióse la Convención Nacional de la U.C.R. en el Teatro Opera, ubicada en la todavía "calle" Corrientes, angosta, entre Suipacha y Esmeralda. Fue elegido presidente el delegado salteño Alberto Durand —en homenaje al primer triunfo comicial de esa campaña y en su diversidad de componentes estaba una auténtica representación nacional. Multitudes rumorosas hacían marco a sus deliberaciones, desbordaban las calles, improvisaban manifestaciones. En ese delirio llegóse al día 24, un sábado caluroso en el cual el pueblo hizo guardia expectante hasta las cinco de la tarde. "Entonces se levanta Leopoldo Bard (convencional metropolitano)



—evoca Luna— y pide que Hipólito Yrigoyen sea aclamado candidato a presidente. Fue una explosión. Se canta el Himno Nacional, revolotena banderas y pañuelos durante varios minutos. ¡Yrigoyen! ¡Yrigoyen! No se oye otra cosa. Es inútil votar. No hay, no puede haber otro candidato. ¡Qué diferencia con la triste, tironeada asamblea antipersonalista! ¡Esta es toda vida, exaltación, plenitud de fuerzas incontenibles!...

Yrigoyen aceptó de inmediato la postulación presidencial. "No puedo menos que inclinarme reverente a tan honrosísima designación, que me hace intérprete de los más fervorosos y sagrados anhelos patrióticos", decía su respuesta. Quizás era consciente de sus limitaciones físicas, próximo a cumplir 76 años, pero el radicalismo era la

obra de su vida y desertar de esa lucha significara sellar su destrucción. Nadie que no fuera Yrigoyen podía derrotar al antipersonalismo y esa aceptación "estaba dirigida por la urgencia de salvar al patrimonio político nacional conquistado en cuarenta años de lucha", según la opinión de Del Mazo. Urgido así por la dicotomía cívica creada por sus propios enemigos, la nueva candidatura resultaba un boomerang vuelto contra el antipersonalismo que en afán destructivo terminó, por volverla una "imposición nacional"

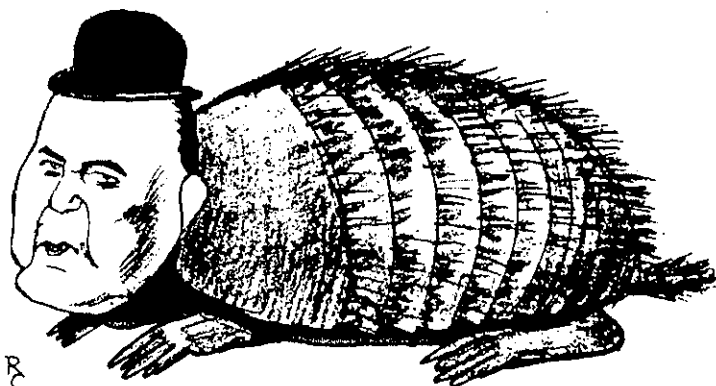
La fórmula presidencial quedó integrada con el Dr. Francisco Beiró, dirigente entrerriano, ex legislador y ministro del Interior en la última etapa del primer gobierno yrigoyenista. En ese avance indetenible, acudió la ciudadanía argentina a las urnas el 1° de abril de

nario triunfo yrigoyenista. Agreguemos que frente al derroche publicitario y periodístico del antipersonalismo, el presidente del comité nacional radical aseveró que la campaña presidencial había costado a su partido \$ 65.000 Y se había ganado en todo el país. . .

LA NUEVA ETAPA

Entretanto, en el país se habían dado circunstancias y acontecimientos de variada significación. El general Mosconi había iniciado a comienzos de año su gira por varios países americanos y tomó conciencia de la importancia del petróleo y su posesión nacional por los países deseosos de emanciparse económicamente. Estados Unidos, México, Colombia y Perú fueron hitos de ese periplo, mientras el 8 de enero morfa en Buenos Aires el fundado del Partido Socialista doctor Juan B. Justo, amargado por la última deserción del sector "libertino". En La Habana el embajador argentino Honorio Pueyrredón sentaba enérgicos conceptos sobre la soberanía de los estados frente a la invasión yanqui a Nicaragua, resistida por Augusto César Sandino, y renunciaba el 14 de febrero al ser implícitamente desautorizado por la cancillería argentina. Ramiro de Maeztu era acreditado como embajador de España, y Ricardo Rojas homenajeado al cumplir sus bodas de plata con las letras. Un optimismo auspicioso presidía aquella época, signada por los triunfos de Carlitos Gardel en Europa y la consagración del tango, la **canción de Buenos Aires** identificada con el alma popular porteña.

(Hagamos un intervalo a propósito de Gardel. El Morocho fue amigo múltiple de caudillos y políticos diversos. Profesional del canto, su personalidad no puede medirse a través de un estricto esquema ideológico. Cultivó los favores de Alberto Barceló, cantó en los lupanares de Avellaneda controlados por Juan Ruggiero, "Ruggierito". Simultáneamente era íntimo de Vicente Scarlatto a quien protegió en los días de 1930 cuando estaba perseguido y prófugo. En 1925 grabó en una versión no comercial la marcha "Adelante", letra del yrigoyenista José Constantino Barro y música de Emilio Iribarne. Captaba lo popular y se brindaba a sus mejores esencias, quizás sin poseer una



El palacio Barolo fue característico en el paisaje porteño de los años 20 y solía asociarse maliciosamente a la actuación profesional de Melo

Ramón Columba caricaturizó así a Hipólito Yrigoyen bajo su mote más conocido

José Néstor Lencinas:
"radical de la mesa servida
y de la gloria barata. . ."

1928. Y el triunfo de Yrigoyen resultó un verdadero plebiscito nacional.

La fórmula Yrigoyen-Beiró obtuvo 838.583 sufragios en un total de 1.807.566 inscriptos en los padrones de toda la república, contra 439.178 votos del Frente Unico Antipersonalista Melo-Gallo, 64.985 del Partido Socialista con Mario Bravo-Nicolás Repetto, 7.658 del Partido Comunista con Rodolfo Ghioldi-Miguel Contreras, y casi 20.000 de otras agrupaciones menores. Se estimaba una población de 10.136.178 habitantes en el país. Casi un 49.8 por ciento eran mujeres excluidas de los derechos políticos salvo para las elecciones provinciales de San Juan, y de esos totales calculábase 2.500.000 extranjeros; cifras altamente significativas para dimensionar el extraordi-

conciencia de su propia misión afirmadora de una cultura nacional. Esa misma profesionalidad le alejó del país en los momentos del 28: viajó a España en octubre de 1927 y después de triunfar en la península regresó pasados los comicios presidenciales. Eso explica porqué en su ausencia Ignacio Corsini fuera intérprete favorito del tango **Hipólito Yrigoyen** de Enrique P. Maroni, y la orquesta de Roberto Firpo popularizara la marcha **Lealtad** de Carlos M. Portela, cuyos discos batieron records de venta. El 12 de setiembre de 1928 —un mes antes de asumir Yrigoyen— Gardel volvió a partir contratado para debutar en París y este nuevo marginamiento le alejó de la realidad vigente en el país. No le impediría sin embargo, grabar en 1930 el tango de García Jiménez, **Viva la Patria**, inspirado en el triunfo revolucionario de Uriburu. Ni tampoco, estrenar en 1933 la milonga consagradoría de Homero Manzi, **Milonga del 900**, donde quizás sin quererlo retrata su verdadera personalidad humana: "Soy del partido de todos/ y con todos me la entiendo/ pero váyanlo sabiendo/ soy hombre de Leandro Alem").

No obstante tales perspectivas, un fenómeno nuevo estaba en gestación. Para un sector por ahora reducido a minúsculos grupos autollamados "nacionalistas" e influidos del monarquismo francés y el fascismo italiano, los triunfos de Yrigoyen no sólo eran producto de la "encrucinada alevosa del cuarto oscuro" como dijera Melo; las instituciones republicanas, el parlamento, el sufragio, etc. habían fracasado al no impedir el resurgimiento de la chusma radical, del plebeyismo legislativo yrigoyenista, de esta catástrofe, en suma, que para las élites aristocratizantes significaba el "plebiscito" de 1928. Esos grupos habían encontrado un vocero de alta calidad literaria en Leopoldo Lugones, quien desde 1924 venía pronosticando "la hora de la espada"; "El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia; vale decir, la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica". Estos postulados penetraban hábilmente en las fuerzas armadas, y eran aprovechados por el ministro de guerra Gral. Justo so capa

del profesionalismo castrense que debía alejarse de toda contaminación política. Claro que eso era válido solamente para los políticos yrigoyenistas, porque en los salones del Jockey Club o del Círculo de Armas, Lugones dictaba verdaderas conferencias de adoctrinamiento ante el general José F. Uriburu ex inspector general del ejército (hoy sería equiparable a comandante en jefe) designado por Justo, y otros altos jefes.

Los "nacionalistas" achacaban a Yrigoyen todos los males del país; el pacifismo era una debilidad de mediocres, la democracia significaba el reinado de los analfabetos, y demás argumentos simila-



Jorge Luis Borges
integró el "Comité
Nacional de Artistas y
Literatos pro candidatura
de Hipólito Yrigoyen".

res. Nunca su artillería se dirigió contra Alvear, el presidente de los ministros brillantes y los hábitos europeos. Entroncaba social y familiarmente con la fórmula antipersonalista, y se solazaba cuando Justo decía sotto voce que **Yrigoyen no sería presidente**. Una intrincada maraña de conexiones mirando al ejército, y por ende la estabilidad constitucional del país.

La situación hizo crisis en sucesivas denuncias parlamentarias del senador Delfor del Valle y el diputado Diego Luis Molinari, en publicaciones periódicas y en infidencias de muchos oficiales que pusieron al descubierto la existencia de una fuerte Logia Militar cuyo indudable inspirador era el ministro

de guerra. Una vez descubierto, el general Justo debió cantar la palinodia públicamente, y en carta publicada en **La Nación**, el 21 de febrero de 1928, pretendió salir al cruce de versiones sobre el "fantasma de una dictadura militar", brotado de "alucinaciones de espíritus enfermizos, si es que no era el fruto de una maniobra política". "Los que temen o creen ver en mí un dictador en cuajo —escribía Justo— olvidan que ni como caballero, ni como funcionario, ni tampoco como ciudadano o soldado, soy capaz de proceder en contra de mi conciencia y de lo que me marca mi deber". Invitaba a los ciudadanos a "esforzarse en evitar los males que la experiencia nos ha enseñado que se producirán" y recordaba el error de Lavalle al derribar a Dorrego; "en 1928 el Ejército no repetirá lo hecho en 1828 y que, hoy lo sabemos a ciencia cierta, engendró la tiranía". Los sucesos posteriores dan testimonio de la honradez intelectual del autor.

Los días siguieron corriendo entre buenos y malos presagios. La decantación interna, el triunfo comicial sin precedentes, la mayoría parlamentaria obtenida, permitieron de ahí en adelante al yrigoyenismo consolidar definiciones económico-sociales abriendo un nuevo rumbo, concreto y emancipador en la vida nacional.

El nuevo Congreso quedó formado desde el 30 de abril de 1928, por 91 yrigoyenistas, 36 conservadores, 21 antipersonalistas, y 10 de ambos socialismos en la Cámara de Diputados; en el Senado por 7 yrigoyenistas, 9 conservadores, 9 antipersonalistas, y 1 socialista. En el bloque joven destacábase el Dr. Andrés Ferreyra, elegido presidente de la Cámara, y Leopoldo Bard de dicho sector; junto a Raúl Oyhanarte, los santafecinos Jorge Raúl Rodríguez, Amancio González Zimmerman y Alcides Greca, el eminente jurista Eduardo Giuffra o el abnegado dirigente parroquial Pedro Bidegain, los porteños Héctor Bergalli y Romeo David Saccone, el santiagueño Beltrán Neiro y el tucumano Eudoro Aráoz, los cordobeses Argüello Lencinas, José M. Martínez, Alejandro Gallardo y Carlos J. Rodríguez; los bonaerenses Juan O'Farrell, Obdulio Siri y Alejandro Miñones; el intelectual y orador Víctor Juan Guillot, el entrerriano

Enrique F. Mihura, todos los cuales constituían una falange de alto valor, hoy olvidada a través de aquella feliz descalificación opositora que les llamó "genuflexos".

El Senado Nacional siguió presidido por el vicepresidente Elpidio González, con su autoridad regaleada por sucesivas reformas al reglamento efectuadas por el antipersonalismo con ese fin. Junto a veteranos nombres de probada lealtad, Pablo Torello y Delfor del Valle, el Dr. Armando G. Antille representante de Santa Fe y el Dr. Alberto Aybar Augier de Tucumán, caracterizaban una posición compacta, liderada muchas veces por los fogosos discursos de Diego Luis Molinari electo por la Capital el 1° de abril, que significó un soplo renovador, expresivo de la nueva mentalidad del momento. La representación parlamentaria en conjunto, trasuntaba una cabal representación nacional, integradora de todas las provincias y regiones en un conjunto de hombres sensibles a los reclamos de la hora.

El presidente Alvear corrió el telón del gran escenario después de la lectura de su último mensaje oficial el 28 de junio. "Mi conducta ha contribuido a consagrar nuestras instituciones", afirmó ese día. De ahí en adelante, el parlamento se constituyó en verdadera caja resonante de las inquietudes destinadas a caracterizar esa "nueva era". Lo expresó desde su banca Molinari en memorable debate y anunció: "Cuando el país entero, por cerca de un millón de votos ha consagrado nuestro triunfo, el pasado ha quedado muerto y enterrado. Y en este Senado que es el reducto de esas fuerzas retrógradas vencidas el 1° de abril de 1928, no queda más que una sola representación valedera: la nuestra! Y habrá llegado el momento de discurrir si esta vieja estructura constitucional responde o no a las necesidades e ideales de la hora presente" Molinari era un docto universitario, hijo de inmigrantes, autor de una célebre tesis de nuestra historiografía sobre la Representación de los Hacendados y mariano Moreno. Ocupó la subsecretaría de relaciones exteriores en la primera presidencia de Yrigoyen, y su banca opositora al antipersonalismo le convirtió en una especie de *enfant terrible* pues llegó a proponer el juicio político al presidente Alvear en 1926. Su nueva orato-

ria agredía a los vencidos y en cierto modo asustaba a todos.

En los debates del mes de agosto, el diputado Guillot denunció las fallas de nuestra tradicional política de carnes. "Vivimos subordinados al mercado único, al mercado inglés —dijo— y de ahí provienen todos los trastornos que periódicamente se dejan sentir en nuestra producción ganadera"; y propugnó "abrir nuevos mercados a las carnes argentinas, de modo que no tengamos que vivir estrechamente subordinados a las oscilaciones de precios y de los intereses ajenos y políticos del Reino Unido".

Entre julio y setiembre estas de-



Carlos Gardel: un profesional sin preferencias políticas

finiciones rayaron en el más alto nivel al volverse a debatir el tema del petróleo. Durante los debates de 1927 el bloque yrigoyenista logró imponer su proyecto de nacionalización petrolífera; exploración, explotación y medios anexos de transporte marítimo, terrestre y fluvial a cargo exclusivo del Estado, y prohibición de la exportación del petróleo. Aquellas jornadas, plenas de exaltación patriótica, paradójicamente no lograron conmover a los sectores nacionalistas. Hubo discursos elocuentes, manifestaciones populares. La nacionalización del petróleo fue a partir de allí la gran bandera yrigoyenista, porque el proyecto sancionado en Diputados debió excluir las cláusulas expropiatorias de concesiones a empresas extranjeras,

ante el temor de perderse la votación. El 28 de julio de 1928 el bloque yrigoyenista propuso en forma complementaria la expropiación de "todos los criaderos, fuentes y depósitos naturales de petróleo, y los hidrocarburos gaseosos que se encuentren en el subsuelo, que hubiesen sido concedidos a particulares por el Estado nacional o los gobiernos de provincias". Sobrevino otro debate de parecida envergadura que ganó la prensa y las calles. El yrigoyenismo cumplía su promesa preletoral, y la sanción se aprobó el 18 de setiembre por 79 contra 17 votos. A lo largo de las deliberaciones el diputado Saccone enunció los propósitos del yrigoyenismo en frases reveladoras: "Empecemos con el petróleo, que luego seguirán los frigoríficos y los ferrocarriles. Hay que hacer política nacionalista no internacionalista. Estamos socializando un bien público".

Para completar esta síntesis, recuérdase el proyecto de devolución de trofeos bélicos al Paraguay fundado en la reivindicación histórica y la hermandad americana, e inspirado en el mensaje del presidente Yrigoyen infructuosamente enviado al Congreso el 1° de setiembre de 1922 solicitando la condonación de la deuda de guerra impuesta al país vecino por el Tratado de la Triple Alianza el siglo anterior. El 10 de agosto de 1928 quedó sancionado en Diputados la iniciativa, expuesta por los doctores Leopoldo Bard y Jorge Raúl Rodríguez, y se declaró "Extinguida la deuda pública que por el Tratado definitivo de paz del 3 de febrero de 1876 la República del Paraguay reconoció y aceptó abonar a la República Argentina en concepto de las indemnizaciones por los gastos de guerra". El Art. 2° resolvió: "El P.E. devolverá a la República del Paraguay los trofeos procedentes de la guerra llamada de la Triple Alianza".

Estas y otras iniciativas similares marcaron el tono que el yrigoyenismo se proponía imprimir al Estado. Muchas fracasaron por la oposición del Senado. Pero hicieron escuela y abrieron el camino a la comprensión de los grandes problemas nacionales. He ahí el gesto del gobernador salteño Julio Cornejo que por decreto del 16 de julio dispuso la caducidad de todos los permisos y cateos petrolíferos de origen particular concedidos en

la provincia, seguido de otras medidas posteriores "en defensa de la riqueza nacional del petróleo".

El clima propicio a las grandes soluciones nacionales se vio simultáneamente conturbado por la oposición política que, una vez derrotada en las urnas, buscó refugio en el propio parlamento para transformarlo en reducto proselitista. Causada la lucha del comicio, iba a abrirse un nuevo frente de combate capaz de llegar a los extremos más aberrantes en los años 29-30 y por el camino de una politización activa e infecunda, a dar justificación al derrocamiento presidencial.

Así la situación cuyana dio margen a un prolongado debate en las sesiones preparatorias del período 1928, resuelta finalmente con la postergación del tratamiento de los diplomas senatoriales de San Juan y Mendoza en la alta cámara, mientras en Diputados se rechazaba a los electos mendocinos. Las recesiones radicales de Cuyo lideradas con peculiar nepotismo y arrastre personal por los hermanos Lencina en Mendoza y los hermanos Antoni en San Juan, estuvieron en el tapete cada vez que era necesario atacar a Yrigoyen o paralizar sus iniciativas.

El largo proceso pareció terminar en vísperas del 12 de octubre al promulgar el presidente Alvear con fecha 6 de ese mes, las leyes de intervención federal para ambas provincias, sancionadas en los últimos días de setiembre por el Congreso. Eran una especie de brasa ardiente que Yrigoyen recibía aún antes de iniciar su gobierno, pesada herencia y preludio de grandes litigios en los días subsiguientes. Iba a verse en un futuro próximo a los mismos políticos que ahora arrojaban a Cantónis y Lencinas librados a su propia suerte —y a las furias de Yrigoyen, según diría cierta prensa— para volver a buscarlos en una rehabilitación de "federalismo" contra las intervenciones yrigoyenistas, y usarlos para destruir la popularidad del presidente en la conspiración victoriosa el 6 de setiembre de 1930.

LA RATIFICACION DEL COLEGIO ELECTORAL Y EL CONGRESO: NUEVO VICEPRESIDENTE

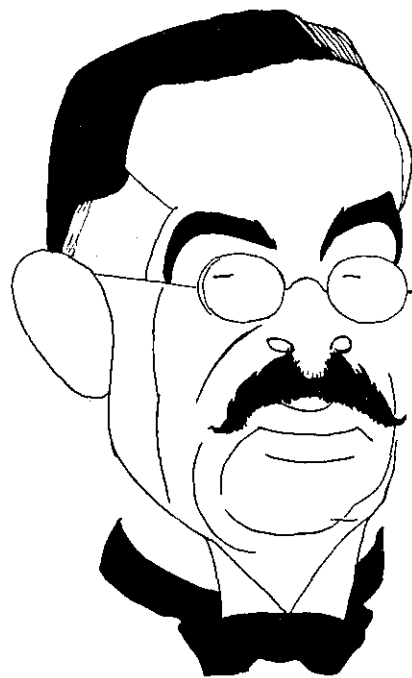
El 12 de junio de 1928, reunidos simultáneamente en todo el

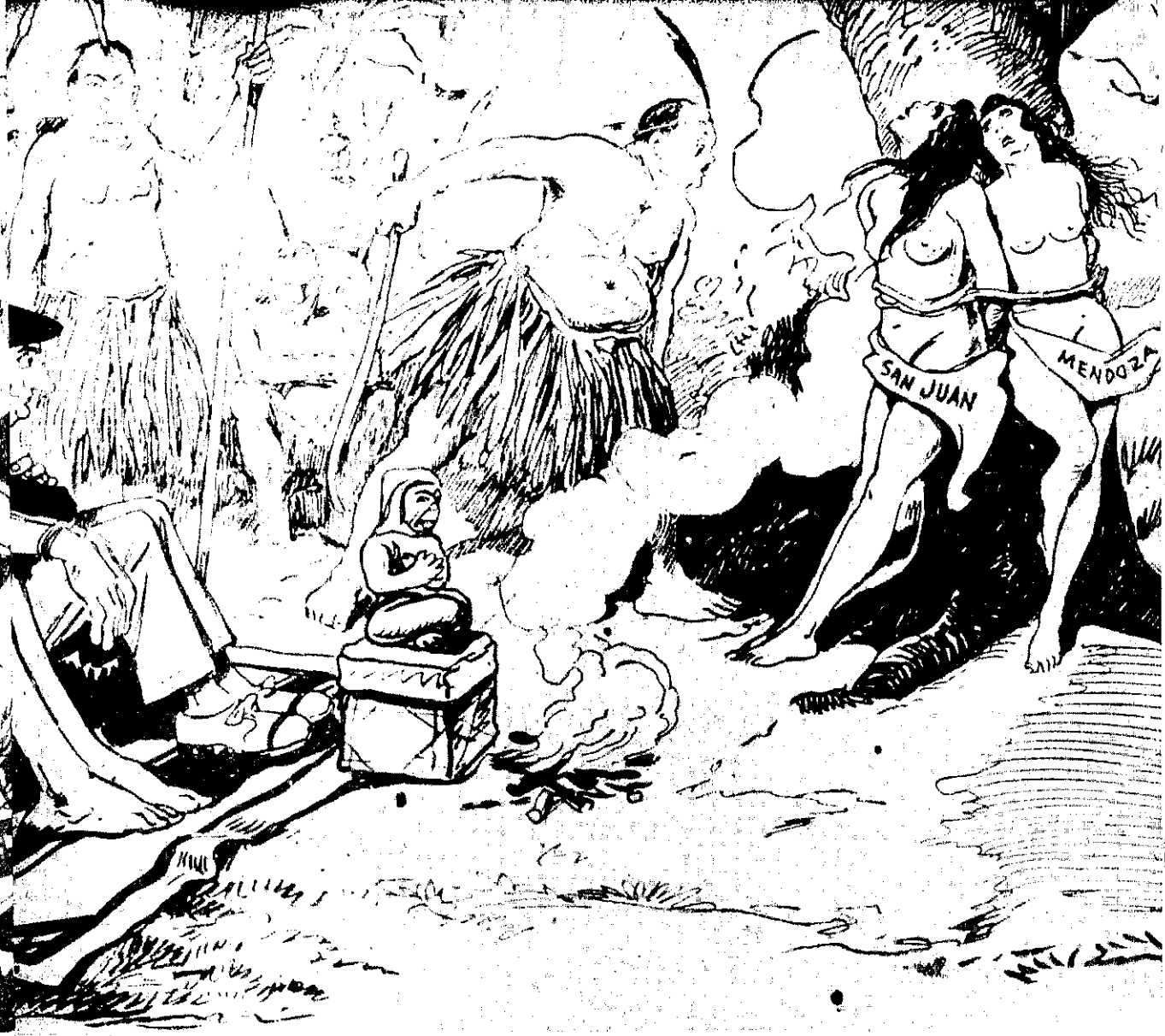
país, los colegios electorales formalizaban la elección de la fórmula Yrigoyen-Beiró según el sistema indirecto de la Constitución del 53. La representación de las juntas electoras de Capital Federal y las 14 provincias existentes entonces, alcanzaba a 376 electores. De ellos, votaron 319: 245 por Yrigoyen, 71 por Melo, y 3 por José Nicolás Matienzo (los de San Juan) para presidente de la Nación. Para vicepresidente, Beiró obtuvo 244 votos, Gallo 59, y Manuel Carlés 3.

Una desgraciada e imprevisible situación vino después a crear un caso sin precedentes en nuestra vida institucional: la muerte del vicepresidente electo. Para el yrigoyenismo fue una verdadera tragedia la desaparición del Dr. Francisco Beiró, ocurrida el 22 de julio. Reactivaba las pujas internas por ocupar esa vacante, y una vez superadas, desembocó en la elección de un dirigente destacado a quien sin embargo, los sucesos posteriores hicieron objeto de duras críticas por su inercia en la entrega del gobierno el 6 de setiembre.

Desaparecía con Beiró un hombre de probada lealtad a Yrigoyen, de recio carácter y gran capacidad organizativa. Había presidido la reorganización partidaria en varias provincias con dotes nada comunes, y podía contrapesar cierta morosidad del temperamento de Yrigoyen, si se necesitaba reemplazarlo eficazmente en la función gubernativa. Todos reconocieron entonces sus altas virtudes, y el Poder Ejecutivo las exaltó en el sepelio, a través del discurso pronunciado en su nombre por el ministro del Interior Dr. José P. Tamborini.

Ante la situación planteada, los partidos opositores sostuvieron la necesidad de una nueva elección popular para reemplazar al vicepresidente electo. Varios tratadistas apoyaron esa tesis, al no estar previsto este caso en la Constitución ni en la jurisprudencia. El radicalismo opinó lo contrario: la elección presidencial es indirecta y constitucionalmente quienes eligen son los Colegios Electorales a quienes corresponde volver a reunirse para cumplir su misión ante una vacancia, porque sus mandatos no concluyen hasta que la Asamblea Legislativa no escrute y apruebe su cometido. De acuerdo a esta tesis,





La situación cuyana fue una
brasa ardiente que
Yrigoyen recibió antes de
iniciar su período

Leopoldo Lugones,
"la hora de la espada"

La Convención Nacional de la U.C.R. volvió a reunirse y el 2 de agosto proclamó candidato a vicepresidente al Dr. Enrique Martínez.

Se criticó entonces esa decisión, pues si el mandato partidario lo aconsejaba, era seguro que los Colegios Electorales volverían a sesionar ya que tenían mayoría yrigoyenista. Argumentóse que surgiría un vicepresidente por decisión de quienes no estaban específicamente habilitados para consagrarlo, olvidándose que el sistema constitucional del 53 no confiere al pueblo en forma directa la potestad de elegir los titulares del Poder Ejecutivo. El pueblo solamente vota por electores —en algunas ocasiones del siglo pasado sin mediar candidaturas presidenciales oficialmente registradas— y son éstos los únicos

indicados para votar la fórmula presidencial, e incluso hubo electores que cambiaron su mandato partidario y lo hicieron por otros ciudadanos, según combinaciones de última hora.

Era la tesis práctica y razonable. Nada se ganaba con convocar a una nueva elección general con candidatos de todos los partidos, para que la ciudadanía eligiese Colegios Electorales distintos a los existentes, si no podía ocultarse la certidumbre de otro triunfo yrigoyenista. Prevalció ella, y los Colegios reunidos en toda la república el 6 de agosto eligieron vicepresidente al Dr. Martínez por 239 votos.

Martínez era un antiguo y prestigioso militante del radicalismo cordobés, médico destacado, diputado nacional en el primer gobier-

no de Yrigoyen, que había fortalecido su personalidad como candidato a intendente municipal frente al ingeniero Emilio Olmos en una honrosa derrota, capaz de proyectarlo en seguida al primer término de la fórmula provincial en 1928. Joven exponente de ese valorado radicalismo cordobés, el 17 de mayo asumió el gobierno, después de la derrota estruendosa del Dr. Julio A. Roca, a los 40 años de edad. Su breve mandato duró tres meses. El 14 de agosto la asamblea legislativa provincial aceptó su renuncia y asumió la titularidad del Poder Ejecutivo el vicegobernador Dr. José Antonio Ceballos. En ese intervalo provincial, Martínez llevó como ministro de Gobierno a un austero e inteligente médico radical afincado en Villa María, que tendría singular gravitación en la política futura: Amadeo Sabatini.

La juventud del vicepresidente electo resultaba un eficaz contrapeso a la ancianidad del presidente Yrigoyen. Así debió ser pero la actuación posterior del Dr. Martínez fue discutida por los ministros del gabinete e impugnada por sus propios correligionarios hasta determinar su alejamiento de la actividad política, vuelto a Córdoba donde murió en 1938 siendo director del Hospital Español. Podría decirse que no estuvo a la altura de su circunstancia histórica: debió salvar un gobierno amenazado y no supo hacerlo. Quizás la ambición de reemplazar al viejo caudillo fue su "talón de Aquiles". aprovechado por los conspiradores con sutiles cantos de sirena...

Volvamos entonces a nuestro relato. El escrutinio y aprobación del comicio y los Colegios Electores tuvo lugar el 12 de agosto en solemne asamblea del Congreso Nacional. La proclamación oficial de la fórmula Yrigoyen-Martínez concitó otra entusiasta manifestación popular, dentro y fuera del recinto legislativo. "Hemos venido a ponerle el cúmplase final a la sentencia que el pueblo de la república ha dictado, interpretando sin duda, un imperioso mandato del Destino", dijo en bella oración el diputado Raúl Oyhanarte.

Parlamentario y tribuno formado en el dolor de la lucha que ensangrentó su hogar, universitario distinguido de la escuela platense, Oyhanarte constituía una voz representativa del sentimiento nacio-

nal en ese instante, capaz de reafirmar las grandes definiciones yrigoyenistas en una suerte de interpretación doctrinaria y posición existencial ante el mundo. "Hemos merecido la suprema gracia de la fe nacional —recalcó— sabemos lo que tal suceso significa y a lo que nos comprometete... La vieja Europa ha escanciado ya la última gota en la copa de las confusiones. Su almacén social se derrumba hacia el despeñadero de la tiranía; el látigo del despotismo chasquea implacable sobre la cabeza de los pueblos. Nosotros en cambio, perfeccionando el sentimiento del deber, hemos llegado a la suprema garantía colectiva que nos ofrece el orden dentro del leal acatamiento a las instituciones. Ha sido necesario que el espíritu argentino sazonzara en el abrasado ejercicio

de los años; que el artero tejido desde el 80 hasta el año 28 de Yrigoyen zarandeara la simiente sucia aún, echara a volar el polvo maléfico que desmerece la noble fanega de grano, robusteciera criterios, disciplinara voluntades, para que como un olmo coposo madurado en sombra, pudiera dar el espectáculo de esta noble realidad que le ofrecemos al mundo..."

Volvía a plantearse, como Yrigoyen lo enseñara ante la guerra, el destino autónomo argentino en soberanía y libertad. La realidad democrática del país cobraba una alta significación en las palabras del tribuno: "Revolucionaria y renovadora: tal la obra del radicalismo argentino; sangre de nuestra nacionalidad, estratificación diamantina de muchos años de apretar los puños y tascar el freno; del



Francisco Beiró,
vicepresidente electo, falleció
antes de asumir su cargo



Aldo Cantoni dirigiendo
la marcha de las elecciones
en San Juan

radicalismo que es el lomo enarcado del obrero, que en un esfuerzo sostenido y tenso cobra su vertical; que es la clase media cansada de humillaciones, enferma de pauperismo moral, que de pronto se yergue para brillar como los relámpagos de un acero desnudo, que es la Nación misma recobrada en toda su imponente majestad soberana. Y es ante esta enorme fuerza decidida y despierta, que la emboscada y la traición se han partido por el eje; y que el ala de los sueños colectivos centuplicó la fuerza de su articulación propulsora..."

"Y así marchamos, sin mirar para atrás —continuaba diciendo Oyhanarte— que hasta ayer nomás las reclamaciones obreras eran consideradas por la plutocracia gobernante como simples manifestacio-

nes de delincuencia colectiva; que la cepa radical tuvo que cuajar en pensamiento y en acción para que la reforma universitaria depurara nuestros altos institutos de enseñanza para que la pobre chusma acogotada y uncida a la galera aristocrática y soberbia, fuera convertida por nosotros, en dueña dignísima de su propio destino, en arado y en herramienta que trabaja, pero también, en proletario que legisla y en aspiración que marcha libre..."

Pareció hablar en aquella ocasión con presentimiento histórico, en las vísperas solemnes de asumir el nuevo gobierno, y desentrañar ante ese auditorio de legisladores adversarios, el sentido del triunfo popular. No hubo más claros conceptos para explicar lo que fue y lo que se esperaba de Yrigoyen:

"Y seguimos recordando toda la sangre y el cruento sacrificio realizado —proseguía el vate radical— para que el cajón intrascendente y artero se convirtiera para la República en la urna inviolable y sagrada, y para que los herméticos portales del Capitolio se transformaran en un verdadero Domo popular; para que fuera posible, horadando la enorme pirca andina, cruzar con la cinta de acero que urbaniza las pampas, la desamparada Arabia pétrea de nuestra región norteaña y conseguir así, que se transforme en una dichosa huerta valenciana; para que la República salvara intacto su patrimonio histórico de aquella horrible hecatombe del año 14, y para que después, desde el eminente rango adquirido por su postura moral, pudiera pronunciar en Ginebra palabras de concordia, de justicia y de fraternidad humana que asombraron al orbe. Tenemos el derecho y tenemos el deber de recrear en esta eminente oportunidad esos acontecimientos que enaltecen a la República y que constituyen su historia inmediata, porque en esos sucesos habrá de encontrarse la razón del magno pronunciamiento por el cual el país nos entrega otra vez, la custodia de su suerte".

EN MARCHA HACIA LA CASA ROSADA

Al ser electo candidato por la Convención partidaria, Yrigoyen anticipó como en 1916, su decisión de donar los sueldos de presidente, en caso de ser elegido, "en favor del infortunio desvalido y la pobreza sin amparo". Era consecuente con una norma de toda su vida, practicada durante su primer gobierno y ahora reafirmada en esas vísperas solemnes. No podía esperarse otra cosa por quienes conocieran su temperamento y sensibilidad social.

Resulta concluyente la opinión del embajador norteamericano en Buenos Aires, Robert Wood Bliss, avezado diplomático, a través de cuyos informes puede apreciarse el clima reinante en todos esos sectores. El historiador Roberto Etchepareborda ha hecho conocer esa documentación de extraordinaria importancia, y en ella se anticipa el concepto con que era esperado el segundo gobierno de Yrigoyen. "La corrupción y mala administra-



ción de la presidencia del señor Yrigoyen, cuando se rodeó de funcionarios débiles, inferiores e incompetentes —escribió al Departamento de Estado en enero de 1928— representan una seria amenaza para su retorno a la Casa Rosada". Más adelante informaba que "el señor Yrigoyen tiene hoy 75 años y aunque se afirma que posee una buena salud, existen posibilidades de que no llegue a cumplir el período presidencial. . ."

Una vez transcurridos los comicios y conocido el triunfo yrigoyenista, el embajador Bliss explicaba el éxito: "tan inesperado del señor Yrigoyen, me permite presentar un interesante ejemplo de la influencia de su nombre sobre las masas. Sus oponentes habían presentado a los votantes una plataforma y un programa. . . y sin embargo ha sido derrotado abrumadoramente por un hombre que no ha hecho una sola declaración pública sobre sus intenciones o planes. El secreto de su éxito no parece residir en la unión contra natura de los conservadores y antipersonalistas, sino en la fe ciega del trabajador que lo cree el campeón de las masas, que les dará salarios más altos y mejores condiciones de vida".

Las expectativas de los adversarios crecían; la confianza de los admiradores seguía inalterable. Por fin el 5 de octubre ante la inminencia del día tan esperado, el embajador norteamericano juzgaba pesimista aquel retorno: "Las características personales que probablemente jugarán el más importante papel en la dirección de su gobierno, son su fuerte nacionalismo, su tendencia a actuar por propia iniciativa, su intolerancia a aceptar interferencias y su predilección en favorecer las clases laboriosas. Varias informaciones me han sido traídas en el sentido que el nuevo mandatario es inamistoso hacia los Estados Unidos y que hará lo que esté a su alcance para deteriorar nuestra posición en el mundo y disminuir nuestra posición comercial en la Argentina. Aún no estoy en condiciones para afirmar cuanta verdad hay en estas opiniones pesimistas; pero debo admitir, francamente, que me siento preocupado por miedo que los intereses y prestigio norteamericanos enfrenten un mal momento".

Esa correspondencia reflejaba el preconceito con que ciertos "in-

formantes" alertaban sobre la nueva presidencia Y así se haría eco de augurios y consejos el editorial de "La Prensa" del 12 de octubre, entre cuyas recomendaciones anhelaba la inmovilidad gubernativa: "Un buen gobierno, tal como lo aspiramos, no podrá concretarse a un nuevo cuerpo de nuevas leyes, ni a dejarse vencer por la fiebre de la apertura de nuevas fuentes de riqueza material. Es preciso no comprometer la capacidad de trabajo ni las ganancias legítimas de las industrias. Un buen gobierno tendrá también que detenerse frente al paisaje de las costumbres públicas y privadas para reflexionar acerca de la ejemplar enseñan-



La Madre María habría desaconsejado a Yrigoyen su segundo período

za que será preciso y urgente ensayar sin imposiciones declamatorias. . ." Un desarrollo mediatizado y detenido, so capa de ciertos conceptos moralizantes parecía lo aconsejable; a sabiendas que Yrigoyen marcaría rumbos avanzados contra toda forma de privilegio social o económico.

"Y llegó el gran día. El ritual 12 de octubre llegó". Félix Luna lo supo evocar en colorida pluma. También Manuel Gálvez en su clásica biografía pudo recordar, "como hace noventa y tres años, cuando llega el día de la Federación, así llega ahora el día de la Reparación. Es la gran fiesta del Radicalismo".

Hipólito Yrigoyen iba a asumir nuevamente la presidencia argenti-

na. Allí estaba, pasado mediodía, junto al vicepresidente Martínez; en los umbrales de su modesta casa de la calle Brasil, mientras las flores caían a su alrededor. Aires marciales precedían su marcha hacia el Congreso. Las tropas militares rendían honores, los barcos surtos en el puerto hacían sonar sirenas en la hermandad de marinos argentinos y visitantes extranjeros. Delegaciones americanas, provinciales, partidarias, se encolumnaban a lo largo de la Avenida de Mayo para aplaudir el paso triunfal. Entre un delirio que conmovía por igual a jerarquías civiles y eclesiásticas, la multitud rumorosa aguardaba al viejo caudillo. . .

La asamblea legislativa inició su sesión a las 14.50 bajo la presidencia del vicepresidente saliente Elpidio González quien informó de su convocatoria en cumplimiento del artículo 80 de la Constitución Nacional, e hizo leer la comunicación de los mandatarios electos "en virtud del veredicto de la opinión nacional", según decía la aceptación de Hipólito Yrigoyen, "proclamado presidente de la Nación para el período de 1928 a 1934".

Las comisiones protocolares de recepción fueron integradas para recibir y acompañar a los nuevos magistrados con miembros representativos de ambas Cámaras. En la del Exterior: senadores Delfor del Valle y Benito Soria; diputados Andrés Ferreyra, Jorge Raúl Rodríguez, Francisco Empanaza y Belisario Hernández. En la de Interior: senadores Diego Luis Molinari y Armando G. Antille; diputados Víctor M. Porta, Víctor Juan Guillot, Leopoldo Bard y José Urbano Aguirre.

Exactamente a las 15 acompañan las comisiones a los doctores Yrigoyen y Martínez, vestidos de riguroso frac. "En el estrado Elpidio González le alcanza la fórmula constitucional del juramento. . . E Yrigoyen, como vibrando en la sobrehumana responsabilidad de cargar tantas esperanzas oscuras y tantas exigencias que afloran del trasfondo de la historia, deja la cartilla sobre la mesa y sin leer, mirando al infinito, la mano derecha extendida, rígido el índice admonitorio, marcando las solemnes cláusulas con sendos movimientos, recita con voz apenas audible en el silencio tenso de la asamblea, el texto del juramento. . . Una ce-

rrada aclamación rubrica sus palabras. Ya es Presidente”.

Seguimos el texto de Luna quien hace hincapie en el perceptible cambio de modulación con que Yrigoyen detuvo su tono al jurar “observar y hacer observar... fielmente... la Constitución de la Nación Argentina”. Su voz se torna metálica porque Yrigoyen ha recalcado esa palabra fielmente entre la ansiedad del público.

Ya en la amplia Avenida, flanqueado por la escolta de Granaderos a Caballo el automóvil presidencial marcha hacia la Casa Rosada, llevando de pie al líder aplaudido. Flores y saludos en indescriptible emoción marcan el tono de esa hora, hasta llegar a la explanada de calle Rivadavia donde le espera el jefe del protocolo doctor Amaya.

Marcelo de Alvear, rodeado de sus ministros, está en el primer piso donde una alta tarima levantada en el Salón Blanco, bajo el busto de la República, constituye marco apropiado a la ceremonia. Sobre la misma una roja alfombra, y una gran mesa escritorio encima de la cual los atributos del mando, la banda y el bastón, aguardan a Yrigoyen.

Otra ovación señala el momento de su ingreso al Salón. Pedidos de silencio e intermitentes aplausos y vítores. Cuando calman los entusiasmos Alvear espera que el escribano de gobierno termine la lectura del acta, y con la banda y el bastón en sus manos se dirige a su antiguo amigo para decirle: “Al entregaros por imperio de la ley y voluntad soberana del pueblo las insignias de la primera magistratura, formulo los más sinceros y fervientes votos por el mayor éxito de vuestro gobierno, para progreso y felicidad de la República”.

Yrigoyen con expresión afectuosa, velada una tenue sonrisa, voz baja y mirada fija sobre Alvear, piensa quizás en el contraste con la escena ocurrida en 1916, o con aquella más próxima de 1922, y responde: “Tomo posesión de las insignias del mando que el pueblo me ha conferido, y agradezco vivamente sus juicios y augurios, y renovando mis fervorosos sentimientos que siempre tuve para usted, hago votos por su infinita felicidad”. En el momento solemne ha vuelto al cariñoso afecto que profesaba a Alvear.

Se hace un nuevo paréntesis pa-

ra que el nuevo mandatario pase a una dependencia contigua a colocarse la Banda presidencial, acompañado del encargado de ceremonial Embajador Enrique J. Amaya, y a su regreso se confunde en otro expresivo abrazo con Alvear, a quien acompaña en despedida hasta los umbrales del Salón Blanco. Después, los saludos de práctica y un mundo de irradiaciones optimistas entremezclado con un clamor de humanidad que viene desde la histórica Plaza e impulsa al presidente a salir a los balcones de la Casa Rosada para saludar desde allí a ese pueblo congregarado en una auténtica fiesta cívica.

Allá abajo, algunos exaltados gritan “¡traidor!” al ex presidente que abandona la sede gubernativa. Alvear rojo como un tomate, en uno de sus habituales arranques se enfrenta al griterío y amenaza tomarse a trompis con el más próximo. Prontamente interviene la policía y el episodio concluye: nadie quiere empañar la alegría de esa jornada. Hasta que el sol se pone lentamente, y cumplidas las ceremonias protocolares, Hipólito Yrigoyen acompañado de sus más allegados vuelve a su morada de la calle Brasil.

Todo aquello hoy se asemeja a una escena cinematográfica, irreal, casi imposible de haber ocurrido, confusa entre la lejanía de recuerdos y lecturas donde se hablaba de ese 12 de octubre. Porque fue un día de delirio radical, de júbilo popular, de resonancia americana. Podemos dimensionarlo a la distancia pues en nuestra historia difícilmente pudo darse otra jornada similar. La asunción de Yrigoyen en 1928 constituye el más alto pedestal para su gloria en el corolario final de ese plebiscito de abril que lo reivindica históricamente de todas las críticas lanzadas sobre su primer gobierno, y en una consagración rotunda. En el “corsi e ricorsi” de la vida y los acontecimientos, este tipo de sucesos fueron característica de la extraordinaria personalidad yrigoyeniana, cuyo periplo existencial estuvo hecho de ataques, caídas momentáneas y consagraciones finales. Así ocurrirá más tarde con el 6 de setiembre, hasta volver a renacer en la apoteosis absoluta y gloriosa de sus exequias.

El 12 de octubre de 1928 resultó más significativo que igual día de 1916. Entonces llegó Yrigoyen

al gobierno revestido de una aurea misteriosa, intuído por el pueblo en su íntima sensibilidad pero casi desconocido del mundo nacional e internacional. Su triunfo en el comicio fue luego reducido en los Colegios Electorales y el resultado final se mantuvo incierto hasta las vísperas. En 1916 hubo un despertar cívico exteriorizado por primera vez en el siglo con la presencia de multitudes populares en las calles porteñas para acompañar un nuevo presidente. Así quedó exteriorizado al recibirlo el pueblo en la Avenida de Mayo y desenganchar los caballos de la carroza oficial, conducida hasta la Casa Rosada en brazos de la ciudadanía con gran escándalo de las clases dominantes.

Si bien este último episodio no se repitió en 1928, la apoteosis fue esta vez mayor. En 1916 Yrigoyen recibió el mando de Victorino de la Plaza, un adversario vencido, casi indiferente a la extinción del “régimen”. En 1928 se lo entregó Alvear, su ex discípulo, rodeado de enemigos descubiertos e implacables, dispuestos desde ese mismo momento a derrocarlo. Yrigoyen volvía al poder en una “restauración” solo comparable a la de Rosas en 1835: tras un plebiscito categórico, entre el fervor de las masas, victorioso de la traición interna... Reelecto, o sea, más que si fuera electo en una primera vez: probado. El país estaba ya adulto para el civismo. Las multitudes que ganaron ese día la ciudad fueron las mayores vistas hasta entonces; el exultante fervor tampoco se había visto nunca en grado similar. Digamos entonces con Luna: “¡Qué lindo haber estado allí!”.

EL NUEVO GOBIERNO

La Argentina era en esos momentos un país esperanzado, entusiasta, creativo, orgulloso de su democracia y sus instituciones, altivo y soberano ante el mundo, con un pueblo gozoso de la vida... La palabra “crisis” todavía no figuraba en el diccionario nacional.

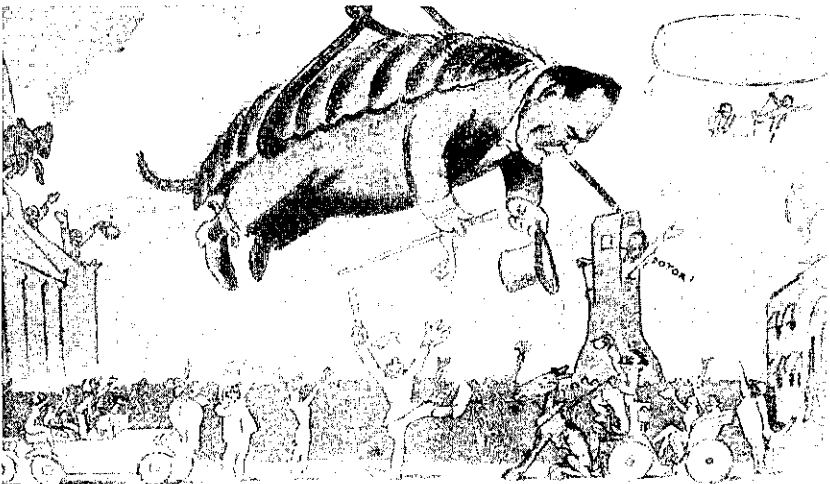
“Adiós muchachos”. Uno de los últimos estrenos de Gardel servía como tema a una caricatura periodística en la cual Marcelo Alvear, valijas en manos, dejaba la Casa Rosada con esta despedida tangera. En otro sentido y en la certidumbre de marchar al encuen-

tro de Dios, María Salome Loredo de Subiza había dicho en su despedida: "Me voy junto a Dios"; recordada de la veneración popular, la Madre María falleció el 2 de octubre. Había mantenido amistad con Yrigoyen, a quien según sus allegados, previno la inconveniencia de volver otra vez al gobierno.

En esos mismos días, dos taxistas de Floresta se las ingeniaban para facilitar el transporte rápido y económico en automóvil, e inauguraban un recorrido colectivo desde Carrasco y Rivadavia a Primera Junta. Era un invento típicamente argentino, destinado a imponer un nuevo modo de viajar en la gran ciudad: el colectivo. Y en aquella tarde inolvidable del 12 de octubre, otro fervor conmocionó las fibras populares y llegó con sus ecos al país entero. La cancha de River desbordó en sus tribunas; los bajos de Palermo fueron la cita de porteños y provincianos por la finalización del campeonato nacional de fútbol. Culminaba una intensa campaña en el entonces muy importante torneo argentino que disputaba el trofeo Presidente de la Nación y ningún otro acontecimiento en su época apasionó tanto a la afición deportiva.

Llegaba al encuentro definitorio las representaciones de la Liga Cultural de Santiago del Estero y la Federación Paranaense de Entre Ríos. Allí fue cuando los santiagueños conquistaron los lauros más altos de su historial futbolístico al vencer a Paraná por 3 a 1, constituyéndose en el primer equipo provinciano capaz de semejante victoria nacional luego de una campaña que deslumbró a todos.

Era una gran sinfonía que se orquestaba de modo coherente, con augurios y expectativas, para dar marco propicio al nuevo gobierno. Yrigoyen era hombre del siglo anterior, nacido antes de la Constitución, pero no resultaba insensible a esas singularidades. Lo demostró después de la depuración provocada por el alejamiento de los jerarcas antipersonalistas, al rodearse de un estado mayor partidario de hombres jóvenes, de cualidades intelectuales e inquietudes avanzadas. Esas figuras —cuya edad promedio no superaba los 45 años— constituían el nervio ideológico y gubernativo desde importantes funciones públicas, secundados por grupos universitarios representativos de la generación postreforma-



mista. Arturo Jauretche, José C. Barro, Eduardo Araujo, Silvio Bonardi, Guillermo Fonrouge, el cordobés Américo Aguilera, Ricardo Guardo, Homero Manzione, German Pais, Carlos G. Menica, Alberto May Zuviría, Alberto M. Stainch, entre otros, constituyen el relevo de esa otra generación brillante: Guillermo Watson, Gabriel del Mazo, Mario Jurado, etc. fundadora del reformismo desde una óptica radical. Todos ellos actuaron en acciones concurrentes con jóvenes grupos intelectuales que a través de libros y publicaciones recreaban al radicalismo dotándolo de una savia vivificante. Manuel Ortiz Pereyra, Amable Gutiérrez Diez, Elías Melopulos, Pacifico Rodríguez Villar, Atilio García Me-

lled, Alfredo N. Morrone, Jorge Sagastume, Rafael de Diego, etc. resultaban nombres significativos de una concepción económico-social preocupada en buscar soluciones nacionales.

Yrigoyen habría de conjugar esas expresiones al constituir su nuevo gobierno, ocupado por hombres que respondían a esa inquietud. Cuando advino la crítica despiadada a esta gestión pública, todo pareció olvidarse. El gobierno fue motejado de caduco a inerte, lleno de incapaces semianalfabetos reclutados entre la hez de los comités. La vejez de Yrigoyen dio el "tono" a tales comentarios, cubrió como un manto todas las esferas gubernativas, olvidándose que con excepción del titular de Guerra



Manifestación yrigoyenista desfilando por Avenida de Mayo, en abril de 1928

Artefacto ideado por Ramón Columba "para que el Viejo pueda librarse de que le saquen nuevamente los caballos al coche".

jos a la ilusiones e impulsos de la juventud recién traspuesta.

Yrigoyen asumió el 12 de octubre rodeado de esos auspicios, y nombró un gabinete representativo de las regiones y aspiraciones integrales del conjunto nacional, según era costumbre del radicalismo. Elpidio González, rosarino con actuación en Córdoba, ex vicepresidente de Alvear y jugado al lado de Yrigoyen al producirse la escisión, reunía los mejores antecedentes políticos para ocupar el Ministerio del Interior. El Dr. Horacio B. Oyhanarte honró a la Cancillería pero también tenía dignos antecedentes en todas las lides: hijo de un periodista asesinado por el conservadorismo, creció en la escuela del sacrificio como discípulo íntimo de Yrigoyen, estuvo en la lista de primeros diputados nacionales electos en 1914 y pronunció al incorporarse un brillante alegato contra el fraude oficial en su propia elección, que hizo escuela en el Parlamento y duró tres días de oratoria fogosa. Sus discursos hacían época, sus polémicas con los socialistas denotaban su versación en el materialismo histórico, su defensa de la neutralidad argentina constituyó una página de doctrina en 1917. Aunaba a ello una sólida cultura literaria, poética y artística sazónada en recorridas europeas, que tanto se exteriorizaba en su "Oración al Poeta" con que fundamentó una pensión para Almafuerte, como en sus trabajos sobre Shakespeare y sus personajes dramáticos, las figuras de Napoleón y Talleyrand, o los ensayos dedicados al Quijote y Martín Fierro.

El ministro de Obras Públicas era santiagueño de añosa estirpe radical, médico y maestro de alta enjundia quirúrgica en la vida universitaria rosarina. Tan múltiple personalidad parecía incompatible con su cartera, pero la capacidad de trabajo demostró lo contrario, y la elección del Ing. Enrique Zuleta para la subsecretaría de Obras Públicas, aseguró el éxito de los planes y realizaciones suscriptas por el Dr. Abalos. El Dr. Juan B. Fleitas constituía a su lado otro caso similar. Abogado correntino, provenía "de la provincia menos agrícola del país" según la crítica de Manuel Galvez, pero el aparente contrasentido se explicaba en el deseo de cambiar los favoritismos a la **pampa húmeda** por una nueva política de promoción precisa de

esas zonas con menor desarrollo agrícola.

En el ministerio de Hacienda fue nombrado el Dr. Enrique Pérez Colman, abogado entrerriano de conocidos estudios jurídicos, históricos y sociológicos: en Justicia e Instrucción Pública el juriconsulto porteño Dr. Juan de la Campa el cual venía a integrar la Corte Suprema de Buenos Aires; quizás ambos fueran los ministros de menor trayectoria partidaria, lo que en todo caso desmentía el sectarismo denunciado por la gran prensa.

Las carteras vinculadas a las Fuerzas Armadas estaban a cargo de dos profesionales muy prestigiosos. El Tte. Gral. Luis J. Dellepiane era el militar de mayor graduación, antigüedad y prestigio dentro del Ejército y había sido postergado por Alvear, quien debió nombrarlo ministro de Guerra en 1922. Primer geodesta argentino, ingeniero civil y profesor en la facultad de Ciencias Exactas, propagandista de las teorías de Einstein en 1924, su autoridad se reconocía con respeto, salvo en las logias inspiradas por Justo impedidas ahora de manejar los pases y ascensos dentro del arma, o los grupos admiradores del fascismo que bajo la tutela ideológica de Leopoldo Lugones reunía Uriburu. Debía recordarse que Dellepiane asumió el control militar de Buenos Aires en la Semana Trágica de 1919 y desdeñó derrocar a Yrigoyen, según comentadas insinuaciones, pues hizo un culto del acatamiento al orden constitucional, la obediencia y la subordinación del arma a la legalidad.

Al ministerio de Marina fue designado el contralmirante Tomás Zurueta quien ya lo ocupara en los postreros días de la primera presidencia de Yrigoyen desde 1921. Sin desmedro de su radicalismo, pues ocupó una diputación nacional en 1924 se había desempeñado en la dirección de la Escuela Naval, presidente del Consejo de Guerra para clases y tropas, de la comisión hidrográfica del río de la Plata, y desde su egreso en el primer puesto de su promoción, formó parte de la plana mayor de casi todas las unidades navales. Ambos jefes honraban en verdad a nuestras fuerzas armadas, y ejercían un profesionalismo de ninguna manera ajeno a las preocupaciones cívicas.

No había en este gabinete algu-

—militar profesional— el mayor de los ministros civiles —Elpidio González— apenas había traspuesto la barrera del medio siglo. El canciller Oyhanarte tenía 43 años. Casos que reiteraban el cuadro brillante de un parlamento joven ya señalado: el presidente de Diputados Andrés Ferreyra cumplía 42 años, el presidente del Bloque yrigoyenista Leopoldo Bard 40 años, Guillot y Molinari eran de la misma edad, 39 años; y el gobernador de la provincia de Buenos Aires Dr. Valentin Vergara 49 años, marcaba otra de las pautas renovadoras desde el primer estado argentino. Podría decirse a lo sumo que eran jóvenes maduros, en la sason de la vida cuando la reflexión, la experiencia y el saber corren pare-

no de los nombres consulares del primer gobierno yrigoyenista. Ciertamente faltaba un Honorio Pueyrredón, un Teodoro Becú o un Alfredo Demarchi, de tanto prestigio social; tanto como Pablo Torrello en su significación radical. Quizás con menor espectacularidad, el gabinete de 1928 era mejormente que el primero, la crítica implacable no perdona su fidelidad al caudillo, simulando añorar los ministerios "consulares" de la oligarquía, cuando en realidad, cualquiera fuesen los elegidos, por sólo pertenecer a este gobierno estaban señalados para la difamación y el vituperio.

EL PAIS Y LAS PROVINCIAS

El cuadro político que Yrigoyen dejó inaugurado el 12 de octubre de 1928 se completaba en los días inmediatos, con la integración de los elencos administrativos de mayor responsabilidad para las tareas oficiales. Si bien la justicia y la universidad no fueron tocados, los aires renovatorios debían llegar allí. El Dr. Roberto Repetto presidía la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y don Ricardo Rojas la Universidad Nacional de Buenos Aires, dos altos foros a la espera de los cambios necesarios para su modernización.

En otras funciones importantes fueron nombrados, el Dr. Carlos J. Botto presidente del Banco de la Nación; don Nereo Crovetto del Banco Hipotecario Nacional; y Manuel S. Alvarado de la Lotería Nacional, El Gral. Enrique Mosconi confirmado en Y.P.F. el Dr. Antonio Rodríguez Jáuregui, presidente del Consejo Nacional de Educación; el Ing. Manuel J. Claps, Administrador de los F.C. del Estado; Antonio S. Amallo, Director de Correos y Telégrafo; el Doctor Antonio Agudo Avila presidente del Consejo Nacional de Higiene y encargado de proyectar la creación del nuevo ministerio de Salud Pública; Ricardo López Jordan, director del Tierras y Colonias; Enrique Varaona de la Defensa Agrícola; y secretario de la Presidencia de la República el Dr. Arturo Benavidez. Rescatamos estos nombres del olvido pues la mayoría de ellos sufrieron injusta persecución en 1930, siendo enjuiciados e investigados sin ninguna prueba contra su honestidad.

No se hicieron mayores designa-



Yrigoyen acompañado de José Luis Cantilo, el canciller Oyhanarte, el vicepresidente Martínez y el ministro del interior González el 25 de mayo de 1930

ciones en el aparato estatal, que siguió en su mayoría con funcionarios de carrera.

En cuanto al panorama de los gobiernos locales existentes en el país, ya sea con mandatos anteriores a la elección de 1928, o electos este año que asumieron el poder a partir del mes de mayo, se encontraban en ejercicio las siguientes autoridades:

Provincia de Buenos Aires: Gobernador (1926-30) Dr. Valentín Vergara; Vice Victoriano de Ortuzar; Ministros de Gobierno Dr. Obdulio F. Siri, de Hacienda Contador Francisco Ratto, de Obras Públicas Ing. Ernesto Boati.

Santa Fe: Gobernador Dr. Pedro Gómez Cello; Vice Dr. Elías F. de la Puente; Ministros, de Gobierno Dr. Ireneo de Anquin, Hacienda y Obras Públicas Dr. Benjamín Ocampo, Instrucción Pública y Fomento Profesor Martín Herrera.

Entre Ríos: Gobernador (1926-30) Dr. Eduardo Laurencena; Vice Dr. José María Garayalde; Ministros de Gobierno Dr. Prudencio M. Clariá, de Hacienda, don Héctor F. Galassi. (Antipersonalistas).

Corrientes: Gobernador Dr. Benjamín S. González (1925-29); Vice Erasmo Martínez; Ministros, de Gobierno Dr. Ercilio Rodríguez, de Hacienda Manuel Cabral. (Autonomista Liberal).

Córdoba: Gobernador Dr. José Antonio Ceballos; Ministros, de Gobierno Dr. Amadeo Sabattini, de Hacienda Dr. Agustín Garzón Agulla, de Obras Públicas e Industrias Ing. Guillermo Fusch.

Catamarca: Gobernador Urbano Girardi; Vice Dr. Julio Figueroa; Ministro General Dr. Arturo Ahumada.

La Rioja: Gobernador Adolfo Lanús (1926-29), Vice Carlos M.



Quiroga. (Antipersonalistas).

Salta: Gobernador Dr. Julio Cornejo; **Ministros, de Gobierno** Dr. Carlos Aranda, de **Hacienda** Dr. Julio Torino.

San Luis: Gobernador (1926-30) Dr. Alberto Arancibia Rodríguez; **Ministros, de Gobierno** Dr. Humberto Rodríguez Sáa, de **Hacienda y Obras Públicas** Cipriano Taboada Mora (Partido Liberal).

Santiago del Estero: Gobernador Ing. Santiago Maradona; **Ministros, de Gobierno, Justicia e Instrucción Pública** Profesor Julio Olivera, de **Hacienda y Obras Públicas** Dr. Silvio Raimondi.

Jujuy: Gobernador Tte. Cnel. Pedro J. Pérez; **Ministros, de Gobierno** Horacio Severo Pemberton, de **Hacienda** Pedro Campos. (Antipersonalista).

Tucumán: Gobernador Ing. José Shorteix; **Ministros de Gobierno, Justicia e Instrucción Pública** Dr.

Adriano E. Bourguignon; de **Hacienda y Obras Públicas** Dr. Joaquín Apolinario.

Debe advertirse que aquellos gobiernos sin mención en contrario, correspondían al radicalismo yrigoyenista. Asimismo se nombró, el 15 de noviembre de 1928, intendente municipal de la Capital Federal al Dr. José Luis Cantilo, prominente historiador, biógrafo de Juan de Garay, periodista fundador del diario "La Epoca", quien ejerció estas mismas funciones en el primer gobierno de Yrigoyen entre 1919 y 1921, y después fue gobernador de la Provincia de Buenos Aires (1922-26). Esta destacada figura tuvo como secretarios, de Hacienda Dr. Rodolfo Arambarri; de Obras Públicas Luis Rodríguez Yrigoyen.

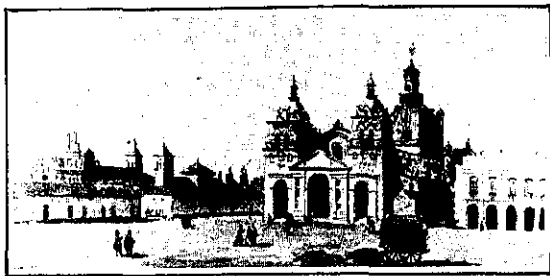
El presidente Yrigoyen ya en ejercicio de sus funciones, designó después los interventores federales en Mendoza y San Juan, según las leyes promulgadas por el ex presidente Alvear y cuyos cargos quedaron sin cubrir. El 4 de diciembre era nombrado don Carlos Borzani en Mendoza, el cual llevó como ministros, de Gobierno Dr. Alfredo Sosa, de Obras Públicas Dr. Mario Jurado y de Hacienda Dr. Guillermo Watson, ex presidente fundador de la Federación Universitaria Argentina, profesor y consejero en las universidades de Buenos Aires, La Plata y el Litoral. Integraban además el equipo de esta intervención, el Dr. Ismael Viñas presidente del Consejo de Educación, el Dr. Ricardo Balbín agente fiscal, y el Dr. Arturo Jáuretche secretario de la Dirección de Industrias.

El 19 de diciembre fue designado interventor en San Juan el Dr. Modestino A. Pizarro, correcto magistrado bonaerense y presidente de la legislatura provincial durante el gobierno de Cantilo. Le acompañaron los Dres. Néstor I. Aparicio y Miguel L. Denóvi, ministros de Gobierno y Hacienda respectivamente.

Tal era la realidad político-institucional de 1928, según la situación de las 14 provincias tradicionales en el ejercicio de los derechos ciudadanos. Dos años más tarde, todo el tinglado político sería derrocado por una revolución y el panorama institucional se abriría bajo un signo muy distinto en la década inmediata. Pero esta ya es otra historia.

BIBLIOGRAFIA

- Abad de Santillan Diego; **Historia Argentina**. Ts. IV y V. Ed. TEA 1971.
- Academia Nacional de la Historia: **Historia Argentina Contemporánea**. Vol. I, Sec. II. "Presidencia de Marcelo T. de Alvear" por Raúl A. Molina. "La segunda presidencia y la crisis de 1930" por Roberto Etchepareborda.
- Ib. Vol. IV, Sec. I y II: "Historia de las Provincias y sus pueblos". Alen Lascano Luis C.: Pueyrredón, **El Mensajero de un Destino**. Ed. Raigal, Buenos Aires 1951.
- Ib. **La Argentina Ilusionada**. Colec. Memorial de la Patria, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires 1975.
- Ib. **Yrigoyen y la Gran Guerra**. Ed. Korrigan. Buenos Aires 1974.
- Bucich Escobar Ismael: **Los Presidentes argentinos**. Yrigoyen. Alvear. Ed. La Facultad, Buenos Aires 1934.
- Coca Joaquín: **El Contubernio**. Ed. Claridad, Buenos Aires 1931.
- Del Mazo Gabriel: **El Radicalismo, notas sobre su historia y doctrina (1922-1952)** Ed. Raigal, Buenos Aires 1955.
- Etchepareborda Roberto: **Yrigoyen y el Congreso**. Ed. Raigal, Bs. As. 1958.
- Ib. **Hipólito Yrigoyen**. Ed. La Nueva Provincia. Bahía Blanca 1972.
- Iñigo Carrera Héctor: **Los años 20**. Ed. Centro Editor de América Lainta 1971.
- Luna Félix: **Alvear**. 1ra. Ed. Buenos Aires 1958.
- Ib. **Yrigoyen, el templario de la libertad**. 1ra. Ed. Raigal Bs. As. 1954.
- Oyhanarte Raúl F.: **Radicalismo de siempre**. Ed. Club Radical. La Plata 1932. Yrigoyen Hipólito: **Pueblo y Gobierno**, 12 tomos Ed. Raigal, Bs. As. 1952/54.



Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la Historia

EL DESVAN DE CLIQ

por León Benavés



La muerte de Hipólito Yrigoyen

Hipólito Yrigoyen, el silencioso caudillo radical, se sintió, sin duda, un iluminado. Había no poco contenido místico en su idea de "la causa" —la causa radical— que oponía, en su concepción antimaterialista, a lo que llamaba "el régimen falaz y descreído". Imbuido de filosofía krausista, faltó a Yrigoyen envergadura de completo hombre de Estado, pero suplió con acertados "paf-pitos" el estudio meduloso, particularmente en cuanto a la conducta del país en lo internacional.

Su muerte acarrió los excesos pasionistas que son habituales en la política argentina.

Un modesto poeta, Orlando D'Aniello, en sus sencillos pero sentidos versos del libro que titula "El agua del río, pinta de esta manera el entierro de Yrigoyen, aquel presidente a quien el "Mono" Taborda, el famoso caricaturista del

diario Crítica, dibujó con una velita encendida sobre la cabeza, símbolo eficaz del carácter de "iluminado" que el propio presidente depuesto creyó investir.

Dicen los versos que comentamos, titulados La despedida:

Andando muy lentamente pasaba la muchedumbre. Jamás fue tanta la gente ni tanta la pesadumbre.

Sobre los hombros llevaban la caja con los despojos. Algunas monjas rezaban buscando a Dios con los ojos.

Una mujer, de un balcón, volcaba su alma doliente cantando triste canción de adios al ex presidente.

Ricardo Rojas tenía en el cajón la mirada. Con una mano oprimía su corazón que lloraba.

Llevaba el negro sombrero en la otra mano el poeta. A pie fue el trayecto entero camino a la Recoleta.

*Intensa lluvia de flores
de los balcones caía.
El tiempo que corre y
corre
no hará olvidar aquel
día.*

*Estaban todas las
puertas
debido al luto
entornadas.
Ni risas hubo ni
fiestas
durante varias
jornadas.*

*Estuvo en Martín
García
privado de libertad.
Por cierto no merecía
tal trato en la
ancianidad.*

*Los que antes lo
apostrofaban,
los que su busto
arrastraron,
arrepentidos lloraban
el día que lo
enterraron.*

*Por la Avenida pasó
la multitud apenada
y por Callao lo llevó
a su postrera morada.*

*Los que ya mucho
han vivido
conocen lo aquí
narrado,
quien fue aquel ser
tan querido
que el pueblo tanto
ha llorado.*

*Que tenga idea
a su vez
de aquello la
gente joven,
de lo sentida que
fue la despedida
a Yrigoyen.*

"La eterna milonga"

También es historia la de nuestras revistas literarias. Y particularmente lo es la de la revista *Nosotros*, que, durante largas décadas, dirigieron esforzadamente Roberto F. Giusti y Alfredo A. Bianchi. Bianchi —con su eterno sobretodo negro de cuello de terciopelo, sus grandes dientes de piano en la boca siempre amable y sonriente y su "sobaco sabio" eternamente apresador de libros y revistas—, era el diligente "introducido de embajadores" de la publicación, y el avisado descubridor de valores jóvenes. Basta contar, en sus descubrimientos, el de Enrique Banchs, el alto poeta, entonces un muchachito que trabajaba en "La Prensa". Banchs fue no

solamente el poeta recoleto y silencioso que algunos piensan, el pensativo al lado de la lámpara de suave luz, que muchos imaginan, sino un hombre de notable actividad periodística, que, durante su actuación en la editorial *Atlántida*, tuvo casi íntegramente a su cargo una revista infantil, tradujo innumerables artículos del inglés y efectuó tareas de la "cocina" del periodismo, sin mengua de sus altos valores poéticos.

Entre los concurrentes a la redacción de la revista *Nosotros*, era "habitué" don Cándido Villalobos Domínguez. Delgado, bondadoso, con sus imponentes anteojos de los llamados "quevedos" —esos que pinzan fuertemente la nariz, y se sostienen sin patillas—, Villalobos Domínguez insistía, en sus artículos y conversaciones, en un tema que parecía apasionarlo: el impuesto único a la tierra, en la teoría del escritor y sociólogo norteamericano Henry George (1839-1897), llamada "georgismo".

Escuchándolo en su tema único, Daniel Rodolico —el diligente administrador de *Nosotros*, sonriente, calvo, de ojos saltones y eterno "tarugo" humeante— comentaba, con bondad y humor, que a Don Cándido podía, por lo monocorde de su prédica, corresponderle un ajustado apodo: "La Eterna Milonga".

Y tenía razón. . .

Pero pocos hubieran reconocido en Villalobos Domínguez al propio Cándido Villalobos, el hábil dibujante popular que José María Cao descubrió y llevó a la revista

Caras y Caretas, donde ilustró notas diversas, y no pocas de aquel gran humorista que fue Fray Mocho (José A. Alvarez).

Otro de los concurrentes habituales de *Nosotros* fue el crítico E. Suárez Calimano. Creo entender que era de nacionalidad canaria. Alto, delgado, de rostro chupado y rojizo, voz grave y pausada, fue de los primeros en ocuparse detalladamente de literatura latinoamericana en nuestro país. Murió como consecuencia de una inyección mal dada —no sé si una vacuna— que le produjo una infección.

Con sus ojos de pez, algo saltones, su sombrero de ministro y su alta talla, era una interesante figura de la tertulia, escuchado y respetado. ■

1928, EL PLEBISCITO (II)

LA DECISIVA ELECCION CORDOBESA

por ROBERTO A. FERRERO

Después que Alvear se alejara de sus correligionarios yrigoyenistas, Hipólito Yrigoyen convocó a sus fieles a una "nueva Reparación", vale decir, a la reconquista del poder por las fuerzas populares. En esa cruzada que en el ocaso de su vida emprendía el caudillo radical para las elecciones de 1928 eran de crucial importancia, naturalmente, los distritos electorales que enviaban mayor representación a los Colegios electorales que elegían presidente según el sistema indirecto. Uno de esos distritos, Capital Federal, estaba sometido a la influencia directa del presidente Alvear, decidido sostenedor de los enemigos de Yrigoyen, y otro —Santa Fe— estaba gobernado por los antipersonalistas. Los ejes del futuro conflicto presidencial pasaban entonces, por las otras dos provincias decisivas: Buenos Aires, controlada por los yrigoyenistas y que la fracción "galerita", ya escindida formalmente de la U.C.R., bregaba por hacer intervenir, y Córdoba, que los conservadores trataban de mantener en sus manos.

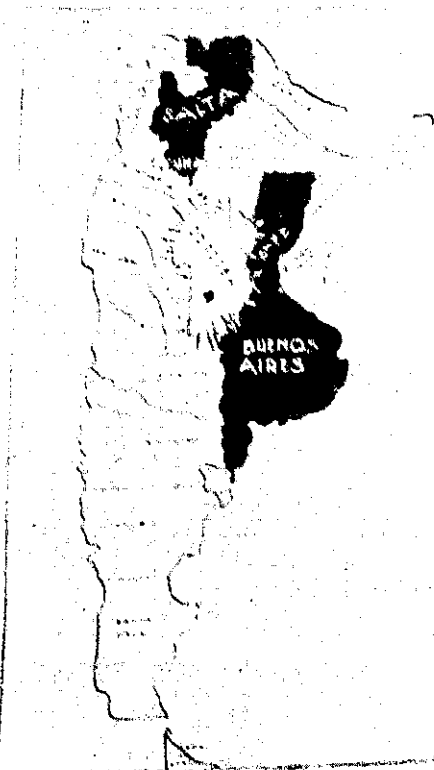
QUE CÓRDOBA SIGA LIBRE!

De punta, frente al INVASOR!

Demuestre su decisión
irrevocable de no tolerar
que se impongan a Córdoba
autoridades de Buenos Aires.

Concurra a la asamblea
del Partido Demócrata
esta noche a las 21 y 30
en la Plaza San Martín

VIVA CORDOBA LIBRE!



El Partido Demócrata es el único partido que se opone a la invasión de Buenos Aires a Córdoba. El Partido Demócrata es el único partido que se opone a la invasión de Buenos Aires a Córdoba. El Partido Demócrata es el único partido que se opone a la invasión de Buenos Aires a Córdoba.

La Córdoba que llegaba a los últimos años Veinte, si bien aun estaba lejos de ser la urbe dinámica de la posterior era industrial tampoco era ya la ciudad conventual y burocrática que tantos viajes describieron hasta hacer de sus afirmaciones un lugar común. Esa idiosincracia se había ido desdibujando con las grandes transformaciones juaristas de fin de siglo, la explosión de la Reforma Universitaria, las conmociones sociales y políticas de 1918-19 y los posteriores gobiernos liberales. Córdoba era, en verdad, una provincia en transición, que se incorporaba a su siglo y veía crecer incesantemente la presencia popular.

Los conservadores, que la gobernaban desde 1919 (Rafael Núñez 1919-22; Julio A. Roca (h) 1922-25, y Ramón J. Cárcano en 1925-28), habían realizado una importante obra de progreso material. La segunda administración carcanista, eficazmente secundada en la Capital por el Intendente Emilio F. Olmos, mantenía esas características progresistas del Partido Demócrata de Córdoba¹. Se anotaban en su haber caminos, escuelas, diques, leyes de promoción de la actividad económica, la modernización urbana de Córdoba, la extensión de sus avenidas, de sus servicios de transporte, alumbrado y abastecimiento (el nuevo Matadero municipal y cuatro grandes mercados), el aliento al desarrollo de las expresiones culturales y al crecimiento de los barrios periféricos de clase media y proletarios, el cuidado de la salud pública en la Capital y el comienzo de la construcción de algunos grandes edificios públicos. A este esfuerzo local se sumaba el de las autoridades nacionales que, después de haber comenzado la Fábrica Militar de Aviones en 1926, en el antiguo campo de batalla donde una vez Paunero derrotara al Chacho, daban inicio a las obras del gran Hospital Militar del Ejército, en el sector sudeste de la capital cordobesa.

La ciudad cambiaba su fisonomía edilicia a medida que Olmos demolía caserones y ampliaba sus avenidas. Cambiaban también las costumbres de sus habitantes, perdiendo parte de su antigua rigidez. Los cordobeses "jóvenes —y quie-

nes no lo eran tanto— solían calaverear, dice Raúl Faure, en los burdeles de la sórdida "Segunda" y de madrugada consumían milanesa o busca —en compañía de un generoso "semillón"— en el restaurante de Nuñez, en Rioja y Alvear, por \$ 0,40; o si el presupuesto lo permitía, en el restaurante "Tormo" —en Alvear 15, frente al viejo edificio de La Voz del Interior— donde por \$ 1.— podían ingerirse tres platos y vino. Las clases altas —y las "aspirantes" al ascenso social— preferían la "Oriental", donde a partir de las 11 hs podían tomar el aperitivo; a partir de las 16,30 hs el five o'clock tea y desde las 23 hs asistir a la soirée. El Gran Hotel Victoria ofrecía habitaciones con ba-

ño privado por \$ 3.— y almuerzo de tres platos, vino, postre y café —con orquesta permanente— a \$ 2.—. Los amantes del cinematógrafo podían optar entre asistir al "Newbery" o al "Espléndido" —ambos sobre calle San Martín— o al "Real" —frente a la plaza, con su característica fachada de estilo barroco español con reminiscencias moriscas— o al "Coliseo", o al "Palace" o al popular "Belgrano" —sobre la calle Buenos Aires— para aterrorizarse con la caracterización de Lon Chaney —"El hombre de las Mil Caras"— en "El Fantasma de la Opera"; o aplaudir a Tom Mix, el intrépido cowboy, cuando, en compañía de su fiel caballo "Malacara", ajusticiaba a los malvados del far-west. Los discos de

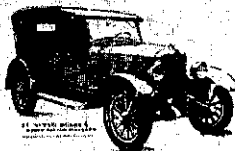


Un aviso del diario "Los Principios". Automóviles de todas las marcas al alcance de todos

El gobernador de Córdoba, doctor Ramón J. Cárcano, cuyo período (1925-1928) fue fecundo en obras

El doctor Vicente Gallo votando en las elecciones de 1928. La proclamación de la fórmula antipersonalista nacional definió la lucha política en Córdoba

LA NUEVA SERIE DE DURANT MOTORS INC



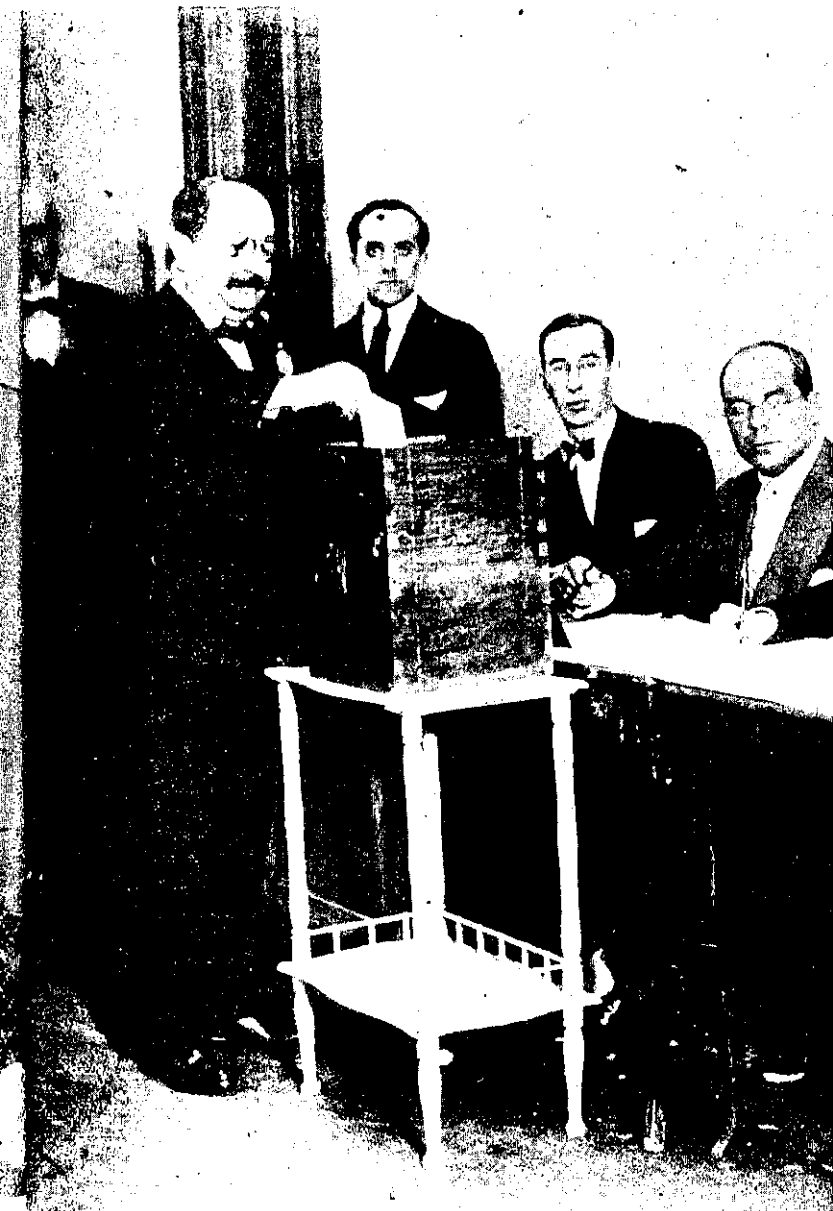
IMPORTADORES
DITLEVSEN & CIA LDA
CASA MATRIZ: COCHABAMBA 60 BUENOS AIRES
SUCURSAL EN CORDOBA - Avenida General Paz 101 - TELEFONO 303

moda y las fonolas se adquirían en la casa "Max Glucksmann" al 76 de la calle 9 de Julio, los zapatos —de última moda— en "Tonsa" o en "Fabio"; los canotiers en "Gath & Chaves", por \$ 4,95. El "cabezón" Ramirez ya hacía las delicias de las familias cordobesas, con su humor sin pretensiones, en la sala del "Comedia" y en enero de 1928, quienes no adquirieron con anticipación su entrada, se quedaron sin asistir al debut de Libertad Lamarque —"el jilguero criollo"— en el "Real", acompañada por el bandoneón del maestro Pedro Laurenz. Los más atrevidos eran habitués de la Confitería del Plata, donde el copetín se compartía con las presentaciones de famosas revistas, cuyas actuaciones se anunciaban con títulos nada académicos, pero convincentes: "Una noche de orgía — Colosal pochade de corte realista y ultrafuturista, no apta para menores y señoritas", o "Revista de vaudevilles con 12 atrayentes bataclanas 12"².

LAS FUERZAS POLITICAS

No obstante su indudable progresividad en la esfera administrativa, Cárcano y su partido eran en el orden general integrantes de la reacción social y económica, a la que aportaban el matiz popular logrado en Córdoba.

En el gran reordenamiento de las fuerzas políticas realizado en el deslinde de los dos siglos, los mejores hombres del roquismo de todo el país habían pasado al radicalismo, junto con grandes sectores del antiguo federalismo criollo y las nuevas estirpes de origen inmigratorio. Ya en 1897, en su discurso del Teatro Odeón del 25 de agosto, Carlos Pellegrini —que sabía de qué hablaba— había dicho, atacando a la Unión Cívica Radical, que "como masa la componían en su mayor parte antiguos autonomistas"³. Pero los que permanecieron aferrados a la "maquinaria" del Partido Autonomista Nacional —matriz de todos los partidos conservadores provinciales— quedaron divorciados para siempre de las aspiraciones populares. Estas se inclinaban abrumadoramente por Hipólito Yrigoyen en 1927 y los demócratas de Córdoba eran sus adversarios irreconciliables; el diputado nacional cordobés Dr. Mariano Ceballos, por ejemplo —líder de la fracción "populista"



del conservadorismo—, al reclamar la intervención al baluarte yrigoyenista bonaerense, llamaría al caudillo radical "jefe mudo y analfabeto". No hay obra pública que pueda cambiar esta ubicación de los demócratas de Córdoba en el espectro político de la época. Solo el carácter aristocrático y confesional de la dirección local del radicalismo cordobés, controlada por la "Corda Frates", había permitido a los demócratas conservar un caudal electoral que no tenían en la mayoría de las otras provincias.⁴ Pero después del gran proceso de renovación interna producido en las filas de la U.C.R. de Córdoba en 1924-25, las cosas habían cambiado fundamentalmente: la nueva jefatura radical, liberal y democrática, encarnada en los nombres jóvenes que seguían a Benito Soria, a Amadeo Sabattini, a Antonio Sobral, a Pedro Vivas y a José Antonio Ceballos, habían sabido captar a los nuevos sectores populares que se incorporaban a la vida cívica. Ellos compensaban con creces la separación del sector "anti-personalista", cuya hégira había hecho perder las elecciones de 1925 a la fórmula Soria-Gallardo.

Los principales dirigentes —ya muerto José Ignacio Bas— de la fracción Antipersonalista o U.C.R. "Impersonalista" eran el Dr. Abraham Molina, patriarca radical y hombre del antiguo círculo de Alem; el Dr. Sebastián Figueroa, de Villa María y el Presidente del Comité Provincial, Arsenio Soria, sindicado como cobrador de los comerciantes cordobeses proveedores de las reparticiones nacionales, y a quien los yrigoyenistas llamaban "Don Arsénico". Los demás integrantes del Comité provincial eran a la sazón F. Gallo Uriarte, Francisco Juliá, I. Moyano Mansilla, J. L. Samamé, Jorge Nuñez, Pedro C. Castellanos, Juvenal Villanueva (h), Luis Bunetti, Antonio Serafini, Justo P. Villagra y Florindo Rivera.

En el ala extrema del panorama electoral, reclutando sus miembros especialmente en el seno del movimiento obrero, se encontraban el pequeño Partido Comunista, dirigido por Pablo A. López, Miguel Contreras y Jesus Manzanelli, y el Partido Socialista, que lideraba el fogoso José Guevara. Los Socialistas Independientes, que se acababan de constituir nacionalmente el 7 de agosto de 1927, habían arras-

Miguel Angel Cárcano estuvo a cargo del diario "El País". La fotografía es muy posterior

El doctor José Antonio Ceballos, candidato a vicegobernador por el radicalismo

Enrique Martínez: "un binomio sin segundo/ porque uno y otro es igual"



trado en su disidencia a algunos dirigentes locales, pero aun carecían de organización.

LA PROCLAMACION DE LA FORMULA MELO-GALLO

El control conservador sobre la provincia corría serio peligro ante el avance popular del radicalismo y el Partido Demócrata estaba decidido a emplear todos los medios que el disfrute del poder le proporcionaba, para mantenerlo. Ya en marzo de 1926 el radicalismo había denunciado que las elecciones que se celebraban en la provincia estaban manchadas por la falsificación de libretas cívicas y el bloque de sus diputados en el Congreso había exigido se enviara la

intervención federal a Córdoba para poner remedio a una situación que juzgaba intolerable al honor de la República. Simultáneamente, la oposición radical a Cárcano paralizaba la Legislatura provincial y sumía a Córdoba en un largo conflicto de poderes. Este se solucionó finalmente en septiembre de 1926, pero no por ello cesaron las denuncias de fraude y presión por parte de los yrigoyenistas.

En un clima que se iba caldeando cada vez más, se llega así a los primeros meses de 1927, surgiendo por iniciativa del dirigente conservador bonaerense Rodolfo Moreno la idea de reagrupar a todos los partidos de derecha en una coalición con vistas a enfrentar a la Unión Cívica Radical en las elecciones presidenciales del año siguiente. Moreno hace saber su inquietud en una carta a Cárcano, y Julio A. Roca (h), ex-gobernador de Córdoba y ahora presidente del Partido Demócrata local, la acoge con entusiasmo. Procede a invitar a las agrupaciones provinciales de tendencia conservadora para que envíen sus delegados a la ciudad del Suquia, realizándose de esta manera en abril de 1927 la conjunción de fuerzas que se conoció como "Confederación de las Derechas". Los partidos Autonomistas y Liberal de Corrientes, Conservador de Buenos Aires, liberal de Tucumán, Demócrata de Córdoba, Liberales de San Juan, de Mendoza y de San Luis, Conservador de la Rioja, Liberal de Santiago del Estero, Concentración Catamarqueña y Unión Provincial de Salta, aun sin darse una organización centralizada, coincidieron en un esfuerzo común "contra cualquier candidatura que surja del radicalismo personalista", decidiéndose apoyar la fórmula de la Unión Cívica Radical Impersonalista. Desde el centro de la República, lo más selecto de la reacción tendía sus brazos a los "galeritas", reunidos en su Convención en Buenos Aires para designar a sus candidatos presidenciales.

Elegida la fórmula Leopoldo Melo-Vicente Gallo, las "derechas" le dieron oficialmente su apoyo electoral, quedando configurado desde ese instante el "Frente Único", que inició una desvergonzada campaña —pública y sobre todo entre bambalinas— para derribar el gobierno bonaerense de Valentín Vergara. Como los escrúpulos de Alvear hacían dudosa la maniobra,

se lanzaron a la lucha callejera en todas las principales provincias. Escalonadamente, proclamaron la fórmula antipersonalista en septiembre en Santa Fe, en octubre en Entre Ríos, y en noviembre en Córdoba.

Por entonces, los cordobeses leían en la prensa cotidiana las actividades de Mussolini y del mariscal Pilsudsky, el casamiento de la princesa Ana de Francia con el Duque de Las Apulias y los relatos de los sobrevivientes del reciente naufragio del "Princesa Mafalda"; se interesaban en la derrota de Capablanca a manos de Alekhine y en el proyecto del gran estadio del Club Belgrano; se entusiasmaban con la final de fútbol entre Talleres e Instituto, cuádruple campeón provincial, y con los matches de box que se realizaban en el Stadium "Alejo Carpentier" de la calle Humberto 1º; especulaban acerca de quien sería ganador del próximo Gran Premio Automovilístico de 1928, a correrse en enero entre Rosario y Córdoba; veían el estreno de "La Dama Indómita", con Gloria Swanson y Laurence Gray o las exhibiciones del conjunto basquetbolístico "Velocidad y Resistencia"; se estremecían con la seguidilla de suicidios con cianuro, y se enteraban con curiosidad que la comunidad judía local celebraba un nuevo aniversario de la Declaración Balfour.

Paulatinamente, a medida que avanzaba el mes de noviembre, el interés por esos temas iba siendo desplazado por la creciente expectativa electoral de los partidos, cuyos ojos estaban puestos más allá de las fronteras de la provincia, en Santa Fe y en Salta, donde las elecciones para Gobernador y Vice ya entraban en su fase última. El clima se hacía cada vez más denso por la oposición de los dos grandes rivales —demócratas e yrigoyenistas—, que afinaban ya sus armas en la pirotecnia verbal, y por la prédica de los diarios más importantes, uno de los cuales —"La Voz del Interior", dirigida por José María Carceglia— no hacía misterios de su adhesión irrestricta a la Unión Cívica Radical, mientras que el otro —"El País", dirigido por Miguel Ángel Cárcano, hijo del Gobernador— abogaba por la fórmula "contubernista". (El diario católico, "Los Principios", mantenía una cierta equidistancia y objetividad en la información). Y precisa-



mente fue el periódico de Cárcano el que dio la más cálida bienvenida a Melo y Gallo, llegados el 12 de noviembre para su proclamación, y fueron las fuerzas carcanistas quienes cargaron con todo el peso organizativo del acto que se celebró en la Plaza Vélez Sarsfield, pues las raquíticas huestes del "impersonalismo" local carecían de toda capacidad de movilización.

Ese mismo día, dando cuenta de un enfrentamiento de radicales con la policía y matones conservadores en la Seccional Cuarta, "La Voz del Interior" informaba: "Hubo anoche un tiroteo en la 4ª. El contubernio inicia su campaña en Córdoba con atropellos y disturbios inauditos".

El acto de proclamación cobró desde las primeras horas una gran espectacularidad. Llegaron delegaciones en trenes y autos desde San Francisco, Bell Ville, Villa María, Río Cuarto y otras localidades cordobesas y aun desde provincias vecinas; arribaban delegaciones de cada una de las seccionales con sus banderas desplegadas y algunas con bandas de música y se veían evolucionar las caballerías demócratas de los departamentos de Totoral y Santa María en número superior al millar con el diputado Dionisio Centeno a su cabeza ("La nota de colorido fue el desfile de más de setecientos jinetes del departamento Santa María, paisanos fuertes y vivaces, que traían la representación demócrata en apoyo del Frente", diría "El País" al día siguiente; "niños bien de bombachas", retrucaría "La Voz"). El público era numeroso, pero no era "impersonalista", sino demócrata. No se escuchaban los "¡Viva Melo!" que el candidato de Alvear hubiera deseado oír, sino otros slogans, como "¡Ceballos, sí!", retrucados por otros "¡Roca, sí!" —que evidenciaban la honda división demócrata— y hasta algunos impropios "¡Cárcano, viejo, no más!". Según la oposición, los funcionarios oficiales habían obligado a concurrir al evento a los peones camineros, empleados del zoológico, recolectores de basura y demás empleados públicos...

El primero en hablar fue Arsenio Soria, Presidente de la U.C.R. Impersonalista local; le siguió Melo con un interminable discurso leído, donde expuso sus ideas contrarias a todo personalis-

mo y se explotó en consideraciones sobre problemas económicos y el programa propiciado por el Frente para solucionarlos; hizo luego uso de la palabra su compañero de fórmula, el estirado Dr. Vicente Gallo, y cerró el acto la vibrante oratoria antiyrigoyenista del gobernador de Jujuy, Dr. Benjamín Villafañe. Al terminar los discursos, el público recorrió la ciudad en manifestación, finalizando el periplo frente al Plaza Hotel, donde volvieron a menudear los discursos: hablaron Francisco Barroeta-veña, el hombre que prendió la mecha en el Noventa con su célebre artículo "Tu quoque Juventud", el diputado nacional Mariano Calventos, y el Dr. Carlos F. Melo.

La coalición del "Frente Único" festejó con mucha alharaca su gran acto, mientras que los radica-

ras "pegatinas" con las previsibles detenciones de pegadores y los airados reclamos consiguientes. El 23 de noviembre, al volverse don Elpidio a Buenos Aires, llegó para reemplazarle el diputado nacional Dr. Enrique Martínez, de quien se aseguraba que sería el candidato a gobernador del radicalismo. También comenzaron los actos públicos con el que se realizó en la plaza de Alta Córdoba el 25 a la noche, con varios y entusiastas oradores.

El Partido Socialista, por su parte, abre la semana el día 23 con actos en la Seccional 7ª, hablando en ellos José Guevara —que sería asesinado en 1933 siendo diputado provincial—, Salvador Camarasa y Juan F. Corzo, y el viernes 25, en su local de Camino a Jesús María N° 86, como no podía ser de otro modo tratándose de discípulos de Justo, la señorita María Ceferina Ferreyra lanzó al aire un poema contra el militarismo y la guerra y "el afiliado Juan A. Dianda recitó dos hermosas poesías contra el clero" (sic).

EL PLEITO EN EL PARTIDO DEMOCRATA

De los acontecimientos que jalonaron esta primera parte de la campaña electoral el más sensacional, sin duda, fue la división del Partido Demócrata en su Convención provincial, reunida el 21 de noviembre con el objeto de elegir los candidatos a la primera magistratura de Córdoba que debería sostener la agrupación en los comicios del 11 de marzo de 1928.

Tres tendencias se enfrentaban en el seno de las filas conservadoras: la derecha, liderada por Julio A. Roca (h), monseñor Rosendo Leal,⁵ el periodista y legislador provincial Amado Roldán, los doctores Juan F. Caferatta y Pedro H. Frías, el ingeniero Eduardo Deheza y el diputado nacional Martín Gil; la "renovadora", que reconocía sus jefes en el Dr. Mariano P. Ceballos, médico de Villa María, diputado nacional también y furibundo antiyrigoyenista, y el Dr. José Heriberto Martínez, terrateniente cordobés y dueño de una banca en el Congreso de la Nación, ambos rodeados de la "guardia joven" que conformaban noveles abogados, entre los que se destacaban José Antonio Mercado, José Silva Argañáraz y José Aguirre Cámara⁶. Había



La fórmula demócrata, apoyada por el magro antipersonalismo cordobés

les resumieron toda su opinión en los titulares de "La Voz del Interior": "Los transfugas del radicalismo y el partido demócrata consolidaron ayer el más vergonzoso y más repudiable de los maridajes políticos"...

Abierta de este modo la campaña electoral por los conservadores, también iniciaron las suyas yrigoyenistas y socialistas. Los primeros utilizaron la gira que por toda la provincia realizaba en esos días Elpidio González, vice-presidente de la república y viejo dirigente de Córdoba, para propagandizar la candidatura de Yrigoyen para el período 1928-34. A la vez, la muchachada radical iniciaba las prime-

finalmente, una tercera corriente, minoritaria, que sostenía el nombre de Manuel J. Astrada, Ministro de Hacienda de Cárcano. La lucha entre ellos era enconada, al extremo que días atrás, en la Convención del departamento General Roca se habían liado a balazos el jefe político, ceballista, y un hermano del comisario, astradista notorio. Reuniones previas en la suite de Roca en el Plaza Hotel entre el hijo del Conquistador del Desierto, Astrada y Ceballos no dieron resultado alguno, quedando el pleito para ser dirimido en la Convención Provincial.

En esta asamblea, reunida en el Teatro "Comedia", el primer grupo, más hábil para los enjuagues preparatorios, se adueñó de la decisiva "comisión de poderes" y prevalido de ese control rechazó a los delegados de los departamentos de Calamuchita, General Roca, Río Segundo, Río Seco, Sobremonte e Ischilín, cuya incorporación hubiera dado mayoría a los "ceballistas". Naturalmente, estos pusieron el grito en el cielo y, por boca de su exaltado conductor, repudiaron públicamente la argucia formal que los privaba del triunfo. "Creíamos hasta recién —proclamó a voz en cuello Ceballos— que era este un cuerpo democrático... pero no es así... hemos asistido a las deliberaciones creyendo que concurríamos a una justa con armas blancas, con armas de caballeros, y con la buena fe de los hombres de bien, de honor, pero nunca para caer en una emboscada, para caer aplastados por una mayoría circunstancial, para ser despojados de la representación que los pueblos nos han confiado!...". Y a continuación se retiró acompañado de sus seguidores en medio de una batahola infernal, "para no convalidar el fraude consumado". Luego se retiraron los astradistas.

Los "gobelinos", —como se conocería a los integrantes del grupo más conservador— después de recuperada la calma, eligieron como candidatos oficiales del Partido a Julio A. Roca (h) para Gobernador, y al Ministro de Obras Públicas de Cárcano, Dr. Pedro J. Frías, para la Vicegobernación. Los "renovadores", por su parte, adueñados de la sede del Comité Central, en la calle 9 de Julio, proclamaron la fórmula Mariano P. Ceballos-

José Basso. Del primero ya hemos hablado; el segundo era un conocido dirigente de Las Varillas, en el rico departamento San Justo, donde administraba las estancias de su correligionario Dr. Alvarez Luque. Los ceballistas declararon caducas las autoridades partidarias ("en manos de unos cuantos señores de la mesa tendida, que ni en el día del comicio abandonan sus comodidades en el "Club Social", dijo Ceballos) y designaron dos juntas internas: una para reformar los estatutos, formada por Mercado y Silva Argañaraz, y otra Reorganizadora, presidida por José Heriberto Martínez, con filiales de reorganización en todos los departamentos. "Declaramos solemnemente nuestro más formal repudio a una Convención fraudulenta que no reconocemos, ni respetamos, ni acatamos", dirán los rebeldes en su Manifiesto.

El cisma quedaba consagrado y Ceballos, visto como el vocero de una rebelión purificadora, comenzó a recibir adhesiones desde todas las localidades de Córdoba. Entre esas adhesiones se recogió también la del cripto-filósofo Omar Vignole, "el hombre de la vaca"⁸, quien con el lenguaje estrafalario que lo caracterizaba, declaró a un cronista que apoyaba a Mariano P. Ceballos porque "los hombres públicos tienen por límite de mutación el que les fija el ambiente popular, y Ceballos ha condensado derechos que imponen deberes...".

La división del partido gobernante no dejó de alimentar la certeza en el triunfo que alentaban todos los radicales, dada la importancia de Córdoba en la problemática de la renovación presidencial. Apreciando en toda su significación el hecho, desde Salta, donde estaba orientando la campaña electoral de la U.C.R., el Dr. Diego Luis Molinari escribió a un dirigente cordobés de la Seccional Cuarta: "El contubernio acaba de sufrir la ruptura de la espina dorsal...".

Roca (h), al aceptar su nominación, se refirió entre otras cosas también a la división producida en sus filas, manifestando que "las actitudes que amenazan en esta hora su fuerza electoral (del P.D.), pueden comprometer, pero no cerrar irrevocablemente el camino de la victoria". No lo creían así, evidentemente, los voceros de las fuerzas de la reacción argentina, pa-

ra quienes la noticia del cisma demócrata de Córdoba les hizo —dice Raúl Fuare— "el efecto de un cataclismo", ya que ponía en peligro una provincia de importancia vital para los planes del contubernio en el Colegio Electoral de los próximos meses. "El Diario" de Buenos Aires manifestaba consternado que ahora sí era posible un triunfo radical, y "La Nación" y "La Prensa" criticaron severamente al líder villamariense por considerarlo causante central de la crisis. El Comité Universitario Demócrata solicitó la mediación del Dr. Juan F. Caferatta y el "Comité de Hacendados del Comercio y la Industria de Buenos Aires" telegrafió a Roca y a Ceballos para que "traten de solucionar la divergencia de criterio". Una gran presión comenzó a ejercerse sobre el segundo, que viajó a la Capital Federal para buscar apoyo en las más altas esferas. Allí se entrevistó con Alvear, con el general Justo, con Melo y con otras autoridades oficiales y partidarias, manifestando siempre un gran pesimismo en cuanto a la solución del problema planteado alrededor de las candidaturas. La presión para un arreglo se fue haciendo insoportable, mencionándose la posibilidad de que actuaran como amigables componedores Melo o Justo. Los designados, sin embargo, fueron Rodolfo P. Moreno (h), dirigente conservador bonaerense, y el Dr. Ernesto Padilla, del Partido Liberal de Tucumán, quienes viajaron a Córdoba y desde su alojamiento en el Bristol Hotel promovieron una serie de reuniones para acercar a las partes en conflicto. Se entrevistaron con Cárcano, con Frías —que entretanto había renunciado a su ministerio— y con los dos candidatos rivales. Finalmente se llegó a una transacción sobre la base de las renuncias de los dos candidatos a vicegobernador y la integración de los primeros términos en una nueva fórmula. Así quedaron, en el camino de las componendas, Pedro J. Frías por los roquistas, y don "Pepe" Basso por los ceballistas. Roca quedó como candidato a gobernador y Ceballos se conformó con acompañarlo como Vice con el compromiso caballeresco del primero —así trascendió— de renunciar al cabo de un año y ceder la gobernación al segundo.

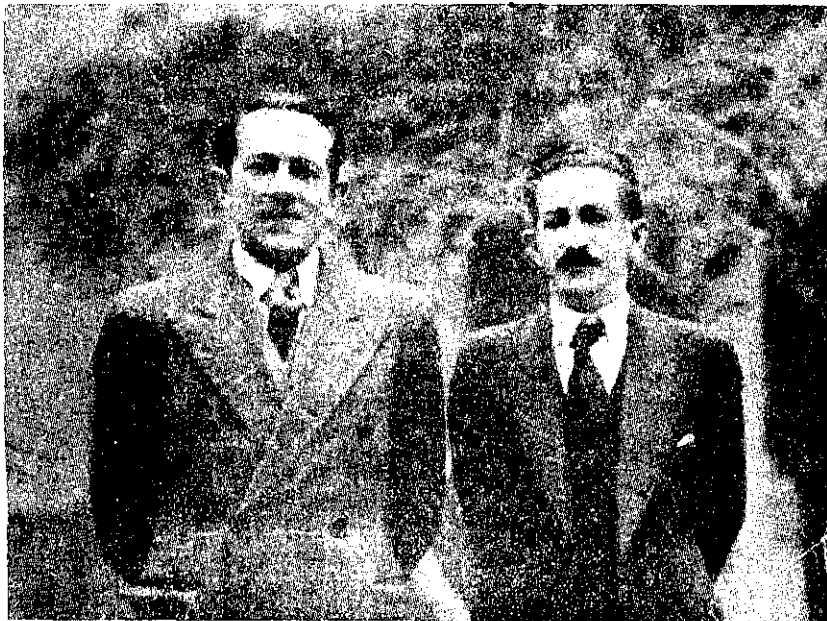
Así, mezquinamente, acabó la rebelión "renovadora" ante el de-

sencanto de la juventud demócrata que esperaba una actitud principista por parte del Dr. Ceballos. Le habrán sonado algo cónicas las palabras que éste pronunció abrazado a Roca cuando se anunció el arreglo: "Cuando los hombres se abroquelan en la línea del desinterés, no hay nada que no los acerque ni nada que no los una..." Alvear quedó tan satisfecho con la solución alcanzada que quiso escuchar personalmente de labios de Ceballos los pormenores, pero en los sectores más progresistas del Partido Demócrata la transacción causó un gran disgusto y la separación

no había sido más que una farsa"

LA FORMULA RADICAL

El radicalismo no tuvo los graves problemas que soportaron sus adversarios. Se habían venido haciendo nombres sobre los probables candidatos: Enrique Martínez, el Diputado Nacional Carlos J. Rodríguez, el propio don Elpidio o Sabattini, pero cuando el 26 de noviembre se reunió la Convención provincial en el teatro "Novedades" ya se sabía que no habría polémicas: los integrantes de la fórmula serían los Dres. Enrique Martínez y José Antonio Ceballos:



Amadeo Sabattini en 1927. A su lado, su íntimo amigo Mario Giordano

de algunos importantes dirigentes. De los más conocidos pueden mencionarse al Dr. José Tomás Castellí, de Río Cuarto, que criticó públicamente a Cárcano y a Roca y llamó a sus seguidores a votar en blanco; y a don Ventura Cardozo, de Totoral, que se pasó al radicalismo con 600 afiliados demócratas. Fueron reveladoras sus declaraciones: "Cuando la pasada rebelión del Dr. Mariano Ceballos, creí por fin que llegaba la tan ansiada era de depuración del Partido Demócrata. Me hizo llamar y me comprometí a ayudarlo hasta el sacrificio, creyendo sinceramente que el Dr. Ceballos sostenía principios. Pero, mi decepción fue muy grande cuando supe que tanto alarde

Yrigoyen en persona había dado la media palabra.

Bajo la presidencia de Amadeo Sabattini, los convencionales se congregaron en la fecha indicada para tratar la Plataforma partidaria —girada a una comisión interna—, y la financiación de la futura campaña electoral —tratada en reunión secreta—, pasando enseguida a cuarto intermedio para el día siguiente. El 27, repleta de público la estrecha sala del teatro se proclamó casi por unanimidad la fórmula prevista: sobre 70 delegados convencionales, Martínez obtuvo 63 votos y Ceballos 69. Seguidamente se eligió como candidato a Senador Nacional al Dr. Benito Soria, ex-candidato a Gobernador

de las últimas elecciones provinciales de 1925. El Dr. Soria era un prestigioso médico pediatra, que desde su primer día se había preocupado por la niñez desvalida y enferma. Se había doctorado con la sugestiva tesis sobre "Mortalidad infantil considerada en las diferentes clases sociales" y había publicado luego gran cantidad de trabajos sobre su especialidad. (Hoy, una institución asistencial de la provincia lleva su nombre). Presente en la Convención, el Dr. Soria rechazó su nominación, pero ante el clamor de los asistentes se vió obligado a aceptar, pronunciando breves palabras.

También hablaron los miembros de la fórmula gubernamental, expresando el Dr. Martínez: "¡Con el corazón, con el corazón radical de mi vida he de hablar a vosotros! Bien sé que habéis proclamado mi nombre, no por la finalidad de obtener el gobierno, sino con la finalidad de llevar nuevamente al Dr. Hipólito Yrigoyen a la Presidencia de la República. Y ante este imperativo no puedo decir sino que sí". Ceballos, por su parte, dijo que aceptaba "la designación con todas las responsabilidades inherentes. Bien sé que no son en todo días de gloria los que nos aguardan, sino de azares y sacrificios". Terminados los discursos, los convencionales y los afiliados radicales que rodeaban el teatro se improvisaron en manifestación, recorriendo el centro hasta el Bristol Hotel, desde cuyos balcones Elpidio González pronunció también su arenga, continuando enseguida en medio de gran algarrabía hasta el domicilio del Dr. Enrique Martínez.

A las 22 hs, reanudada la sesión del día, se eligieron y proclamaron los candidatos a diputados nacionales, que resultaron ser Raúl W. Martínez, Julio C. Borda, Rosario Arguellos Lencinas, Alejandro Gallardo, Victor M. Porta, José M. Piquet y Pedro Loustau Bidaut.

Los dos candidatos radicales eran médicos y se conocían desde niños. Juntos habían hecho la carrera de las aulas y la carrera política y juntos la terminaban en una fórmula común. El primero (1888-1939) había ocupado una banca en el Congreso —desde la cual, dicho sea de paso, defendió en una ocasión a Ceballos de una falsa imputación de los socialis-

tas—. Al terminar su período se dedicó a poblar vastas extensiones de su propiedad en el Chaco; al volver a Córdoba fue elegido Presidente del Círculo Médico y luego del Jockey Club. En 1925 reorganizó con éxito al radicalismo de Santa Fe, desquiciado por las luchas internas. Su compañero de fórmula, el Dr. José Antonio Ceballos (1888-1956) había nacido en San Antonio de Litín (Dto. Unión) y pertenecía a una vieja familia criolla. Obtenido su título en 1910, como Martínez, se instaló en Bell Ville, cabecera del departamento, donde ejerció su profesión con especial dedicación a los pobres de la ciudad y sus alrededores. Por su labor, se le nombró en 1921 Director del "Hospital Regional del Centro", del que los conservadores lo removieron años después por razones políticas. Había sido convertido al radicalismo por don Rómulo Argüello y por el Dr. Santos C. Moreno, viejos revolucionarios yrigoyenistas, representando al partido en la Legislatura cordobesa en el período 1915-18.⁹

Informando a Yrigoyen de la proclamación de estos hombres, Benito Soria le telegrafió en nombre del Comité de la Provincia: "En asamblea vibrante de entusiasmo, que aclamó su nombre para la segunda presidencia histórica, proclamóse la fórmula Martínez-Ceballos, dando un alto ejemplo de solidaridad partidaria. Trabajaremos sin tregua hasta conseguir el triunfo que anhelamos". El humorismo político de D'Azur, dibujante de "Los Principios", presentaba el asunto desde otro punto de vista más prosaico. Aludiendo a la indudable indicación hecha por el caudillo para la nominación de los candidatos, "al pie de un dibujo que mostraba a la derecha a Martínez y Ceballos y a la izquierda, brillando como un sol sobre las montañas el rostro de Yrigoyen, versificaba:

"Júpiter electoral
que en menos de dos segundos
dio al Partido Radical
un binomio sin segundo
porque uno y otro es igual".

Recién varios días después de la elección de Martínez y Ceballos se designó candidato a Intendente de Córdoba: resultó nominado el Dr. Alberto Strucchi, joven bioquímico de carrera política poco noto-

ria, aunque profesionalmente muy prestigiosa.

LOS COMIENZOS DE LA CAMPAÑA ELECTORAL

Con sus respectivas fórmulas enarboladas al tope de sus mástiles, las dos agrupaciones mayores aceleraron a partir de diciembre sus respectivas campañas electorales. El contexto nacional no dejaba de causar por entonces serias inquietudes a los componentes del entendimiento demócrata-alvearista de Córdoba: los antipersonalistas de Catamarca estaban divididos en varias fracciones irreconciliables; en Santiago del Estero veíanse enfrentados quienes seguían al Comité Nacional y quienes respondían al coronel De la Cerda, ministro provincial; las elecciones comunales en la provincia de Buenos Aires daban diariamente más y más cifras favorables a los yrigoyenistas a medida que avanzaba el escrutinio; los radicales de Salta aseguraban que ganarían las elecciones del domingo 4 pese a las presiones del gobierno local, ¡Y Alvear se negaba a intervenir Buenos Aires...!

Por lo demás, sus dirigentes principales seguían en la Capital Federal, tratando de atar los últimos cabos que había dejado sueltos la crisis de noviembre. La actividad se reducía a la publicación de listas de nuevos afiliados demócratas y de adhesiones a la candidatura de Roca, a la fundación de algunos comités juveniles —generalmente honrando en su denominación la memoria del Dr. Rafael Nuñez— y al reclutamiento de adherentes, entre ellos una cantidad de miembros de la colectividad sirio-libanesa que el día 6 de diciembre, convocados por Layus S. Lays, dieron su apoyo irrestricto al Dr. Mariano P. Ceballos. Recién el 16 regresó Roca de Buenos Aires y sólo tres días más tarde la Convención Demócrata sancionó formalmente la fórmula arreglada por Moreno (h) y Padilla a principios de mes; eligió también los candidatos a Diputados nacionales: José Basso, Juan C. Caferatta, Miguel Angel Cárcano, Oscar Gómez Palmés, Damián Fernández, Marcial Izasa y Dionisio Centeno.

Los radicales, en cambio, demostrando mayor dinamismo, realizaban actos públicos en diversos barrios de Córdoba, elegían sus

candidatos locales en el interior, denunciaban las presiones de las autoridades conservadoras y organizaban giras proselitistas por los departamentos de campaña, la primera de las cuales llevó a Martínez-Ceballos con su comitiva a Juárez Celman, y la segunda —caja a fines de mes— a Sobremonte, Tulumba y Río Seco. "El Norte será una sorpresa en Marzo", declaró con optimismo el Dr. José Antonio Ceballos a su regreso.

Y mientras tomaba estado público la disidencia de Castelli en Río Cuarto, dos "affaires" aparecieron royendo el prestigio del gobierno conservador: el escándalo de la inscripción clandestina de 850 agentes de policía en el padrón electoral de Córdoba y de más de 1.000 casos de doble inscripción en los departamentos del Sur, y la confirmación judicial del asunto de la falsificación de libretas de enrolamiento. El primer "affaire" fue puesto en el tapete por el Dr. Américo Aguilera, apoderado de la U.C.R., que formuló la denuncia a la Justicia Federal con lujo de detalles y listas minuciosas de los implicados, seccional por seccional, mientras que en el Juzgado Federal de Bell Ville el Dr. Ismael Ortiz Soria hacía lo mismo con las dobles inscripciones. El caso de las libretas de enrolamiento falsificadas venía de tiempo atrás, pero muy oportunamente en estos días —más precisamente el 16 de diciembre— el Fiscal de Cámara hizo conocer su dictámen, pidiendo dos años y medio de prisión para el impresor Miguel Marot y para el Dr. Virgilio Rojo Peña, secretario de policía acusado de haber hecho el encargo de las 1.000 libretas y vigilado su impresión. Bajo el gran título cotidiano de "Los grandes fraudes del oficialismo", "La Voz del Interior" se iba encargando día a día de proporcionar las alternativas de los dos procesos judiciales, al tiempo que zahería al gobierno demócrata: "Los policías del Dotor (sic) Cárcano cometen un nuevo atentado", "Las huestes demócratas de La Playosa producen actos bochornosos ante la indiferencia de la policía"...

LA DESINTEGRACION DEL ANTIPERSONALISMO

La fórmula presidencial, en cuyo favor se realizaban todas estas

trapacerías, era la del "impersonalismo", pero las fuerzas que las llevaban a cabo en Córdoba eran las del conservadorismo. Por su mayor peso electoral y sus posiciones oficiales, el aparato del Partido Demócrata iba tomando más y más a su cargo las tareas de organización y propaganda en favor de las candidaturas del "Frente Único", y a medida que los comicios se acercaban, más a segundo plano iban pasando los dirigentes locales del "impersonalismo". Esta situación de subordinación, es evidente, no podía agradarles. Llevados por este motivo algunos, y otros por ser, en definitiva, más radicales que antiyrigoyenistas, se fueron alejando de las filas del alvearismo cordobés. Unos calladamente, y otros en medio de gran publicidad, renunciaban a su partido y se sumaban al radicalismo tradicional para sostener la posibilidad de una segunda presidencia de Yrigoyen.

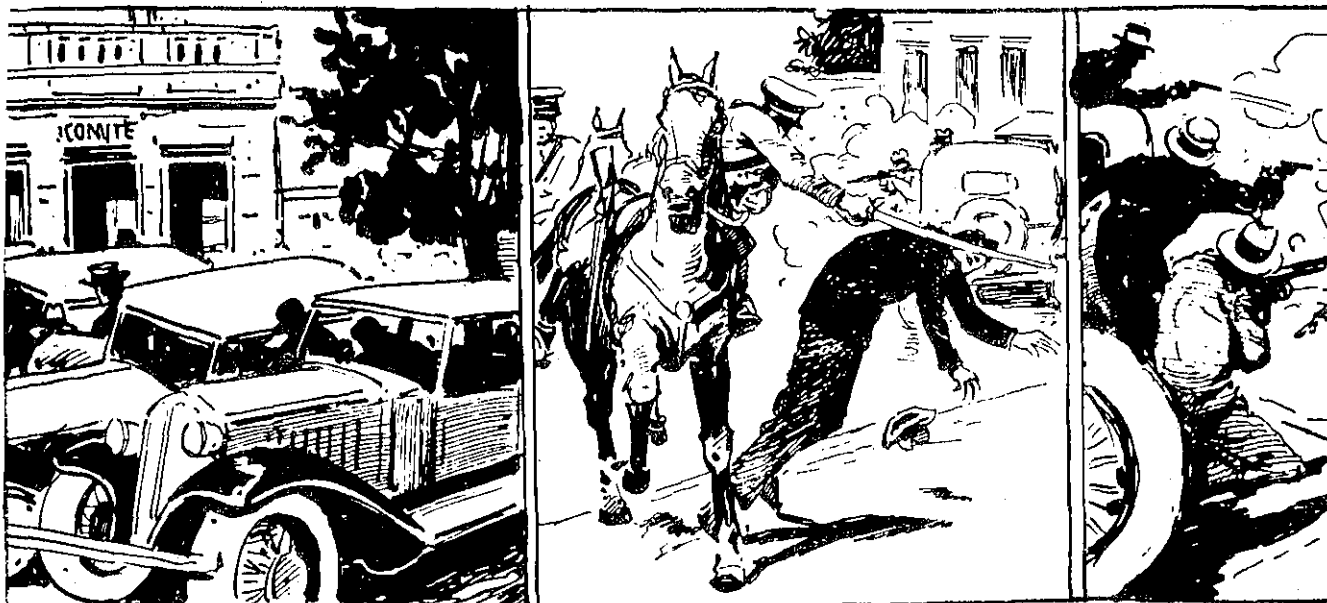
Uno de los primeros en tomar esta actitud fue el presidente del impersonalismo de Marcos Juárez, Raúl Carballo Vivanco, quien repudió "la tendencia puesta de manifiesto por el Comité de la Provincia de entregar la dirección del partido en el departamento a elementos demócratas", con los cuales había chocado largamente. Rechazada su renuncia y expulsado, Carballo Vivanco dirigió una violenta carta pública a Arsenio Soria, acusándolo de presidir "un partido imaginario, ya que es bien sabido que del impersonalismo no queda

en la Provincia de Córdoba más que el esqueleto y Ud, que desempeña el puesto de sepulturero de esos restos abandonados". Por esos mismos días se pasó al yrigoyenismo, junto con sus amigos, el presidente del Comité de Soto, Victoriano Mones, prestigioso dirigente del noroeste. Otro importante desgarramiento se produjo el 14 de diciembre, cuando un numeroso grupo de dirigentes de primera línea, separados del tronco radical en 1925 para sostener la fórmula provincial Bas-Quinteros, presentó una nota pidiendo su reincorporación al Dr. Rosario Arguello Lencinas, vice-presidente del Comité de la Provincia de la U.C.R. Firmaban entre otros, los Dres. Luis Eduardo Molina, Agustín Garzón Agulla —el mismo que en 1935 disputaría la precandidatura a gobernador a Sabbatini en la lucha interna—, Custodio Bustos Fierro, Juan Carlos Loza, José Adolfo Luque, Santiago J. Casas y varios más.

Impertérrito ante la sangría, el ya previsible candidato a Gobernador de los "impersonalistas", Dr. Abraham Molina, insistía en sostener la línea de liquidación de su propio partido. En una nota publicada en "Los Principios" sobre "El banquete de los ex-revolucionarios del 90 y su significado" manifestaba, en efecto: "¿Los hombres del frente único vienen a cobijarse bajo nuestra bandera, votando por la fórmula del Coliseo? Señal es de que encuentran como nosotros un peligro en el triunfo del yri-

yenismo. Acojámosles sin reservas y con amistosa circunspección y vamos a la lucha, fuertes y unidos, sin que ello importe nada más que una especie de liga, como lo fue la de los aliados contra el peligro alemán". El banquete de los revolucionarios del 90 había sido convocado en Buenos Aires para apoyar la candidatura de Melo, y Molina adhería a la celebración vaticinando en otra parte de su artículo que "los doctores Melo y Gallo continuarán la obra del Dr. Alvear, que sin duda alguna ha sido inspirada en los patrióticos anhelos que impulsaron a los ex revolucionarios del 90"; agregaba luego que "el pueblo de Córdoba no debe haber olvidado que durante el gobierno del Dr. Borda, colaborador de los más allegados al Señor Yrigoyen, la ciudad vivió como sobre un volcán. ¿Qué buscaría entonces el electorado con una segunda presidencia?"

Comprometido en esta política de claudicación ante el conservadorismo, que lo disgregaba y lo paralizaba, el impersonalismo encontró dificultades hasta para reunir los pocos miembros de su Convención provincial. Esta sesión finalmente el 22 de diciembre, en una casa particular de Deán Funes N° 421 bajo la presidencia del ingeniero Eduardo Quinteros y eligió candidato a gobernador a Abraham Molina, pero le fue difícil designarle compañero de fórmula: el diputado Pedro J. Castellanos, Arsenio Soria, Fernando Torres, todos pro-



El diario "Crítica" reconstruía con todo el dramatismo de su estilo los actos de violencia cometidos en Córdoba

puestos para el cargo, se resistían a aceptar una candidatura funambulésca y sin perspectivas. Ante la insistencia de los asistentes aceptó por último Torres, dirigente de Cruz del Eje, haciendo la salvedad de que su renuncia estaba siempre a disposición de los correligionarios (más adelante sería expulsado y reemplazado por el Dr. Sebastián Figueroa).

La fórmula partidaria, lejos de cohesionar a las reducidas huestes melistas de Córdoba, no hizo sino apurar su proceso de desintegración. Las renuncias públicas siguieron llenando las páginas de los diarios hasta el día mismo del comicio; una tentativa de organizar la "juventud impersonalista" en San Francisco fracasó miserablemente; comités enteros se pasaban al viejo tronco yrigoyenista. "En verdad, los impersonalistas, desprendimiento muy debilitado del radicalismo, no podrían significar el obstáculo derrotista de Basquinteros en 1925... En Buenos Aires acapararon la atención de fuertes contingentes, pero en Córdoba no alcanzaron sino a tener la simpatía de un escaso núcleo, que sufría no sólo la diatriba de sus ex-correligionarios, sino también la sonrisa despectiva de los adversarios tradicionales de todo cuanto proviniera del radicalismo"¹⁰.

GIRAS, ASALTOS Y BALAS

En plena gira de los Dres. Martínez y José A. Ceballos por los

departamentos de las sierras, los radicales fueron gratamente sorprendidos por las cifras finales del escrutinio de Salta que consagraban la victoria de la candidatura yrigoyenista del Dr. Jorge Cornejo. El triunfo fue una verdadera inyección de fervor para los militantes cordobeses, que festejaron ruidosamente el acontecimiento. Uno de sus dirigentes, José Otero Caballero, Secretario del Comité Capital Córdoba expresó el sentimiento general cuando declaró: "la impresión dominante es reconfortante, ya que alienta y estimula al Radicalismo en su brega diaria por el triunfo". Con este objetivo, no bien pasados los primeros festejos del Año Nuevo, los "personalistas", como les llamaban sus adversarios, redoblaron su actos públicos en ciudad y campaña, la constitución de comités en pueblos y ciudades, y la creación de organismos de apoyo, como el "Centro de residentes italianos pro-candidatura de Hipólito Yrigoyen, Enrique Martínez y Alberto Stucchi", el "Comité Israelita Hipólito Yrigoyen" y el "Comité Radical del Magisterio", que presidía Pedro S. Contreras y donde actuaba Raúl Fernández, un dirigente que seguiría teniendo destacada actuación en la provincia. En el trabajo de agitación se destacaba el "Comité Radical Universitario", presidido por un recién recibido abogado, Santiago H. del Castillo. Sobre el filo de las elecciones se expediría por la candidatura de Yrigoyen un

importante grupo de argentino-germanos, que darían un manifiesto de apoyo. Se intentaba también disputar el favor de la colectividad sirio-libanesa a los conservadores.

Estos últimos, por su parte, seguían propagandizando profusamente desde las páginas de "El País" la obra pública de Cárcano y, especialmente, del Intendente Emilio Olmos, e inaugurando algunos locales partidarios. Pero la etapa más importante de la campaña proselitista se inició recién el 10 de enero con el gran acto público programado por el "Comité Universitario Demócrata", en el que hablaron Roca y Mariano Ceballos. Al otro día el periódico oficialista informaba con grandes titulares: "Una muchedumbre delirante aclamó anoche el triunfo demócrata. Roca dijo: En Córdoba se librará de nuevo, como en la Tablada, la suerte del país". Describía a continuación "la trascendencia y magnitud del acto que adquirió magníficos contornos, siendo una brillante demostración —decía— de potencia electoral y de entusiasmo cívico". Muy otra era la crónica de "La Voz del Interior". Con una parcialidad de signo inverso y un tono lleno de malignidad decía bajo el título de "¡Bárbaros!": "El Comité Universitario demócrata realizó un acto de significativa vergüenza... desde las primeras horas de la tarde los caudillos seccionales, ayudados eficazmente por la policía iniciaron el reclutamiento de gentes de mal vivir, encerrándolos



en los comités donde se les obsequió con abundantes libaciones". De allí, prosigue, fueron llevados en autos, tranvías y camiones hasta el sitio del acto. "A las 20 y 30 horas frente al Comité Universitario estaban reunidos todos los borrachos de Córdoba y es de imaginar el bochornoso espectáculo que ofrecían cientos de beodos que habían venido con la esperanza de saciar sus apetitos en el local universitario. Los disparos de armas se sucedieron..." Y después de mencionar los discursos prosigue el a la vez cómico y venenoso relato narrando la manifestación con que culminó el suceso: "Los Dres. Julio A. Roca y Mariano P. Ceballos simbolizando la cabeza de aquella multitud de poseídos marcharon algunas cuabras al frente de la misma, pero el primero, quizá de vergüenza o de miedo de ser asesinado, dejó muy pronto la dirección de la columna al Dr. Ceballos... Como si pasara una horda de forajidos, con el terror pintado en los semblantes las damas guardaban a sus hijos y los dueños de casa, presurosos, aseguraban las puertas..."

El clima político se hacía cada vez más irritante. Los enconos y el tono de las polémicas se elevaban día a día. "Bárbaros y prepotentes", "regiminosos", "contubernistas", "El Sub-comisario de Idiazabal es un infeliz o un imbécil", "Atropello policial en El Arañado: se fraguan denuncias contra los afiliados del radicalismo", "Secuestran libretas en San Javier", "¡Se matan entre ellos: la descumunal escandalera demócrata en Villa Allende!", "La prepotencia del partido gobernante disuelve a caballazos las reuniones radicales"; "El Dr. Caferatta en Ischilín: nómina de los empleados públicos que concurrieron a la reunión efectuada en Dean Funes el 24 del corriente", "Las policías asesinas de Cárcano atacaron a una indefensa manifestación"; "La sangre del indio despierta en los cosacos del régimen"; "Ser demócrata no es un delito, es una desgracia irreparable". Tal el tono de algunas denuncias del radicalismo, tomadas al azar. Y los conservadores contestaban: "Sabattini y sus esclavos eligen candidatos en Villa María", "Mintieron los yrigoyenistas en su acusación", "El Partido Demócrata está listo para derrotar al Persona-

MANUEL GALVEZ Y ENRIQUE LARRETA ADHIEREN A YRIGOYEN

En su afán de sumar prosélitos, el radicalismo cordobés logró el concurso de Ernesto Laclau —joven intelectual de Buenos Aires— quien accedió a dictar una conferencia en Córdoba sobre el tema "Significado nacional del radicalismo". Para escuchar su palabra, los dirigentes contrataron la sala del Teatro Novedades —en la tercera cuadra de la calle Rosario de Santa Fe —tradicional recinto de convenciones y actos partidarios. Antes de trasladarse a Córdoba, Laclau gestionó la adhesión de dos ilustres hombres de letras: los consagrados escritores Manuel Gálvez y Enrique Larreta, a quienes invitó a participar en su conferencia. Manuel Gálvez recuerda de este modo su incorporación a las lides políticas: "Mi joven amigo Ernesto Laclau iba a pronunciar en Córdoba una conferencia de carácter político —sociológico, patrocinada por el comité del radicalismo... Deseaba que yo lo presentase, y también que le pidiera a Enrique Larreta su participación en ese acto... A ruego de Laclau, dirigí a Larreta — que estaba en su estancia— dos telegramas. Larreta no fue a Córdoba, pero le escribió a Laclau una carta que significaba su adhesión a Yrigoyen, y que alcanzó, apenas publicada, una repercusión verdaderamente extraordinaria... Más muerto que vivo, empecé a leer mi breve discursito. Nada de malo me ocurrió. Dominé mis ties, y después de unas pocas palabras pronunciadas con algún temblor, me tranquilicé y me desempeñé bien. Me aplaudieron con entusiasmo. Los ases radicales, que ya me creían correligionario, me felicitaron efusivamente. Luego fue leída la carta de Larreta, y por último dio mi amigo su interesante y sustanciosa conferencia. Para el país entero, Manuel Gálvez era ya un "peludista"... ("Entre la Novela y la Historia").

En verdad, no exageraba Gálvez al referirse al impacto causado por la carta de Larreta. En ella, el autor de la gloria de Don Ramiro", decía entre otras cosas: "... Hemos orillado grandes precipicios. Por fin la victoria del Partido Radical, suprime de pronto la posibilidad de la anarquía política en que íbamos a despeñarnos. El triunfo del espíritu profundamente popular y patriótico del radical-



Manuel Gálvez trajo a Córdoba la adhesión de Enrique Larreta a la candidatura radical

mo aleja, por lo tanto, el peligro de esas ideas destructoras, que no necesitarían sino un instante propicio para quebrar nuestra vitalidad impetuosa y confiada. Tengo además la seguridad de que Don Hipólito Yrigoyen, a quien ya podemos considerar como presidente electo, está animado de los más generosos ideales. ¿Cómo no anhelar que su gobierno sea la glorificación de su vida? Su autoridad es hoy inmensa. Podrá fortalecer la obra tutelar en favor de las clases proletarias (suprema dignidad, suprema grandeza de la vida moderna, impregnada de cristianismo), sin tener que desalentar el esfuerzo superior ni perturbar nuestra prosperidad económica... No pudiendo ya discutirse la superioridad política del Sr. Hipólito Yrigoyen, su obra será solo cuestión de elevación moral y fervor de conciencia, y yo tengo también razones para saber que ese hombre tiene verdadera grandeza de alma, y es capaz de muy altos ejemplos. Grandeza de alma. Es ésta, hoy más que nunca, condición indispensable en el gobernante. El hombre político que no tenga la preocupación del bienestar de las clases menesterosas, malogra su acción; está fuera del momento. Al Derecho Romano, base admirable pero incompleta del orden social, el mundo moderno tiene que agregar otro derecho: el derecho del Trabajo y de sus conquistas humanitarias". Y

concluía de este modo: "Mucho me complace pensar que esta carta será leída por Ud. en la ciudad de Córdoba. Siempre que imagino simbólicamente a mi Patria y su lozano florecimiento, pareceme que Córdoba es la médula del árbol; y también que cuando hay que decir alguna palabra de argentinismo profundo, conviene decirlo en Córdoba, conviene decirlo entre sus viejas paredes, molerla ilusoriamente con el polvillo calcinado de sus arrabales y con el musgo de sus tejas, embeberla en la penumbra de sus patios entoldados..."

La adhesión de Larreta a la candidatura de Yrigoyen se hizo pública en la conferencia pronunciada por Laclau, como hemos dicho, el 28 de febrero de 1928. La respuesta demócrata fue inmediata. José Aguirre Cámara, en su carácter de presidente del comité universitario de su partido, dirigió a Larreta la siguiente carta abierta: "Ud. afirmó en 1920 que Yri-

goyen fomentó la regresión a la ignorancia y la barbarie. Ud. le llamó "capataz de sus peonadas partidarias", y sostuvo que desde los tiempos de la tiranía de Rosas, no conoció el alma argentina momentos de mayor postración que los pasados bajo la presidencia de Yrigoyen. Y ahora, en Córdoba, en 1928, afirma que tiene "verdadera grandeza de alma", y "que es capaz de grandes ejemplos". ¿Qué significan estas pecaminosas veleidades políticas? ¿Qué significan, en sus aristócratas manos, que jamás conocieron el esfuerzo, el incensario de plata humeante de adulación y lisonja? Con que derecho viene Ud. —que no conoce sino el hastío de la vida muelle— a hablarnos a los que vivimos en ruda lucha y constante batallar? Le aseguramos que Córdoba ha tenido ayer, ante su carta, la constatación de que el carácter no es virtud de su alma".

RAUL FAURE



Enrique Larreta: "... el hastío de la vida muelle"

lismo", "No tuvo éxito el Dr. José A. Ceballos en Cosquín", "Fue de consecuencias una manifestación personalista en Villa Concepción del Tío", "La farsa del obrerismo radical", "El personalismo intenta violentar la conciencia cívica del pueblo", "El personalismo cordobés se ha negado a reprimir el alcoholismo y el crimen", "El diputado cordobés se ha negado a reprimir el alcoholismo y el crimen", "El diputado yrigoyenista Dr. Aparicio, desde su mesa, descargó el arma contra el secretario de la intendencia", "Ni los árboles escapan a la furia destructora de los secuaces del Personalismo", "El maleaje personalista siembra el pavor en el vecindario", "En Leones, los personalistas destruyen las obras públicas". Y al lado de estas manifestaciones agregan algunas denuncias verídicas: "Hace política descarada el Jefe de estación de Bulnes: en su propia oficina reparte escarapelas yrigoyenistas" o "En Charbonnier el Jefe de la estación hace yrigoyenismo". Ningún medio de influir en el electorado deja de ser utilizado e Yrigoyen —como dice Galvez— "prefiere contar, aunque no sea ostensiblemente, con los jefes de ciertas oficinas públicas..."¹¹. Eran adictos que habían sobrevivido en la administración de las reparticiones federales desde la época de su primera presidencia, que por no depender del gobierno provincial los conservadores no habían podido dejar cesantes...

Ambas partes se acusaban del uso de armas de fuego, atribuyéndolo exclusivamente al adversario; en realidad los balazos menudeaban de uno y otro lado. En las costumbres políticas aún pervivían residuos de violencia general, provenientes de toda nuestra historia pasada, hecha más en los campos de batalla que en justas electorales. No era de extrañar entonces que el revólver sirviese tanto para expresar el entusiasmo con tiros al aire como el odio al rival de los entrevotos. Estos no faltaron y pronto aparecieron las primeras víctimas de la lucha. En Sacanta, por ejemplo, el caudillo demócrata Saturnino Arroyo asesinó por la espalda al dirigente y hacendado radical Ramón Brochero. En La Cruz una manifestación radical fue atacada por la policía, aunque ésta informaría luego a las autoridades que había sido a la inversa. En James

Craik, escribía un corresponsal, "frente al comité demócrata, que es atendido por el conocido coime-ro Germán Sarmiento, en cuanto llega la oración, las descargas de revólver se suceden unas a otras".¹²

El más notorio de los enfrentamientos se produjo el 21 de enero, cuando los conservadores atacaron un local político radical, causando grandes destrozos. "Las hordas asesinas del Partido Demócrata perpetraron anoche un ruín, cobarde y vergonzoso atentado contra el Comité Radical Capitán Costas" informaría indignada al otro día "La Voz del Interior". Y sobre llovido, mojado: al tomar participación, la policía detuvo a los radicales que ocupaban el local. . . "De hoy en adelante será necesario repeler la agresión con la agresión" fue la consigna que dio el diario radical. Los "asaltos" a las sedes adversarias se constituyeron en un acontecimiento común de la campaña electoral. Radicales y demócratas se atacaron y defendieron a balazos y muchas veces dejaron sus víctimas tendidas en las calles o en los comités. Los reclamos que el Presidente del Comité de la Provincia, Dr. José María Martínez, hizo al Ministro del Interior, y los que Pedro Loustau Bidaut —titular del Comité de la Capital del radicalismo— hizo al Ministro de Gobierno provincial Dr. Hipólito Montagné, no sirvieron de nada. Montagné expresó, después de los sucesos del 21: "Reitero en la forma más categórica lo expresado por el Gobernador y el ministro en otra oportunidad. El gobierno está empeñado en asegurar por todos los medios de que dispone, la libertad en la propaganda y en el comicio y la garantía para todos los derechos, lo mismo que en mantener la tranquilidad pública y el orden". Sin embargo, los asaltos a los comités radicales siguieron produciéndose durante toda la campaña electoral: el "Club Radical" de Río Cuarto, el Sub-comité "Rómulo Arguello" de la Seccional 6°, el "Delfor del Valle" de la 8°, otros de la 3° y la 4° la agencia en San Vicente de "La Voz del Interior", fueron víctimas de la furia de los elementos de acción de los demócratas.

Nuevas víctimas se produjeron en las filas radicales durante el mes de febrero, y se hicieron tan comunes los asaltos, los atropellos a

afiliados radicales, el tiroteo a las manifestaciones yrigoyenistas, que el día en que no se realizaron llamó tanto la atención que "La Voz" (como se la conocía popularmente) tituló a toda página el 15 de febrero: "AYER, LOS MALEVOS DEMOCRATAS NO MATORON A NADIE". El gobierno y el partido oficialista, por su parte, restaban toda importancia a las indignadas denuncias de los radicales y las atribuían a fines puramente propagandísticos. El diario "El País", cuyo director Miguel Ángel Cárcano era miembro conspicuo de la Juventud Demócrata y candidato a Diputado nacional, consideraba que "Los personalistas están viendo fantasmas y fabrican denuncias solo por hacer bambolla" (14 de febrero 1928). Días después repetía: "La abundancia de falsas denuncias pone al personalismo en ridículo".

POLICIAS BRAVAS Y GANGSTERISMO

Es cierto que —como dice Felix Luna— "era parte de la política llenar las columnas de los diarios adictos con denuncias más o menos exageradas, para ameritar el eventual triunfo o preparar la impugnación de la posible derrota, así como también fue un uso de rigor, el bombardear el Ministerio del Interior con telegramas denunciando las cosas más increíbles"¹³, pero es igualmente cierto que en la feroz campaña de 1928 las exageraciones de los radicales cordobeses no eran más que eso: exageraciones, pero no ficciones. Las denuncias de las autoridades yrigoyenistas —algo desorbitadas, a veces— se referían a crímenes y atropellos que desgraciadamente eran bien reales. Las policías bravas y el matonaje conservador que los realizaban eran una verdad corriente en la época. Arturo Romanzini, que escribe casi cincuenta años después de los sucesos, vale decir cuando los odios de facción hacían mucho que ya se habían apagado, atestigua hablando de los funcionarios policiales de entonces: "Se los elegía de acción, para favorecer bajo todo aspecto las campañas proselitistas del oficialismo. . . muchos se ruborizarían por el especial criterio de actuar de aquellas "autoridades", que llegaban a lo inimaginable". Y refiriéndose concretamente

a la campaña electoral que comentamos, recuerda: "Alrededor del año 1928 la Segunda quemaba" con la actividad del Comité Radical "26 de Julio" de la esquina de Tablada y General Paz, pero "en el otro campo político (me refiero al demócrata) no se quedaban atrás al respecto y la acción se centralizaba en la comisaría, donde su titular, el célebre comisario Don Bernardino Claverie, se constituía en dueño y señor del sector. Su estampa casi legendaria, se paseaba por la Segunda en aquellos tiempos, montada en su alto caballo moro y compadrón, siempre acompañado por sus asistentes, repartiendo justicia entre los correligionarios y poniendo "orden" en la parte adversaria"¹⁴.

En cuanto a la intervención de la gente de avería en las elecciones, ella no era cosa extraña tampoco. Nada mejor que los elementos que vivían al margen de la ley para mantener alejada del comicio a la oposición, apalear a sus militantes, y atropellar sus comités y sus actos públicos. De este modo, mientras los hombres ilustrados del conservadorismo mantenían las maneras educadas y el señorío tradicional de la aristocracia, sus estratos más bajos sostenían con el hampa fluidas relaciones, que la cúpula aparentaba ignorar aunque se beneficiaba de sus actividades. Piénsese solamente en Ruggierito y Barceló dominando Avellaneda con esa mezcla de intimidación de dádiva que era la "política del favor personal", o en Galiffi y la Maffia rosarina apoyando al caudillo santafesino Juan Cepeda. En Córdoba, donde los mafiosos —como narra Héctor Nicolás Zinni— se habían instalado desde 1919 controlando el comercio de carnes, también se producían homicidios y fechorías —políticas y comunes— que quedaban en la más absoluta impunidad¹⁵. Se mencionaban hacia fines de la década siguiente diversos nombres de matones y gangsters del conservadorismo cordobés: el "Fiero" Odonetto, Palandria, Santos Virga, "El curucucha" Vicente Blanco y otros.

De La Carlota nos llega un testimonio insospechable acerca de los métodos rufianescos de los demócratas: el del General de división Victoriano Rodríguez, quien el 9 de marzo de 1928 escribía a "Los Principios" para denunciar que en la casa del caudillo local

Zarazaga funcionaba un garito de propiedad del mismo. Comités—como éste, comités-boliches y hasta comisarías-comités eran instituciones muy utilizadas por el populismo oligárquico para reclutar y encuadrar a su servicio elementos del bajo fondo cordobés, vomitados por las barriadas malevas de "El Abrojal", "El bajo de los perros", "El Infiernillo" o "El Barrio del mono". Hablando de un célebre asesinato cometido precisamente en uno de estos andurriales de la Seccional 2ª en los años Veinte, escribe Bernabé Serrano—veterano periodista de Córdoba— que nunca se aclaró porque "había que salvar al autor, que era un maleante protegido de uno de los caudillos de más predicamento al servicio del oficialismo de aquél entonces"¹⁶.

MORALISMO Y POPULISMO CONSERVADOR

Las mutuas acusaciones de utilizar la violencia, de deshonestidad personal, de integrar sus filas con borrachos y maleantes, alcanzaron grados increíbles de dureza y dieron al lenguaje comicial un carácter soez y violento como pocas veces se había escuchado en la provincia. Muchos se consideraron agraviados en ambos bandos y reaccionaron enérgicamente contra sus ofensores. En Alta Gracia, por ejemplo, José Aguirre Cámara, sintiéndose "tocado" por un volante radical, envió sus padrinos al presidente del Comité departamental del yrigoyenismo.

En esta línea de acción, mezclando las calumnias con un populismo barato, actuaban los conservadores de 1927-28. Para indisponer a los sectores populares con el radicalismo, "El País" recordaba periódicamente los sucesos de la "Semana Trágica" y de la Patagonia, olvidando discretamente las grandes represiones realizadas bajo el gobierno conservador de Rafael Nuñez en la provincia; reproducía—convenientemente podados— los discursos que con referencias a aquellos urticantes temas pronunciaban los oradores socialistas¹⁷, y hasta se atrevían a acudir a los servicios de un supuesto lector de "El País" que además era—curiosamente— "concurrente a las conferencias personalistas y discípulo de Marx y Engels". "El personalismo—les escribía este imaginario lector— es la conjunción de los

descontentos de un régimen político, no de los descontentos de un régimen económico. ¿Cuál es el interés económico común entre D. Augusto Boero y el dependiente de tienda? ¿Entre el Dr. Lucas de Olmos, millonario y latifundista, y su "correligionario" y "compañero" que duerme en el zócalo de su casa barroca?". No sabemos si los yrigoyenistas le habrán contestado: "el desarrollo soberano e independiente del país", pero sí sabemos que, en todo caso, los sectores populares de Córdoba—y de todo el país— estaban más cerca de Boero que de Roca.

Precisamente don Augusto Boero, viejo molinero y dirigente radical de San Francisco, sería uno de los blancos preferidos de las invectivas del conservadorismo, quien le acusaba de la adquisición venal de sufragios. Un día anunciaban en su diario: "\$25 por libreta. Los personalistas de Sacanta llevan gastado más de \$3.500 en la compra de libretas", y en otro acusaban más concretamente: "Mil pesos por voto. Don Augusto Boero paga hasta \$1.000 a cada uno de los que quieren afiliarse al Comité personalista de San Francisco. ¡No venda su voto por menos de mil pesos: Boero los paga!". Como el caudillo demócrata de la ciudad del Este hiciera la misma acusación por un telegrama que alcanzó mucha publicidad, el afectado escribió a "Los Principios": "Mueve a risa dicho telegrama, cuando todo San Justo sabe y le consta que la policía organizada por don Ezio Belloni ha secuestrado centenares de libretas; que actualmente está al servicio de su candidatura; que esa misma policía exige 10 libretas a cada bolichero sin patente; y que cada empleado debe presentar 40 libretas para mantenerse en el puesto".

Fue, sin embargo, el Dr. José Antonio Ceballos, al que el diario católico consideraba un hombre "noble, generoso y leal" y "de una probidad sin límites", quien debió soportar la mayor campaña de difamación, prolongada durante todo el último mes de la campaña electoral. La realizó "El País", acusándole de toda clase de delitos supuestamente cometidos durante su gestión al frente del "Hospital Regional del Centro" de Bell Ville. No faltó imputación que no se le hiciera: que había robado los dine-

ros del establecimiento; que declaraba más enfermos de los que había para justificar egresos inexistentes; que llevaban a votar por la fuerza a pacientes moribundos(1); que había pagado a una internada; que patoteaba a los empleados; que hurtaba frazadas... Nada se le ahorró. "La Voz del Interior", día a día, sostuvo al candidato radical y contestó las acusaciones de "El País" deshaciendo con cifras y argumentos incontestables "la obra de los canallas difamadores que pretenden enlodar la reputación del Dr. José Antonio Ceballos con la complicidad del diario oficial", según decía.

De todas estas formas explotaban los conservadores el moralismo de las clases medias para combatir la causa popular, pero no vacilaban ellos mismos en utilizar repudiables procedimientos como comprar votos en Villa Dolores y otras localidades o hacer hablar en sus actos públicos—durante los últimos días— al morocho Emilio de León, presentado como "dirigente de los canillitas de Buenos Aires".

LOS FUERA DE CARRERA

Tanto "La Voz del Interior" como "El País", pese a la neta filiación partidista de uno y otro, solían informar periódicamente de los partidos menores que entonces formaban en el ala izquierda del abanico político. Tanta benevolencia derivaría, seguramente, de la convicción de que ninguna de aquellas pequeñas agrupaciones era un peligro para las posibilidades de los partidos mayores, que polarizaban y monopolizaban la opinión pública.

Los lectores se podían enterar así de las actividades y de las candidaturas de socialistas y comunistas. La fórmula de estos últimos—al parecer no afectados localmente por la escisión de Penelón en Buenos Aires— para la Gobernación se componía de Pablo A. López, prestigioso dirigente gráfico, para el primer término, y de José A. Olmedo, agricultor del Sur, para acompañarle en el segundo. Los candidatos a diputados nacionales eran los mismos López y Olmedo, Miguel Contreras (tapicero), Leonardo Peluffo (sastre), Antonio Martínez hijo (empleado), Francisco Vaca (peluquero) y Lorenzo Luna; Contreras se repetía como candidato a Intendente de

Córdoba. La mayor parte de ellos solían ser los oradores de rigor en las "conferencias públicas" organizadas en los barrios obreros de la ciudad capital, sumándoseles también Manzanelli y E. Gómez. N. Di Palma peroraba a veces en representación del Comité Nacional. El Partido Socialista proclamó, por su parte, la fórmula Joaquín Coca-José Guevara para la Gobernación. Guevara era cordobés, pero Coca era un veterano dirigente de Buenos Aires, diputado nacional por entonces. Obrero manual, tuvo el mérito de haber planteado una política nacional para su partido, sosteniendo que si se debía ir unido a otras corrientes, éstas no debían ser los demoprogresistas ni los conservadores, sino la Unión Cívica Radical. Su extraña candidatura en Córdoba tenía antecedentes, porque ya en la Convención Reformadora de la Constitución Provincial, en 1923, se habían sentado tres socialistas porteños: nada menos que Juan B. Justo, Nicolás Repetto y Ricardo Belisle; las leyes de Córdoba eran bastante poco exigentes en este aspecto de un mínimo de radicación para poder ser electo. Para "Lord Mayor" de la capital —proseguimos— se designó a E. Parteli, y para candidatos a consejales a Raúl T. Amuchastegui, Serapio Molina, Eleuterio Marín, Francisco Pérez Marcen, Carlos Rodríguez, Salim Costantino, Juan F. Corzo y Salvador Camarassa. Corzo y Camarassa, junto al infatigable Guevara y Arturo C. da Rocha —este último delegado a Córdoba por la dirección nacional— eran los oradores de barricada en los actos públicos que el partido realizó durante los últimos meses previos a la elección.

Los Socialistas Independientes, salvo una belicosa carta pública de un dirigente villamariense contra la dirección justista (o repettista, porque Juan B. Justo falleció en enero de 1928), no tenía actividad alguna.

En cuanto a la Democracia Progresista, que no había obtenido más que 9.000 votos en su baluarte de Santa Fe en los recientes comicios, contra 83.000 de la U.C.R. y 73.000 de los Antipersonalistas, no intervenía en las elecciones de Córdoba. Estaba tan alicaída en todo el país que el líder georgista C. Villalobos Domínguez, encargado de la sección

política de la revista "Nosotros", se referiría al "ya desaparecido" P.D.P. en un corto análisis aparecido en el Número aniversario de 1927. Su máximo dirigente, Lisandro de la Torre, estaba recluido en su estancia de Painas, en el noroeste de Córdoba, y desde allí declararí a un redactor de "Los Principios": "El Frente Unico es una creación artificial que no puede subsistir mucho tiempo, y ha sido la causa del fracaso de los hombres que constituyeron el Impersonalismo como medio de combatir a Yrigoyen. Ellos debieron quedarse dentro del radicalismo para combatir a Yrigoyen, vetando su nombre en las convenciones. El impersonalismo, al aliarse con los conservadores, entregó la bandera radical a los yrigoyenistas"¹⁸

EL CONTUBERNIO SE DESANIMA

El diario de Miguel Angel Cárcano declaraba el 27 de enero de 1928: "No hay rincón de la provincia donde no llegue el entusiasmo demócrata". En verdad, los actos de los conservadores atraían en capital y campaña un público numeroso y enfervorizado, pero su entusiasmo recibiría dos baldazos de agua fría: los triunfos radicales en las elecciones para Gobernador en Tucumán y Santa Fe, después de Salta, contra todas las previsiones del oficialismo, el yrigoyenismo venció en el "Jardín de la República" el 15 de enero y en la provincia santafesina el 5 del mes siguiente (las cifras, supra). "El contubernio entró en su período agónico", diría el diario radical, eufórico, mientras "El País" trataba de alentarse: "La derrota de Santa Fe será un estímulo para la lucha" (8 de febrero).

Sintiendo así el hábito de la desesperanza luego de esta gran derrota, los dirigentes del "Frente Unico" deciden entonces hacer un esfuerzo supremo para decidir la situación en Buenos Aires y "salvar" a Córdoba para sus planes. "A principios de febrero se reúne la "Confederación de las Derechas". Asiste a las deliberaciones el candidato antipersonalista a la presidencia de la Nación. Se resuelve solicitar a Alvear se decida a intervenir la provincia de Buenos Aires y a reorganizar su ministerio. Lo mismo resuelve el Comité Nacional

antipersonalista. Cumpliendo la decisión, Melo y Rodolfo Moreno entrevistan al presidente para llevarles la súplica del Frente Unico. Alvear se niega. En realidad, se le proponía un verdadero golpe de estado, para el que estaba ya preparado el ministro de Guerra. Pero con la negativa de Alvear había caído la última esperanza del contubernio. El 6 de febrero la "Confederación de las Derechas" publica un manifiesto de derrota responsabilizando a Alvear por no querer intervenir Buenos Aires ni "defender a Córdoba" del ya seguro triunfo yrigoyenista. "Un golpe de timón podría decidir para siempre los destinos de la Repúbli-



asegura el documento. Pero la posibilidad republicana de Alvear niega a virar la nave del Estado en el sentido que quiere el Frente Único".

"¡Arreglense solos y ganen si son más!", dicese que le contestó a Bretón cuando el dirigente antipersonalista le planteó definitivamente que se decidiese por la intervención por decreto a Buenos Aires.

INVASIONES" CANCIONES

En Salta, Tucumán y Santa Fe se había visto que los contubernistas "eran menos". Para ver si

podían "ser más" en Córdoba, la dirección demócrata local planificó una ingenua estrategia apelando al sentimiento localista de los cordobeses: refiriéndose a las delegaciones de yrigoyenistas de otras provincias que venían a Córdoba para colaborar en las tareas proelitistas, lanzó en las últimas semanas una enérgica campaña de publicidad contra "los invasores". "Todos los hijos de Córdoba deben rechazar la invasión personalista que nos manda Buenos Aires. Es un ataque a la autonomía y a la dignidad de la provincia; es un vejamen para sus habitantes", proclamaría en un recuadro destacado "El País" del 8 de febrero de

Melo, Cantoni, Gallo, Vidal y otros personajes del movimiento antirygoyenista caricaturizados en "Crítica" en 1929



1928. Dos días después, invitando a un acto público partidario, insistía: "Toda Córdoba, esta misma noche, vibrará en un solo grito: "¡Fuera el invasor!", y agregaba: "Elementos indeseables, profesionales del malón, muchedumbres hambrientas de saqueo, se aprestan a invadir la Provincia de Córdoba y a pretender doblegarla con el oro de las arcas fiscales de Buenos Aires, con la amenaza de las armas sustraídas a las policías bonaerenses con la promesa y el halago de las prebendas y canongas". Un gran afiche a toda página —similar al que pegaban en las calles los empleados de la Oficina de Fijadores de Carteles del P.D.— gritaba estentóreamente unas hojas más adelante: "Qué Córdoba siga siendo libre. De punta, frente al invasor. Demuestre su decisión irrevocable de no tolerar que se imponga a Córdoba autoridades de Buenos Aires". Otro día advertía: "De General Villegas, Meridiano V. Pehuajó, General Pico, Victoria, General Acha, Tucumán, etc., entrará gente armada". Con esta excusa, se produjeron innumerables detenciones de militantes radicales de otras provincias, y hasta de legisladores bonaerenses.

Entre los "terribles invasores" yrigoyenistas figuraban Luis Angel Firpo —que trabajó en Río Cuarto el 10 y en Córdoba el 11 de marzo— y dos intelectuales de valía: el sociólogo Ernesto Laclau, joven y talentoso universitario, y el escritor Manuel Gálvez, que habían hablado en una celebrada conferencia en febrero.

Los radicales contestaban: "Habrá invasión ¡pero de votos!", y el periódico radical decía con muy buen criterio: "Cuando el radicalismo envía sus delegaciones a otras provincias, son invasores en el concepto demócrata. Fueron a Santa Fe los radicales: invasión. También desembarcó allí el prestigioso ladrón y asesino Federico Antoni: se le recibió con todos los honores que le debía Cepeda. También vendrá a Córdoba y no será invasor...". Era exacto el vaticinio: el ex-gobernador sanjuanino, con su prosa desmelenada, intervino en la proclamación de la "Fórmula de la Victoria" que tuvo lugar en Bell Ville el 4 de marzo, por la mañana, y en Villa María en horas de la tarde.

No se limitó a los discursos de su jefe la intervención cantonista

en Córdoba. Ya dueños de San Juan, "los bloquistas deciden extender su influencia a La Rioja, y ocupan literalmente la provincia con su policía, sus matones y sus elementos"²⁰. Pero no se detienen en la tierra del Chacho. De allí a los departamentos del Oeste cordobés no hay más que un paso, y lo dan. Sus hombres de acción, al mando del ingeniero Carlos R. Porto invaden —y ahora sí es realmente invasión— el departamento Cruz del Eje e imponen la ley de la selva. Las manifestaciones radicales son asaltadas revolver en mano. Los yrigoyenistas son perseguidos y deben esconderse. Quince automóviles cargados de cantonistas armados patrullan la ciudad. Uno de ellos lleva un cartel intimidatorio: "Están en capilla el médico Capellini, Zampieri y Cabanillas Barboza". Este último, dirigente radical como los otros dos, debe escapar de Cruz del Eje disfrazado de mujer días antes de las elecciones. El yrigoyenismo cruzdelejano lucha en las catacumbas. El 23 de marzo, insidiosamente, "El País" publica un suelto que titula "Cantoni hace falta en Pocho", donde se indica como blanco para los hombres de acción del caudillo sanjuanino al Dr. Raúl W. Martínez, que se encuentra en aquel departamento haciendo su campaña a diputado nacional. El padre de uno de sus dos acompañantes, indignado por la instigación, hace personalmente responsables de lo que pueda pasar a su hijo a los Cárcanos, padre e hijo. El clima es de odio y de violencia. Se suceden los hechos de sangre. En San Justo, en Capital, en el Norte, son asesinados militantes del radicalismo.

Empero, la música encuentra su lugar junto a la pólvora. Autores y compositores se suman a la contienda, en ambos bandos. Los demócratas publican en su diario una milonga de autor desconocido, que insistiendo en el remanido tema de la invasión decía:

*"En eso del invasor
que venga, si en su demencia
no aprovecha la experiencia
que ya Córdoba le dio
cuando quiso o pretendía
hacer valer la insolencia.
Que venga, si es tan servil
para traer un malón
pero no cuente el matón
con la ventaja del fuero:*

*producido el entrevero
es sin fueros la función.
Así que ya sabe el portefolio
lo que aguanta el cordobés
y que no salga después
llorando que le han pegado
si del ajeno cercado
lo arrojan a puntapiés".*

El compositor cordobés Alfredo Seghini, por su parte, da a conocer su tango "Cartas Bravas", que dedica a los candidatos del "inventible" Partido Demócrata.

Los radicales se las arreglan parafraseando otro tango, "Leguisamo solo", que se transforma en "¡Yrigoyen solo!", con una letra que empezaba:

*"¡Yrigoyen solo!!
grita el obrero y el agricultor..*

....."
Cantan también el "Hipólito Yrigoyen" de Enrique P. Maroni, cuyas estrofas para el compás del dos por cuatro decían:

*"Yrigoyen, presidente
la Argentina te reclama,
la voz del pueblo te llama
y no te debes negar.
El necesita tu amparo
criollo mojón de quebracho
plantado siempre a lo macho
en el campo radical."*

Claro que no siempre lo podían cantar tranquilos. En La Calera, pacífica villa turística, por ejemplo, el comisario del pueblo lo prohibió terminantemente en toda su jurisdicción...

LA ELECCION DEL 11 DE MARZO DE 1928

Así se fue llegando a los días previos a la elección para Gobernador. Los yrigoyenistas bajo la consigna: "Hay que derrotar al Club Social", vale decir el Club aristocrático de Córdoba que había impuesto la candidatura de Roca y controlaba íntimamente los hilos de la situación local; los conservadores bajo el lema "Rechazar la invasión violenta, depresiva y fenicida", que en realidad no era una resistencia a Buenos Aires como se pregona —y que no estaba en discusión, verdaderamente—, sino a la "invasión" de las multitudes cordobesas sobre el poder político de la provincia, hasta entonces patrimonio intocado de la aristocracia local.

Las últimas voces de orden

aconsejaban a los militantes de uno y otro bando: "Si matones oficialistas alteran el orden en su pueblo o lo provocan, no acuda a la policía. Defiéndose como hombre. No se deje atemorizar con la Policía, porque está asustada, ni por los matones pagos, porque son maulas. Hágase respetar", decían los radicales. Los conservadores, por el contrario, manifestaban: "Si nota la presencia de forasteros que ejerzan presión, acuda a la Policía y denuncie. Si la Policía necesita ayuda, no vacile. Ud. será merecedor del aplauso de la gente de bien".

En los últimos días, ambos partidos cerraron sus respectivas campañas con gigantescos mítines. Los radicales reúnen 30.000 personas en el suyo; los conservadores congregan más de 8.000 en la plaza San Martín, la principal de la ciudad.

Y llega el 11 de marzo. Cárcano declara en la víspera: "Hemos tenido especial cuidado, por principios y buen gusto, en no montar la máquina". Se vota con decisión, con rabia, con esperanza. El 28 de febrero "La Fronda", el órgano conservador de Buenos Aires, había escrito: "Somos escépticos de la popularidad del Santón. Creemos que más es el ruido que las nueces. Ni Buenos Aires, ni Tucumán, ni Santa Fe han logrado convencernos definitivamente. Esperamos la voz de Córdoba con ansiedad patriótica". Y Córdoba hizo oír su voz: 93.140 sufragios consagraron la fórmula yrigoyenista. Martínez-Ceballos, mientras que la del Partido Demócrata recogía 75.513. Los antipersonalistas, apiastados por la polarización de fuerzas, sufrieron una verdadera debacle: no consiguieron sino 973 votos en toda la provincia. Casi los alcanzaron los partidos de izquierda: 696 el P.C. y 600 el P.S.

LAS ELECCIONES COMUNALES DEL 25 DE MARZO

El triunfo radical no interrumpió la ola de violencia que lo había precedido. Por el contrario, ella habría de agravarse a medida que se aproximaba el día de las elecciones presidenciales, fijadas para el 1° de abril. "El contubernio intuye que nada podrá hacer si las elecciones son limpias. El Ministro de Guerra, General Justo,

tiende los lazos de la conspiración militar. Hay que suspenderla, sin embargo, porque la fuerza popular del radicalismo es abrumadora. El Ministro del Interior autoriza la campaña de persecuciones y terrorismo contra los afilados radicales. Doscientos hombres pierden la vida en diversos puntos del país. Son numerosas las detenciones y demás atropellos"²¹

En Córdoba el panorama es casi igual al resto del país, aunque disminuyen los hechos de sangre.

Todos esos desafueros que debió soportar el partido movieron a Yrigoyen —que aun no era formalmente candidato— a solicitar a las autoridades del Comité Nacional la clausura absoluta de la campaña electoral. Así se hizo el 18 de marzo para evitar nuevos sacrificios y en Córdoba, como en el resto de las provincias, se clausuraron los comités, se suspendieron los mítines y las pegatinas de carteles y enmudecieron sus oradores.

La Convención radical recién se reunió en Buenos Aires para elegir a Hipólito Yrigoyen, único candidato posible, el 22 de marzo. Córdoba envió como delegados al ex-Gobernador Julio C. Borja; al presidente del Comité de la Provincia, Dr. José María Martínez; a Américo Aguilera, el "pico de oro" del partido; el caudillo de Villa María, Amadeo Sabattini; al diputado nacional Carlos J. Rodríguez; a Nicasio Salas Oroño, futuro Ministro de Gobierno de José Antonio Ceballos; al Dr. Benito Soria, senador nacional electo, a Eduardo N. Duffy, Pedro G. Machado, José F. Mieres, Andrés J. Noble, Pedro Sorrentino, Fermín de la Colina, Alejandro Rivas, Augusto Soumeou, Luis Cappelini y Augusto Boero. Precisamente don Augusto Boero sería designado vicepresidente 2° de la gran reunión del "Teatro de la Opera", mientras que Alberto Durand, representante salteño, ocuparía la presidencia, en homenaje a la provincia que abrió la marcha en la cadena de triunfos del radicalismo en el Interior.

Proclamado Yrigoyen en medio de la alborozada unanimidad de los convencionales el día 24, su nombre fue aclamado también en Córdoba por los radicales, que se habían preparado estoicamente para las elecciones municipales que se celebraban al día siguiente, 25 de marzo.

Estos comicios también fueron precedidos de un notorio fraude pre-eleitoral, sino promovido al menos tolerado por las autoridades provinciales. El fraude encontraba su asidero en el mecanismo legal establecido por la reforma constitucional del año 1923, que formuló, en el artículo 151 de la carta magna cordobesa, el siguiente dogma: "El cuerpo electoral de cada municipalidad se compondrá de los argentinos varones mayores de 18 años que tengan por lo menos uno de residencia inmediata en el distrito y que sepan leer y escribir, y de los extranjeros inscriptos, varones, que sepan leer y escribir en idioma nacional, mayores de 18 años, con dos por lo menos de residencia inmediata en el distrito..."²². Dejando de lado la circunstancia de por sí grave de imponerse el voto calificado, es fácil comprender como la decisión de que alguien fuese o no elector activo quedaba por completo en manos de las despóticas autoridades de los pueblos y ciudades del interior, puesto que, según la ley de municipalidades, la radicación continuada sólo se podía comprobar ante la Junta Inscriptora con un Certificado de Residencia. Y este certificado no lo daban sino los caudillos conservadores de cada localidad. De esta manera, comisarios, intendentes y jueces de paz lo negaban a quienes eran conocidamente radicales —en los pueblos la filiación de cada uno era pública—; la policía secuestraba las libretas de enrolamiento, instrumento único idóneo para votar; multaba a los radicales o los encarcelaba con motivos fútiles, exigiéndoles la libreta para cancelarles la pena impuesta, etc. En Los Surgentes, en Idiábal, en Bell Ville, en Noetinger y en decenas de otros pueblos de la campaña las autoridades procedieron a "depurar" los padrones municipales eliminando a los inscriptos de filiación yrigoyenista. En Marcos Juárez se encarcelaba a los radicales que pedían duplicados de sus extraviadas libretas. En Cosquín el fraude llegó a tales extremos que el Comité yrigoyenista local decidió en primera instancia declarar la abstención comunal. Lo mismo se hizo en Villa General Mitre, cabecera del departamento Totoral. En Santa Rosa de Río Tercero, al abstenerse también, el núcleo regional denominado "Unión Comu-

nal" declaró específicamente el 22 de marzo: "La Ley de municipalidades ha sido preparada con el preconcebido propósito de amparar el fraude y entregar las comunas al oficialismo".

Para agravar la situación, el radicalismo debió sufrir importantes divisiones por motivos locales en diversas ciudades. En Río Cuarto, segunda metrópolis de la provincia, se perfiló un conflicto interno que motivó el viaje de altas autoridades a la localidad sureña y que fue explotado a fondo por los demócratas, aunque ellos también tenían bastante con la disidencia del Dr. Castelli, que referimos antes. En Villa María el intendente Parajón Ortiz enfrentó públicamente a Amadeo Sabattini —ya una figura de estatura provincial dentro de la U.C.R.— y opuso a la candidatura del Dr. Ernesto Díaz la de Alberto Durrieu, aquel dirigente del ala "roja" del radicalismo meridional que en 1919 encabezó una fórmula radical disidente para la gobernación²³. En San Francisco, el yrigoyenismo se había escindido —en orden a los asuntos municipales— en una ala "oficial", comandada por Augusto Boero, y un ala más plebeya y radicalizada, a cuyo frente se encontraba el Intendente Serafín Trigueros de Godoy, recientemente depuesto y repuesto en una "asonada" local. Los "trigueristas" se agrupaban en el "Comité Popular de Defensa Comunal", junto al cual proliferaban otras agrupaciones menores: el Partido Comunal Independiente, que proclamó la candidatura de José Forchino; la Asociación Plus Valía, que alzó el nombre de César Ferrero, y hasta un Partido Comunal Sirio-Libanés... En Canals, en el sudeste de la provincia, concurrían la Unión Popular Independiente y Pedro Fermín Marcel, candidato a intendente por el "Comité Popular Arturo López Dozo", cuyo inspirador homónimo era el periodista meridional de este nombre, jefe de una ala ultra-jacobina del radicalismo "rojo" y autor de una mini-revolución en Canals y Benjamín Gould en 1924.

La intendencia más importante en disputa era, lógicamente, la de la ciudad Capital, para la cual los radicales habían elegido al Dr. Alberto Stucchi, llamado por los conservadores "el candidato desconocido", por su escaso nombre político. Estos últimos lanzaron des-

de un primer momento la idea de que Emilio F. Olmos, que estaba realizando una gran obra de modernización urbana, debía ser reelegido para su cargo. Un manifiesto hecho circular en diciembre había encomiado "el progreso urbano que se palpa con legítima vanidad ante el aplauso y encomio del forastero"... y enfatizaba: "Esa labor no puede detenerse, ni retardarse, y ni siquiera modificarse. La reelección del ingeniero Olmos resulta por eso un imperativo, además que dentro de toda lógica, nadie como él ha de poseer la comprensión de la magna obra que entraña su labor, nadie el entusiasmo y decisión como responsabilidad para concluirlo". Olmos, sin embargo, no aceptó en un primer momento su reelección, pensando probablemente que podría ser el candidato de recomposición en la rivalidad entre Roca y Ceballos, tal como se insinuó. Solucionada la crisis, su nombre tomó nuevo vuelo. El Partido insistió junto a las fuerzas vivas —el comercio, los propietarios del centro, las profesiones liberales, etc.— y finalmente Olmos aceptó. Contra él, el radicalismo alegaba: "Es mentira que el pueblo quiera la reelección de las autoridades demócratas en la Municipalidad... En vez de suntuosas y costosas avenidas, hace falta para Córdoba hospitales, escuelas, balnearios y lavaderos públicos, extirpar el marco de rancherías anti-higiénico y antiestético que circunda la ciudad, reemplazándolas con casas higiénicas y baratas".

Las elecciones se celebraron finalmente, pero atrajeron bastante menos votantes que las del 11. En Capital, donde habían concurrido antes alrededor de 30.000 personas, no sufragaron ahora sino 18.000. De ellas, 9.600 lo hicieron por Olmos, que así impuso su victoria, y 6.400 por Stucchi.

En Bell Ville, el prestigio del ex-intendente radical Arturo Mateson determinó que el pueblo de la ciudad le otorgase un segundo mandato, que "sería probo y progresista como el anterior" como indica Agustín J. Villarreal.²⁴

En San Francisco, los "trigueristas" fueron despojados de su triunfo por el fraude, según denunció "La Voz del Interior", y se adjudicó el mismo al candidato de la "Asociación Plus Valía".

En Río Cuarto, donde los disidentes radicales organizaron la bo-

rratina de Emiliano Irusta, candidato oficial del Partido, se impuso por segunda vez Vicente Mojica, de la "Liga de Defensa Comunal", y quedaron atrás "La Unión Comunal" de Domingo Grandi y el "Comité del Comercio".

Los demócratas se impusieron en La Carlota, en Deán Funes, en Cosquín (aquí con el nombre de "Unión Vecinal") y otras localidades, pero los yrigoyenistas ganaron gran cantidad de comunas menores.

En Villa Huidobro, capital del departamento General Roca, ocurrió algo insólito: triunfó el "Block Obrero y Campesino", denominación con que concurría el Partido Comunista, el que así consagró a José A. Olmedo y a los concejales Ernesto González, Andrés Alonso, Casimiro Luppi y Horacio Doratto. "Como era de esperar, —dicen dos autores locales— este nuevo gobierno no duró mucho en el cargo debido a la gran cantidad de abusos que se cometieron, tales como llegar a reemplazar la bandera argentina por el emblema rojo en el mástil de la plaza. La calle Peluffo fue bautizada en un acto público como calle Sacco y Vanzetti. El 17 de diciembre de 1928 una intervención del gobierno de Córdoba, puesto al tanto de los abusos cometidos, terminó con este caso insólito que conmovió a todo el país. El periodismo nacional se hizo eco de este hecho, ya que por primera vez en la Argentina ganaba las elecciones municipales el comunismo."²⁵

YRIGOYEN PRESIDENTE, MARTINEZ GOBERNADOR

Una semana después de los comicios municipales, llegaron las elecciones nacionales que el pueblo radical esperaba con tanta ansiedad. La sensación de la derrota aplastaba ya el ánimo de todos los componentes del "Frente Único" en todo el país ante la evidencia de la avalancha popular que presagiaban las victorias yrigoyenistas en las provincias. En Córdoba, particularmente, esa sensación no resultaba en modo alguno contrarrestada por el triunfo de Olmos; todos sabían que obedecía a una situación meramente local, que era inocua frente a la cuestión decisiva que se plantearía en las presidenciales. El mismo día del comicio,

1° de abril de 1928, decía "El País" en su nota editorial: "Córdoba acaba de librar una de las más grandes luchas democráticas después de vigente la ley Sáenz Peña. Nunca fue la contienda más ardua, ni más encarnizada. El Partido Demócrata ha obtenido menos votos que el adversario. Ha sido vencido. Pero ha mantenido intacto el capital electoral e incólume su moral que al fin, es la fuerza que conquista al porvenir. El Partido Demócrata ha sido desalojado del poder después de 9 años de gobierno, que son una historia brillante de trabajo fecundo. Ha trabajado por la paz, y ha engrandecido a la provincia, moral y materialmente. Su misión, ahora, es la de contralor del nuevo gobierno y también de colaboración en las obras de bien público, si el adversario fuera capaz de concebirlas e interpretarlas. Su acción fue, antes, de gran obrero; será ahora, de celoso centinela".²⁶

Ese 1° de Abril se votó en toda la República otra vez y los resultados superaron los cálculos más optimistas de los líderes radicales. Se triunfó en todas las provincias, doblandose en sufragios a la "Fórmula de la Victoria"; 840.000 para Yrigoyen; 440.000 para Melo-Gallo. La provincia de Córdoba contribuyó a esos totales con 104.094 votos para el radicalismo "personalista" y apenas 35.700 para sus adversarios.

El golpe que estos guarismos significó para la estrategia montada por los demócratas de Córdoba obligó a Roca (h) a renunciar a la conducción de la "Confederación de las Derechas" y a la jefatura partidaria en una nota significativa. En ella, con fecha 13 de abril, decía el futuro vicepresidente de Justo: "La política que he personificado ha caído vencida. El fallo de las urnas no ha conmovido mi fe en la virtud intrínseca contenida en nuestra conducta individual y colectiva. Estoy seguro de no haber comprometido mi dignidad personal ni sacrificado el prestigio partidario al escoger, por imperio de las circunstancias, el único camino que pudo conducirnos a la victoria. Las tradiciones que invocamos con orgullo como fuente inspiradora de nuestras acciones, contienen los ejemplos aleccionantes de la conciliación y el acuerdo..."

Más de un mes más tarde, el 17

**JAQUE
A
LA
DAMA**

...No, no es una "falsa galantería" ajedrecística. Es nada más y nada menos que una feliz invitación. Si, una invitación (para ambos sexos y todas las edades) para seguir en forma gratuita y desde el lugar que usted elija el más fácil y práctico.

**CURSO
DE
AJEDREZ**

desde las páginas de
La Opinión
pensado y preparado para usted.

Se trata de un curso de 120 lecciones que se publican diariamente durante 4 meses.

**MOVIMIENTO COMBINADO
DE PIEZAS * TACTICA *
PLANEES TRATEGICOS * APERTURAS
* MEDIO JUEGO Y FINALES**
entre otros temas, le permitirán ingresar lentamente en el infinito y apasionante mundo del ajedrez.

**TODOS LOS DIAS
DURANTE CUATRO MESES**

**Curso práctico de
AJEDREZ**
al estilo de
La Opinión

de Mayo de 1928, Enrique Martínez y José Antonio Ceballos se hacían cargo del gobierno de Córdoba. Era un día de lluvia persistente, pero ello no fue óbice para que el pueblo se volcara entusiastamente a las calles a apiaduir y victorear a los dos mandatarios electos, que juraron sus cargos en la sala de la Legislatura. Sus ministros, todos hombres de menos de

cuarenta años, eran Amadeo Sabattini, artífice de la victoria en Tercero Abajo, en Gobierno; el ingeniero Guillermo Fuchs en Obras Públicas, y el Dr. Luis A. Caeiro en Hacienda. Momentos más tarde, Ramón J. Cárcano, acompañado hasta la puerta de la sede del gobierno por Martínez, salió a la calle y se alejó acompañado de su vice, Dr. Manuel E. Paz, en medio

de una silbatina más densa que la lluvia que caracterizaba la tarde²⁸. Un contemporáneo dado a las composiciones epigramáticas podría haber encontrado en el hecho un fondo simbolismo y expresar que con aquel "fantasma del Noventa" — como le llamó Del Mazo — se iban para siempre los hombres del "Régimen". Pero se habría equivocado: en dos años más estarían de vuelta.■

NOTAS

¹ Sobre el tema, véase Raúl Faure: "Córdoba 1925-1928: un gobernador liberal y reformista", en *Todo es Historia* N° 117 de febrero 1977, y Jorge Ravanelli, "El Pensamiento vivo de Ramón J. Cárcano", en *Historia Mediterránea* N° 2, noviembre 1974. Es curioso que estos dos importantes análisis del estadista conservador provengan de quienes fueron militantes del radicalismo.

² Raúl Faure, "A Cincuenta años de la segunda consagración de Yrigoyen" (2° nota), en "La Voz del Interior", Córdoba, 15 de marzo de 1978.

³ Cit. En Carlos R. Melo, "Los Partidos políticos argentinos", Córdoba 1970, pág. 269.

⁴ Sobre el tema, véase del autor: "Origen y transformación del radicalismo cordobés", en *Todo es Historia* N° 106, de marzo de 1976.

⁵ No era el único en actuar en política este sacerdote del departamento Minas. Los radicales contaban con el padre Eduardo J. Maldonado, párroco de La Cruz y descubridor de la casa natal de San Martín en Yapeyú.

⁶ En realidad, José Aguirre Cámara, absorbido por la actividad política, rindió sus últimas materias de Derecho en 1945. Fue Ministro de Hacienda en 1932 y candidato a gobernador de la provincia en 1935 siendo "estudiante de Abogacía".

⁷ Cit. en Raúl Faure, artículo citado (4° Nota), "La Voz del Interior", 19 de marzo de 1978.

⁸ Véase Ernesto Goldan, "Omar Viñole: el hombre de la vaca" en *Todo es Historia* N° 46, febrero de 1971. El autor se refiere (pág. 48) al "rechazo de la reacción conservadora" por parte de Viñole, pero esta posición es posterior al año

1930 porque en las elecciones de 1928 "el hombre de la vaca" — ya por entonces muy popular en Córdoba — colaboró activamente con Mariano P. Ceballos.

⁹ Angel A. Vargas, "El gobernador Ceballos" en "La Voz del Interior", 21 de febrero de 1975.

¹⁰ Efraim U. Bischoff, "Historia de la Provincia de Córdoba", Tomo III, pág. 295-6.

¹¹ Manuel Gálvez, "Vida de Hipólito Yrigoyen", Editorial Tor, Buenos Aires, 1951, pág. 310.

¹² "Nosotros vinimos a Córdoba en 1927 y teníamos mucho miedo de los demócratas porque siempre pasaban borrachos y tirando tiros y gritando; ¡Viva el Partido Demócrata!" (Declaraciones al autor de la María Esther González de Farías. 3-8-1978).

¹³ Félix Luna, "Yrigoyen", Editorial Desarrollo, Buenos Aires 1964, pág. 209.

¹⁴ Arturo Romanzini, "Yo he nacido en la Segunda", Córdoba 1976, págs. 45, 30 y 31.

¹⁵ Héctor Nicolás Zinni, "La mafia en Argentina", Centro Editorial, Rosario 1975, pág. 74-75.

¹⁶ Bernabé Serrano, "Córdoba de ayer", Editorial Provincia, Córdoba 1969, pág. 146.

¹⁷ Ante una de estas "podas" de sus discursos hecha por los conservadores, José Guevara se vio obligado a aclarar, en una carta a "La Voz del Interior" que si bien se había referido circunstancialmente a la "Semana Trágica", también había criticado la represión orquestada por el gobernador Núñez en 1919, pasaje éste que había sido cuidadosamente censurado por "El País".

¹⁸ Cit. en Raúl Faure, art. citado (8° Nota), "La Voz del Interior", 4 de abril de 1978.

¹⁹ Félix Luna, op. cit., pág. 321.

²⁰ Idem, pág. 325.

²¹ Jorge Eneas Spilimbergo, "Yrigoyen y la intransigencia radical", Editorial Indoamérica, Buenos Aires 1955, pág. 62.

²² Transcripto en Carlos R. Melo, "Constituciones de la Provincia de Córdoba, Córdoba 1950, pág. 283.

²³ Recordemos que el ala "roja" del radicalismo, comandada por el Dr. Ricardo Altamira, era un movimiento interno surgido hacia 1917, de posiciones avanzadas y cercano a los sectores que sostenían la teoría económica georgista, cuyos voceros eran por entonces Arturo Orgaz y Arturo Capdevila. Su mayor fuerza se encontraba en los departamentos meridionales de la provincia, por lo que se denominó formalmente "Liga del Sur" militando en ella, entre otros, Amadeo Sabattini, Antonio Sobral, Arturo López Dozo, de Anquín, etcétera.

²⁴ Agustín J. Villarroel, "Córdoba y Bell Ville en la historia de la patria", Córdoba 1976, pág. 443.

²⁵ Roberto Juan Repetto y Hugo Alberto Picco, "Villa Huidobro en la historia de su vida", Córdoba 1974, pág. 65/66.

²⁶ Cit. en Raúl Faure, Art. cit. (6° Nota) 27 de marzo de 1978 en "La Voz del Interior".

²⁷ Ibidem.

²⁸ Emilio E. Sánchez, "Del pasado cordobés en la vida argentina", Bifignandi Ediciones, Córdoba 1968, pág. 376.

BIBLIOGRAFIA

Además de la citada, se consultaron las colecciones de los diarios "La Voz del Interior", "Los Principios" y "El País", y las revistas "Caras y Caretas" y "Nosotros".



JUAN MARIA GUTIERREZ: retrato de un humanista

Natalio R. Botana

Hay personajes que no merecen en nuestra historia el frecuente recuerdo del homenaje o del estudio. Entre los hombres del 37, Echeverría y Alberdi reviven una presencia acaso tan vigorosa como la de Mitre o Sarmiento. Pero Juan María Gutiérrez, de quien este año se cumple el centenario de su muerte, permanece arrinconado en una discreta penumbra.

El progreso más reciente del siglo XX, se ha dicho y repetido hasta el cansancio, ha fragmentado en un sinnúmero de especialidades el viejo saber humanista que pretendía abarcar el sentido universal del conocimiento. Quizá haya que renunciar a una empresa semejante (aunque la nostalgia de Leonardo o Erasmo invada nuestra conciencia) ante la deslumbrante creación de conocimiento que conmueve a nuestro tiempo. Sin embargo, esa resignación no fue el rasgo que distinguió a muchos humanistas argentinos y, en particular, a Gutiérrez.

Crítico literario, escritor y poeta —“el más completo hombre de letras de su tiempo” lo llamó Menéndez y Pelayo— Gutiérrez se doctoró en jurisprudencia en 1834. La combinación del conocimiento jurídico con la práctica literaria no tenía, en aquella época, mucho de original. El estudio de la ingeniería y de las ciencias exactas abrió ante su inteligencia, en cambio, una perspectiva novedosa a la que luego habrá de prestar una tenaz adhesión. Quedó traza-

do, de este modo, un perfil de intelectual que no escindió el conocimiento científico del cultivo de las humanidades. El joven poeta del salón literario se ocupaba de mensuras en la Provincia de Buenos Aires y relevaba su topografía; el crítico atento a las raíces coloniales de nuestra literatura organizaba en Valparaíso una Escuela de Náutica. Tales fueron los primeros pasos.

Luego de la fallida defensa del Acuerdo de San Nicolás en la Legislatura de Buenos Aires, Gutiérrez integró el Congreso de Santa Fe y formó parte de la comisión redactora de la Constitución que dio forma a un texto político cuya transparente prosa contrasta con la aburrida jerga de los publicistas contemporáneos. Allí en el litoral, alejado de su provincia natal, sirvió al Gobierno de la Confederación desde la cartera de Relaciones Exteriores hasta que la derrota de Pavón cerró su ciclo político.

De inmediato, Gutiérrez se reconcilió con Mitre y aceptó el cargo de Rector de la Universidad de Buenos Aires. Durante doce años, mientras sus amigos y adversarios se entregaban a la actividad política, Gutiérrez empenó su vocación en escribir, enseñar y organizar una universidad. Recibió una casa de estudios que hundía sus raíces en el pasado colonial (de lo cual Gutiérrez dio testimonio en su magnífica obra acerca del Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires, 1868) y entregó a sus

continuadores, cuando los achaques cardíacos lo apartaron del cargo, una Universidad en parte diferente que conjugaba el derecho, las humanidades y la filosofía con la enseñanza sistemática de la ingeniería y las ciencias exactas. Esa síntesis humanista desbrozó el camino para inyectar nueva savia en el estudio de las humanidades e implantar, progresivamente, una tradición científica.

En 1871, a solicitud del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, Gutiérrez elaboró un proyecto de ley de enseñanza primaria, secundaria y universitaria que consagraba el carácter gratuito de la misma en los dos primeros tramos, organizaba la Universidad sobre la base de una federación de facultades, creaba la docencia libre y aseguraba la provisión de las cátedras por concurso. La legítima obsesión por la reforma de las instituciones quedó retratada en este proyecto de ley. Por eso Gutiérrez dejó escritas estas palabras en 1872, en la “Revista del Río de la Plata” que él mismo había fundado: “La reforma política se dirige naturalmente a cumplirle al pueblo la promesa que se le ha hecho de gobernarse a sí mismo, de manumitirlo, para que a brazos libres y con su propia mente, sin mentores y sin andaderas, pueda manejar sus propios negocios. Y sin que esta promesa se convierta en realidad, el progreso material es imposible, porque está muerto o dormido el primer obrero de ese progreso.”

**HISTORIAS
PARA
SONREIR**



PELEAS EN FAMILIA

por Salvador Ferla

En 1468 el rey de Aragón prometió casar a su hija Leonor con don Luis de Beaumont, conde de Lerin y presunto antepasado de nuestro general Viamonte. Pero como pasaba el tiempo y el connubio no se materializaba, don Luis, muy atrevido, raptó a doña Leonor, con su consentimiento, del castillo de Zaragoza, y en las ancas de su caballo la condujo a un lugar seguro de Navarra. "Este caso, —comentan los Anales de Navarra de 1468— tan nuevo y repentino, fue de gran dolor para el rey y de grande perturbación en toda la ciudad, por no saberse en muchos días cómo había sucedido (Ahora estamos ilustrados que normalmente los raptos de mujeres se efectúan con el beneplácito de la víctima), y así se hicieron exquisitas diligencias para averiguarlo, creyéndose que la novia estaba oculta dentro de Zaragoza". Se atrevió a más aún el impetuoso conde. Porque al enterarse que por este chantaje su forzado suegro no le quería entregar la dote convenida, secuestró al tesorero real, y lo tuvo preso en la torre de su castillo de Lerin, hasta que el pobre rey, para liberar a su indispensable funcionario, tuvo que avenirse a pagar.

Este episodio sainetesco, que conocí por el libro "El general Viamonte y su época" de Armando Alonso Piñeiro, me indujo a cavilar que tal vez aquello del poder absoluto de los re-



yes fuese puro cuento. Siempre tuve la sospecha de que los monarcas, incluso los poderosísimos Borbones, Habsburgos y Romanoff tenían menos poder real, a pesar de ser reyes, que el director de la CIA norteamericana por ejemplo, o que muchos jefes de policía de nuestro tiempo. Y esta anécdota tiende a confirmarlo. ¿Quién se atrevería hoy a raptarle la hija a un presidente por incumplimiento de promesa matrimonial, y por añadidura, si el mandatario irritado por la ofensa

se negara a pagar la dote, secuestrarle también al ministro de economía?... En la América colonial solía suceder que una disposición firmada por el presuntamente poderosísimo rey de España, fuera desobedecida y proclamado públicamente este desacato con la extraña fórmula de "la reverenciamos pero no la cumplimos". ¿Quién se animaría hoy a una actitud equivalente frente a un decreto del P. Ejecutivo o simplemente de la Municipalidad? De haber sido así, cuando nues-

tros gobiernos dictaban precios máximos para determinados artículos, los comerciantes pudieron haber dicho "reverenciamos el decreto pero no lo cumplimos". Y aunque algunos ni lo reverenciaron ni lo cumplieron, no se atrevieron jamás a confesarlo públicamente.

"EL VALOR DE LA PALABRA"

Era una vez el mes de marzo de 1816, y el general Viamonte al frente de un ejército porteño, ocupaba la ciudad de Santa Fe, cuando fue asediado por las fuerzas de don Mariano Vera, que reconquistaban su provincia. Disminuidas sus filas por las desertiones y desalentado porque no llegaban auxilios de Buenos Aires, se refugió en la Aduana y después de 20 días de resistencia, capituló. Y como antes de efectivizar la rendición inutilizó su material de guerra, violando su palabra de entregarlo intacto a los vencedores, fue hecho prisionero y enviado al cuartel general de Artigas. Allí permaneció más de un año, hasta que un buen día apareció en Buenos Aires sin que nunca se supiera en que forma obtuvo su liberación. De inmediato se reincorporó al ejército y volvió a la lucha contra los federales por lo cual éstos le acusaron de perjurio, dando a entender que una de las condiciones de su libertad fue la promesa de no volver a tomar las armas contra ellos, aunque las circuns-

tancias exactas siguieron y siguen en el misterio.

Su biógrafo, Alonso Piñeiro, indagó a los descendientes del prócer y recogió una versión que la familia Sanchez Viamonte tiene por tradición oral de sus ancestros. Viamonte habría caído prisionero junto con su cuñado, un joven teniente de apellido Chavarría, quien, ya sea por su carácter vivaz y simpático o por su escasa jerarquía militar, no permanecía prisionero con los recaudos de seguridad de su superior y pariente. Tenía libertad para deambular por el campamento, y en una oportunidad, al festejarse el cumpleaños de Artigas, Chavarría recitó unos versos en su homenaje, acompañándose con guitarra. El caudillo federal, complacido, prometió, al estilo de los monarcas de Las Mil y Una Noches, acceder a cualquier solicitud que le formulara el teniente en este instante. Y como lo que a Chavarría le vino en mente de pedirle era algo muy grueso y difícil, con picardía trató de comprometerlo previamente, interrogándole: ¿palabra de Artigas?... Sí, palabra de Artigas fue la respuesta, acaso molesta, pero firme. Y así como en otro cumpleaños una mujer que bailaba de un modo voluptuoso, le dijo a Herodes. Antipas que la miraba embelesado y lascivo, "quiero la cabeza de Juan el Bautista", el teniente criollo le espetó: "¡Quiero la libertad del general Viamonte!... Bueno, supongo que Artigas se habrá puesto serio, pero estando de por medio el honor de su palabra, no tuvo más remedio que cumplirla. El héroe de la lucha contra los ingleses fue liberado, y unos días después, el juglar cautivo que con su guitarra y su astucia había logrado ese desenlace, se fugó del campamento; porque según parece, su criterio

sobre el valor de las palabras era distinto al de Artigas, digamos no tan dogmático y absoluto...

"ENTRE PRIMOS...

Otra vez marzo, pero tres años después, o sea 1819. Volvió Viamonte a invadir Santa Fe. Los famosos Idus no le son propicios, y el drama central de nuestro siglo diecinueve tiene que seguir su curso. Volvieron los santafecinos a sitiario, esta vez en las afue-

ra. seducción. Una bajeza de esta clase es reagravada en la persona perjurante de V.S." (Los federales insistían en que Viamonte había sido liberado bajo juramento y Viamonte en su respuesta lo negaría terminantemente). La virulencia de los términos sigue "in crescendo": "Un general imbécil para las armas, no debe ser tan impávido con la pluma (!!) Después de este agravio López, ironiza sobre las intimidades de la políti-

Pero era una pelea entre primos, en las cuales las iras suelen ser agudas y también efímeras; y dos días después, olvidando totalmente los términos punzantes y tajantes de la víspera, López se dirige a Viamonte en un tono cordial y amistoso (5/4/1819) a los efectos de hacerle llegar una comunicación del gobierno de Chile al general San Martín, que ha caído accidentalmente en sus manos. "Las diferencias que subsisten entre nosotros nunca podrán determinarse a interrumpir el giro de los papeles de esta clase, y cumplo gustoso con los deberes de un hijo de la Patria". Y en un sorprendente cambio de actitud, ese mismo día envió a uno de sus ayudantes, el comandante Pedro Gómez, a parlamentar con Viamonte, quien desesperado de ser realmente auxiliado, encontró en este acercamiento imprevisible una tabla de salvación. Esa misma noche se firmó un armisticio provisional seguido por el Pacto de Santo Tomé, al que Alonso Piñeiro señala como el primero de los tratados interprovinciales. Este historiador presume que la evidente aflojada de López se debió a que leyó la carta y supuso que tal vez San Martín estuviera próximo a intervenir en el conflicto, colocándolo en una decisiva inferioridad. Es probable. Pero esto no desmiente ni el patriotismo ni el valor personal del caudillo santafesino, porque estas virtudes no obligan por cierto a hacerse derrotar estúpidamente. De una manera o de otra, fue un cálculo estratégico hábil y le salió estupendamente bien, porque nuevamente consiguió la evacuación del territorio de su provincia por las fuerzas de Buenos Aires; a cambio de lo cual prometió la retirada de los auxiliares de Artigas. Pero ¿para qué



ras de Rosario. Y volvió nuevamente a sufrir deserciones. Como en 1811 en la quebarada de Yuraicoragua. Y mientras aguardaba el auxilio de Belgrano, que no llegaba, en su desesperación se le ocurrió imprimir una proclama "A los orientales y santafesinos del ejército de oposición", invitándolos a desertar. Este recurso resultó innoble al jefe enemigo, que ya no era Vera sino Estanislao López, quien irritado, le mandó una extensa carta reprochándole su proceder, en un tono despectivo y burlesco. "El general de un ejército tan poderoso cual figura, hace un personaje muy ridículo pulsanado los medios de una

ca porteña, que conoce perfectamente: "Convengo en el esfuerzo grande que hace Pueyrredón para aumentar la esclavitud. Su corazón, infautado por su negra traición, lo precipita al exterminio de su traición con el Brasil, y V.S. y los demás esclavos, va a ser privados del galardón que enloquece la vanidad de su esperanza". (Viamonte debía ignorar el entendimiento de Pueyrredón con el gobierno portugués, a quien invitaba a invadir suelo argentino a los efectos de destruir al "enemigo común", (los federales), tal como ha sido documentado por el Dr. René Orsi en su libro "Historia de la disgregación rioplatense").

los quería si los portefolios se iban?

“NO OBEDECERAS A TU JEFE. . .”

Decía que era una pelea “entre primos”, recordando a Jauretche; que cuando descubrió que Quiroga y Sarmiento estaban emparentados, exclamó, restándole importancia a su antagonismo: “Bah ¡...era una pelea entre primos! . . . Y aunque no creo que las peleas endógenas sean más leves y benignas que las exógenas, —por algo se dice que no hay peor cuña que la del mismo palo—, las reconciliaciones suelen ser más rápidas y espectaculares. Si el ejemplo, del repentino acercamiento de López con Viamonte al día siguiente de haberlo insultado, no bastara, tengo en mente otro que cuenta el general Nicolás De Vedia, fundador de una familia patricia que se emparentaría con los Viamonte y los Mitre y autor de unas memorias simpatiquísimas por su sinceridad y humanidad. Cuenta Vedia que desempeñándose como mayor general del ejército, Dorrego conspiraba con Soler y otros para impedir que Pueyrredón, designado Director Supremo por el Congreso de Tucumán, asumiera el cargo. Y dice que sin duda lo habría logrado si él no se hubiese movilizado rápidamente para desbaratar la manobra, mediante el arbitrio de presentarse en el Regimiento de Granaderos que mandaba Soler, y en el Cuerpo de Morenos del que era jefe Dorrego, para decirle a los oficiales que a partir de ese momento y hasta nuevo aviso sólo deberían obedecer las órdenes que él personalmente les impartiría, en nombre del gobierno. Yo no sé si ya tenía vigencia la fórmula castrense de “subordinación y valor” pero es evidente que el general

Vedia fue a pedir que por unos días se olvidaran de ella. Ese mismo día, o el día siguiente (no recuerdo bien) Dorrego estaba parado en el pórtico de San Ignacio, cuando vio pasar al mayor general, arrastrando el sable y la capa con claro “espanto” de autoridad. Lo increpó agriamente y le recriminó su conducta; lo cual es comprensible, porque ya sea que conspirara o no, lo había humillado frente a sus subalternos.

dispuesto a darle la satisfacción que quisiese, a lo cual Dorrego, “que tenía sentimientos muy nobles”, dice Vedia, respondió también de un modo familiar: fue a verlo, y se disculpó de la manera más cordial y afectuosa. Había olvidado el incidente, la afrenta de verse desautorizado ante sus subalternos, y su intento de repararla con las armas.

Ejemplos como estos abundan en nuestra historia, y demuestran, que



Y terminó sus vehementes reproches con un “¡o reto a duelo! . . .” Vedia le respondió indiferente: “¡Déjelo para otro día! . . .” y siguió arrastrando la capa y el sable, para que no quedaran dudas de quien era el mandamás. (Serenidad y prudencia encomiable en un militar a quien le interesaba cumplir su objetivo, y no enredarse en una cuestión de honor). Pero como era una pelea “en familia” Vedia no destituyó a Dorrego, y al cabo de algunas semanas notó que el jefe del Cuerpo de Morenos no contestaba las notas oficiales que le cursaba. Y entonces le escribió, como se escribe en familia, diciéndole que si seguía resentido estaba

la hidalgía hispánica y criolla no se extinguió nunca entre nosotros. Cuando San Martín decidió proteger a Cornelio Saavedra, acorralado en la cordillera ante la disyuntiva de ser fusilado por los realistas si regresaba a Chile, o ser encarcelado si pisaba suelo argentino, ubica el intrínquilis entre el ex presidente y sus ex camaradas de Buenos Aires, en la justa proporción de una pelea en familia. Otro tanto hace Quiroga cuando se ofrece como garante de Rivadavia para que Rosas lo dejara desembarcar. Y cuando Lavalle se duerme en el catre del Restaurador, mientras lo espera, confía, por lo menos en esa oportunidad, que la

cuestión es entre hermanos, como que habían compartido la leche de la misma nodriza. Claro que las luchas civiles se prolongaron demasiado tiempo y endurecieron la piel de muchos, borrando el recuerdo del parentesco. Y esto me hace recordar la fábula del violinista y los leones que inventara un argentino anónimo. Dice más o menos así: Un violinista sufrió un accidente de aviación y se tiró en paracaídas, con su violín, en el medio de la selva africana. Al instante se vio acorralado por un león. Recordó entonces haber leído que las fieras son muy sensibles a la música y comenzó a tocar. Tocó sin parar. Con entusiasmo, con fervor, con un virtuosismo sublime que nunca había podido lograr en su carrera artística. Y le dio resultado. El león, complacido, olvidó sus apatencias materiales para satisfacer las necesidades del espíritu, y se sentó a escucharlo. La dulce melodía atrajo a otros y otros leones, y en pocos minutos el músico se vio rodeado por un público de felinos, respetuosos y absortos, que lo escuchaban en silencio con caras de burgueses felices. Todo un éxito. Mejor dicho era el éxito soñado toda su vida. El violinista se sintió Paganini y San Francisco de Asís simultáneamente y experimentó cierto rencor por los hombres que no habían sabido valorarlo. Hasta que de pronto llegó un león con cara agría. Decidido, se abrió paso entre la multitud se acercó al violinista, y se lo comió. Y el primer león, fastidiado, comentó: “Ya tuvo que venir el sordo a estropear la función! . . .”

Cincuenta años de guerra civil crónica, inevitablemente, tuvieron que afectar de sordera a muchos leones, e incluso a algunos gatos. ¿Sabremos aprender?

Toma de Paysandú
por el ejército
Brasilero
(6 Enero de 1865).
Fue el primer
ataque aniquilante de la
guerra que asoló
durante cinco años
a los pueblos del
confin sur del continente.



ORIGENES DE LA GUERRA DEL PARAGUAY

por Miguel Angel Scenna



En junio de 1864, tras un año de pesadas tensiones internacionales que estuvieron a punto de desembocar en un incendio bélico, los problemas del Río de la Plata parecían a punto de solucionarse. El canciller argentino Rufino de Elizalde, el ministro británico en Buenos Aires Edward Thornton, y el consejero brasileño José Antonio Saraiva, habían mediado entre el gobierno blanco del presidente Atanasio de la Cruz Aguirre y el jefe de la revolución colorada, Venancio Flores, logrando al parecer un acuerdo de las partes y el cese de la guerra civil. A su vez Elizalde había servido de compenedor en las diferencias entre el Imperio y Uruguay, a satisfacción de las partes, y por último, se estaba a punto de poner fin a la ruptura de relaciones entre Montevideo y Buenos Aires. Las cosas parecían destinadas a un final feliz, cuando de pronto todo se vino abajo y volvieron a soplar con furia vientos de guerra en el Plata.

RECHAZO DE LA MEDIACIÓN PARAGUAYA

Mientras en Uruguay se desarrollaban las anteriores negociaciones, el ministro plenipotenciario oriental en Asunción, Vázquez Sagastume, había forzado las cosas para empujar al Paraguay en ayuda de su gobierno. Para ello se había cortado solo, prescindiendo de la autorización pertinente, había cometido dos hechos imprudentes que comprometían a Montevideo. El 3 de junio firmó un protocolo humillante para su país, dando plenas satisfacciones al Paraguay por un incidente en que los uruguayos tenían la razón. Diez días después, y siempre por su cuenta y riesgo, pidió al presidente Francisco Solano López que mediara en el conflicto entre la república oriental y el Imperio.

El gobierno de Montevideo recibió con disgusto el protocolo del 3 de junio y lo rechazó en el acto. El canciller Herrera ya estaba harto de la suficiencia de Solano López y su permanente tono olímpico. Como las cosas parecían arreglarse con Argentina, Brasil y los colorados, decidió prescindir de los paraguayos. En filosa nota comunicó a Vázquez Sagastume la drástica decisión. El plenipotenciario uruguayo quedó anonadado. ¿Cómo les explicaba el rechazo a los paraguayos?, Temía el estallido de López, que sería homérico, por lo tanto, violando sus obligaciones de funcionario, se guardó la carta y no dijo nada a Berges, contribuyendo así a aumentar el mar de confusiones.

En cuanto al presidente López, recibió encantado la proposición de mediar en el Río de la Plata. Ello satisfacía su terebrante deseo de figurar en primer plano internacional, como una suerte de juez general de los asuntos platenses. Pero la cancillería asuncense cometió una asombrosa gaffe: al parecer ni López ni Berges tuvieron presente, que para que un árbitro funcione, tiene que ser aceptado por las dos partes. Un solo litigante se le había dirigido, pero él se declaró árbitro al momento, prescindiendo de la opinión brasileña.

López resolvió rodear de la mayor solemnidad su inminente irrupción en escena, y encomendó a su edecán, el teniente Miguel Corvalán, la misión de viajar a Montevideo y Río de Janeiro para dar a



José Vázquez Sagastume: el autor del desaguizado. . .

conocer oficialmente su aceptación. En Río se llevaron la sorpresa del año al encontrarse con un no solicitado ni deseado árbitro. Para colmo, en ese mismo momento su representante Saraiva mediaba entre blancos y colorados, y el canciller Elizalde hacía lo propio entre brasileños y orientales. Esta diplomacia kafkiana desembocaba en una verdadera comedia de equívocos. Por supuesto, el arbitraje de López fue cortesmente desechado por el Imperio.

En Montevideo, cuando Herrera se enteró del desaguizado de Vázquez Sagastume, fue presa de un ataque de furia. Tomó la pluma y redactó una inspirada carta al ple-

niotenciario, poniéndolo verde. De manera tajante le informaba que debía comunicar de inmediato al gobierno paraguayo que, siendo inminente una amistosa solución de los problemas con Brasil, no se haría uso, por el momento, de su arbitraje. Hecho lo cual, debía retirarse en el acto de Asunción.

El poco feliz diplomático oriental se sintió desfallecer cuando recibió la nota de Herrera. En el colmo de la amargura comprendió que su posición había llegado a ser delicadísima frente al gobierno paraguayo. No sólo Montevideo le rebotaba el protocolo del 3 de junio, sino también el arbitraje de López, que consideraba su chef

d'oeuvre internacional. Se hundió entonces en el negativismo, encerrado en la legación, aferrado al silencio. Nada dijo a Berges ni a López. Pero no tardaron éstos en enterarse de lo ocurrido a través de Brizuela, su agente en Montevideo. Al cabo de unos días, Vázquez Sagastume comprendió que tenía que dar alguna señal de vida. Juntó valor y elevó una tímida nota a Berges comunicándole con dulzura el rechazo de la mediación paraguaya. No dijo una palabra del protocolo del 3 de junio. No llegaba a tanto su coraje. Pero tampoco hacía falta. Ya Francisco Solano López, en el colmo de la indignación ante esta nueva repulsa, le había hecho la cruz a los uruguayos. Lo habían llevado a una vía muerta, haciéndole cometer el papelón del siglo y dejándolo en ridículo. Profundamente herido, se afirmó como nunca en su decisión de ser oído en los asuntos del Plata, gustara o no a los demás, y aunque fuera por la fuerza. En cuanto a Vázquez Sagastume, aunque tenía orden de regresar, permaneció en Asunción. La suya había sido una de las gestiones más desdichadas del proceso.

FRACASO DE LAS NEGOCIACIONES

En Montevideo se felicitaban por la pacificación lograda entre Flores y el gobierno. Sólo faltaba ultimar detalles y concertar la entrevista programada entre el presidente Aguirre y el jefe revolucionario. Flores había pedido al mandatario que cambiara el gabinete, en una carta privada que no formaba parte del acuerdo de Puntas del Rosario. El mismo Aguirre se mostró propenso a aceptar, pero salvando el principio de autoridad: una vez completados todos los pasos de la negociación y con la paz firmada, procedería a la renovación ministerial. Flores estuvo de acuerdo, pero Saraiva no. De pronto el brasileño insinuó la necesidad del inminente cambio, antes de poner en práctica el resto de lo convenido.

El 2 de julio el presidente Aguirre se encontró ante la novedad, que era apoyada por Elizalde. Alegaban la necesidad de un gabinete por sobre los partidos, pero la verdad es que deseaban remover a los blancos intransigentes, los ama-

polas, que tenían copado al presidente. El desorientado Aguirre convocó a una junta de notables que se reunió en su casa el 5 de julio, y tras un largo y duro debate, decidieron acceder a la exigencia. El presidente comunicó el resultado a los mediadores y los convocó para el 7 por la mañana, para dar los nombres de los nuevos ministros. Pero a la noche del 6 los amapolas contrataron, reunieron su propia asamblea e hicieron girar ciento ochenta grados al nuncá energético Aguirre.

Al otro día, cuando se apersonaron los mediadores, el presidente ratificó que cambiaría el gabinete y adelantó los nombres de los nuevos ministros. Eran más amapolas que los que se iban. Los otros, superada la sorpresa, declararon inaceptable la lista y propusieron una propia, que a su vez fue rechazada por Aguirre. Una larga y viva discusión que no condujo a nada. Al cabo, Saraiva, Elizalde y Thornton dieron por terminada su mediación y declararon rotas las negociaciones. La guerra civil volvía a encenderse. Esa misma tarde, Elizalde y Thornton regresaron a Buenos Aires, sin despedirse del gobierno oriental. Al otro día hacía lo propio Saraiva.

Entonces, cuando las perspectivas más negras se cernían sobre Montevideo, cuando parecía inminente una intervención argentino-brasileña, los blancos tomaron una decisión que para ellos ya era canónica cuando se veían amenazados: apelaron al Paraguay. Con amnesia absoluta del reciente pasado, tras haber desairado a Solano López, por tercera vez pidieron su amparo. Para convencerlo enviaron a Antonio de las Carreras, un amapola en estado de pureza química, furibundo enemigo de porteños, brasileños y colorados. Pero, por si acaso, el presidente Aguirre también envió a Buenos Aires a Joaquín Requena, con instrucciones de entrevistar al presidente Mitre y significarle los deseos de paz de su gobierno.

Convencido de que su país se vería arrastrado a una intervención en Uruguay —y también de que sus fuerzas no estaban listas para ello— el consejero Saraiva insistió en su vieja idea de lograr la cooperación argentina. El 11 de julio de 1864 fue recibido por Mitre y el gabinete en pleno. Para su asombro, aún en ese mundo de sorpre-

sas, encontró sentado en la reunión, como integrante del gobierno argentino, al ministro plenipotenciario inglés, don Edward Thornton. Saraiva fue al grano: propuso una intervención armada conjunta en el Estado oriental, por el tiempo suficiente para terminar con la guerra civil, llamar a elecciones e instalar el nuevo gobierno. Posiblemente creyera que, tras sus conversaciones con Elizalde el camino estuviera allanado. Pero se encontró con la negativa de Mitre. El presidente no estaba dispuesto a intervenir, aunque reconocía el derecho del Brasil a hacerlo. Incluso le daba su bendición en forma de apoyo "moral", y hasta prometía no negociar sus propios problemas con Montevideo si al mismo tiempo no eran satisfechos los reclamos imperiales.

A todo esto, Flores había quedado un poco en el aire. Los mediadores habían dado por terminadas las negociaciones, retirándose de un portazo, con perfecto olvido del jefe revolucionario. Pero don Venancio creía tener algún derecho a saber qué estaba pasando. Mandó pues, a uno de sus coroneles para entrevistar a Mitre y escribió una carta al canciller Elizalde, para saber a qué atenerse. Ni Mitre recibió al coronel, ni Elizalde contestó la nota, en razón de que Flores no representaba a ningún gobierno y la Argentina no había reconocido su condición de beligerante.

También estaba Requena. El oriental, antes de ponerse en marcha, apeló a Urquiza para que le diera una mano a Mitre. Preocupado ante la posibilidad de una intervención en el Uruguay, el caudillo se apresuró a acceder y escribió al presidente el 16 de julio: "La ruptura de las negociaciones de paz en el Estado Oriental, me ha causado un pesar profundo... espero que V.E. no desistirá de hallar un camino, de hacer un esfuerzo más en el sentido de la conciliación, y de evitar que la intervención de las armas, cualquiera que sea su forma, sea llamada a decidir esa cuestión entre nuestros hermanos". Se ofrecía directamente: "Si mis servicios personales pudieran a V.E. serle de utilidad a tal efecto, en virtud de las relaciones que me ligan a las personas que luchan de uno y otro bando, en que cuento muchos amigos, disponga V.E. de mí, que no ahorraré esfuerzos ni

sacrificios, cuidando de que todo recaiga en su mayor gloria personal". Y seguía la recomendación: "Sé que mi amigo el doctor Requena, es enviado cerca de V.E. por el señor Presidente Aguirre, con objeto de procurar que se aleje la desgraciada idea de una intervención armada, cuyas consecuencias nadie podría prever. Concédame V.E. el derecho de empeñarme para que V.E. lo oiga con interés... Espero de V.E. algunas palabras que me tranquilicen..."

Mitre lo tranquilizó el 19 de julio: "El señor doctor Requena, a quien he recibido con las consideraciones que se merece y con quien he cambiado ideas, se manifiesta bien dispuesto acerca de mi modo de ver en la materia, aunque hasta ahora nos hayamos limitado a puntos generales, y lo encuentro animado del mejor deseo por la paz. Confío en que ha de hacer esfuerzos en este sentido, para inducir a su Gobierno a aceptar definitivamente los medios más conducentes a terminar la situación violenta en que se encuentra la Banda Oriental."

No era muy explícito en lo referente a política exterior: "... V.E. comprenderá bien que la política que corresponde adoptar al Gobierno argentino por lo que respecta a los sucesos de la República Oriental, no es posible trazarlas desde el momento. Ella le será aconsejada por el desarrollo de los mismos sucesos y por la posición que asuman otras naciones..." En cuanto al ofrecimiento personal de Urquiza: "... si más adelante fuese necesario, haré uso con mucho gusto de su amistosa oferta, aunque desde luego creo que V.E. podrá poner en juego las relaciones que tiene en uno y otro bando, haciéndoles comprender que el mejor medio de arribar a la paz es un Ministerio imparcial, que de garantías a todos, reabra las negociaciones... y presida al país desde el interinato hasta verificadas las elecciones..."

Ese fue precisamente el planteo que Mitre formuló a Requena, y que Requena consideró razonable. Tan bien encaminadas estaban las cosas, que Mitre escribió al presidente Aguirre el 18 de julio, en respuesta a la que le dirigiera el oriental con Requena. Decía Mitre: "El señor Requena, cuyas explicaciones he oído con mucho

gusto, transmitirá a V.E. las ideas que sobre esto mismo le he manifestado, y refiriéndome en un todo a lo que este señor informará a V.E., me lisonjeo con la idea de que aquellas encontrarán una favorable acogida por parte de V.E., así como la han encontrado en el señor Requena, a quien he oído con toda la consideración debida a su carácter y a la recomendación de V.E."

Entonces trascendió en Buenos Aires la misión del ultraamapola Carreras para pedir ayuda en Asunción, en abierta contradicción con la misión Requena. Mitre se fastidió con este dualismo del gobierno blanco, dio por terminadas sus conversaciones con Requena y dejó en claro que sólo las reanudaría cuando el presidente Aguirre explicara su posición y la política que en definitiva pensaba seguir.

EL ULTIMATUM BRASILEÑO

Para conquistar posiciones ante Francisco Solano López, los blancos debían hociocar bastante, y así lo comprendieron en Montevideo. Con todos los honores se dispusieron a enterrar la dignidad nacional, lo cual reflató a Vázquez Sagastume, que del repudio pasó al aplauso. Fue aprobado el protocolo del 3 de junio —después de rechazarlo— y al mismo Sagastume se le contraordenó permanecer en Asunción y se le devolvieron las pleni-potencias. En cuanto a de las Carreras, debía averiguar concretamente qué apoyo prestaría Paraguay en caso de agresión a Uruguay. Tranquilamente, el canciller Herrera sugería el envío de tres o cuatro mil paraguayos, acompañados de una fuerza naval.

El 1° de agosto de 1864 de las Carreras estaba en Asunción y de inmediato trabajó duro. Otra vez reverberó ante Berges el proyecto de una Argentina partida en dos o tres naciones. Para detener la inminente agresión argentino-brasileña, Paraguay debería declarar solemnemente ante los gobiernos de Río de Janeiro y Buenos Aires que defendía la independencia uruguaya, y no estaría mal el envío de unos miles de hombres al Estado oriental, además de entregar una subvención mensual a Montevideo, para sanear las flacas finanzas del país.

Berges lo escuchó sin entusiasmo. Cada vez encontraba más exagerados a los emisarios blancos. Además se planteaba otro problema. Carreras era un agente confidencial, es decir el tipo de representante más aborrecido por López, pero el otro salió del apuro recordándole que Vázquez Sagastume estaba lleno de pleni-potencias y autorizaciones para negociar. Puede decirse que allí terminó la misión Carreras. A pesar de que insistió, pidió y elevó notas, fue cuidadosamente dejado de lado. Cuando se puso pesado, el ya cansado Berges le comunicó por escri-



El emperador del Brasil eligió en julio de

to, el 10 de agosto, que en adelante el gobierno paraguayo sólo trataría con el uruguayo a través del representante oficial de Montevideo en Asunción. Al buen hombre no le quedó otro camino que retirarse con el rabo entre las piernas.

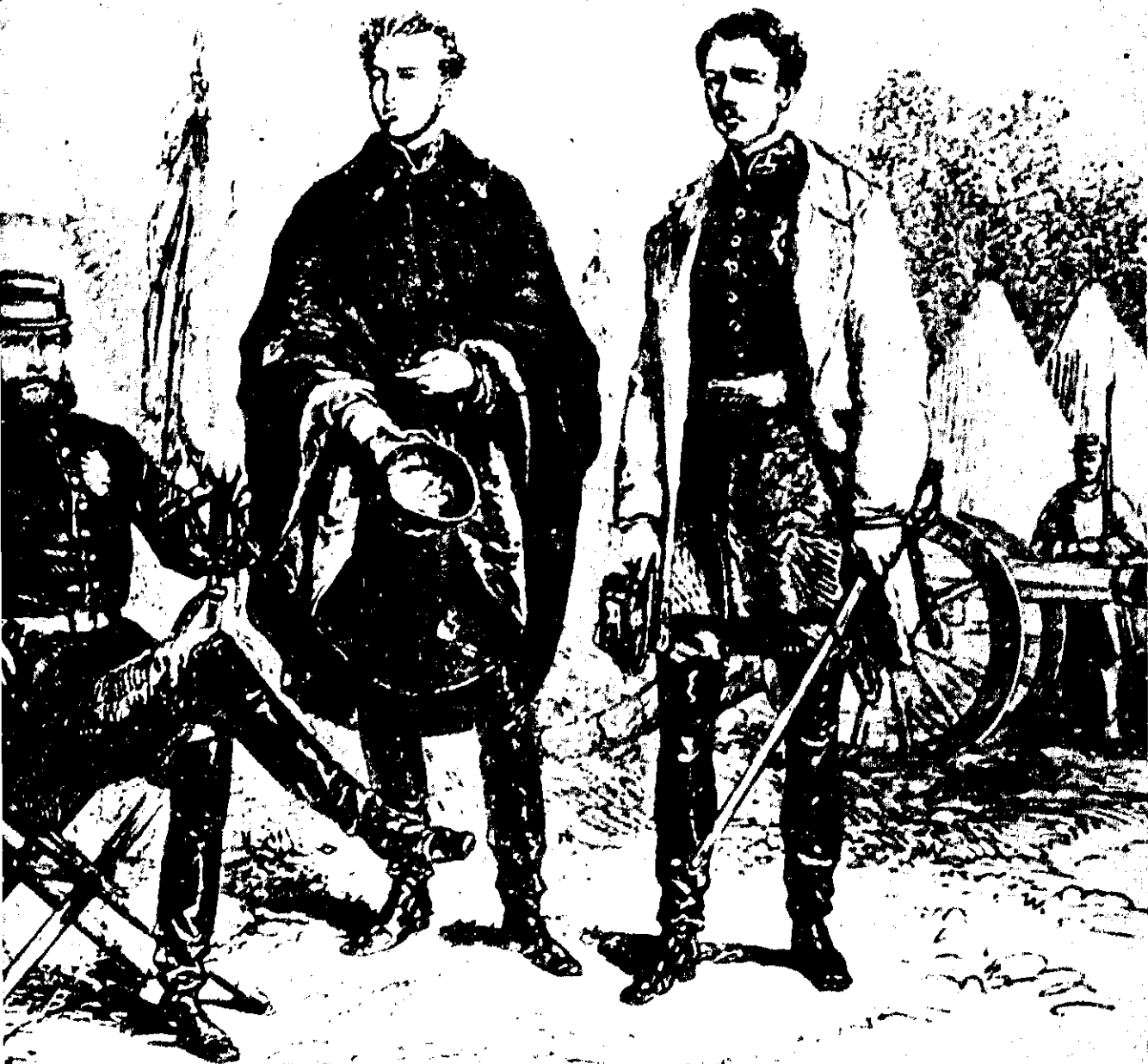
Sin embargo, desde el punto de vista personal y social, López se mostró muy atento y formal con de las Carreras. Tanto, que éste quedó convencido de la irradiación de su personalidad, y seguro de haber ganado al difícil presidente. Llegó a la conclusión de que si él pudiera manejar las cosas desde Montevideo, no tardaría en alcan-

zar la alianza total con Paraguay y el apoyo efectivo de sus fuerzas. Con la idea fija de ser el único oriental en quien confiaba López, comenzó a moverle la alfombra al canciller Herrera, para desplazarlo del cargo y sucederlo.

Mientras de las Carreras sufría en Asunción, se precipitaban las cosas en el Plata. Saraiva no había ganado la alianza argentina, pero si su bonachona neutralidad en caso de intervención en Uruguay. El 26 de julio el canciller Dias Vieira instruyó al consejero de que se trasladara a Montevideo y exigiera el cumplimiento de las satisfacciones

requeridas, en plazo perentorio. En Río reinaba el descontento porque Saraiva no se hubiera atendido a sus primitivas y duras instrucciones.

En la capital uruguayaya, y ante la gravedad de la situación, el ministro plenipotenciario de Italia, Ulises Barbolani, propuso su mediación al presidente. El atribulado Aguirre aceptó aunque el diplomático impuso como condiciones las mismas de Elizalde, Saraiva y Thornton, es decir un cambio de gabinete desplazando a los amapolas e incorporando a los moderados, antes de iniciar las negociaciones. Aguirre se negó a esto, pero



1864 a sus dos yernos, el duque de Sajonia-Coburgo y el conde D'Eu. Entre los agraciados no figuraba el mariscal López...

aseguró que relevaría a sus ministros tan pronto como se firmara la paz. Con esa promesa, Barbolani viajó a Buenos Aires y pidió a los tres antiguos mediadores que intercedieran ante Flores para llegar a un acuerdo. Saraiva, que ya había recibido las terminantes órdenes de su gobierno y con las acciones en baja, se negó a participar en una nueva gestión pacificadora y Elizalde hizo causa común con él.

El 4 de agosto Saraiva desembarcó en Montevideo y sin perder tiempo elevó un ultimátum al gobierno de Aguirre, dando un plazo de seis días para que el Imperio recibiera las satisfacciones exigidas, cumplido lo cual se tomarían represalias por la fuerza. La reacción del gabinete oriental fue, por lo menos, curiosa. Ese mismo día, sin discusión ni estudio del documento, lo devolvieron por ser inaceptable "en la forma y en el fondo", de modo que no podía ser guardado en los archivos del Estado. Además el canciller Herrera, en la nota oficial, dio rienda suelta a su vocación de polemista. Automáticamente el gobierno blanco cerró las puertas de las negociaciones y puso a Saraiva en el brete de concretar las amenazas brasileñas, a las que el Estado oriental no estaba en condiciones de enfrentar. Retrucando el proceder de Herrera, también Saraiva devolvió la nota, invocando las mismas razones, y dio por terminada su misión. Tras instruir al almirante Tamandaré, quien ejecutaría las represalias, dejó Montevideo y regresó a Buenos Aires. La guerra era inminente.

EL PROTOCOLO DEL 22 DE AGOSTO

Ante el ultimátum brasileño, Ulises Barbolani volvió a la carga, buscando un arreglo directo entre el gobierno y los revolucionarios, que frenara la intervención extranjera. Se dirigió a Aguirre proponiendo un acuerdo con Flores en base a una renovación del gabinete. El indeciso presidente estuvo de acuerdo. El ministro italiano se dirigió entonces a Flores, pero lo encontró difícil. Don Venancio le dijo que ya era tarde para volver a los términos de Puntas del Rosario. Propuso en cambio que Aguirre despidiera a todos sus ministros y lo nombrara a él, Flores, ministro general. Desde ya, el gobierno se negó a considerar esa posibilidad.



El general Benjamín Virasoro fue también sondeado por el agente del mariscal López para sumarse al movimiento paraguayista.

dad. Barbolani hizo una última jugada. Arrinconó a Aguirre y le preguntó a boca de jarro si, por lo menos, aceptaría a Flores como ministro de Guerra. El pobre hombre dijo que sí. De inmediato el diplomático envió la propuesta a don Venancio, conminándolo a aceptar y responsabilizándolo de los males que pudieran sobrevenir si se negaba. Tan asustado estaba el presidente, rodeado de ministros comeafuegos, que habló de llevar a Lamas al gabinete. Pero lamentablemente para la misión mediadora de Barbolani, su emisario tardó mucho en encontrar al nómada

campamento de Flores, y en tanto las cosas se precipitaron en el Plata.

La gravedad de la situación indujo a Elizalde a cerrar filas con los brasileños y propuso a Saraiva protocolizar la común política de Río de Janeiro y Buenos Aires con los problemas uruguayos. Encantado, el consejero aceptó en el acto. No era la alianza que él anhelaba, pero sí un importante paso hacia ella. Así nació el Protocolo del 22 de agosto de 1864. Ambas partes declaraban su interés por mantener la independencia, soberanía e integridad de la Repúbli-

ca Oriental, y luego entraban en materia: 1° — Reconocen que la paz de la República Oriental del Uruguay es la condición indispensable para la conclusión completa y satisfactoria de sus cuestiones y dificultades internacionales con la misma República, y que auxiliando y promoviendo esa paz, siempre que esto sea compatible con el decoro de sus respectivos países y con la soberanía de la República Oriental, creen hacer un acto no sólo provechoso a esta República, sino también a los países limítrofes que se hallan en relaciones muy especiales con ella.

2° — Tanto la República Argentina como el Imperio del Brasil en la plenitud de su soberanía como Estados independientes pueden en sus relaciones con la República Oriental del Uruguay, igualmente soberana e independiente, proceder en los casos de desinteligencia como proceden todas las naciones, usando de los medios para dirimir las que reconocen lícitos por el derecho de gentes, con la sola limitación de que cualquiera que sea el resultado que el empleo de estos medios produzca, siempre tienen que ser respetados los tratados que garantan la independencia, integridad territorial y la soberanía de esta República.

3° — Propenderán los gobiernos argentino y, de S.M. el emperador del Brasil, al arreglo de sus respectivas cuestiones con el gobierno oriental, auxiliándose mutuamente por medios amistosos, como una prueba del sincero deseo de ver concluida la situación actual que perturba la paz del Río de la Plata.

El pacto de unión de los liberales argentinos y brasileños quedaba sellado. Lograda esa concordancia, Mitre, decidido a mantenerse apartado del conflicto entre el Imperio y Uruguay pero comprendiendo los peligros que una situación bélica acarrearía para la Argentina, apeló a Venancio Flores, exhortándolo a llegar a un acuerdo con Aguirre. El mismo día en que se firmó el Protocolo, escribió al jefe revolucionario: "... debo decirle que para mí la cuestión interna del Estado Oriental no tiene otra solución inmediata y benéfica, y aún diré posible, si no es el de la paz. Todo otro medio que no sea éste puede dar más o menos triunfos militares, puede al fin hacer prevalecer una fuerza sobre otra

fuerza, pero será sobre las ruinas del país y sobre la desgracia de todos sus hijos, sin resolver siquiera las principales cuestiones políticas que hace tantos años traen dolorosamente agitada su patria... Por eso digo a usted con toda convicción y entera franqueza que lo único por que trabajaré de todo corazón será para que se arregle una paz digna y honrosa para todos, y que en tal sentido no dejaré de hacer cuánto esté en mi mano para arribar a tal resultado, que además de ser benéfico para el país, será glorioso para su nombre de usted y le dará tanto más de lo que puede darle un triunfo militar, evitando a su patria inmensos males que cada día han de ser más grandes... Si, como lo espero de la generosidad de sus sentimientos y de su reconocido patriotismo, usted participa de estas mismas ideas, ¿por qué no traeríamos la negociación de la paz a otro terreno?, ¿por qué no trabajaríamos porque los negociadores de paz nombrados por usted y por el gobierno de Montevideo se reuniesen aquí en Buenos Aires? Me parece que este es el único medio que hay que tentar ya para ver si arribamos a tan grande resultado, y yo creo que ese medio nos lo daría... Hágame la gracia de contestarme a la mayor brevedad posible sobre esta idea, en la inteligencia que yo haré de su confidencia un uso prudente y no aventuraré ninguna proposición antes de obtener una reciprocidad por parte del gobierno de Montevideo; pues usted comprende que tal proceder deberá ser simultáneo por ambas partes. Me bastará su asentimiento para trabajar ya en este sentido."

Peró Flores estaba en otra cosa. Seguro del apoyo brasileño, no tenía interés en negociar. Recién contestó a Mitre el 4 de setiembre, en una desabrida nota en que apenas intentaba ocultar el rechazo:

"Aceptando sus ideas de lleno, sólo tengo que advertir a usted, que dependiendo este asunto de la voluntad suprema de los amigos que me rodean en este campo, y que en otros puntos y en toda la República combaten por mi propia causa, cualquier deliberación que sobre esta materia se haga deberá hacerse en este campo y no fuera de aquí y por medio de comisionado".

LA "PROTESTA" Y LA "NOTA CONMEMORATIVA" PARAGUAYAS

El mismo 22 de agosto de la firma del Protocolo Elizalde-Saravia y de la carta de Mitre a Flores, el almirante Tamandaté exigió el desarme del buque de guerra General Artigas, surto en Montevideo. Sin chistar, el presidente Aguirre obedeció. Comenzaban las represalias brasileñas. El almirante envió varios buques a Paysandú, donde estaba fondeado el Villa del Salto, para proceder de igual manera. Pero aquí las cosas no anduvieron tan bien. Ante la conminación de los imperiales, el comandante de la plaza, coronel Leandro Gómez se negó altivamente a desarmar la nave "... en tanto no reciba órdenes de mi gobierno que me designen la línea de procedimiento que debo seguir, relativamente a la referida pretensión, tanto el vapor de guerra nacional Villa del Salto, como las embarcaciones menores que tengo a mis órdenes, han de conservarse armados y prontos a cumplir las órdenes que tenga que expedirles."

El 27 de agosto el Villa del Salto zarpó de Paysandú llevando refuerzos a Mercedes, amenazada por Flores. Las naves brasileñas le salieron al paso para detenerlo, pero el veloz vaporcito se escabulló a toda máquina, iniciándose una persecución en el río, mientras los brasileños disparaban sus piezas de artillería. Ningún proyectil hizo blanco, pero el Villa del Salto debió refugiarse en el puerto enterriano de Concordia. Carente de refuerzos, Mercedes cayó en poder de Flores.

Casi simultáneamente llegaron a Montevideo las noticias del ataque imperial a una nave de guerra oriental. La capital fue sacudida por una violenta ola de indignación contra el Brasil, y de las Carreras que ya sabemos con propósitos definidos apuró las cosas. Faltando por completo a la verdad, aseguró que era inminente la alianza y la ayuda del Paraguay, presentando como regreso victorioso el triste final de una misión fracasada. Pero insinúa que las cosas irían mucho más rápido con él en la cancillería. En tanto, presionado por los amapolas, el dócil presidente Aguirre devolvió sus credenciales al ministro del Imperio en Montevideo,

Alves Loureiro, y dio veinticuatro horas para que se retirara del país. Era el 30 de agosto de 1864.

Seis días antes habían llegado dos noticias al Paraguay. Por un lado, el ultimátum brasileño al gobierno de Montevideo, y por otro que el Emperador don Pedro II había otorgado la mano de sus dos hijas. Y entre los agraciados con el ingreso a la familia imperial, no se contaba Francisco Solano López. En el mismo buque arribaron a Asunción Edward Thornton, que también representaba a Inglaterra en Paraguay, y el nuevo ministro plenipotenciario brasileño, César Sauvay Vianna de Lima, del que hasta entonces no tuvieran la menor noticia en Paraguay. El puntilloso Itamaraty había cometido un furcio pesado al no anunciar su llegada.

De inmediato Vázquez Sagastume solicitó a Berges que el gobierno paraguayo tomara alguna medida en apoyo de Montevideo, sin descartar el terreno diplomático, en forma de mediación o de apelación al Brasil. Justamente, la llegada del nuevo ministro imperial favorecía una acción en ese sentido. Sagastume halló terreno abonado para su gestión, pero la reacción paraguaya no tomó el camino de la diplomacia sino que asumió un franco tono belicoso. Efraim Cardozo, a quien no se le puede negar dedicación al estudio de este tema, sospecha que el brusco cambio de López se debió a su rechazo como candidato a yerno del Emperador. Por lo menos, el giro es evidente. Hasta el 24 de agosto los preparativos bélicos y los manejos políticos eran contra la Argentina. A partir de esa fecha, Paraguay se vuelve contra Brasil. La gestión de Sagastume tuvo pronta respuesta.

El 30 de agosto el ministro Vianna de Lima recibió una extensa nota de Berges, conocida desde entonces como "Protesta", pero que constituía, poco veladamente, un verdadero ultimátum al Imperio. En la parte final del mismo decía: "El gobierno de la República del Paraguay deplora profundamente que el de V.E. haya creído oportuno separarse en esta ocasión de la política de moderación en que debía confiar ahora más que nunca... pero no puede mirar con indiferencia, ni menos consentir que en ejecución de las alternativas del ultimátum impe-

rial, las fuerzas brasileñas ya sean navales o terrestres, ocupen parte del territorio de la República Oriental del Uruguay ni temporarily ni permanentemente, y S.E. el Sr. Presidente de la República ha ordenado al abajo firmado declarar a V.E. como representante de S.M. el Emperador del Brasil: que el gobierno de la República del Paraguay considerará cualquier ocupación del territorio oriental por fuerzas imperiales, por los motivos consignados en el ultimátum del 4 de este mes, intimado al gobierno oriental por el ministro plenipotenciario del emperador, en misión especial cerca de aquel gobierno, como atentatorio al equilibrio de los estados del Plata que interesa a la República del Paraguay como garantía de su seguridad, paz y prosperidad, y que protesta de la manera más solemne contra tal acto, descargándose desde luego de toda responsabilidad de las ulteriores de la presente declaración."

La suerte estaba echada. Arturo Bray, historiador paraguayo y biógrafo de Francisco Solano López, ha escrito: "Si algún reparo fundamental merece la nota del 30 de agosto es su quijotismo y el tono de agua fuerte que le confiere jerarquía de ultimátum y de paso irreparable." Inmejorables palabras. Desgraciadamente, el quijotismo en materia internacional suele llevar a las peores catástrofes.

El mismo 30 de agosto, la cancillería asunceña giró a las legaciones diplomáticas un extenso documento, conocido como "nota conmemorativa" que en verdad es un largo listado de todos los manejos, intrigas y agravios del gobierno de Montevideo contra el de Buenos Aires en sus deseos de arrastrar al Paraguay en su ayuda. Como dice Cardozo; la "nota conmemorativa" era "la historia escandalosa de las proposiciones, incoherencias y deslealtades del gobierno de Montevideo." De tal manera, si el Paraguay daba un paso cruzándose en el camino del Brasil, cuidaba al mismo tiempo poner distancia con el gobierno blanco. No habría alianza de ninguna especie y Asunción obraría por su exclusiva cuenta.

No era eso todo. Junto a las felónías que denunciaba, el gobierno paraguayo agregaba una serie de documentos confidenciales de los agentes uruguayos, que com-

prometían al máximo a Montevideo. Todos los trapos sucios fueron sacados al sol, en una actitud insólita para una cancillería, que produjo estupor y alarma entre los diplomáticos. Con esa publicación, López estaba dando a Buenos Aires una excelente excusa para declarar la guerra a Montevideo.

Correspondía, por mera dignidad, que el gobierno blanco elevara una enérgica protesta ante la inexcusable infidencia paraguaya. Pero no pasó nada. El presidente Aguirre y su gabinete tragaron la píldora en silencio. En cuanto a Vázquez Sagastume, se limitó a un tímido acuse de recibo.

ULTIMOS INTENTOS DE MEDIACION

Aquel agitado agosto de 1864 también fue bastante caliente para la política brasileña. El Partido Liberal sufrió un rápido desgaste en el poder, erosionado por las pujas internas y por los acontecimientos del Río de la Plata, cuya conducción no satisfacía a muchos sectores. El Imperio estaba al borde de la guerra y el gabinete había perdido la confianza de todos. En consecuencia, el 27 de agosto renunció el **premier** Goes Vasconcellos. Costó encontrar nuevo jefe de gobierno. Nadie quería tomar la brasa ardiente, hasta que al cabo aceptó el consejero Francisco José Furtado, hombre que no estaba de acuerdo con el proceder de José Antonio Saraiva. EL nuevo gabinete se hizo cargo el 31 de agosto, y seis días después el canciller, Carlos Carneiro Campos, tuvo listas sus instrucciones para Saraiva, imponiendo que la intervención armada en Uruguay sólo debería emplearse como recurso extremo, tras agotar los medios pacíficos y buscar la colaboración del gobierno argentino. También se preveía que, caso de intervenir, sólo sería a través de las fuerzas navales, quedando el ejército inmóvil en la frontera. Finalmente, caso de emplear represalias, deberían limitarse a las propiedades del Estado oriental, sin molestar intereses de extranjeros o de particulares pacíficos.

Antes de que pasaran veinticuatro horas de la redacción de estas instrucciones, Saraiva, ignorante de ellas y en vista de la ruptura de relaciones del gobierno uruguayo, ordenó a las fuerzas concentradas

en Río Grande do Sul que invadieron territorio oriental y procedieron a su ocupación.

En esos días iniciales de setiembre, para completar el cuadro, el **Villa del Salto** zarpó de Concordia e intentó eludir nuevamente a las naves brasileñas, para regresar a Paysandú, pero no tuvo suerte. Los poderosos buques imperiales los bombardearon impunemente. El vaporcito luchó con bravura y contra toda esperanza, dejando bien alto el honor uruguayo. Cuando fue evidente su destrucción, la tripulación lo abandonó tras incendiarlo.

El mismo 7 de setiembre en que Saraiva ordenó avanzar al ejército brasileño, presionado por las gravísimas circunstancias, renunció en Montevideo el gabinete del presidente Aguirre. A pesar de su íntima repugnancia por el individuo, el mandatario se vio precisado a llamar a de las Carreras como ministro general. Apenas el hombre se hizo cargo, anunció triunfalmente a López el gran evento y lo invitó a intervenir con las armas, al tiempo que mandó a Entre Ríos, a José de Caminos para sondear a Urquiza. Descontaba que el caudillo se sumaría a López para correr

en su ayuda. Ignoraba que muy otros eran los pensamientos del señor de San José. El presidente Aguirre le había pedido su mediación ante el general Flores; consultado Mitre, que lo alentó a ello, Urquiza se entrevistó con don Venancio aquel 7 de setiembre de la exaltación de Carreras. El jefe revolucionario ya no estaba tan belicoso como días antes. El tremendo furor e indignación de los orientales ante el ataque al **Villa del Salto**, asustó a Flores, que comprendió que el prestigio de sus aliados imperiales estaba bajo cero. Era conveniente poner distancia con ellos y por eso aceptó la apertura de Urquiza. De inmediato este mandó a su hijo Diógenes a Montevideo, proponiendo a Aguirre una entrevista personal con Flores y una renovación del ministerio, incluyendo a moderados y al mismo don Venancio. Pero el emisario se encontró con de las Carreras al frente del gobierno. Ya estaba doblegado el escaso carácter de don Atanasio. Como además había llegado la "Protesta" paraguaya, los amapolas creyeron que ya no necesitaban de negociaciones ni negociadores. El presidente Aguirre, que pidiera la mediación de Urquiza, escribió a Urquiza rechazando la mediación.

Este desaire increíble pesó gravemente en el ánimo del caudillo. El 17 de setiembre escribió al presidente Aguirre: "No puedo ocultar a V.E. que su contenido, encerrando un rechazo completo a todo esfuerzo por la paz, ha contrariado fuertemente esperanzas que fundé en las mismas anteriores manifestaciones de V.E., pues que sentía que nunca podría V.E. declarar que no quedaba otro medio que el de las armas. . . Es para mí de antigua convicción que en la guerra civil nunca puede cerrarse el corazón a la magnimidad de los sentimientos que pueden traer la reconciliación sin condenarse fatalmente a la suerte de las armas. . . Garantía yo a V.E. la lealtad del General Flores en sus deseos de salvar al país por una transacción que tenía por base no el entregarle el Gobierno de la nación, como V.E. afirma, sino el de reconocer en V.E. la autoridad legítima, trayendo honrosamente a su lado a los disidentes, para hacer la reconciliación y presentar la nación fuerte y unida a responder a las exigencias de los extraños, con to-



El general Leandro Gómez, encarnación del espíritu de la "Heroica Paysandú". Hizo vibrar con su épica defensa a grandes sectores del pueblo argentino.

do el prestigio que le daría hecho tan grande y tan plausible."

También Urquiza escribió a Flores, comunicando el fracaso de su gestión: "En esta decepción tanto más amarga cuanto más desinteresados como sinceros eran mis esfuerzos, cábeme el placer, que recordaré siempre con reconocimiento, de la franca y amistosa acogida de V.E. y cúmpleme el deber de rendirle un testimonio que V.E. estimará y que estimarán los propios y los extraños, el de mi aprecio a los deseos de paz que V.E. me ha hecho sentir."

A menos de ser un ciego político, de las Carreras no podía entender, después de ese desaire a Urquiza, que el caudillo pensara en socorrer de ningún modo al gobierno de quien lo había ofendido. En cuanto a Flores, estaba realmente interesado en la paz: a toda costa quería sacarse a los brasileños de encima, y por ello se atrevió a dirigirse directamente al presidente Aguirre. El 17 de setiembre, Cándido Bustamante, secretario de don Venancio, llegó a Montevideo y desde el buque en que viajaba solicitó permiso para tratar con el gobierno. El encantador de las Carreras, desde la cima del Olimpo, se negó a tratar nada, lo que provocó una protesta del cuerpo diplomático, encabezado por Ulises Barbolani, que, por supuesto, también fue rechazada.

En tanto, Saraiva, desalentado por el curso de los acontecimientos, dio por terminada su misión y regresó a Río de Janeiro, donde días después, el 20 de setiembre, el gobierno tuvo conocimiento de la "Protesta" paraguaya. El documento no dejaba alternativa. Si el Imperio cedía y daba un paso atrás, su dignidad quedaría por el suelo. Si Paraguay no cumplía su amenaza, sería el hazmerreír de la Cuenca del Plata. Ante el gabinete de Furtado, la "Protesta" tuvo un efecto desencadenante. Se abandonó todo intento de moderación. Fueron aprobadas las órdenes impartidas por Saraiva a las fuerzas de Río Grande, y el 22 el general Juan Propicio Menna Barreto fue nombrado jefe de operaciones de las fuerzas listas a entrar en acción. En cuanto a la "Protesta"



Juan José Herrera, ministro de relaciones exteriores del Uruguay.

paraguaya, quedó sin respuesta.

LA "CONJURA DEL LITORAL"

Las cartas estaban echadas, y ante la inminencia del peligroso juego, volvió a cobrar fuerza la figura de Urquiza, como una pieza clave del tablero. Cierta que estaba distanciado de López, cierto que estaba ofendido con el gobierno blanco y que se carteaba amistosamente con el presidente Mitre, pero también era cierto que Entre Ríos hervía de indignación ante la actitud de Brasil con el Uruguay. El caudillo no podía ser ajeno a los clamores que le pedían un nue-

vo pronunciamiento contra Buenos Aires, la alianza con Paraguay y la guerra contra el Imperio. Tampoco podía ignorar que muchos de sus principales jefes estaban en contacto epistolar con López y con los blancos. Era inevitable que se hiciera una apertura hacia el palacio de San José.

En los primeros días de octubre de 1864, Urquiza recibió la visita de José de Caminos, sobrino del cónsul paraguayo en Paraná. Traía una carta de Vázquez Sagastume, pero el real promotor de la misma era Francisco Solano López, ahora decidido a ganar el concurso de Urquiza. Publicada por Ramón J.

Cárcano, decía en un párrafo refiriéndose al portador de la misma: "El se encargará de comunicar a V.E. asuntos que no pueden confiarse al papel". Aunque después se torna bastante explícito: "La Providencia ha destinado a V.E. para custodiar y salvar los principios fundamentales de estas repúblicas y el curso de los sucesos y la fuerza de las cosas, vuelven a ofrecer a V.E. los laureles del año 50". Estaba en marcha lo que se ha llamado "Conjura del Litoral" El cauto Urquiza no se dejó acaramelar. No sabemos qué habló con Caminos, pero su respuesta a Vázquez Sagastume es un modelo de dilución nebulosa. Como afirma Cárcano: "El general no pierde los contactos, pero no fija su postura, cierta y definitiva. Simplemente conoce el pensamiento y actitud contrarios, y procede en consecuencia."

Lo que se tramaba, que no era nada nuevo, podía aceptar dos versiones: 1º) Que Urquiza se independizase en Entre Ríos y Corrientes formando una República de la Mesopotamia. 2º) Reconstruir la Confederación Argentina, dejando afuera a Buenos Aires. En cualquiera de esos casos se le ofrecía el inmediato y suficiente apoyo paraguayo. Lo que no se especificaba es qué entendían los paraguayos por apoyo suficiente.

Mientras esto ocurría en Entre Ríos, en Buenos Aires el nuevo ministro imperial, Pereira Leal, preguntaba a Elizalde qué actitud asumiría la Argentina en caso de que Paraguay declarase la guerra al Brasil y atravesara territorio argentino para atacar Río Grande do Sul. El canciller contestó que no consideraba probable una violación del suelo argentino por parte de los paraguayos pero, caso de ocurrir, el gobierno combinaría su acción militar con la del Imperio. Como a Elizalde le encantaba protocolizar cada conversación que mantenía, quedó el protocolo correspondiente, que reza: "La violación del territorio argentino por tropas del Paraguay, no era un acto probable, como lo comprendía el Sr. Leal, pero si desgraciadamente tuviese lugar, sería considerada por el Gobierno Argentino con todo el carácter que le inspira el derecho internacional; en consecuencia, se prestaría con la mayor voluntad a combinar la acción de-

fensiva u ofensiva con el Gobierno de S.M. el Emperador y vería en ese acto un motivo para consolidar la unión de los dos países y de los Gobiernos, que, como el Brasileño y el Argentino, están llamados a hacer en común grandes cosas para el desenvolvimiento del progreso y bienestar de todos los pueblos del Río de la Plata". Se anudaba un importante lazo entre ambos, pero también queda demostrado que hasta ese momento no había ninguna alianza formalizada.

El 8 de noviembre José de Caminos llegaba a Asunción para comunicar a Bergees que Urquiza aceptaba la ayuda paraguaya, pero no consideraba oportuno pronunciarse en ese momento. Ese instante llegaría si Brasil invadía el Uruguay y Buenos Aires se unía a la política imperial. En tal caso declararían traidor al gobierno de Mitre y marcharían en su contra. Otra ocasión propicia sobrevendría en caso que Paraguay pudiera pasar por territorio argentino para atacar al Brasil. De negarse Buenos Aires, Urquiza se sublevaría contra Mitre y se aliaría al Paraguay. Agrega Cárcano: "Don José de Caminos está plenamente autorizado por el capitán general Urquiza, para darle a su amigo el presidente López todas las seguridades de su sincera adhesión de que el general Urquiza es su vanguardia en Entre Ríos y Corrientes, que será un baluarte mientras él influya en el país, y que los porteños no le tocarán de las provincias para expediciones sobre el Paraguay ni un solo hombre, como no lo harán de Entre Ríos y Corrientes".

López debió quedar satisfecho. Con el apoyo de las poderosas fuerzas entrerrianas, estaba seguro de derrotar a los porteños y a los brasileños. Claro que el compromiso no venía de puño y letra de don Justo José, sino por interpósita persona. Como reflexiona Cárcano: "Todos son mensajes anónimos o verbales. Cuando aparece la firma auténtica se habla de otro tema, de asuntos generales o valores entendidos, retórica habitual."

Para no descuidar detalle, Bergees ordenó a José Rufo Caminos comunicarse con el general Benjamín Virasoro, residente en Rosario, para invitarlo a sumarse al movimiento proparaguayo. Para ello se trasladaría a Corrientes para preparar una sublevación que derribara al gobernador Lagaña, parti-

dario de Mitre, y pusiera en alianza a la provincia con el Paraguay. Se agregaba un párrafo encantador, anunciándole que si Urquiza se ponía pesado oponiéndose al movimiento correntino, Asunción neutralizaría con su ayuda cualquier intento de Entre Ríos. Evidentemente, la confianza no reinaba entre los compadres.

A todo esto, el *casus belli* ya se había producido. Entre el 12 y el 20 de octubre, un total de 1800 brasileños cruzaron la frontera, ocuparon temporariamente la villa de Melo y luego se retiraron a suelo imperial. Otra vez Uruguay estaba libre de tropas extranjeras. Pero la "Protesta" paraguaya había sido bien clara: Asunción no toleraría la ocupación temporal o definitiva de tierras uruguayas. Y el caso se había producido.

PARAGUAY INICIA HOSTILIDADES

El 9 de noviembre de 1864 Francisco Solano López, en su campamento de Cerro León, recibió la noticia de la invasión brasileña. El presidente se encontró ante la encrucijada. Las horas que siguieron, todo el día 10, toda la mañana del 11, quedó sumido en la meditación. Tenía un ejército numeroso, cierto, pero mal armado, mal equipado, mal adiestrado. El armamento antiguo recién estaba comenzando a ser reemplazado por otro moderno, pero la mayor parte de las compras no habían salido aún de Europa. Faltaba artillería, la caballería era deficiente y la flota no podía competir con la brasileña. El rumor de la potencia militar paraguaya era más una leyenda que una realidad y la fortaleza de Humaitá, erizada de cañones de corto alcance y poca penetración, era un mito que sólo satisfacía el orgullo nacional. Con razón se pregunta el historiador Efraim Cardozo: "¿Estaba en el interés nacional precipitar los acontecimientos antes de contar con los importantes medios defensivos encargados a Europa?"

El presidente meditaba, sopesando los diversos factores. El 11 por la mañana supo que había anclado en Asunción el buque brasileño *Marquez de Olinda*, que continuaría viaje hacia Mato Grosso después del mediodía. López



diércoles 29 de febrero de 1868

PASO PAZ

Año 7. N. 75

SOI LA MUEJTO



ANUNCIOS

De venta en el comercio de...

FEBRERO

En el mes de febrero...

Uno de dos.



En el Presidente...

que se...

de vida y muerte...

Por tanto...

que se...

Por que...

En el...

tenemos...

Y si es...

Los sepulcros...

Ademas...

que se...

que una...

Ahora...

que un...

que el...

Y para...

Si el...

que se...

según sumido en sus pensamientos. Descontaba el concurso de Urquiza, que podía ser la carta de triunfo. Sabía que Brasil carecía de ejército poderoso y que sus escasas fuerzas estaban comprometidas en la frontera uruguaya. El momento parecía propicio. Pasó el mediodía. En Asunción el **Marquez de Olinda** levó anclas y se alejó río arriba. En Cerro León, Francisco Solano López tomó al fin una decisión. A toda prisa envió un tren especial a la capital, con una orden terminante, detener y capturar al **Marquez de Olinda**.

Destaca Efraim que la gravísima decisión, que inició una vorágine de sangre y horrores, fue tomada por el presidente por su única y exclusiva cuenta. En sus palabras: "En la grave emergencia, ni el Congreso ni el Consejo de Estado fueron convocados. El solo asumió la entera responsabilidad de todos los actos en esa hora trascendental de la vida paraguaya. Ni siquiera fueron citados en Cerro León los miembros de su gabinete: el ministro de relaciones exteriores, José Berges, apenas estuvo un día, el 9 de noviembre, pero los demás ministros: el de guerra y marina, coronel Venancio López; el de gobierno, Francisco Sánchez y el de hacienda, Mariano González, permanecieron en Asunción. Y tampoco fueron llamados en consulta los más altos jefes del ejército y de la armada, de los cuales sólo el brigadier Wenceslao Robles, en su carácter de jefe del campamento se encontraba en Cerro León. . ."

Es decir que la decisión más grave tomada en la historia del Paraguay, fue resuelta por un solo hombre, sin recabar consejo o parecer de nadie. Esa determinación violaba abiertamente la constitución del país. Recuerda Revaudi el texto del artículo 3º, Título III, de la ley entonces vigente: "**Corresponde al Congreso Nacional declarar la guerra, oídos los motivos que exponga el Presidente de la República**". "Aunque no se quisiera considerar la protesta paraguaya del 30 de agosto como una declaración de guerra condicional, la captura del 'Marquez de Olinda' tiene que considerarse como apertura de hostilidades contra el Imperio del Brasil. Cometió, pues, el Mariscal López una grave violación de la 'Ley' nacional, tan grave que lo ponía fuera de la ley y sin poder pretextar atenuantes de ur-

gencia o de que peligraran los altos intereses de la patria."

La cañonera **Tacuarí** capturó al **Marquez de Olinda** y lo condujo de vuelta a Asunción. El 12 López dispuso un hermético cierre del puerto y de las fronteras, para evitar se filtrara ninguna noticia hacia el sur. El 13, el ministro de Brasil pidió explicaciones a Berges. Horas después Vianna de Lima tuvo la respuesta: "**En consecuencia de una provocación tan directa, debo declarar a V.E. que quedan rotas las relaciones entre este Gobierno y el de S.M. el Emperador, privada la navegación de las aguas de esta República para la bandera de guerra y mercante del Imperio del Brasil, bajo cualquier pretexto o denominación que sea, y permitida la navegación del río Paraguay para el comercio de la provincia brasilera de Mato Grosso a la bandera mercante de todas las naciones amigas con las reservas autorizadas por el derecho de gentes.**"

Esta curiosa nota, que nunca podrá ser expuesta como modelo de claridad, no declaraba de ningún modo la guerra. Comunicaba tan sólo la ruptura de relaciones, aunque reteniendo a un buque y privando de su libertad a tripulantes y pasajeros. El 14 contestó el ministro brasileño: "**En presencia de tal estado de cosas prescindo de discutir las consideraciones que V.E. acompañó su comunicación y me limito a protestar del modo más solemne en nombre del Gobierno de S.M. el Emperador, contra el acto de hostilidad practicado en plena paz contra el referido paquete Marquez de Olinda en violación de lo que fue convenionado entre los dos países respecto del tránsito fluvial. . .**" Vianna de Lima se retiró de Asunción con todo el personal de la legación.

López cometió un acto de agresión en plena paz, antes de declarar rotas las relaciones con el Imperio. No elevó jamás una formal declaración de guerra. Fue así que en las altas esferas paraguayas se dudó durante varios días sobre si se estaba o no frente a un conflicto armado. Las dudas terminaron el 19, cuando "**El Semanario**" informó en su editorial, directamente digitado por el presidente: "**Estamos en guerra. El Paraguay y el Brasil son beligerantes.**" Es el único caso que conocemos de declara-

ción de guerra a través de un periódico. . .

LA TRAGEDIA DE PAYSANDU

El paso siguiente de López era motorizar y lograr la sublevación de la Mesopotamia. Refiere Cárcano: "El foco de acción febril es siempre el respetable José Rufo Caminos, secundado por sus hijos y sobrinos, entusiastas y fuertes. Viajaba constantemente entre los puertos de Montevideo, Buenos Aires, Rosario, Paraná y Asunción. Surgen agentes especiales, audaces y bárbaros, encargados de suscitar montoneras y más tarde sublevar contingentes militares destinados a la guerra por los gobiernos regulares." El gobierno paraguayo subvencionaba un diario en Corrientes y otro en Rosario, que iniciaron una abierta campaña contra el Imperio y otra más solapada contra Buenos Aires.

Pocos días antes de tomar su decisión López, el 6 de noviembre, refiere Cárcano que un fuerte hombre de negocios, Blas Despouy, almorzaba en San José con Urquiza. Deseando saber la posición del general, Despouy le preguntó directamente: "**Ya se viene una guerra de Paraguay y necesito conocer su parecer.**" El caudillo contestó de inmediato: "**Yo daría cuatro a uno a favor de Corrientes, y luego que éste pasase a Corrientes, también iría a ofrecerme como voluntario al general López.**"

¿Acaso no había escrito Urquiza a José Rufo Caminos: "**Cuando llegue la oportunidad, he de mostrarle que merezco la confianza que Ud. tiene en mí.**"? La Conjura del Litoral parecía gozar de excelente salud y a punto de funcionamiento. Claro que también había escrito a Mitre, el 9 de noviembre: "**La política de V.E. cuyo objeto principal es salvar a la República de complicaciones perjudiciales para ella y obtener la conservación de la paz a todo trance, me ha contado siempre y debe continuar contándome, como su primero y más firme partidario, como su principal y más decidido amigo.**"

En tanto, los paraguayos invadían y anexaban sin esfuerzo a Mato Grosso y los brasileños cruzaban definitivamente la frontera uruguaya uniéndose a Flores. La noticia de que Paraguay había iniciado hostilidades, cayó como un

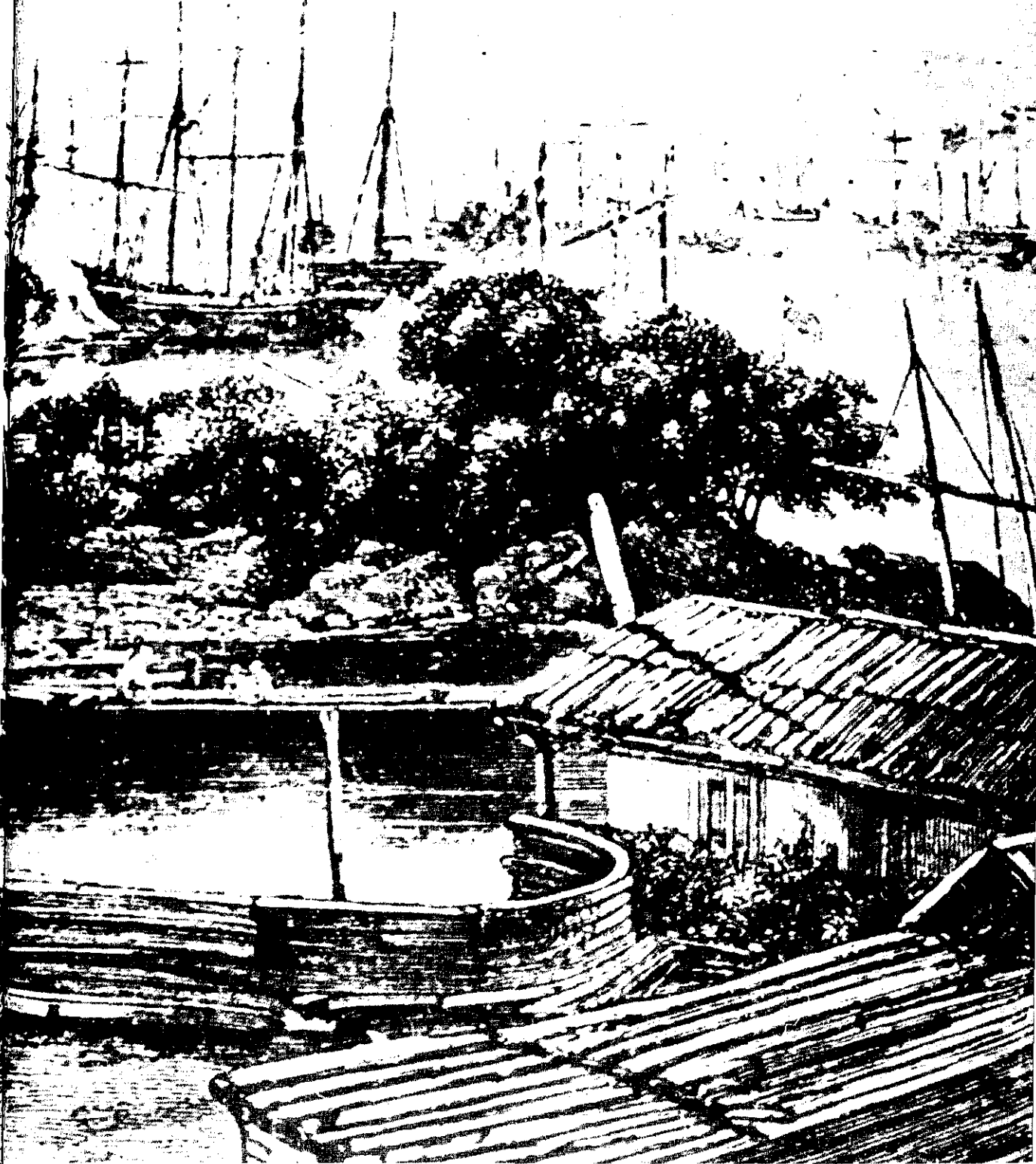


Vista del puerto de Corrientes en 1865. El Viernes Santo de ese año cinco naves paraguayas atacaron a dos buques de guerra argentinos.

baldazo de agua fría en Río de Janeiro. No habían esperado una actitud tan drástica de López. Para colmo, el Imperio se encontraba ante una aguda crisis económica y con su único ejército metido en el Uruguay. La situación era gravísima, pues además se sabía poco consolidado al gobierno de Mitre, y que tanto en Buenos Aires como en el resto de la Argentina, la inva-

sión al Estado oriental había provocado un pésimo efecto, agitando a los argentinos en contra de los brasileños. Como nunca, la figura clave era Urquiza, hacia quien convergían todas las miradas. Corrían insistentes rumores de que era inminente su pronunciamiento en apoyo del Paraguay. Era vital para el Imperio neutralizarlo. Y se lo hizo de manera sutil. El general

riograndense Manuel Osorio —más tarde Mariscal del Imperio y marqués de Erval— se trasladó al palacio de San José en misión comercial. Las fuerzas imperiales necesitaban con urgencia caballos... unos treinta mil. Osorio propuso comprarlos a Urquiza al precio exorbitante de trece patacones por cabeza. El caudillo sacó cuentas: treinta mil a trece patacones re-



dondeaban nada menos que 390.000 patacones, suma enorme, fabulosa para la época. Y allí mismo cerró trato. Embolsó la bonita suma, Osorio se fue con los caballos y la feroz, imbatible caballería entrerriana quedó a pie. Por un tiempo al menos don Justo José estaba jaqueado.

El segundo punto importante a lograr era el concurso efectivo de

la Argentina. Mitre se había mostrado complaciente con la intervención brasileña en el Uruguay, pero ahora, ante el ataque paraguayo, Río de Janeiro quería más precisiones, de ser posible la alianza lisa y llana. Para ello, el gobierno de Furtado eligió a uno de sus más sobresalientes diplomáticos José María da Silva Paranhos, que el 2 de diciembre de 1864 desem-

barcó en Buenos Aires. Su primer paso fue ofrecer la alianza a Mitre, prometiéndole el comando supremo de los ejércitos aliados. El presidente argentino desechó esa idea y afirmó que se mantendría neutral. Cuando Paranhos comunicó a Thornton que su fin era lograr la alianza con la Argentina, el inglés le insinuó que se desengañara: una prueba más de que a fines de 1864

no había ningún pacto militar con Brasil.

Paranhos terminó por aceptar la neutralidad argentina, pero solicitó libre paso por Corrientes para las tropas brasileñas. Temiendo un nuevo rechazo, el pedido lo hizo verbalmente. Como antecedente señaló que en 1859 él mismo había firmado un protocolo por el cual la Confederación Argentina permitía el paso de los imperiales por su territorio para solventar sus problemas con Paraguay. El entonces vicepresidente, Salvador María del Carril, en conocimiento del presidente Urquiza, había ofrecido ese libre tránsito, Mitre denegó la autorización desligando a su gobierno de las decisiones de la Confederación.

Pero con un par de guerras a las puertas del país, Mitre tenía razón en estar preocupado. El 23 de diciembre le escribía a Urquiza: "Por lo que respecta al Estado oriental, decidido estoy como siempre a conservar la abstención, y creo imposible ninguna complicación que me desvíe de este propósito.

"Por lo que respecta al Paraguay, tengo fundados motivos para creer que su política es respetar en todo caso la política de neutralidad, proclamada por la República Argentina, en lo cual obra prudentemente.

"Pero si desgraciadamente nuestra neutralidad no fuera respetada por los vecinos, si nuestro territorio fuese violado por cualquiera de los litigantes, si se pretendiese promover el desorden dentro de nuestro propio país, entonces los sucesos me impondrían el imprescindible deber de garantizar ante todo el honor y la seguridad de la Nación Argentina, y una vez colocado en ese caso, no retrocedería ante tan sagrado deber".

En tanto, el panorama se ensombrecía en el territorio Oriental. El 6 de diciembre el almirante Tamandaré fondeó frente a Paysandú, en tanto Menna Barreto y Flores la cercaban por tierra. Eran veinte mil sitiadores contra un millar de sitiados, pero al frente de éstos se encontraba un hombre de la garra de Leandro Gómez. Tres días duró el primer asalto. El intrépido almirante Tamandaré descargó implacablemente sus cañones, que disparaban desde fuera del corto radio de acción de las fuerzas defensoras. Sin poner en

peligro ni la pintura de sus buques, martilló implacablemente sobre la impotente ciudad, convirtiéndola en un montón de ruinas. Pero los veinte mil atacantes no pudieron llegar a la plaza, ni doblegar al puñado de héroes.

Del otro lado del río se apretaban cientos de hombres, mordiendo su indignación. De todas partes llegaban para sumarse a la defensa, pero la escuadra brasileña les cerraba el paso y sólo muy pocos llegaron. De noche se veían las llamas de Paysandú, de día llegaba el estruendo de la batalla. Allí cerca, en San José, Urquiza permanecía encerrado y mudo. De todas partes

le pedían acción. ¿Cómo podía permitir que en sus propias barbas los imperiales destruyeran a ese heroico puñado de blancos, sus amigos? Pasaron los tres días y el fuego. Tamandaré se había cansado de disparar impunemente y se había quedado sin municiones. Le llegarían de Buenos Aires, pero en tanto debía esperar, mortificado por esa resistencia inaudita.

Un clamor de alegría y orgullo recorrió Uruguay ante la increíble, la heroica Paysandú. Leandro Gómez fue ascendido a general. Pero ¿cuánto duraría aquello? Sin recursos, sin municiones, sin pertrechos, sin alimentos, ¿cuánto po-



José Berges, ministro de relaciones exteriores del mariscal López, pero con poca influencia sobre su espíritu.

drían sostenerse Gómez y sus bravos? EL 14 se reanudó el ataque con igual violencia. Rugían los cañones brasileños desde el río demoliendo la ciudad, mientras uno tras otro se estrellaban los asaltos contra la defensa. Al cabo de cuatro días, la bandera de la patria oriental seguía flameando al tope, mientras los imperiales llegaban a la desoladora conclusión de que el segundo ataque había fracasado.

Aquella formidable defensa tenía que estimular, que servir de ejemplo, y el gobierno de Aguirre dio un paso que, al menos en el plano moral, hacía honor al arrojo de Leandro Gómez. El 18 de diciembre se quemaron en la plaza pública de Montevideo los tratados que en 1851 firmara Andrés Balmaceda con el Imperio, achicando territorialmente a su patria y sometiendo al protectorado imperial.

La defensa de Paysandú se estaba convirtiendo en un serio peligro para los brasileños. No sólo duraba más de lo esperado, sino que ponía en tela de juicio la eficacia de las armas imperiales, y a su vez podía despertar emulaciones. ¿Y si Urquiza tomaba una decisión y arrojaba a sus temibles entrerrianos en apoyo de Gómez? ¿Y si las fuerzas paraguayas concentradas en Misiones caían sobre Río Grande do Sul? Había que terminar cuanto antes con Paysandú.

El 31 de diciembre comenzó el asalto final a la heroica plaza, que resistiría tres días más, tres jornadas infernales, antes de darse por vencida. Cuando ya la defensa no fue posible, el 2 de enero de 1865, Leandro Gómez se entregó a los brasileños. Tomado por una partida de Flores, y violando las garantías prometidas a los sobrevivientes, fue sumariamente fusilado. El mismo Gómez dio la voz de fuego al pelotón.

LA CAPITULACION DE MONTEVIDEO

Mientras Paysandú se hundía en su agonía, Urquiza recibió un emisario de López, José Tomás Ramírez, con una carta del presidente, un mensaje verbal del mismo y una carta de Vázquez Sagastume. Este lo incitaba a la rebelión: "El Paraguay, decidido como está y en acción ya, pronunciada Entre Ríos, que arrastraría a Corrientes empujado también por el Paraguay, y unidos todos con la Repú-

blica Oriental, constituyen un poder superior a cuantos pueden organizarse en esta parte de América..." En cuanto a la carta de López, era lo bastante difusa como para no comprometer a nadie. Lo sabroso venía en el mensaje verbal. Claro que de éste es difícil saber algo. Pero Cardozo ha publicado unos apuntes, sin firma ni fecha, con un texto que no deja duda: "¿Será permitido a un hombre de Estado como el general Urquiza, con el prestigio, influencia y recursos superiores que posee superiores a los del general Mitre, dejar venir los acontecimientos a un punto que imposibilite el empleo de ellos, quedando a merced de los porteños, que jamás le perdonarán su posición elevada, las humillaciones que de sus manos recibieron?" Seguirán unos bocetos de carácter militar para el caso de pronunciarse el caudillo. Urquiza contestó poniendo distancia y respondiendo de la neutralidad de Mitre, pero sugería a López que pidiera permiso al gobierno de Buenos Aires para atravesar Misiones, y en caso de ser negado reconsideraría su posición. La respuesta verbal que dio a Ramírez debió coincidir con la nota oficial, ya que las cartas posteriores de López dan la impresión de que no contaba con el apoyo de Urquiza.

Simultáneo con estos contactos, Urquiza escribía a Mitre el 29 de diciembre: "Las provincias de Entre Ríos y Corrientes son, como V.E. lo comprende bien, las más interesadas en la conservación de la paz, en la emergencia funesta entre el Brasil y el Paraguay; si hubiese el fatal peligro, que felizmente V.E. promete evitar, de que nuestro Gobierno se aproveche del primer pretexto para ligarnos a cualquiera de los beligerantes, como ellos deben procurarlos con empeño, el territorio de estas provincias sería el teatro de la lucha, su riqueza actual desaparecería al peso destructor de los extraños beligerantes. Nada importaría el tránsito libre e inocente de ambos por los territorios despoblados de las Misiones, si llegase el caso. El interés que pudiera envolver su prohibición, no puede compararse a los males que nos echaríamos encima, si por eso nos acarreásemos una alianza con cualquiera de ellos, que el país no acepta, y que nos haría el primer actor paciente en la lucha..."

Urquiza ponía sobre el tapete el tránsito de los beligerantes por territorio argentino. Al parecer consideraba secundario que ese territorio nacional se convirtiera en teatro de una guerra extranjera. Pero José Caminos y José Tomás Ramírez habfan informado a López que don Justo José se pronunciaría contra Buenos Aires si un pedido paraguayo en ese sentido era denegado. ¿Estaba el caudillo abriendo el paraguas antes de que lloviese?

El 9 de enero de 1865 Mitre firmó su respuesta. Tras reiterar su decisión de paz y neutralidad, agregaba: "Esta política nos ha dado los frutos que eran de esperarse hasta el presente, y no he de abandonarla, como he dicho a V.E., ni por voluntad propia, ni cediendo a instigaciones de ninguna clase, vengan de donde vinieran, porque encima de toda otra consideración, encuentro siempre los verdaderos intereses del país y el deber que he jurado cumplir, de velar por su conservación, encaminándolo por la senda de la paz y de la ley.

"Pero yo no estaría satisfecho de mí mismo, ni creería obrar en el sentido del honor y de la dignidad del país, si consintiera en su menoscabo tolerando o permitiendo que transitasen por territorio argentino tropas de uno u otro de los beligerantes. Esa es la neutralidad de los Estados débiles que en la imposibilidad de hacer respetar sus derechos, se someten a que se viole así su territorio, porque no les queda otro recurso contra poderes mucho más fuertes... Y por lo que respecta permitir el tránsito por territorio argentino, aunque despoblado, a los dos beligerantes, los graves inconvenientes que ello nos produciría para el presente y para el porvenir son tan obvios que creo innecesario demostrarlos a V.E., seguro como estoy de que no le son desconocidos. Sólo observaré a V.E. que dejaríamos establecido un precedente funesto que no sería difícil nos involucra en una guerra más adelante, si invocado por otro poder no nos conviniere concederlo.

"No creo que ni por parte del Paraguay ni del Brasil haya la intención de inferir a la República Argentina el grave ultraje de violar su territorio, porque no podrán suponer que permaneceríamos impasibles a tal afrenta ni que el país pudiese ver con indiferencia tal

hecho que deshonraría al pueblo argentino si no cuidase de su honor y lo colocaría en el último nivel de las naciones".

Mientras, los blancos se desmoronaban en el Uruguay sin que López moviera un dedo: seguía concentrando tropas en el territorio de Misiones que estaba en disputa con la Argentina, pero nada más. Dejaba pasar los días perdiendo el momento propicio, con las limitadas fuerzas brasileñas embreadas en suelo oriental, aferradas por los blancos. Esa resistencia no podría durar mucho y entonces los imperiales tendrían las manos libres para enfrentarlo. Desconfiaba de la actitud argentina, sospechaba de una alianza de Mitre con Brasil, y esperaba un pronunciamiento de Urquiza. El 11 de enero Anacarsis Lanús escribió a Mitre después de entrevistar al presidente paraguayo: "El señor López me manifestó dudas respecto a la neutralidad que observaría el Gobierno argentino en la lucha en que hoy se encuentra envuelta aquella República con el Imperio del Brasil. Yo procuré desvanecer esas dudas, diciéndole que estaba seguro que el pensamiento del Gabinete argentino era mantener la paz en la República —que el programa de V.E. era ese; que todos sus actos se lo estaban manifestando; que estuviera seguro que el Gobierno Argentino sería neutral absolutamente en la cuestión, siempre que el Paraguay no lo obligase por algún acto suyo a quebrantar ese propósito y que desde que él me manifestaba estar resuelto a no provocar al Gobierno argentino, la paz sería entonces un hecho entre ambos países."

En un aspecto fundamental para Paraguay, Mitre no se cruzaba en el camino de López; la vital provisión de armas. Paraguay las necesitaba con urgencia para renovar sus anticuados equipos, pero necesariamente debían pasar por Buenos Aires. No sólo Mitre no opuso el menor reparo, sino que facilitó los trámites. Destaca Rebaudi: "...a vista y paciencia del Gobierno Argentino, y hasta con la aprobación de Mitre, se enviaban armamentos del puerto de Buenos Aires para el Paraguay, y por permiso especial del ministro de Hacienda, no se especificaba en los conocimientos el contenido de ellos... y así también pasaban las armas."

Simultáneamente se acercaba el desenlace de la guerra en el Uruguay. Los brasileños y Flores convergían sobre Montevideo. El gobierno de Aguirre prometió que la capital resistiría con el mismo heroísmo que Paysandú. Tamarandé tendría que molerla a cañonazos para doblegarla. Al mismo tiempo, de las Carreras envió un emisario ante Napoleón III pidiendo la intervención de Francia. Por supuesto, Brasil no podía permitir nada de eso. Paysandú había significado una tremenda pérdida de prestigio internacional; obrar del mismo modo con Montevideo podría desencadenar una reacción en cadena muy perjudicial para el Imperio. Era menester que la capital cayera en poder de Flores antes de que el emisario de Carreras llegara a París, y al más bajo costo posible.

Para evitar un cataclismo en Montevideo, tanto Urquiza como Thornton y Andrés Lamas solicitaron a Mitre que mediara entre Brasil y el gobierno blanco. Después de algunas dudas, el presidente aceptó mediar, si se lo pedían. De inmediato Lamas escribió a Aguirre y Thornton a Lettsom para que intercediera ante el presidente uruguayo, en tanto Barbolani volvía a moverse en el mismo sentido, tratando de movilizar al cuerpo diplomático. Este le encomendó entrevistar a Aguirre en nombre de todos. El 20 el activo representante italiano fue recibido por el mandatario. Se encontró con una pared delante. Aguirre se negó a toda clase de negociación, ni hablar de mediación alguna, y menos de Mitre, contra el que despotricó con entusiasmo. Al día siguiente, 21, se apersonaron ante Aguirre y de las Carreras los almirantes francés e inglés de las estaciones navales respectivas, pidiendo se aceptara la mediación de Mitre. Nada que hacerle. Horas después, el cuerpo diplomático en pleno volvió a insistir. Aguirre afirmó que Montevideo estaba en condiciones de resistir y lo haría. Hubo una violenta discusión entre Lettsom y de las Carreras, en que el inglés fue apoyado por Barbolani. Al cabo, Aguirre prometió que al día siguiente les daría una respuesta definitiva. La dio el 23: se negaba a toda mediación pacificadora.

El 29 Barbolani escribió a Silva Paranhos en Buenos Aires, señalán-

dole que el 15 de febrero siguiente cesaba el mandato de Aguirre y debería renovarse el Poder Ejecutivo. Pedía un compás de espera hasta entonces. El 2 de febrero Tamarandé estableció sus bases frente a Montevideo y anunció el bloqueo, aunque dio seis días de plazo para que salieran las naves mercantes. Cumplido el lapso, Paranhos solicitó una prórroga que el almirante concedió de mala gana. De esa manera el brillante diplomático brasileño dio a Barbolani el plazo pedido para obrar.

Es indudable que en la suicida obstinación de Aguirre y de las Carreras pesaba seriamente la que consideraban inminente invasión paraguaya a Corrientes y Río Grande do Sul. Al primer zarpazo de López, Montevideo se vería libre de temores. También recibían permanentes seguridades de sus informantes de que Urquiza se sublevaría de un momento a otro. La total confusión de ideas, la peligrosa debilidad de Aguirre y la ciega paranoia de de las Carreras podía desembocar en cualquier catástrofe. Lettsom informaba a su gobierno, refiriéndose a de las Carreras: "...tanto él como el Ministro de Guerra, doctor Jacinto Susviela, y el Jefe Político, señor Amaro Sienna, son tan locos como cualquiera de los pacientes del Manicomio, y calmosamente expreso como propia opinión mía, que cada uno de estos personajes es completamente capaz de prender fuego a alguno de los numerosos grandes depósitos de pólvora que todavía existen en esta ciudad, siempre que los brasileños y el General Flores trajeran sobre ella un ataque afortunado. No hay maldad de que no sean capaces esos tres hombres."

El 14 debía reunirse el Senado para elegir sucesor de Aguirre. El principal candidato era Tomás Villalba, un moderado con el que se esperaba llegar a un acuerdo. De las Carreras, ya completamente desahogado, repartió amenazas entre los senadores, prometió asesinarlos, y el cuerpo no se reunió. Pero ya todos estaban hartos del ineficiente dúo Aguirre-de las Carreras. Esa noche se reunieron los jefes militares de la capital, que sabían perfectamente que Montevideo no estaba en condiciones de enfrentar un ataque, y dieron su apoyo al Senado, que al día siguiente se reunió y eligió a Villalba. Como se



El gobernador correntino Lagraña temía un ataque paraguayo y pidió a Mitre refuerzos que no se le enviaron.

esperaba un golpe de los amapolas, pidió auxilio al cuerpo diplomático y fueron desembarcadas fuerzas de marinería que aseguraron el dominio de la ciudad. Tras ello envió a Manuel Herrera y Obes a tratar con Flores. En villa de la Unión se firmó el acuerdo. Flores pasaba a ser presidente con plenos poderes, se concedía una amnistía y se desterraba a los principales amapolas. Así concluyó la guerra civil uruguaya.

EL PEDIDO DE TRANSITO

Al que no le fue bien es a José

María da Silva Paranhos. Los duros de Río de Janeiro mostraron disgusto ante la paz negociada. Hubieran preferido una entrada a sangre y fuego en Montevideo para asegurar una larga ocupación y posteriormente una eventual anexión. Las presiones llegaron a tal punto que Furtado finalmente relevó a Paranhos, reemplazándolo por Francisco Octaviano de Almeida Rosa.

Llegado en abril de 1865 a Buenos Aires, sus instrucciones prescribían que debía buscar la alianza argentina, o en su defecto lograr

que el gobierno de Mitre no perturbara las acciones del Brasil contra el Paraguay. Como lo ha señalado Rebaudi, este detalle invalida la suposición de que ya hubiera alianza con Mitre. ¿Y en qué forma podía perturbar el gobierno argentino los planes imperiales? En la aplicación del tratado firmado entre Brasil y la Confederación el 7 de marzo de 1856, que permitió la libre navegación de los ríos al Imperio en caso de guerra, y estableció que sólo los puertos —no los ríos— podían ser bloqueados. Pero para bloquear el más cercano puerto paraguayo, Luque, había que pasar por Humaitá. De allí que el plan imperial fuera bloquear las Tres Bocas, en la confluencia del Paraná y el Paraguay, pero para ello requería autorización del gobierno argentino. Empero, Mitre se negó en redondo a acceder y señaló a Octaviano que cumpliría estrictamente el tratado de 1856. No se limitó a ello el presidente, sino que se preocupó de que esta decisión llegara a conocimiento de López.

El ocaso de los blancos se desarrolló ante la total indiferencia del presidente paraguayo. Al contrario de lo que esperaban en Montevideo, no desplazó un soldado en su auxilio. Cuando el drama se acercaba al último acto, el 6 de febrero de 1865, llegó a Buenos Aires una nota de José Berges, fechada el 14 de enero, que decía: "El abajo firmante, Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores, tiene el honor de dirigirse a V.E. por orden del Sr. Presidente de la República, al Gobierno Argentino, para solicitar que los Ejércitos de la República del Paraguay puedan transitar el territorio de la Provincia Argentina de Corrientes, en el caso que a ello fuera impelido por las operaciones de la guerra en que se halla empeñado este país con el Imperio del Brasil." Y más adelante "...el Gobierno de esta República espera que el Argentino consentirá sin dificultad a esta solicitud, protestando desde luego que se efectuará todo tránsito sin gravámen del vecindario y con toda la consideración debida a las autoridades argentinas."

Invocaba como precedente que en 1855, en momentos de tensión entre Brasil y Paraguay, el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina habían permitido el

paso de una escuadra imperial Paraná arriba. En consecuencia: "Despu de este precedente, que no es lícito mirar con indiferencia, el Gobierno Imperial no puede considerarse ofendido de la concepción que el abajo firmado solicita hoy de modo distinto, sin alejarse de la equidad y justicia, pues que los Gobiernos de Buenos Aires y la Confederación consintieron el paso del territorio Argentino en beneficio de la acción del Brasil."

Ya conocemos la posición de Mitre al respecto. El 9 de febrero respondía Elizalde, afirmando que el gobierno argentino se había propuesto observar la más estricta neutralidad en el conflicto. "Por lo tanto el Gobierno Argentino, fiel a sus deberes de neutral y consultando los intereses de la Nación, no considera conveniente acceder a lo que solicita el Gobierno Paraguayo." Alegaba, con un toque bizantino, que Paraguay y Brasil tenían una extensa frontera común, descuidando el hecho de que estaba ubicada en una zona selvática, desierta y sin medios de comunicación, para luego expresar el más sólido fundamento de la negativa: "Acordado el tránsito al Gobierno del Paraguay, quedaría expedito igualmente al del Brasil, y entonces el territorio neutral Argentino vendría a ser el centro de la guerra, y de este hecho surgirían males y complicaciones muy graves, que es deber del Gobierno evitar y precaver.

"V.E. reconoce que el tránsito que solicita no puede dejar de causar estos males y peligros, cuando protesta que se efectuará sin gravamen del vecindario y con todas las consideraciones debidas a las autoridades Argentinas, protesta que no puede satisfacer al Gobierno Argentino, que no puede admitir y que no evitar esos males y peligros, porque importarla dejar a juicio del Gobierno del Paraguay la manera de ejecutar el tránsito, que sería autorizarlo en cierto modo, poniendo a su disposición para una operación bélica toda la Provincia de Corrientes, por la manera genérica de la solicitud, ejercer jurisdicción en territorio Argentino, y porque a pesar de sus deseos no podría evitar las consecuencias forzosas de convertirse ese territorio en teatro de la guerra."

Respecto del precedente invocado: "Pero el recuerdo que hace V.E. no tiene aplicación al caso

paña que se invoca. Tratábase entonces del tránsito por agua para una negociación que acabó por un arreglo diplomático, y fue ante la explicación dada por el Gobierno Imperial cuando se le pregunt el objeto del tránsito, que negó tener un objeto hostil, lo que quedó corroborado por el acto de ser admitida Benvika y amistosamente por el mismo Gobierno del Paraguay, en lo cual, lejos de inferir menoscabo a su soberanía se manifestó respetarla, pues como a Nación soberana sólo al Paraguay toca determinar dentro de sus

dos que lo conceden, sin que por esto tenga que dar forzosamente tránsito terrestre; y si el fluvial est reconocido para la paz y para la guerra a uno o más beligerantes, debe mantenerse para todos igualmente; esto es lo que constituye la reciprocidad. Pero a nombre de ésta no puede pedirse tránsito terrestre, porque se acuerde el fluvial, ni del derecho de éste se deduce el otro."

Más allá del valor y peso de estos argumentos, indudablemente la negativa produciría disgusto en Asunción. Pero Elizalde no se limi-



El general Estigarribia avanzó sobre territorio brasileño para quedar encerrado en Uruguayana y posteriormente rendirse.

límites en qué caso y en qué forma deben acercrsele las demás naciones para tratar con ella sus cuestiones o para dirimirlas."

Finalmente: "La reciprocidad consiste en acordar en una guerra la misma cosa a los beligerantes, no dar a éstos lo que se acordó en otra guerra anterior. No hay reciprocidad entre el tránsito inocente por aguas navegables para arribar a una negociación pacífica, y el tránsito con un fin que se declara hostil. Puede sin embargo acordarse por agua a los beligerantes, sean o no ribereños de los ríos que van a pasar y aún no mediando trata-

to a ello, Acompañada a la anterior, y con la misma fecha, elevó un pedido de explicaciones a Berges, a raz de la concentración de tropas paraguayas en territorio misionero pretendido por la Argentina. "Al mismo tiempo que estas noticias llegan, se hace circular que este ejército viene en marcha para pasar por territorio Argentino en operaciones contra el Brasil y su aliado el Brigadier General D. Venancio Flores, Jefe de la Revolución Oriental y que se le espera por momentos.

"V.E. comprenderá en virtud de todo lo expuesto, el deber y la

necesidad en que se halla el Gobierno Argentino de solicitar del de Paraguay las explicaciones convenientes que espera se servirá darle a los fines indicados, tan pronto como la urgencia de las circunstancias lo reclame”.

La negativa del tránsito por Corrientes y el pedido de explicaciones, decidieron a López: atacaría a la Argentina. De inmediato convocó al Congreso General Extraordinario para el 5 de marzo siguiente.

De acuerdo a lo que Caminos y Ramirez informaran a López, ahora le correspondía obrar a Urquiza. Buenos Aires denegaba el permiso de tránsito. Pero el caudillo, en vez de pronunciarse, insistió ante Mitre el 8 de febrero: “V.E. conoce mi opinión; quizá para evitar el peligro de una violación que pudiese ser necesaria y que traería peores consecuencias que el tránsito sujeto a condiciones que pudiesen haberse acordado recíprocamente a ambos beligerantes, hubiese sido conveniente esto último.”

Mitre le contestó el 17: “Salvar la paz, salvando la dignidad de la República sin comprometer su seguridad y su progreso, es el gran triunfo a que debemos aspirar.

“Hacernos respetar de los beligerantes como nación neutral y como nación soberana, alejando de nosotros las complicaciones de la guerra debe ser nuestra invariable política, única que puede salvarnos, porque de no seguirla, nos comprometería en la guerra y comprometería al país... Concedido el paso a uno de los beligerantes, estaría igualmente abierto a todos ellos. Si el Paraguay penetraba por territorio argentino, el Brasil tendría el derecho por el mismo punto; y entonces nuestro territorio vendría a ser el teatro de la guerra, y tendríamos en él no solamente la guerra extraña, sino la guerra civil en cierto modo y las complicaciones que haría nacer. Alejar, pues, a los beligerantes de nuestro territorio, es acto de prudencia; es alejar de nosotros la guerra misma y toda complicación posible en ella.

“V.E. me habla de paso por territorio desierto, sin duda por no haberse fijado en el tenor de la nota del Paraguay de que el Presidente López le ha enviado copia. Por ella verá V.E. si lee con atención, que se pide paso por el territorio poblado de Corrientes, sin

limitación alguna y sin condición de ningún género, pues ofrece en su tránsito respetar las autoridades y vecinos de Corrientes, de manera que hasta por la misma ciudad de Corrientes podrían atravesar sus ejércitos. Esto sería dar al Paraguay jurisdicción en el territorio argentino.”

Urquiza decidió entonces no apoyar a López. Siempre que Mitre mantuviera la neutralidad y no se aliara al Brasil, estaba resuelto a quedarse quieto. El caudillo comunicó su posición al presidente López, y al efecto envió a Asunción



José Rufo Caminos, el contacto paraguayo con los conspiradores argentinos.

a su joven secretario, Julio Victorica, de veinte años de edad. Debía comunicar a López que no tenía nada que temer de Mitre en tanto se respetara la neutralidad argentina. El mismo Victorica ha narrado su entrevista con el jefe paraguayo: “El mismo día de mi llegada a la Asunción, fui recibido por el presidente general López, en su casa particular. Vestía traje militar de paño azul, bien abrochado a pesar del calor que hacía, pues era en el mes de febrero. El general López tenía todo el aspecto de un general francés, revelando en su

trato una cultura y corrección irreprochable.

“Conversamos largamente, y aunque él reconocía la sinceridad con que el general Urquiza le afirmaba por mi conducto que nada debía temer de la República Argentina si era respetada la neutralidad que se había impuesto, no le sucedía lo mismo respecto del general Mitre, que, según él, ya tenía pactada una alianza secreta con el Brasil y no cesaba de provocar de todos modos, un rompimiento con el Paraguay.

“En apoyo de sus afirmaciones me leyó una extensa nota del ministro Elizalde que tenía allí sobre la mesa, negando el permiso pedido de transitar por las Misiones al ejército paraguayo, pero insinuando que lo concedería por agua a los dos beligerantes, sin duda, según López, porque el Brasil contaba con una escuadra más poderosa que la del Paraguay. Hizo también referencia a un pedido de explicaciones del gobierno argentino porque se reunían fuerzas en las Misiones paraguayas, ‘como si yo —agregó— estando en guerra con el Brasil, tuviese que pedirle permiso al gobierno argentino para situar mis fuerzas dentro del territorio paraguayo, donde más me convenga’.

“Procuraré demostrarle que estaba en error en cuanto a las intenciones que atribuía al gobierno argentino, pero el presidente López se exaltó tanto que prefirió suspender la conversación hasta el día siguiente a las 6.”

En la segunda entrevista, el presidente le mostró y leyó párrafos de varios diarios porteños que lo atacaban. Se reanudó la discusión, sin que López cediera un ápice. Para él las sospechas eran certezas. Concluye Victoria: “Agregaré solo, para resumir, que ninguno de los dos se dio por vencido, y que a la manifestación que me hizo López de que el general Urquiza podía contar con él para hacerse presidente, derrocando al general Mitre, yo le demostré que tal ofrecimiento no podía ser aceptado por el libertador de la república y fundador de su constitución.

“—Entonces, dijo López, alzando el tono, si me provocan lo llevaré todo por delante.”

“Así concluimos.”

EL ASALTO PARAGUAYO

Victorica llevó de vuelta una carta de López a Urquiza, contestando a dos de éste. En tono arrogante y amenazador, decía: "Ambas me han causado una penosa impresión, en cuanto ellas importan una contradicción de las seguridades que espontáneamente V.E. quiso ofrecerme sobre la neutralidad del gobierno argentino entre el Paraguay y el Brasil, y de que el tránsito de fuerzas paraguayas por alguna parte del territorio argentino, no importaría un casus belli, no teniendo el gobierno argentino pretexto alguno para negar ese tránsito, y que si llegara a suceder V.E. se pondría de parte del Paraguay, combatiendo la política del general Mitre... Aunque naturalmente poco satisfecho del giro que ultimamente V.E. ha dado a los espontáneos ofrecimientos y seguridades que me ha traído el señor D. Tomás Ramírez, consecuente con la estimación que siempre he hecho de V.E., nada me será más penoso que herir alguna vez los intereses de V.E. con que deseo contemporizar, en cuanto sean compatibles con los del Paraguay."

El 5 de marzo se reunió en Asunción el Congreso General Extraordinario convocado por el presidente, con cuatro meses de atraso respecto de la iniciación de hostilidades contra Brasil. A ningún representante se le ocurrió indagar por ese proceder anticonstitucional. Escucharon en cambio, reverentemente la palabra de López, anunciándoles el estado de guerra con el Imperio y la ruptura de relaciones con Argentina. Sin recabar ninguna explicación o aclaración, el Congreso nombró Mariscal a López, aprobó la Orden del Mérito que el presidente había creado y nombró una Comisión para que dictaminara sobre la política exterior a seguir por el Paraguay.

El 17 estuvo listo el dictámen, largo documento, notable por lo difuso y confuso, en que se invoca como autoridad en política internacional a Alfonso de Lamartine. En lo que a la Argentina respecta, llegaba a esta conclusión: "El Gobierno Argentino, negándonos sin buenas razones el tránsito inocente con detrimento de los intereses de las Repúblicas del Plata, se separa de las reglas de neutralidad y manifiesta su parcialidad con el Imperio."

"Desde entonces, en virtud del derecho de la propia seguridad y conservación, el Gobierno Paraguayo, prescindiendo del consentimiento del Argentino y haciéndose justicia por sí mismo, puede abrirse el paso que necesita con urgencia para salvar sus vitales intereses... La comisión piensa entonces que si una guerra sobreviene con la República Argentina con motivo del tránsito de nuestros ejércitos por nuestro territorio de las Misiones, o por el suyo, no es la guerra, sino simplemente la defensa de la paz y de nuestra propia conservación."

Después de esta sarta de dislates, el obediente Congreso, con fecha 18 de marzo de 1865, aprobó la iniciación de las hostilidades contra Brasil y declaró la guerra a la República Argentina. Sin debate alguno, se arrojó al Paraguay a una contienda mortífera contra sus dos poderosos vecinos, tras lo cual el Congreso se disolvió y desapareció de la historia.

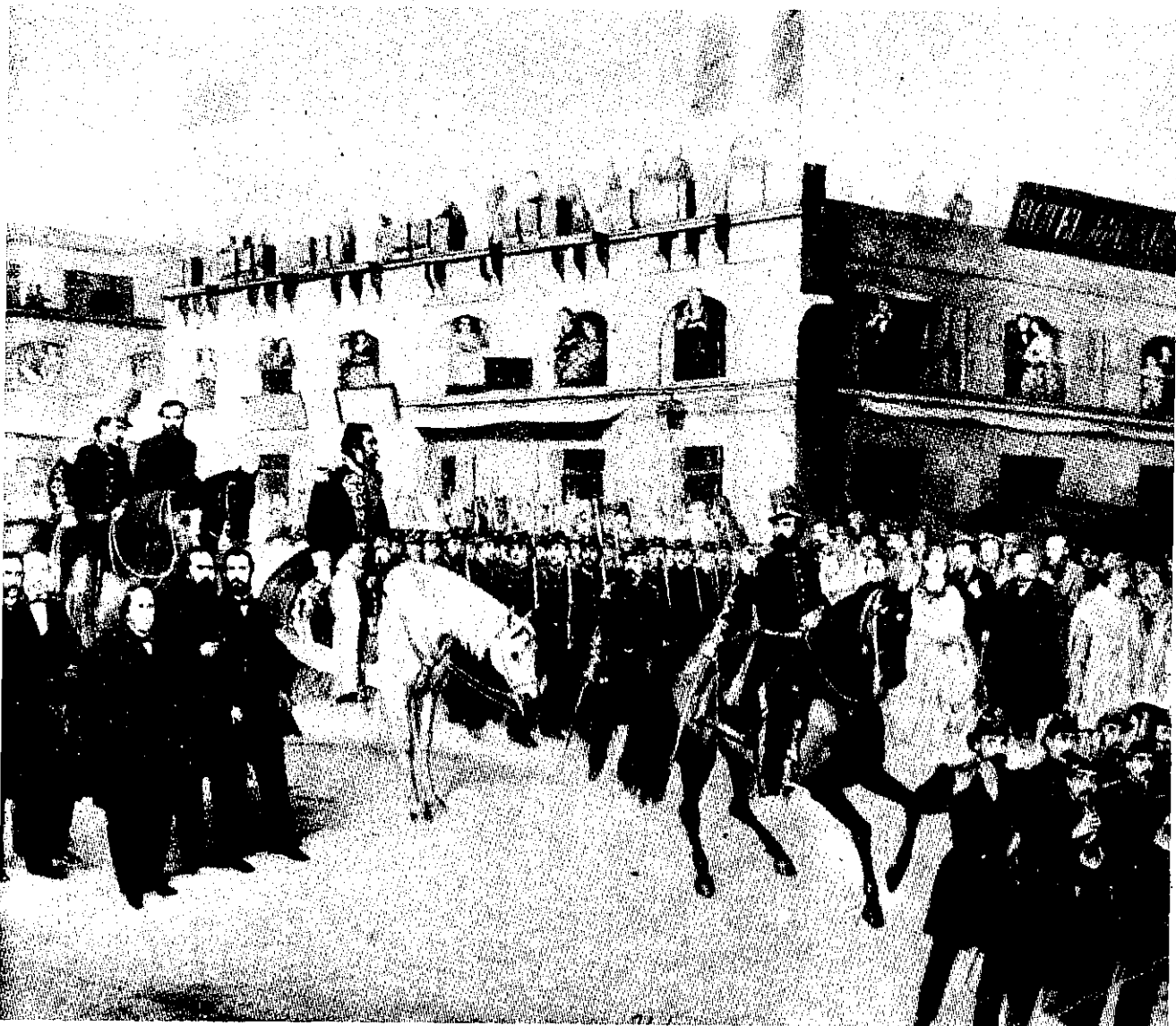
El 19 de marzo López convocó al correntino Víctor Silvero, que sería uno de los traidores que formarían el triunvirato títere que gobernó Corrientes bajo ocupación paraguaya. Años después contaría la entrevista con el flamante Mariscal, en el juicio que se le siguió por traición a la patria, testimonio publicado por A. Rebaudi y escasamente citado, incluso por los que citan a Rebaudi. López acusó a Urquiza de estar demorando las operaciones y se despachó contra el gobierno argentino, que con su negativa a ceder paso por su territorio, se ponía de parte del Imperio. Estaba resuelto a llevar la guerra a la Argentina. "El General Urquiza va a allanarlo todo." Entre Ríos y Corrientes formarían un Estado aparte. Nombraría al general Virasoro jefe del Estado Mayor General del ejército paraguayo, "y de este modo los Argentinos no tendrán razón ni de pequeños celos." Luego afirmó: "El General Urquiza me llama; me dice que me vaya con mis Ejércitos, y que, a su presencia en la frontera de Entre Ríos, él se pondrá de pie con su Ejército, que formará el costado derecho del Paraguay." Después de decirle que quería salvar a Corrientes de los horrores de la guerra, le comunicó que no podría volver porque las comunicaciones con el exterior estaban cortadas. Y lo re-



El ejército oriental parte para la guerra

tuvo prisionero hasta después de la invasión. Conviene no olvidar este detalle esencial: desde el momento que el Congreso declaró la guerra a la Argentina, López dispuso el cierre de toda comunicación con nuestro país.

Aunque el Congreso paraguayo declaró la guerra a la Argentina el 18 de marzo, la comunicación oficial, firmada por José Berges y dirigida a Rufino de Elizalde, lleva fecha del 29 de marzo de 1865. Es una nota muy larga, de la que extraemos dos párrafos solamente: "Pero es con el mayor sentimiento que este Gobierno se impuso de la negativa dada a una solicitud, agravada con los inconsistentes raciocinios con que el Gobierno Argentino ha procurado motivar la re-



contra el Paraguay desde la Plaza de Montevideo (Oleo de Pietro Valenzani, 1865)

pulsa de tan justa e indispensable solicitud, y considera este Gobierno de tal gravedad este procedimiento, que no puede ya negarse a la convicción y a la evidencia, de que el Gobierno Argentino, al favorecer así al Brasil, patentiza una hostilidad contra el Paraguay, que ni aún tiene el mérito de la franqueza y lealtad... S.E. el Señor Presidente de la República ha ordenado al abajo firmado, de decir a V.E. que en la convicción de que la política del actual Gobierno Argentino, como lo justifican los hechos consignados en esta nota, es atentatoria a los derechos, intereses, el honor y la dignidad de la Nación Paraguaya y de su Gobierno, le impuso el deber de hacer presente tan grave situación a la

Nación y que adjunto a V.E. copia legalizada de la resolución del H.C.N.E. que, atendiendo y considerando los hechos, declara la guerra al actual Gobierno Argentino para salvar el honor, la dignidad y los derechos de la República."

De momento, la declaración quedó en el despacho de Berges. De ningún modo fue remitida ese mismo día, como se ha afirmado. Recién el 3 de abril el teniente Cipriano Ayala fue convocado en Humaitá por el general Wenceslao Robles, que le entregó unos pliegos cerrados, que debía entregar a los agentes paraguayos en el exterior. Esos pliegos tampoco eran la declaración de guerra, sino el simple anuncio de la misma a los agentes. El mismo 3 de abril Ayala

embarcó en el Jejuí, viajando a Corrientes. Trasbordó al Esmeralda hasta Rosario. Al pasar por Paraná entregó el pliego correspondiente a José Rufo Caminos. Desde Rosario, llegó el 8 de abril a Buenos Aires en el Pavón y entregó el sobre cerrado a Félix Egusquiza. Al día siguiente Ayala regresó en el Pavón y en Rosario pasó al Esmeralda, que llevaba un fuerte cargamento de armas para Asunción.

Los agentes paraguayos comenzaron a ordenar sus cosas. Quemazones de papeles y archivos, liquidación de bienes y manejos económicos que no pasaron desapercibidos, demostraban que algo grave estaba pasando. Pero la declaración de guerra no llegaba. El 11 de

abril, Félix Egusquiza escribía al ministro paraguayo en Europa, Barreiro: "Tengo mi amigo que darle una noticia de mucho bulto, y ésta consiste en que nuestro Gobierno ha declarado la guerra al del General Mitre; este suceso está aún reservado porque no ha llegado el vapor que se espera de la Asunción, y que debió haber llegado ya hace dos o tres días... El vapor 'Salto' creo que llegará de mañana a pasado de la Asunción, trayendo la noticia de la declaración de guerra..."

Pero el Salto no arribaría a Buenos Aires. Fue comprado por el gobierno paraguayo para reforzar su flota. Sin embargo el rumor de la inminencia del estallido de la guerra corrió por Buenos Aires y se expandió al interior. Días después, desde Córdoba, el ministro del Interior, Guillermo Rawson le escribía al presidente: "Con mucha reserva se me ha comunicado una carta en que se da la noticia positiva de que el 3 del corriente el gobierno del Paraguay ha declarado la guerra a la República Argentina, y que las primeras hostilidades se harían sin demora sobre la provincia de Corrientes." Corría la creencia de que Cipriano Ayala había traído la declaración. Ya sabemos que no es así, y tampoco llegó en el buque que lo trajo. De modo que en la cancillería argentina, el 13 de abril de 1865, no había ninguna declaración de guerra paraguaya.

Ese día, viernes santo, cinco naves paraguayas asaltaron por sorpresa a dos buquecitos de la escuadra argentina, el **Gualeguay** y el 25 de Mayo, surtos en el puerto de Corrientes. Las tripulaciones fueron asesinadas, baleados los civiles que se acercaron a la ribera, y los buques llevados al Paraguay. Antes de veinticuatro horas, el 14, fuerzas paraguayas desembarcaron y ocuparon Corrientes. El gobernador Manuel Lagraña apenas tuvo tiempo de huir.

Al mismo tiempo, López destacó hacia el sur, a toda máquina, a un buque de guerra para salir al encuentro del **Esmeralda**, con sus valiosas armas, y escoltarlo. Se entabló una carrera en el río ganada por los argentinos. El **Esmeralda** fue detenido y enviado a Buenos Aires, y con él el teniente Cipriano Ayala, que fue apresado, acusado de espía. Años después, en 1869, fue visto trabajando como albañil

en el barrio sur de la ciudad: le había ido mejor que al padre, engrillado y torturado por orden del Mariscal Francisco Solano López.

¿COMO SE INICIO LA GUERRA?

Hay una ya larga polémica en torno a si el gobierno argentino supo o no supo de la declaración de guerra paraguaya, y si esta fue o no recibida y luego ocultada por la cancillería. José María Rosa analiza del siguiente modo los hechos: "Que en Buenos Aires no se supo



Juan Pablo Oliver: "una serie de fantasías o absurdos históricos".

la declaración de guerra hasta después del primer acto de hostilidad paraguaya (ocurrido veinticinco días después, el 13 de abril) no puede sostenerse seriamente. Convocar y reunir un congreso no era habitual en Asunción, y no pudo pasar inadvertido a los representantes diplomáticos ni a los numerosos informantes argentinos y brasileños en la capital paraguaya. Si ese congreso votaba nada menos que una declaración de guerra en sesiones públicas, suponer que el gobierno afectado, vecino y en constantes comunicaciones, pudo ignorarla a los veinticinco días, sería aceptar que era el gobierno peor informado de la tierra. Si la declaración se publica en el periódico

oficial, y único, y ni el presidente contra quien se dirige ni su ministro de relaciones exteriores, ni siquiera el gobernador de una provincia inmediata como Corrientes, en constante comunicación, pudieron enterarse, es aceptar lo inadmisibles."

Así planteado, es convincente. Pero lo que Rosa no señala es que López había ordenado el cierre de todas las comunicaciones con el exterior, como hiciera al apoderarse del **Marquez de Olinda**, y como quedó demostrado al retener al traidor Víctor Silvero, de modo que las noticias no tuvieron tal fluidez de circulación. Por otra parte, si los correntinos estaban tan enterados, es inexplicable que el gobernador Lagraña tuviera apenas tiempo de huir al producirse el asalto paraguayo. Al respecto afirma terminantemente Rebaudi: "Los puertos de la República habían quedado cerrados para que en el extranjero no trascendiera la declaración de guerra."

Señalemos, finalmente, que no hubo ni hay gobierno alguno en el mundo que tenga la irresponsabilidad de considerarse en estado de guerra con otro fundándose en chismes, rumores o trascendidos. La declaración de guerra es un acto solemne y trascendente, cuya notificación se realiza, generalmente, de acuerdo a normas rituales que el derecho internacional ha codificado desde hace siglos.

Horton Box transcribe un informe de Thornton a Londres, fechado el 12 de abril, donde el ministro decía: "Desde el mediodía del 8 del corriente ha circulado el rumor en esta ciudad de que el Gobierno paraguayo había declarado la guerra a la República Argentina. Esta noticia derivó del hecho de que aquel día llegó de Asunción un mensajero con despachos para el Agente paraguayo en ésta Sr. Egusquiza, quien, al recibirlos, procedió de inmediato a convertir en especie una gran cantidad de Papel Moneda bonaerense y a transferir sus bienes raíces a nombre de un Nativo. Hablé del rumor al General Mitre y al Sr. Elizalde, quienes al principio no lo creyeron, pero ahora le dan crédito, y el segundo me dijo ayer que un amigo suyo había visto una copia de la nota del Gobierno paraguayo que contiene la declaración de guerra. Su excelencia espera recibir esa nota por el vapor argentino

Salto, que debe llegar de Asunción dentro de uno o dos días." El mismo Thornton informó posteriormente que la declaración de guerra se conoció en Buenos Aires el 1° de mayo, a través de un ejemplar de *El Semanario* donde fue publicada y que el original recién estuvo en poder de Elizalde el 3 de mayo.

El Congreso paraguayo dispuso declarar la guerra el 18 de marzo. Si las comunicaciones hubieran sido tan ágiles como quiere José María Rosa, no hay la menor duda de que el 23 ya lo tendrfa que haber sabido Mitre. Pues bien, informado ese día de que estaba a punto de zarpar de Buenos Aires un buque cargado con armas para el Paraguay, se le preguntó si harfa de tomarse alguna medida. Entonces contestó: "No veo inconveniente ninguno en que el vapor lleve armas, no podemos negar al Paraguay lo que no le negamos al Brasil; deje usted, no de paso ninguno."

También Rosa afirma que la declaración de guerra salió el mismo 29 de marzo en que fue firmada. En ese caso no tendrfa sentido haber mandado —cinco días después, cuando aquella ya tendrfa que haber llegado a destino— al teniente Ayala para advertir a los agentes en Paraná y Buenos Aires. La correspondencia de Egusquiza demuestra que hasta el 11 de abril no habfa ninguna declaración de guerra en la capital argentina. En tanto no se tengan pruebas más convincentes que la mera duda o la sospecha, debe aceptarse: 1°) Que ninguna noticia sobre el Congreso paraguayo ni su declaración de guerra trascendió del Paraguay. 2°) Que el 29 de marzo no fue remitida la declaración de guerra a Buenos Aires. 3°) Que el primer ejemplar de *El Semanario* con el texto de la misma recién estuvo en Buenos Aires varias semanas después del asalto a Corrientes. 4°) Que el dicho asalto se produjo por sorpresa y, formalmente, en plena paz.

Esto trae a colación otro problema. Desde el mismo momento del estallido de la guerra se acusó a Mitre de haber colocado dos embarcaciones en Corrientes, al tiempo que desguarnecía la provincia, como un cebo para alentar a López al asalto. La opinión ha sido recogida por muchos historiadores, el más reciente de los cuales

es el norteamericano Germán Tjarks (que comete el error de afirmar que Cipriano Ayala llevó la declaración de guerra a Buenos Aires). Lo cierto es que Mitre no tomó ninguna medida para reforzar Corrientes. Al contrario, retiró fuerzas de esa provincia, mientras Paraguay acumulaba tropas en la frontera. El 17 de febrero de 1865 Mitre explicaba este proceder a Urquiza: "...en materia de medidas de precaución, es muy necesario ser circunspecto para no incomodar y alarmar inútilmente a los pueblos. V.E. habrá visto por esto que a pesar de la justa alarma que ha habido en Corrientes y de ser el punto donde se requiere mayor vigilancia, no he querido hasta ahora adoptar ninguna medida militar, limitándome a las puramente preventivas, porque creo que muchas veces las complicaciones pueden nacer de lo mismo que se hace para evitarlas, si no se procede con cordura."

Sin embargo, el preocupado gobernador Lagraña contemplaba con alarma la concentración de tropas paraguayas y temfa un embate. Varias veces comunicó sus dudas al respecto y solicitó el envío de fuerzas a Corrientes, pero siempre fue desestimado por Mitre. El 11 de febrero el presidente le escribfa: "Todo esto me confirma en mi opinión, que ya le he comunicado a Ud., de que la neutralidad de esta República en las cuestiones de nuestros vecinos, ha de ser respetada por todos, y que hemos de salvar nuestra paz y prosperidad en medio de las luchas que nos rodean." Anteriormente habfa afirmado al gobernador: "No hay motivo para alarmar con la situación de la fuerza paraguaya en el punto que V. me indica. Además de que nuestra relaciones con aquel Gobierno no se hallan en estado de tomar un rompimiento, se miraría mucho el Sr. López antes de adoptar ninguna medida que pudiera producir la guerra, en la que tendrfa mucho que perder y nada que ganar. Esos movimientos de fuerza, no pueden tener ningún objeto hostil contra nuestro país." En otra oportunidad insistió: "No le conviene al Presidente López provocarnos a una lucha, enredado como se halla en otra con el Brasil, pero si lo hiciera, esté V. seguro que no le de consentir que en lo más mínimo se vulneren nuestros derechos, ni se ofenda el ho-

nor y la dignidad del país. Con esta seguridad, que puede V. transmitir a todos, espero que disiparán esas alarmas."

Aún más: "Aún cuando comprendo los temores que abrigan en esa Provincia, de algún acto violento de parte de aquel Gobierno, lo que se explica fácilmente por la proximidad en que están de aquel país y noticias frecuentes que tienen de los movimientos de fuerzas que allí se operan, hasta el presente no tengo ningún motivo para aguardar actos de esa naturaleza..."

Mitre no movió un soldado hacia Corrientes, pero acordó mandar al puerto de su capital un buque de guerra. El 31 de enero de 1865 le informaba a Lagraña: "...con estacionar un vapor de guerra de la Nación en Corrientes, como pienso hacerlo muy luego, creo que estaremos prevenidos para toda eventualidad y poder acudir a tiempo a donde sea conveniente, aunque, repito que no creo probable tal extremidad y sólo por prudencia y en previsión de casos remotos, debemos no descuidarnos..."

Los que afirman que aquello fue una trampa que Mitre tendió a López, alegan que la Argentina no podfa aliarse abiertamente al Brasil y declarar la guerra al Paraguay, sin provocar un cataclismo interno. Urquiza se hubiera sublevado arrastrando tras de sí a todo el interior y la Nación se hubiera disgregado rápidamente, lo cual es absolutamente cierto. En cambio, si era el Paraguay el agresor, al pisar suelo argentino, por lógica provocaría una reacción general —un especie de Pearl Harbour— y de ese modo se lograrfa la unidad nacional, ante el insulto inferido, que de la otra forma no podrfa alcanzarse. Así piensa Tjarks, el más reciente autor que abordó el tema. Y como Tjarks, muchos otros.

Sólo caben entonces dos posibilidades: 1°) O Mitre era realmente sincero al no creer en un ataque paraguayo, o 2°) estaba tejiendo una madeja maquiavélica de alto vuelo.

Analícemos el primer punto: ¿Tenfa razones para no creer en una agresión paraguaya? En primer lugar, el que Paraguay entrara en guerra con sus dos grandes vecinos simultáneamente, no era ya un problema de geopolítica, sino de mero sentido común. De modo que estando en guerra con Brasil,

no era de esperar que buscara camorra con la Argentina. En segundo término, López inició hostilidades el 12 de noviembre de 1864 y después se quedó quieto. No mostró el menor interés en acudir en auxilio de los blancos. Cuando Paysandú fue demolido a cañonazos en un asedio que duró un mes, la tensión emocional llegó en el Plata a un punto de estallido. Entonces sí, Mitre pudo temer que, de acometer López en ese momento, todo el escenario liberal se vendría abajo. Fue, en efecto, el momento crítico. Si los paraguayos hubiesen avanzado en ese momento, es casi seguro que Urquiza los hubiera apoyado, y tras caer sobre las fuerzas brasileñas, mal disciplinadas y armadas, las pudieran derrotar más o menos fácilmente. Pero López no se movió: recién a mediados de enero solicitó permiso al gobierno argentino para atravesar Corrientes. Y tras la negativa, tampoco pasó nada. Esa quietud convenció al general Mitre, y así lo manifestó, de que Paraguay se preparaba a una guerra defensiva y a una paz negociada. Por ese tiempo Elizalde escribió a Sarmiento: "El Paraguay protesta... pero sólo son palabras. No tienen cómo darle ayuda. Por agua son impotentes. Por tierra tendrían que violar el territorio argentino y entonces se encontrarían en guerra contra nosotros aliados con el Brasil... El Paraguay nada hará."

Sobre todo después de la caída de Montevideo, era absurdo esperar un ataque paraguayo, que sería, en el mejor de los casos, suicida, pero como afirmaba el ministro norteamericano en Asunción Charles Washburn (citado por Tjarks), López "cerró filas con los diotras." Y un panegirista de López, Carlos Pereyra, calificó al asalto paraguayo a Corrientes de "piráculo de la insensatez poética" según transcribe Horton Box, que agrega: "Es imposible caracterizar de otra manera la deliberada acunulación de enemigos. Aún cuando López pensara que el tránsito por Corrientes era una necesidad militar y despreciara a la Argentina por su falta de preparación, era elemental que al hacer la guerra a la Argentina, y de este modo imponerle la alianza brasileña, equivalía a dar al Brasil lo que en ese momento no tenía: una base de operaciones contra el Paraguay." La más simple y sencilla lógica,



Ricardo López Jordán: contra el Paraguay, no...

unida a la propia conveniencia del Paraguay, señalaban que este país se cuidaría muy mucho de atacar a la Argentina.

Pero supongamos ahora que todo fue una jugada maquiavélica de Mitre para llevar a López al abismo de la guerra. En ese caso nadie negará que la habilidad de don Bartolo alcanzó alturas magistrales, pues el Mariscal fue haciendo, una tras otra, las jugadas previstas, hasta llegar al jaque mate final, con dócil ingenuidad. Dejó hundirse a sus aliados blancos, permitió que Mitre sustrajera a Urquiza de su influencia, y para redondear la

obra maestra, inició la guerra en tal forma que apareció atacando en plena paz a una provincia indefensa, enajenándose la voluntad de Urquiza, indignando a los argentinos y ofreciendo en bandeja de plata al presidente Mitre la justificación para llevarle la guerra sin provocar un desastre interno en la Argentina. Habría sido una de las jugadas más espléndidas y mejor logradas de los anales diplomáticos, con la posible excepción del ataque japonés a Pearl Harbour en 1941. No podemos sino suscribir y subrayar las palabras de Tjarks: "Si tal fue el plan, estuvo magnífi-

camente planeado y produjo sorprendentes resultados."

¿HUBO INTENTO DE RECONSTRUIR EL VIRREINATO?

Tan pronto como Corrientes fue ocupada, los archivos de la gobernación fueron pasados a peine fino por los paraguayos. Buscaban pruebas de la alianza entre Argentina y Brasil. Encontraron las cartas de Mitre a Lagraña, que los decepcionaron hondamente. Pero hallaron una nota de Rufino de Elizalde al gobernador, fechada el 30 de diciembre de 1864: "Los agentes del Brasil en esa provincia, pueden necesitar enviar algunos oficios a sus superiores en ésta. Le ruego los dirija bajo mi nombre por expreso sin pérdida de momento. . . Si hay algo urgente, disponga del 'Espigador' como lo avisa el General Gelly."

Poner al gobernador de una provincia argentina, a un buque de guerra nacional y a la cancillería al servicio del espionaje brasileño, en momentos que se proclamaba la neutralidad, no tiene excusa posible y demuestra palmariamente que esa neutralidad sería en extremo benevolente para el Imperio, pero no denunciaba propósitos de agresión directa contra el Paraguay, ni la existencia de una alianza formal con Brasil, que era lo que quería encontrar López. Desilusionado, José Berges escribió al Mariscal el 24 de abril: "La revisión de papeles de los archivos está casi terminada; se han separado algunos papeles considerados de alguna importancia, pero no se encuentra ninguno que comprometa la política de Mitre ni de Lagraña en relación al Brasil, ni en ningún otro sentido." Y a renglón seguido anotó: "Seguramente habrán llevado todo." Lo cual no era cierto, ya que el escaso tiempo que le restó a Lagraña para huir, no le permitió llevar consigo el archivo de la gobernación.

En tanto, el drama seguía su curso y el 1° de mayo Argentina, Brasil y Uruguay firmaron el Tratado de la Triple Alianza para combatir al Paraguay. A pesar de sus muchas deficiencias, el ejército del Mariscal era el mejor preparado de los que entraban en lucha. El secreto del triunfo para López residía en dar un golpe decisivo antes de que sus enemigos reunieran y

adiestraran a sus fuerzas. Era menester obrar velozmente y golpear duro, ya que si la Triple Alianza se organizaba en los cuadros, Paraguay podía dar por perdida la guerra.

Entonces López cometió otro irreparable error al dividir fuerzas. Mandó a los 20.000 hombres del general Robles bordeando el Paraná hacia el sur y a los 12.000 del general Antonio Estigarribia por el río Uruguay, con sus tropas a la vez divididas, él por la costa brasileña y el mayor Pedro Duarte por la argentina. De tal manera, Robles quedó separado de Estigarribia por una extensión de cientos de kilómetros intransitables, y Estigarribia aislado de Duarte por un

enorme río. Ninguno de los tres podía acudir en auxilio de los otros. El plan, que pudo haber tenido un éxito sensacional cuando los brasileños asediaban Paysandú, requería como complemento indispensable el pronunciamiento de Urquiza y el auxilio de los blancos. Entonces Robles pudo cruzar con Urquiza el Paraná y llegar a Buenos Aires, mientras Estigarribia con los orientales, daba cuenta de los imperiales.

Pero cuando López puso en marcha la idea, los tiempos habían cambiado. Ya los blancos no contaban en el Estado oriental, y Urquiza, lejos de pronunciarse contra Mitre, propuso a Robles que se pronunciara contra López. De in-



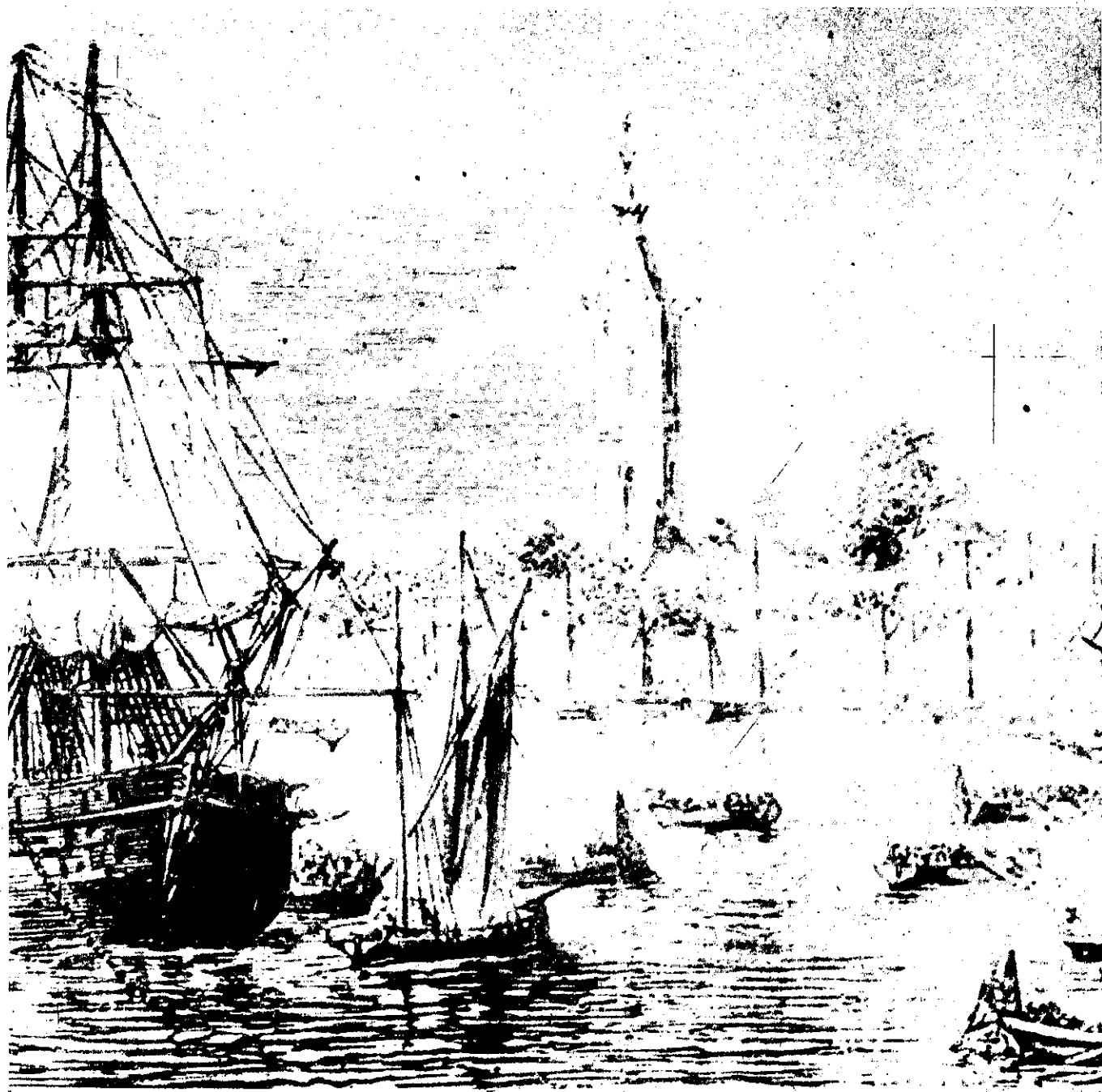
Ricardo Caillet-Bois sostiene que Mitre tenía intenciones anexionistas sobre el Paraguay.

mediato la penetración de las columnas paraguayas perdió impulso, estas se frenaron por inercia y se agotaron por sí mismas. Las tropas que bajaban por el Paraná debieron retroceder y, tras abandonar Corrientes, volvieron al Paraguay. Duarte fue destruido en Yatay; Estigarribia se rindió en Uruguayana, sin pena ni gloria. A los cinco meses de invadir suelo argentino, a mediados de setiembre, el Mariscal tenía irremediablemente perdida la guerra. Lo que siguió fue un tremendo drama que se arrastró a lo

largo de cinco años, y cuyos trágicos detalles escapan a nuestro tema.

El gobierno de Mitre fue acusado, aún antes de comenzar la guerra, de pretender la reconstrucción del virreinato del Río de la Plata. Reiteradamente formuló la denuncia al gobierno blanco, y es posible que López creyera que algo de eso había. Como indicio, se cita una expresión de Elizalde, que en una oportunidad expresó la esperanza de vivir lo suficiente como para ver unidas a esas naciones separa-

das. Desde ya, una reconstrucción del virreinato tal y como lo fuera hasta 1810, era impensable. Una anexión de la República Oriental del Uruguay no sería admitida por el Brasil ni aceptada por Inglaterra, madre de la criatura. Se habló incluso de que Mitre, sabiendo que esa política no era viable, buscaba ocultar la anexión bajo la forma de una confederación llamada Estados Unidos del Plata, es decir, más o menos lo que fuera plan de Rosas. Se dijo que para lograr el permiso de Río de Janeiro se en-



Llegada de refuerzos aliados a Corrientes (Grabado de "El Correo de Ultramar")

tragaría al Imperio el territorio uruguayo al norte del Río Negro. Todos esos rumores corrieron, pero cuando Mitre inició su política de "fronteras ideológicas" y buscó un acercamiento con los liberales brasileños, les acordó carta blanca en el Uruguay y se desentendió de Flores, dejando que éste y el Estado oriental quedaran bajo la influencia imperial, con la simple garantía de que no sería anexado. De manera que si alguna vez hubo intenciones expansionistas sobre la vieja Banda Oriental, ellas fueron

sacrificadas a la conveniencia del acercamiento ideológico con Brasil.

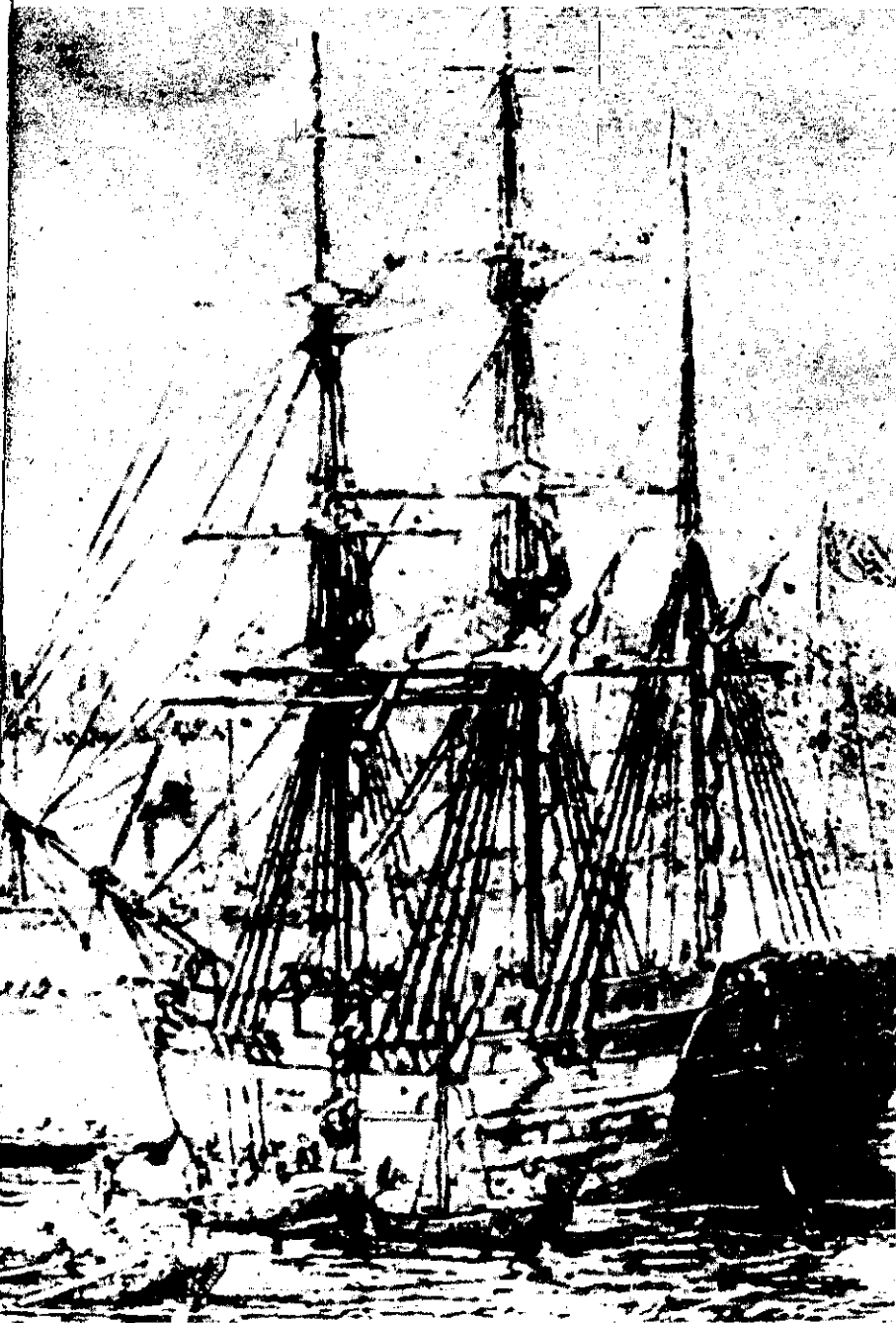
Respecto del Paraguay, quien admite un claro intento anexionista en Mitre es Ricardo Caillet-Bois, que fue presidente de la Academia Nacional de la Historia. De acuerdo a este historiador, al formalizarse la Triple Alianza, el gobierno argentino logró se le reconociera todo el territorio al sur y al este del Paraná hasta el Iguazú, es decir Misiones, mientras que por el río Paraguay obtuvo toda la orilla derecha hasta Bahía Negra, o sea

hasta territorio brasileño, incorporando íntegro al Chaco. De esa manera, Paraguay hubiese quedado encastrado en territorio argentino y tarde o temprano hubiera sido "deglutido" políticamente. Empero, hay un fuerte testimonio en contra de esa suposición. Cuando se discutían los futuros límites, tras asegurar la línea del Apa y del Iguerey para Brasil, el consejero Octaviano propuso a Elizalde que la Argentina se anexara el resto del Paraguay como provincia, oferta que fue rechazada por Mitre.

¿INGLATERRA PROMOVIO LA GUERRA?

Son varias las líneas del revisionismo que sustentan la certeza de que la Guerra del Paraguay fue urdida, programada y producida por Inglaterra. ¿A qué se debería esa extrema decisión del enorme Imperio Británico contra el pequeño Paraguay? Responde José María Rosa: "El Paraguay de López era un escándalo en América. Un país bastándose a sí mismo, que nada traía de Inglaterra: . . . debería necesaria y urgentemente ponerse a la altura de la Argentina de Mitre. Como la Home Fleet se veía trabada por los cañones de Humaitá para dar a los paraguayos la consabida lección de urbanidad, quedaba la tarea a cargo de los vecinos."

Empecemos por señalar que Paraguay compraba mucho en Inglaterra; no sólo manufacturas de guerra, sino también buques de guerra. El Tacuarí era inglés y a firmas inglesas fueron encargadas otras naves y armas, en una operación que no se concretó por el estallido de la guerra. Por lo demás, la producción paraguaya, primaria y limitada, basada en yerba mate, tabaco y maderas, con principal mercado en Buenos Aires, no puede presentarse seriamente como competitiva de la inglesa. Y la reducida producción de la pequeña fundición ni en sueños podía compararse con la europea, aparte de estar limitada al consumo interno. Tampoco el mercado paraguayo presentaba un panorama tan tentador como para atraer a Gran Bretaña, que mucho más tenía que sacar de otros países, entre ellos Argentina y Brasil. Otro historiador revisionista, Ernesto Palacio, señala: "Brasil contaba 8.000.000 de habitantes y una renta de



20.000.000 de pesos fuertes. La Argentina, 1.200.000 habitantes y una renta de 8.000.000. Uruguay 350.000 habitantes y 2.988.000 pesos. El Paraguay contaba solamente con 600.000 habitantes y una renta de 1.200.000 pesos."

Sumandos, Argentina, Brasil y Uruguay, abiertos al capitalismo inglés, ofrecían un mercado global de casi diez millones de habitantes y una renta de más de treinta millones de pesos fuertes, infinitamente más atractivos que el modesto Paraguay, sobre todo en un momento, (1865) en que recién comenzaba la penetración hacia el interior argentino y faltaba mucho para completar la del Brasil, sin contar otras regiones del globo en que Gran Bretaña expandía sus intereses. Dentro de este panorama, pretender que pudiera interesar un mercado pequeño, recóndito y a trasmano, al punto de desencadenar una feroz guerra, es cuando menos ilusorio.

De acuerdo a José María Rosa, Inglaterra quería una guerra corta: "Con una expedición bélica que destruyese las fortificaciones de Humaitá, los altos hornos de Ibicuy, la fundición de Asunción, estableciese un gobierno democrático y abriera el Paraguay a las mercaderías de Manchester y al capital británico, se daban por satisfechos. No contaron con el heroísmo de los paraguayos." Dejamos sentado nuestro respeto intelectual y personal hacia José María Rosa, pero por este camino no podemos seguirlo. En primer término, lo que afirma es una mera inducción que no está avalada por ningún documento. Además, la era imperialista se inicia en la década de 1870 y se afirma en la siguiente: de haber estallado la guerra veinte años después, tal vez la idea de una promoción inglesa del conflicto tuviera alguna posibilidad de verosimilitud, pero trasladar ese panorama a 1865, es desconocer la realidad mundial de ese momento. Insistimos en que para esta fecha Inglaterra tenía bastante que hacer consolidando sus intereses en Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú y otras naciones, como para preocuparse por el Paraguay.

Un factor es enarbolado como prueba de la ingerencia británica: la actuación del ministro plenipotenciario en Buenos Aires, Edward Thornton. Indudablemente, Mitre le dio una manija como no es

frecuente darla a un diplomático extranjero, elevándolo a su lado como consejero y movilizándolo en misiones y negociaciones que escapaban a su tarea específica. No vamos a desconocer la enorme imprudencia de Mitre en este aspecto. Pero para José María Rosa, Thornton fue el *Deus ex machina* que movió a los títeres —Mitre y Elizalde— empujándolos al conflic-

do la idea de intervenir en la mediación con un político de la talla y el renombre de Saraiva. Al día siguiente, 1º de junio, Thornton ve a Mitre. Mr. Thornton se comió a pilotearlo (a Elizalde) por pura simpatía personal. El 5 de junio el inglés embarca en la cañonera británica *Tritón* a Elizalde y al ubicuo Lamas. . ."

Quedamos en que Thornton



El conde D'Eu con su estado mayor en la guerra del Paraguay. (Dibujo de D.P. Verdeil)

to que él quería desencadenar. Lo dice sin vuelta de hoja: "...Thornton empujó a la guerra..." Asentado lo anterior, continúa su relato: "El buscaría el modo de arrastrarlo a la guerra (a Saraiva). El 31 de mayo invita a comer en la Legación inglesa de Buenos Aires al joven ministro de Relaciones Exteriores argentino, Rufino de Elizalde, y le sugiere un viaje a Montevideo para solucionar el entredicho con el gobierno oriental... Elizalde acepta entusiasma-

do ideó mediar en Montevideo, propuso el paso a Elizalde, que aceptó "entusiasmado" y se ofreció a Mitre para servir de lazarillo a Elizalde, presentado por Rosa como un deficiente mental. Ignoramos las fuentes de estos datos, que no coinciden con lo que Thornton informó a sus superiores. El ministro inglés comunicó al Foreign Office que, comiendo con Elizalde, éste le dijo "que había meditado en si sería conveniente que fuera él mismo a Montevideo con el

propósito de conferenciar confidencialmente con el Gobierno uruguayo. . .” Es decir que la idea fue del canciller y no del británico. También del informe de Thornton a Londres sobre la entrevista con Mitre, fue el presidente el que le sugirió acompañara a Elizalde, no que él mismo se comidiera a pilotear a nadie. También fue Mitre el que solicitó que el traslado se hi-

bía intervenido en la guerra civil uruguayo dando su apoyo a Oribe y provocando con ello la intervención anglofrancesa. No es raro que temiera una nueva ingerencia británica con la excusa de la defensa de sus intereses en Montevideo, y que decidiera prevenir ganando el pleno apoyo del ministro plenipotenciario inglés, metiéndolo y comprometiéndolo en las evoluciones

opuesta, de aborrecimiento a la política de Mitre.

También tendría que haber estado motivada la colectividad inglesa en el Plata, primera interesada en que se abriera al libre comercio la república guaraní, Empero, “The Standard”, vocero de ese poderoso conglomerado, era decididamente paraguayista y no perdía ocasión de poner por las nubes a López, incluso en el plano personal, destacando la delicadeza de su trato y aclarando que hablaba fluidamente el idioma inglés. En cuanto a la prensa londinense, fue partidaria, durante el conflicto, del Paraguay, y atacó duramente a la Argentina y el Brasil.

Finalmente, el mismo López estaba rodeado de ingleses. El constructor del palacio donde residía era el inglés Alonso Taylor; inglés era el escultor John Owen Moyniham, que esculpió los adornos; inglés era George Thompson, que dirigió las obras del ferrocarril; inglés era John William Whitehead, director de la fundición de Ibicuy; inglés era George Francis Morice, marino a su servicio; inglés era William Steward, médico personal de López; inglés era el hermano de éste, George Steward, proveedor de armas; inglesa era la firma John and Alfred Blyth de Londres, que proveía de armas y material ferroviario; inglesa era la firma Rothschild e Hijos de Londres, que comercializaba el tabaco paraguayo en Europa; inglés era George Masterman, farmacéutico del ejército; inglés era George P. Barton, cirujano militar. E inglesa era la propia amante de López, madame Lynch. ¡Es curioso que un gobernante rodeado de consejeros, técnicos y asesores británicos, fuera puesto en la mira del Foreign Office para su destrucción!

Queda por destacar otro punto. Supongamos que, efectivamente, el gobierno británico urdió un siniestro plan internacional para terminar con el Paraguay de López, y que fue tejiendo los hilos con habilidad y silencio, moviendo a sus títeres para borrar del mapa a una experiencia peligrosa para sus intereses. Si esto es cierto, nadie nos puede negar el derecho de señalar a Francisco Solano López como principal agente británico en el Plata. Fue él quien mandó un ultimátum al Brasil, no a la inversa. Fue él quien atacó al Imperio, no

ciera en una nave británica, porque dadas las malas relaciones con Montevideo, consideraba imprudente que apareciera por allí una nave de guerra argentina.

Se nos ocurre otra razón por la cual Thornton llegó a ser el mimado de Mitre y el reservorio de atenciones que no suelen brindarse a representantes extranjeros. El presidente debía recordar lo ocurrido veinte años antes entre la Confederación Argentina e Inglaterra. En aquella ocasión, Rosas ha-

del gobierno argentino, al tiempo que proclamaba a voces su estricta neutralidad.

Además, si era propósito del Foreign Office llevar la guerra al Paraguay, sería de esperar que todos sus agentes en el Plata estuvieran orientados en el mismo sentido. Y no ocurrió así. Thornton era un devoto de Mitre pero el ministro plenipotenciario británico en Montevideo, William Lettsom, mantenía una postura exactamente



el Imperio al Paraguay. Fue él quien asaltó y declaró la guerra a la Argentina, no al revés. Fue él quien empujó a la alianza de sus dos poderosos vecinos. Fue él quien llevó al Paraguay a un encierro mortal que terminó destruyéndolo. Si el propósito de Londres fue aniquilar al Paraguay, Francisco Solano merece el eterno agradecimiento del Foreign Office. . .

La interpretación marxista de la historia recogió con embeleso la teoría de un complot británico contra un Paraguay poderoso, desarrollado, con altos hornos e industrias de base. Las exageraciones y fantasías se fueron sumando, hasta que se hizo inevitable una reacción dentro de los mismos cuadros revisionistas. Fue uno de los más destacados representantes de esta tendencia, Juan Pablo Oliver, el primero en poner las cosas en su punto. A través de una serie de artículos publicados en el "Boletín" del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (números 6, 7 y 8, 1969) que levantaron bastante polvareda, denunció en primer término el origen de esta distorsión histórica: "...una novel corriente de cuño marxista, pero tácticamente mimetizada de revisionista, ha dado en articular al respecto una serie de fantasías o absurdos históricos en función de sus finalidades clasistas y subversivas del día. Afirman, por ejemplo, que los López, padre e hijo, fueron caudillos populistas, paternalistas y socialistas, paladines de la justicia social, nacionalismo económico y de la unidad hispanoamericana; que dotaron a su país de altos hornos, acerías, fábricas de manufacturas, astilleros y flotas transatlánticas, a un tal grado de desarrollo económico social y cultural que, sin pedir nada al extranjero, amenazaban barrer de los mercados las manufacturas de Manchester y Birmingham. Temerosa, entonces, Inglaterra por la suerte de su porvenir industrial ante la amenaza de la competencia guaraní, se valió de sus instrumentos nativos, las oligarquías brasileñas y porteñas, para provocar la guerra y destruir a aquel país. . . De más está advertir que la realidad histórica ofrece un panorama por completo contrario a tales ficciones, derivadas del intento de fabricar una 'Historia', según hubiere complacido al expositor sucedieran los hechos pretéritos, pero

no como lo fueron de veras."

Oliver señala, contra lo afirmado por esa corriente, que Gran Bretaña siempre favoreció al Paraguay, y que durante la guerra, al igual que Francia y Estados Unidos, mostró simpatías por la causa guaraní, en contra de Argentina y Brasil. Además fue Inglaterra la que publicó sonoramente el texto de la Triple Alianza, que se quiso mantener secreto, perjudicando severamente a los aliados y llevando agua para el molino de López. Finalmente, denuncia Oliver que Gran Bretaña favoreció la organización de montoneras en suelo chileno para invadir tierra argentina en plena guerra, obligando a retirar tropas del frente para desviarlas a la represión. De este modo, Felipe Varela no fue el paladín de una campaña continental contra el Imperio Británico, sino el triste ejecutor de una maniobra desviacionista vista con simpatía por el Imperio Británico. Porque aquí y en cualquier parte, el jefe militar que, estando su país en guerra, recluta extranjeros en una nación extranjera para invadir su propia tierra, sólo puede recibir, y recibe, el inequívoco calificativo de traidor a la patria.

LAS FRONTERAS IDEOLÓGICAS

A quienes podía interesar la destrucción del Paraguay era al liberalismo argentino y brasileño. A los porteños, porque López era el socio potencial de Urquiza y los federales, con los que podía coligarse contra Buenos Aires; al Brasil, porque necesitaba la libre navegación del río Paraguay para acceder libremente a Mato Grosso. Eso lo había comprendido muy bien Carlos Antonio López, que se esmeró en no verse enfrentado simultáneamente a sus dos vecinos. Fue su hijo, con su soberbia y su torpeza, el que llevó a la unión de los dos liberalismos y a un enfrentamiento con Argentina y Brasil aliados. No merecía el pueblo guaraní semejante suerte, y repitiendo palabras de Juan Pablo Oliver, lo decimos: "...con el respeto que nos merece la bizarra lucha mantenida por el pueblo paraguayo, víctima de un mal gobernante. . ."

Como afirma José María Rosa, entre 1862 y 1865 hubo dos triples alianzas en ciernes, aunque sólo una se concretó en los he-

chos: por un lado los porteños, los colorados y los liberales brasileños, y del otro los paraguayos, los federales y los blancos. En un momento dado pareció formarse la última, pero cuando Urquiza mostró interés, López se desentendió, y cuando López la quiso, Urquiza se había desinteresado. La poca confianza de López en Urquiza y su negativa a aceptar como aliados a los blancos, frustraron esa posibilidad y dejaron al Paraguay solo.

El enfoque de la Triple Alianza como la culminación de un acercamiento ideológico entre los liberales argentinos, brasileños y uruguayos, fue primero esbozada por Efraim Cardozo y luego desarrollada por Germán Tjarks. El primer escalón, el paso inicial, se habría dado en Puntas del Rosario, a través del entendimiento entre Rufino de Elizalde y José Antonio Saraiva. Tjarks publica un borrador del Archivo Elizalde, fecha 29 de mayo de 1865, en que el primero le dice al segundo: "Cuando nos vimos por primera vez en Montevideo éramos hombres de Estado que se acercaban a discutir bajo una nueva luz los negocios de su país. A los pocos días nosotros hicimos alianza y a los pocos meses la alianza existía entre los hombres pensadores de ambos países. Me ha tocado la fortuna de escribir después la Alianza que había hecho de antemano y tenido por colega a un representante el más genuino de V.E. como es mi distinguido amigo Sr. Octaviano, de modo que puede decir que he firmado la alianza con V.E."

Los pasos siguientes fueron el Protocolo Elizalde-Saraiva del 22 de agosto de 1864, y podemos agregar el posterior Elizalde-Pereira Leal. Cada una de estas acciones diplomáticas significó un nuevo lazo entre los liberales de ambos países, dentro de un indudable planteo de fronteras ideológicas. Afirma Tjarks: "... el tratado de la Triple Alianza no fue más que la parte ofensivo-defensiva de lo pactado con anterioridad, que fue un plan mucho más amplio, basado en los propósitos de hegemonía de las minorías liberales dirigentes, a veces utópicos, pero efectivos y concretos. Al menos, produjeron el sojuzgamiento de las fuerzas conservadoras representadas por los federales, los blancos y los paraguayos lopiztas."

Aunque no aceptamos, tal co-



Madame Lynch. Inglesa como tantos ingleses que rodearon al mariscal Lopez.

mo quiere Tjarks, que existiera una alianza o pacto formal desde Puntas del Rosario, no por ello es menos cierto que se estableció una coincidencia ideológica que en adelante no haría sino consolidarse. No hubo acuerdos entre gobiernos, y de ello tampoco puede caber duda, pero si una alianza entre partidos afines. Lo cual no implica que en Puntas del Rosario se hablara del Paraguay, hasta entonces en silencio, ni que los liberales porteños estuvieran resueltos a llevar la guerra a la república guaraní. Lo explicó muy bien Elizalde a Sarmiento en una carta escrita el 11 de octubre de 1865: "Ud, sabe que desde que se organizó el Gobierno

actual de la República, teníamos en contra un gran partido interno, el Paraguay, la República Oriental, el Brasil y casi todos los Agentes extranjeros.

"Nuestro acuerdo con el General Urquiza debilitó a nuestros enemigos y pudimos ir poco a poco con una política elevada y con los elementos que nos procuramos irlos venciendo, o propiciándolos. Hicimos amigos de los Agentes extranjeros, hicimos un amigo del Brasil, dejando las cosas seguir su rumbo, el Gobierno de Montevideo desapareció para ser reemplazado por uno amigo, la Montonera del Chacho fue vencida.

"Quedábanos el Paraguay, pero

comó la guerra del interior había agotado nuestros recursos con erogaciones inmensas, además de las extraordinarias de montar una administración y pagar enormes deudas que nos legaron los Gobiernos del Paraná y Buenos Aires, hicimos cuanto pudimos para evitar la guerra con el Paraguay, pues creíamos que el partido enemigo interno volvería a levantarse y unirse al Paraguay.

"La alianza con el Brasil en esa guerra era una esperanza que teníamos para disminuir los peligros, pero preferíamos no correrlos.

"El Paraguay sin embargo nos declaró la guerra. La alianza con el Brasil y la República Oriental vino, pero venía también el levantamiento del partido enemigo interno.

"Un nuevo acuerdo con el General Urquiza disminuyó el peligro de la sublevación interior. En efecto, los Paraguayos invadieron creyendo que Corrientes se pronunciaría, que se pronunciaría Entre Ríos y que seguirían otras Provincias y la República Oriental. Pero si bien sucedió esto en Corrientes en gran parte, el General Urquiza lo impidió en Entre Ríos y demás lugares y en Corrientes mismo se sintió bien pronto la reacción.

"Pero los aliados no tenían ningún poder, era preciso improvisarlo todo y en una dura estación y faltaban los elementos. Entre tanto los Paraguayos avanzaban con poderosos Ejércitos sin que hubiera quien los detuviese.

"Nuestros enemigos internos, en vista de esto, creyeron oportuno obrar porque nos veían muy débiles. Basualdo fue su obra, a la cual se han seguido sublevaciones en todas las provincias. Pero los Paraguayos, en vez de avanzar se detienen, dan lugar a que nuestras fuerzas se reúnan, provocan indiscretamente un combate Naval en que son vencidos, dividen sus fuerzas invadiendo Río Grande y alborotando todo el Brasil, nos dan tiempo a reprimir los movimientos internos y combatirlos, y en esta situación se dejan batir completamente en una de sus columnas, que pierden completamente. . . Mida Ud. el abismo a cuyo borde hemos estado, y comprenderá lo duro de la situación que hemos pasado.

"Cuarenta mil hombre invadieron nuestro territorio y contaban con los enemigos internos, cuando nosotros no teníamos nada, abso-

lutamente nada, ni hombres, ni armas, ni municiones, ni equipos, y lo que es peor, ni dinero."

No queremos terminar estas líneas sin una reflexión final. Leyendo a ciertos autores, se recibe la impresión de que lamentan profundamente que la Argentina saliera vencedora de la guerra. Deploran la suerte corrida por Solano López y el Paraguay. Llevados por un furibundo antimitrismo, con gusto hubieran visto aplastada a la Argentina, con tal de ver aplastado a Mitre. Y algunos se llaman "nacionalistas"...

Denuncian la traición de Urquiza porque no se pronunció a favor de López aunque, en ese caso, a quien hubiese traicionado Urquiza era a su propia patria. Así, por una extraña lógica, se agravia la memoria del caudillo entrerriano por el acto de su vida en que más elevado sentido nacional demostró, al ponerse del lado de su patria y evitar una catástrofe de imprevisibles consecuencias.

Hay autores que ponen por las nubes la incalificable frase de López Jordán a Urquiza: "Usted nos llama para combatir al Paraguay. Nunca, general, ese es nuestro amigo. Llámenos para pelear a los porteños y brasileros; estaremos prontos; ésos son nuestros enemigos." Olvidan que el impagable López Jordán, tres lustros antes, había marchado muy satisfecho junto a los brasileños, en la campaña que culminó en Caseros. Y que diez años después, en su alzamiento, intentaría negociar el apoyo imperial a sus fuerzas, a cambio de concesiones que preferimos no recordar. Es decir que la cosa no era con quien se marchaba, sino contra quien; siempre que fuera contra los porteños, no importaba la compañía.

Tales ideas "nacionalistas" llevan a meditar sobre qué hubiera sido de la Argentina en caso de perder la guerra. Por parte baja, las provincias de Formosa, Misiones y parte de corrientes serían tierra paraguaya. La Mesopotamia sería una nación aparte, o hubiera sido anexada al Paraguay. Buenos Aires, segregada, constituiría la República del Plata. Como el fin de la guerra coincidió con las primeras tentativas expansionistas de Chile en el sur, y como en caso de desastre bélico lo que quedara de la Argentina no hubiera estado en condi-

ciones de afirmar sus derechos, la Patagonia sería hoy chilena y el límite estaría en el río Negro.

La derrota hubiera implicado, necesaria y fatalmente, el achicamiento y la atomización de nuestro país, fracturado en varias repúblicas enemistadas entre sí. Permítaseme entonces que prefiera de corazón que la guerra —desdichada y lamentable en todo sentido y no buscada por nuestro país— terminara tal como terminó.

CONCLUSION

Dentro de la historiografía argentina, uno de los factores que más contribuyeron a enturbiar la clara visión del proceso previo a la

Guerra de la Triple Alianza, ha sido la pesada carga afectiva con que se abordó el tema, que por momentos alcanzó extremos apasionados que desfiguraron por completo el cuadro histórico. De uno y otro lado se han buscado culpables, se han dictado absoluciones plenarias y se ha bajado el martillo de la sentencia, siempre de acuerdo al pensamiento personal o a la tendencia política del autor tratante. Bien podemos decir que la Guerra del Paraguay ha tenido entre nosotros muchos jueces y pocos historiadores.

En los antecedentes de cualquier conflicto bélico —y el que tratamos no es una excepción— es imposible señalar con precisión a



José Antonio Saraiva: la decisión de invadir el Uruguay.

uno, dos o tres culpables, y coronar con la aureola de la inocencia al resto. Siendo la guerra una política "por otros medios", como quería Clausewitz, es natural que su desencadenamiento obedezca a una suma de factores, a una madeja de intereses contrapuestos, a un complejo trasfondo en el que todos los actores ponen su parte. De manera que si de buscar responsables se trata, nadie se salva de su parte de culpa.

Puede señalarse la extrema blandura de Mitre ante la invasión de Flores, puede acusarse la duplicidad incoherente de la diplomacia blanca y la ineptitud de Aguirre, puede denunciarse la tremenda presión del Imperio para asegurar su hegemonía en el Estado oriental, puede señalarse el oportunismo de Urquiza y la suicida inflexibilidad de López, y cada uno de esos aspectos será cierto componiendo un fragmento de la verdad, pero no La Verdad absoluta.

Cuando los liberales porteños apoyaron ruidosamente a Flores,

no pensaron ni remotamente que ello desembocaría dos años después en una guerra con Paraguay. Tampoco lo creyó Brasil, afirmado en la seguridad de que López no se atrevería a atacar. Y cuando lo hizo, los liberales porteños alentaron la certeza de que no osaría asaltar a la Argentina. La correspondencia de Elizalde prueba su creencia de que López buscaría una paz negociada tras dejar a salvo su honor. En efecto, con una Argentina neutral, Brasil no tenía posibilidad de atacar al Paraguay y menos de recuperar Mato Grosso. Esas eran las perspectivas reales a comienzos de 1865.

También pesaron y tuvieron su parte en el desencadenamiento de la guerra el imperialismo del Brasil, la debilidad de Uruguay, la desunión de Argentina, con un sentimiento nacional incipiente e inseguro, y el brusco salto al vacío de Paraguay, que tras medio siglo de aislamiento se arrojó a una agresiva política expansiva e intervencionista, alentada desde muchos

sectores argentinos y uruguayos.

Todos fueron factores que influyeron en los orígenes de la tragedia. Por ello afirmamos que es imposible y antihistórico condenar a unos y canonizar a otros, como alegre y drásticamente lo han hecho algunos autores, prefabricando una historia de buenos y malos, de héroes olímpicos y repulsivos demonios, echando toda la carga de responsabilidad sobre éstos y descargando las espaldas de aquéllos.

Nos abstenemos de emitir ningún juicio terminante y absoluto al respecto. Hemos desarrollado los hechos tal como los hemos estudiado y hemos emitido opinión cuando lo consideramos conveniente, pero también hemos llevado la exposición en tal forma que el lector pueda extraer sus propias conclusiones, en una encrucijada de nuestra historia sobre la que, como dijimos al principio, se ha intentado echar sombras que afectan la dignidad de Argentina como Nación.■

BIBLIOGRAFIA

"Archivo del General Mitre". XXVII tomos. Biblioteca de "La Nación". Bs. As., 1911-13.
Belperron, Pierre. "La Guerre de Sécession". Librairie Plon. Paris. 1947.
Beverina, Juan. "La Guerra del Paraguay". Tomo I. Establecimiento Gráfico Ferrari. Bs. As. 1921.
Box, Pelham Horton. "Los orígenes de la guerra de la Triple Alianza". Ed. Nizza. Bs. As. 1958.
Bray, Arturo. "Solano López. Soldado de la gloria y el infortunio". Ed. Nizza. Bs. As. 1958.
Caillet-Bois, Ricardo R. "1864". Un año crítico en la política exterior de la presidencia de Mitre". Actuación del Dr. Rufino de Elizalde". Bs. As. 1946.
Cárcano, Ramón J. "Guerra del Paraguay". 3 tomos, Ed. Viau. Bs. As. 1939-41.
Cardozo, Efraim. "Vísperas de la Guerra del Paraguay". Ed. El Ate-neo. Bs. As. 1954.
Cardozo, Efraim. "El Imperio del Brasil y el Río de la Plata". Librería del Plata. Bs. As. 1961.

Cardozo, Efraim. "Urquiza y la guerra del Paraguay". En "Investigaciones y Ensayos". Academia Nacional de la Historia. N° 2. Bs. As. Enero-junio 1967.
Chávez, Julio César. "El Presidente López. Vida y gobierno de don Carlos". Ed. Ayacucho. Bs. As. 1955.
"Correspondencia Mitre-Elizalde". Universidad de Buenos Aires. Documentos para la historia argentina. Bs. As. 1960.
Mitre, Bartolomé, y Gómez, Juan Carlos. "Cartas polémicas sobre la Guerra del Paraguay". Ed. Guaranía, Asunción-Buenos Aires. 1940.
Morison, Samuel Eliot y Comma-ger, Henry Steele. "Historia de los Estados Unidos de Norteamérica" Tomo II. Fondo de Cultura Económica. México. 1951.
Oliver, Juan Pablo. "El verdadero Alberdi. Génesis del liberalismo argentino". Ed. Dictio. Bs. As. 1977.
Palacio, Ernesto. "Historia de la Argentina". Ed. Peña Lillo. Bs. As. 1960.
Palmade, Guy. "La época de la burguesía". Ed. Siglo XXI. Bs. As. 1976.

Rebaudi, A. "La declaración de guerra de la República del Paraguay a la República Argentina. Misión Luis Caminos. Misión Cirpiano Ayala. Declaración de Isidro Ayala". Serantes Hnos. Impresores. Bs. As. 1924.
Rebollo Paz, León. "La Guerra del Paraguay. Historia de una epopeya". Bs. As. 1965.
Rebollo Paz, León. "Prolegómenos de la guerra con el Paraguay". En "Investigaciones y Ensayos", Academia Nacional de la Historia. N° 11. Bs. As. Julio-diciembre de 1971.
Rosa, José María. "Historia Argentina". Tomo VII. Ed. Juan Carlos Granda. Bs. As. 1969.
Rosa, José María. "La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas". Ed. Peña Lillo. Bs. As. 1964.
Tjarks, Germán O. E. "Nueva luz sobre el origen de la Triple Alianza". En "Revista Histórica". Instituto Histórico de la Organización Nacional N° 1. Octubre-diciembre de 1977.
Victorica, Julio. "Urquiza y Mitre". En "La cultura argentina". Bs. As. 1918.

EL LIBRO DE HISTORIA DEL MES

por Luis Alberto Romero

Charles C. Cumberland,
Madero y la Revolución Mexicana.

Traducción de Stella Mastrángelo.
México, Siglo XXI,
1977, 317 Págs.

Héctor Aguilar Camín,
La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana.

México, Siglo XXI,
1977, 450 Págs.

Pocas dudas caben sobre el carácter capital del proceso revolucionario mexicano en la historia latinoamericana. No sólo por su aspecto más conocido: la vasta y violenta movilización popular, que había madurado lentamente en las décadas del porfiriato. Tan significativo como esto es el régimen institucional que se constituyó y que, en franco contraste con lo que es la norma en América Latina, pudo exhibir una prolongada estabilidad. Más aún lo es la divergencia entre los objetivos que movilizaron a buena parte de los revolucionarios—como Zapata o Villa— y los rumbos seguidos por los triunfadores, que adoptaron el paradójico lema del Partido Revolucionario Institucional. Esa divergencia estaba presente en los propios orígenes de la revolución mexicana, cuyas etapas iniciales son iluminadas, desde perspectivas diversas, por estos dos volúmenes de reciente aparición.

El nombre de Francisco Madero se asocia con la etapa de las ilusiones, primero, y con la de las duras realidades enseguida. Charles Cumberland—un historiador norteamericano que publicó este libro a principios de la década del cincuenta— elige la primera perspectiva, que también era la de Madero, para seguir a través de la acción de su jefe los primeros pasos de la Revolución. Hacia 1910, luego de 30 años de gobierno, el régimen autoritario y modernizador de Porfirio Díaz daba muestras de resquebrajamiento, en parte por las luchas en torno de una sucesión que se adivinaba próxima, pero sobre todo por la incapacidad del anciano presidente para percibir los nuevos problemas sociales y políticos, que se desarrollaban en los campos, las zonas mine-



MADERO Y LA
REVOLUCIÓN
MEXICANA

Charles C. Cumberland

SIGLO VEINTIUNO

ras y las ciudades. Sin que hubiera una oposición fuerte y definida, el porfirismo se fue desintegrando, y surgieron múltiples voces de descontento, débiles y desconexas. Francisco Madero, un hacendado del norte que creía en la libertad y la democracia, en las ventajas de la educación y de la igualdad de oportunidades, pudo polarizar esas voces y reunir las voluntades dispersas en frente común. Lo logró con un libro—La sucesión presidencial— que aunque no era brillante resumía los problemas más notorios de la hora. En 1910 debía elegirse nuevo presidente. Con la bandera del antireeleccionismo, Madero recorrió el país y obtuvo muchas adhesiones, incluyendo a numerosos porfiristas disconformes. Fundó un heterogeneo Club Antireeleccionista, cuyo programa se limitaba a la reivindicación electoral, pero procuró hasta el último momento llegar a una transacción con el gobierno. El canónico fraude electoral y la prisión que sufrió durante

la campaña lo llevaron a la ruptura y a la revolución. Su actitud estimuló infinidad de levantamientos locales, que aunque inorgánicos y faltos de una dirección adecuada aceleraron la descomposición del régimen, que se desmoronó sin ser derrotado.

Madero obtuvo el triunfo, pero a costa de la negociación con la estructura porfirista y de allí nació su superior debilidad y fracaso. A ella se agregó la heterogeneidad de sus partidarios, entre los que pronto asomaron las divergencias, y la falta de claridad para enfrentar problemas más complejos que los de la libertad electoral. De ese modo, durante el gobierno provisional primero y durante su presidencia después, Madero debió sufrir permanentes levantamientos, de viejos porfiristas o de antiguos aliados, disconformes con la marcha del gobierno, como Pascual Orozco en Chihuahua o Emiliano Zapata en Morelos. Ocurrió como, según se dice, había afirmado Porfirio Díaz: Madero había desatado un tigre y no podía dominarlo. Las tensiones sociales latentes comenzaron a materializarse y, frente a ellas, el Apóstol de la revolución sólo atinaba a actuar como moderador, como amortiguador de fuerzas enfrentadas que terminaron por destrozarlo. Los zapatistas consideraron que sus reformas eran demasiado lentas—como en realidad lo eran—; los herederos del porfirismo, que conservaban muchos resortes del poder y especialmente el ejército federal, decidieron que la figura de Madero era excesivamente peligrosa y provocaron su holocausto.

Esta biografía política tiene muchos méritos: es seria y documentada; está bien escrita, es clara y atractiva. En otros aspectos, pueden anotarse algunas deficiencias; sobre todo porque el relato pone el énfasis casi exclusivamente en lo político y esto, considerando la importancia de los actores sociales de la revolución mexicana, constituye una carencia muy evidente. En el capítulo dedicado a Zapata, la tensión entre hacendados e indígenas en torno al problema de la tierra aparece transformada en una cuestión de justicia e injusticia. El autor se identifica con el protagonista y sus ideales: Madero debía realizar la transición entre el régimen corrupto de Díaz y una moderna sociedad, democrática, liberal y, quizá, más justa, asegurando que este paso se realizara sin violencia y destrucción. No fue posible, principalmente por la mala voluntad de todos los que por entonces actuaron: unos se apuraron mucho, no tuvieron paciencia y exigieron a Madero soluciones inmediatas; otros fueron arrastrados por las ambiciones personales; muchos, finalmente, obraron siempre de mala fe, con el deliberado propósito de obstaculizar y destruir al Apóstol. En esta obra, muy representativa de la historiografía norteamericana liberal, los conflictos sociales aparecen trasmutados en lucha entre hombres buenos y malos. Según una costumbre que, en realidad, constituye una de las orientaciones más comunes entre los historiadores, más que comprender al pasado se lo juzga.

El libro del joven historiador mexicano Aguilar Camín es sustancialmente distinto. En un área más circunscrita —el estado de Sonora entre 1910 y 1916— analiza minuciosamente

su historia política, entendida no solamente como puja de los hombres por el poder sino, sobre todo, como la resultante de las tensiones y conflictos de la sociedad. Tardíamente incorporada al México histórico, Sonora vivió durante el porfiriato una intensa expansión. Los ferrocarriles la conectaron con el sudoeste norteamericano; capitales de ese país desarrollaron la minería del cobre en el norte mientras que en los valles del Yaqui y el

la frontera nómada:

✕ Héctor Aguilar Camín



Mayo, luego de expulsar a los indígenas, se realizaron obras de irrigación y colonización que posibilitaron el desarrollo de un área agrícola moderna y pujante. A excepción de la guerra con los yanquis que al ser desalojados del valle iniciaron una resistencia casi secular, no hubo en Sonora "cuestión indígena". Aunque aparecieron problemas laborales en las nuevas zonas mineras, como la célebre huelga de Cananea, Sonora fue, como muchas zonas de frontera, una región en la que las posibilidades de expansión atenuaron los conflictos sociales.

En 1910, la etapa insurreccional concluyó pronto. Los vencedores

lograron un triunfo ordenado y renovaron el aparato burocrático estatal, cuyos nuevos funcionarios locales se constituyeron en el más sólido baluarte de la revolución. Pese a la orden de desmovilización, lograron mantener un Cuerpo Auxiliar, que le daba al gobernador cierta autonomía frente a las hostiles tropas federales. Durante la rebelión de Pascual Orozco en la vecina Chihuahua, el Estado se enfrentó con el rebelde que amenazaba sus fronteras; la defensa regional consolidó la unidad de los distintos grupos del Estado y se convirtió en uno de sus rasgos distintivos. Esa actitud volvió a manifestarse luego de la deposición de Madero, cuando Sonora, más allá de toda definición ideológica, desconoció al gobierno del general Huerta en nombre de los derechos locales.

El Cuerpo Auxiliar se acrecentó mediante la conscripción. El ejército sonorense se integró con voluntarios pagados, con soldados-empleados de un Estado que trasladaba al Ejército las relaciones laborales de la hacienda o de la mina. Por otra parte, después de la caída de Madero, sus antiguos partidarios mantuvieron el control de buena parte del territorio sonorense, al que siguieron administrando eficazmente. No fue la de Sonora una guerra popular, como la de Zapata o Villa; fue una revolución administrada, de la que el gobierno no perdió nunca el control. Era fácil el acuerdo con Venustiano Carranza, que levantaba la bandera constitucional y coincidía con los sonorenses en la negativa tácita de incluir en su programa el problema social.

La alianza con este poder ajeno al estado puso de relieve las diferencias entre los conductores de la rebelión sonorense, principalmente entre el gobernador

Maytorena y el general Alvaro Obregón, un pequeño propietario rural que había hecho carrera en el ejército estatal y a quien Carranza puso al frente de las fuerzas constitucionalistas. Desde entonces, esta historia exclusivamente sonorense se integró con la nacional; pese al triunfo momentáneo de Zapata y Villa, los verdaderos vencedores fueron los sonorenses, que luego de 1920 aplicaron en México buena parte de las soluciones elaboradas inicialmente por sus hombres en el plano local. Entre 1916 y 1920 se ensayó en Sonora una política de injerencia activa del Estado en la economía, principalmente para proteger a los nuevos empresarios agrícolas mexicanos, y a la eliminación de las rémoras del pasado, fue la que triunfó, definiendo el rumbo de los gobiernos institucionales en los que los hombres de Sonora —un Estado hasta entonces marginal y escasamente integrado— imprimieron su sello.

El mayor valor de esta atractiva obra consiste en la pulcra consideración, dentro de un ámbito restringido, de la relación entre los procesos sociales y los políticos, sin perder nunca la noción de las realidades subyacentes pero también sin caer nunca en un reduccionismo simplificador. Quizá pague por excesivamente detallista, por ocultar en demasía las líneas básicas del análisis, obligando a una lectura minuciosa y atenta. Pero la fluidez del relato, el estilo atractivo y la evocación permanente de una realidad siempre viva y casi tangible, compensan plenamente el esfuerzo.

**Los temas
que el país
debate.**

Todo es Historia los publica
mensualmente.
Libros de tesis, polémicos, actuales.



II. CRONICAS DE BUENOS AIRES (I)

EL MISTERIO DE LOS TUNELES COLONIALES

Jorge Larrosa

ACADEMIAS PORTENAS: PAJES Y ALGO MAS

Julio Sotelo Cabis

HISTORIA DEL TRAMVIA

Miguel Angel Scenna

LOS VERANEOS EN BUENOS AIRES

Jimena Sotelo

LOS CAFES: UNA INSTITUCION

Miguel Angel Scenna

Pídalo en su quiosco

lectores amigos:

ACLARACION

Señor Director:

En el número 135 de "Todo es Historia", en "Historias para sonreír", Salvador Ferla comete el error de señalar a Manuel Gálvez como autor de la novela "La maestra de los obreros" (Italia, 1899), escrita en realidad por el italiano Edmundo de Amicis, famoso por su obra "Corazón". En cambio sí es de Gálvez "La maestra normal", 1914, que pertenece a la época en la que el citado escritor e historiador argentino trató, a la manera de Pérez Galdós, de novelizar la sociedad argentina de su tiempo.

Atentamente,

Aída Colombo
Capital Federal

TRIPLE ALIANZA

Señor Director:

Deseo hacer llegar mis felicitaciones a la autora del artículo "¿Fue impopular la guerra de la Triple Alianza?", publicado en el número 132 del mes de mayo, en razón de que constituye un buen intento de superar antinomias, de buscar la verdad histórica.

También le solicitaría, tenga la amabilidad de que por medio de esta sección o bien de manera particular amplíe su pensamiento sobre los puntos detallados más adelante, ya que por razones de espacio, seguramente, no los desarrolla totalmente y sólo los enuncia, lo que sumado a mis propias fallas de conocimientos me im-

pide una comprensión cabal. Este pedido no nace de un deseo de polemizar, sino que por el contrario al considerar el artículo de manera positiva, solicito aclaraciones en aspectos que ampliados le darían mayor solidez lógica.

A partir del tenor del artículo, quedan establecidos dos conceptos:

1° — El localismo es la causa de las deserciones.

2° — Esta causa es general y constante: "esto sin entrar a considerar la ideología política de quienes la aplicaron, llámese invasión extranjera, guerra de la independencia o enfrentamiento civil, el problema se manifestó en todos los bandos en lucha".

Afirmando lo expuesto se aportan los siguientes ejemplos:

PERIODO COLONIAL

—Guerras calchaquíes

—Los indios del Chaco

—Invasiones inglesas

PERIODO NACIONAL

—1812, Juan Gregorio de Las Heras, Santa Rosa, Córdoba.

—Belgrano en el Litoral o con el ejército del Norte.

—Guerra con el Brasil.

—Juan Lavalle, Litoral.

—Los Madariaga, Corrientes.

—Década del '60, Venancio Flores, en el interior.

Nótese que para lo que podríamos llamar período de guerras civiles pre-Caseros se dan los ejemplos de Juan Lavalle y los Madariaga que corresponden a ejércitos unitarios o por lo menos opositores de Rosas y al no aportar ejemplos de deserciones en los casos de:

General Don José de San Martín

Rosas

Oribe

Quiroga

Caudillos del interior que se oponen a la política de unificación lle-

vada a cabo durante las presidencias de Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento. Decía al comenzar la idea, que al no dar ejemplos en los casos indicados la estructura lógica del trabajo se debilita. Entiéndase bien, no afirmo que en los casos señalados no los hubiere (cosa que ignoro) sino que no se mencionan.

Además, entiendo necesario establecer, en la medida de lo posible, los porcentuales de deserción, ya que todo ejército debe sufrir una cuota lógica de deserciones, pero hay un nivel que, superado, estaría indicando la influencia de otros factores. No es igual un ejército afectado por una deserción normal o por lo menos esperada, que a pesar de ella se integra y lleva adelante las operaciones para las cuales ha sido reclutado, que los desbandes, indicados por la autora, que imposibilitan incluso el envío de tropas de determinadas provincias. En el mismo sentido se debe diferenciar, a efectos de evaluar, el envío de personas de la necesidad de enviar hombres maneados al frente de combate.

Siguiendo el desarrollo lineal del artículo se dan cuatro conceptos, que me parecen contradictorios entre sí y más aún al estar relacionados con lo anterior.

A — "...en las guerras civiles lucha contra quienes quieren avasallar su autonomía desde el comienzo de la revolución y van a desertar si el triunfo de los contrarios supone arrastrarlos hacia otras provincias".

Me pregunto lo siguiente: Lucha en defensa de su autonomía, pero deserta si el triunfo de los contrarios (los agresores de su autonomía) lo puede llevar a otras provincias? No estaría desamparando con su deserción la autonomía que defiende y a la vez favoreciendo la vic-

toria (de los contrarios) que teme por sus consecuencias? (Más adelante se afirma que luchan hasta la muerte).

B — "Venancio Flores será el encargado de incorporar los soldados de los territorios que va sometiendo... deserciones... degüellos, nada más que degüellos".

Me pregunto: Si Venancio Flores los somete es porque se rebelaron y al incorporarlos (previa derrota) se dan las deserciones, actitud consecuente con una oposición a lo que representa Venancio Flores y a esta oposición, ¿puede simplificarla llamándola localismo?

C — "Los pueblos se rebelan contra Buenos Aires, no por las ideas políticas que detentan sus gobernantes, sino porque su victoria significa...".

Nótese que primero se dijo que lucha por su autonomía, luego se dijo que "en la década del '60 cuando el gobierno nacional quiere imponer su política en el interior" y finalmente que los pueblos no tienen diferencias políticas con Buenos Aires.

D — "...porque los hombres siguen al caudillo... porque no teniendo más que perder que la propia existencia, quieren sacrificarla más bien en el campo de batalla defendiendo sus libertades, sus leyes y sus más caros intereses (cita a otro autor)... hombres que procuran mantener sus formas de vida y siguen hasta morir a quien promete hacerlo".

Me pregunto: sus libertades, leyes, sus más caros intereses, forma de vida, menciona incluso, líneas antes, las autonomías provinciales. ¿A todo esto puede llamárselo localismo?

No me parece posible conciliar los puntos A y D con B y C, máxime considerando que son sucesivos, ya que se encuentran en la página 50 columnas primera y segunda, sin párrafos inter-

lectores amigos:

Las fotografías
publicadas en este
número cuya autoría no
se establece especialmente,
pertenecen al
**ARCHIVO GENERAL
DE LA NACION**
a cuya dirección y
cuya agradecemos
sus gentilezas

medios que los separen, sucesivos y enlazados entre sí. Por otra parte, la explicación de que las deserciones son causadas por el localismo, me parece insuficiente a menos que por localismo se entienda una idea política opuesta y equivalente (en bases que la consoliden) a la de Buenos Aires. También los puntos A y D estarían explicando la ausencia, en parte al menos, de los ejemplos que señalo anteriormente.

El hombre argentino, con criterio equivocado, no participa voluntariamente de la guerra de la Triple Alianza; es un hecho. Extraer de él las inferencias de los párrafos más arriba indicados, ¿no sería salir del marco de la guerra y llegar a conclusiones de índole general? Al afirmar que el hombre del interior deserta por localismo, lucha por su autonomía y a la vez no tiene diferencias de concepción política con los gobernantes de Buenos Aires, pareciera esto una minus valoración que resta riqueza y profundidad a nuestra historia, porque cabe preguntarse, si el hombre del interior carecía de una idea política, si su ideario se agota en la Patria Chica, si el concepto Patria Grande es exclusivo del grupo dirigente de Buenos Aires y si es así cómo explicarse que cuando el interior propone y lleva a cabo la Organización Nacional, que se expresa a través de la Constitución de 1853, Buenos Aires la rechaza y se separa de la Confederación Nacional (Jornadas de Junio); ¿no sería éste un ejemplo de localismo y Patria Chica que pesa ahora sobre los dirigentes bonaerenses?

Cuando por razones de síntesis por los límites de un trabajo o por

claridad expositiva, el historiador debe considerar un hecho aisladamente, se corre el riesgo de caer en simplificaciones, que afectan a todo el contexto histórico, por ello la solicitud de ampliación presente.

El localismo como determinante de las deserciones, en base a los elementos aportados por la autora, me parece in-

suficiente, sin perjuicio de considerar positiva la intención.

Sólo una cosa más, la muletilla al final de cada ejemplo, me parece una ironía innecesaria.

Sin otro particular y agradeciendo desde ya vuestra atención y deferencia, los saluda atentamente.

J. A. Irrazabal
Las Heras — Mendoza



CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA SANMARTINIANA-MORENIANA

En la ciudad de Quilmes y organizado por la Municipalidad local, se realizó entre el 24 y el 31 de julio pasado el Congreso de Historia Sanmartiniana-Moreniana, con la asistencia de 77 miembros y la adhesión de 122 historiadores.

Catorce expositores presentaron seis ponencias y 30 trabajos a la reunión, que fue presidida por el Dr. Enrique M. Barba, titular de la Academia Nacional de la Historia. En la fotografía, la mesa directiva del Congreso.

LIBROS RECIBIDOS

- **Cambio social y población en el pensamiento de Mayo (1810-1830)**, por Rubén H. Zorrilla. Editorial de Belgrano, Colección Ensayos, Buenos Aires, 1978, 291 páginas.
- **Conversaciones con José M. Rosa**, por Pablo J. Hernández. Colihue/Hachette. Colección Diálogos Polémicos, Buenos Aires, 1978, 245 páginas.
- **Breve historia de la Argentina**, por José Luis Romero. Editorial Huemul S.A., Colección Temas del Hombre, Buenos Aires, 1978, 226 páginas.
- **Historia política y constitucional argentina (3 tomos)**, por Germán J. Bidart Campos. EDIAR, Buenos Aires, 1977, Tomo I: 359 páginas; Tomo II, 246 páginas y Tomo III: 413 páginas.

TODO ES HISTORIA — N° 137. Octubre de 1978 - Director: Félix Luna. Redacción: Viamonte 1479, 11°C., Tel.: 40-7545. Publicidad y Administración: Cangallo 1558, 4° 17. Inscripto en la Dirección Nacional del Derecho del Autor bajo el N° 1.264.950. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidor en Capital Federal, Antonio Rubbo, Garay 4226. Capital. Distribuidor en interior y exterior: SADYE S.A.C.I., Belgrano 365. Capital. Composición y Armado: COMPOGRAF, Lavalle 1763, 4ª, Tel.: 40-1845, Capital. Montaje y películas: OFFSETGRAF, Buera 223, Gerli, Impreso en Soc. Impresora Americana S.A.I. y C., Labardén 157, Capital.

Correo
Central (B)
Suc. 33 (th) y
Suc. Cabeceras

TARIFA REDUCIDA
CONCESION N° 8240

FRANQUEO PAGADO
CONCESION N° 110

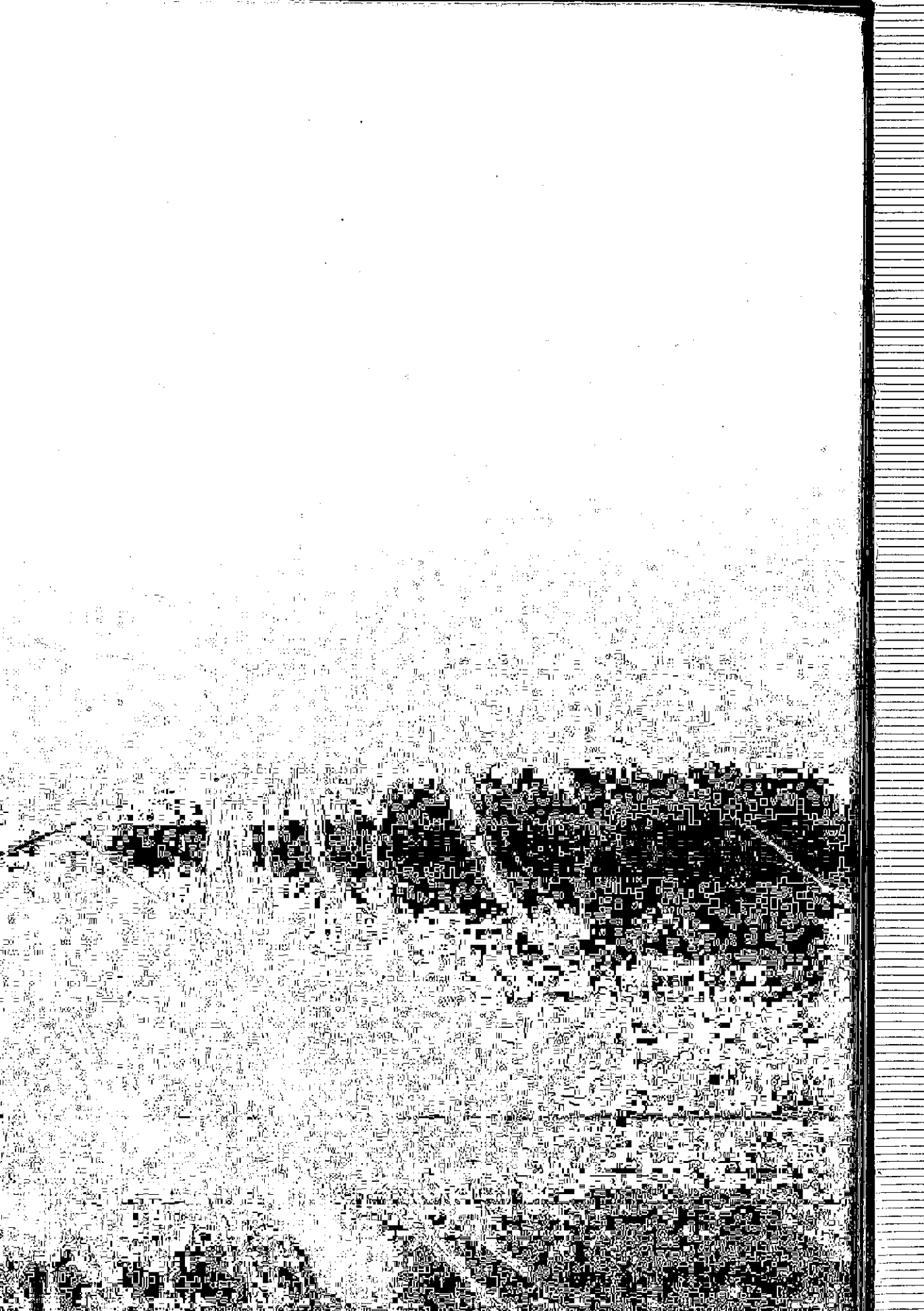


MARCONI:

No..., no es el inventor de la radio, pero va a revolucionar la televisión. Es ORLANDO MARCONI, y vuelve a TELEONCE con un programa destinado a la juventud, para que ésta compita, gane y se muestre.

TARDES DE MARCONI
DE LUNES A VIERNES
A LAS 18.00





1944

ES SEGURIDAD